

MANUEL PEITEADO

TOLEDO, AMOR Y MUERTE

EL LIBRERO DE TOLEDO III



MANUEL PEITEADO

Toledo, amor y muerte

EL Librero de Toledo III

Fotografía: **Jacinto Sánchez Sánchez**

Diseño y maquetación de la portada: **Valeria Ostreninova**

ADVERTENCIA ACOSTUMBRADA

Los lugares que aparecen en este libro están inspirados, en lugares reales, aunque modificados al antojo e invención del autor. Por tanto, los hechos narrados carecen de rigor histórico rayando la frontera entre lo real y la ficción, siendo producto de la imaginación o recreación del escritor y no debe inducir al lector a adjudicar acciones o palabras concretas a ninguna persona real del pasado o presente.

Todos los personajes, excepto los públicos, son ficticios. Cualquier parecido es mera coincidencia.

A Rosa, mi mamá Vega.

A mis hijos: Óscar, Ramón y Alberto que merecerían más.

A Isabel, mi esposa, en compensación por mi ausencia presente.

A Cristóbal Encinas, por su paciencia desde que le conté el proyecto.

A Manuel Amaro, maestro, que me mostró otras formas de escribir.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

La sombra del pasado

“Jamás en toda la vida, olvidaré tu presencia. Me acogiste destrozado y me devolviste íntegro, entero”.

*Adaptación cita de
Frida Kahlo*

Después de la muerte del más artero y taimado de los hombres que conocí ya nada podría sorprenderme. Su muerte, en los primeros días, me condujo a una catarsis. Ante el hecho cierto de que ya no volvería a verle, sucumbí en un mar de dudas y me reproché no haber podido mostrar más benevolencia hacia él. Nos quedaron por decir muchas cosas o al menos a mí.

Mientras familiares y amigos se reunían alrededor del túmulo de Salvatore, muchos curiosos se adentraron en el interior del cementerio, profanando con sus tumultuosas pisadas los lechos mortuorios de aquellos que trataban de encontrar el descanso eterno.

En una orgía de dolor para algunos, al resto les podía el morbo. No faltaron los que, al igual que si fuera un entierro en época del imperio romano, no cejaban en su empeño por adivinar a cuál les producía más dolor la muerte de aquel al que seguro ni conocían. A los lloros y gritos de las plañideras se les unieron, sin decoro, los comentarios nauseabundos de los que se alimentan de afeción provocada por el dolor ajeno.

Les daba igual pisar en sepulturas protegidas por bonitas losas de mármol negro, a las que únicamente la tierra las separaba del desvencijado y roído ataúd de madera.

No tuvieron piedad ni con las tumbas anónimas ni con las de aquellos en las que sus familiares escribieron un breve epitafio.

Mamá Vega no tuvo fuerzas para acompañar a Salvatore en su último viaje al más allá. Lo amortajaron con su mejor traje y pusieron un crucifijo entre

sus manos.

El día siguiente al del entierro de mi padre, el calendario tenía inscrito: «día de los Santos Inocentes», el destino no podía haber sido más macabro.

Esa mañana, bien temprano, recibí la lúgubre llamada del sargento de la guardia civil César Gamboa:

—Buenos días —me dijo—. Soy el sargento Gamboa.

—Sí. Sé quién es —convine.

—¿Eres Doménico?

—Sí. Soy yo —apostillé.

Sentí un leve y ligero carraspeo al otro lado del teléfono.

—Tengo que darle otra mala noticia. ¡Pedro Hermoso, ha sido encontrado muerto! —dijo todo de seguido, como si la mala nueva le pesase en el alma y desease quitársela de encima cuanto antes.

—¿Cómo ha sido? —atiné a preguntar.

—Su cuerpo apareció en el interior de un vehículo. Una desafortunada maniobra, quizás por exceso de velocidad, le apartó de la carretera —me respondió Gamboa.

Le escuchaba y no daba crédito a sus palabras. Pedro Hermoso me demostró, en el tiempo en el que coincidí con él en este mundo cruel, que era un avezado conductor y nada imprudente. Guardé silencio, sentí como si mil cuchillos hubieran lacerado mi cuerpo. Quedé abatido, sin fuerzas. Me recogí en un sepulcral silencio por aquel que luchó y dio su vida por su país, por sus amigos, por mi padre. Me aferré al teléfono en espera de oír que había sido un error, una broma de mal gusto por parte de Gamboa. Se lo hubiera perdonado. Del otro lado del auricular, ni un signo de vida o de arrepentimiento por la broma. Sollocé en silencio, golpeé varias veces en mi frente con el auricular. Dicen que la falta de noticias sobre un suceso constata la veracidad del hecho en sí. Debía reponerme, ser fuerte. La vida te presenta mil avatares y debes levantarte mil y una vez, ahí radica tu fortaleza.

—No puede ser —le dije con la voz entrecortada por la angustia de saber que podría ser cierto lo que me estaba relatando—. ¿Está seguro de que era él? Es imposible —refuté.

—El accidente fue en una carretera sinuosa y poco transitada, cayó al fondo de una hoz del río Tajo. Lo encontró un agricultor. El coche cayó en picado, empotrándose contra el suelo, la escasa profundidad del río en esa zona permitió que se pudiera ver. Cuando los bomberos consiguieron rescatarle, aún continuaba con vida. Si hubieran llegado antes tal vez se podría haber salvado.

Callé e intenté tragar saliva sin resultado. No pude ni entregarle unas lágrimas, mis ojos estaban secos por tantas como derramé por mi padre. Sentí cómo una fuerte congoja me apretaba el corazón contra las amígdalas impidiéndome articular sonido alguno que le indicara a Gamboa que le escuchaba consternado por la noticia. Debió comprenderlo, seguro que su dilatada carrera en la Guardia Civil le enfrentó a esta situación en decenas de ocasiones.

—¿Doménico, está ahí? —me dieron ganas de decirle que no, que me había ido al infierno a venderle mi alma al diablo como lo hizo Dorian Grey, pero no por la inmortalidad sino por las armas y el bagaje para destruir a aquellos que todavía tenían confinadas, bajo sus gónadas, a personas inocentes cuyo único afán era trabajar y sacar a su familia adelante.

—Sí, le escucho, sargento.

—Prisionera en sus manos encontraron una medalla —me dijo.

—¿Por qué me lo cuenta? —respondí.

—Pensé que le gustaría saberlo. No ha sido un accidente.

—Pensó mal. Lo siento por él, apenas le conocía más que a usted.

—Sus últimas palabras fueron Doménico y Hermandad. Entre vómitos fue lo más inteligible que pudieron oírle.

Un sudor frío comenzó a humedecer la prenda de felpa que llevaba por pijama. Tragué mi propia bilis, me mordí los labios para que no se percatara de mi dolor. Golpeé con virulencia, con el puño, contra la pared del salón.

—Supongo que soy sospechoso —le dije.

Su respuesta me sobrecogió.

—Pedro Hermoso ha sido asesinado.

No le respondí, ni él me habló. Me dejó pensar. Traté de recomponer mis ideas. Habían sido unos días muy duros desde el secuestro de Salvatore. Fueron muchos los muertos. Demasiados en un país que desea la libertad, vivir en democracia. Tenía que actuar antes de que vinieran a por mí. Era evidente que, para La Hermandad del Alcázar, la Guerra Civil aún no había terminado. Decididamente para mí tampoco. No habría paz en España mientras esos elementos continuaran campando a sus anchas por todos los estamentos del Estado. No podía permanecer impasible. Tomé el teléfono con fuerza y le pregunté:

—¿Sospecha de alguien?

—Sí. Tengo claro quién ha podido dar la orden, aunque no tanto sobre quién la ejecutó —respondió el sargento Gamboa.

Aprecié en el tono de su voz una ligera conmoción por lo acontecido. Pero quizás estaba fingiendo. Necesitaba saber si estaba conmigo o me estaba tendiendo una trampa. Si era leal a su compañero asesinado o utilizaba su muerte como señuelo para emboscarse y caer sobre mí con los grilletos entre los dientes. Recordé que Pedro me advirtió sobre la intervención de mi teléfono. Las neuronas de mi cerebro saltaron tal y como lo hacen las gacelas al sentir la presencia de un depredador.

—¿Qué quiere de mí? ¿Por qué me cuenta esto por teléfono?

—No tema. Después de la muerte de su padre, se retiraron las escuchas.

—No tengo por qué creerle. Si quiere decirme algo, reunámonos en un sitio público o envíeme una citación oficial.

El sargento Gamboa asintió y propuso un lugar y una hora, y yo propuse otra puesta en escena con otro horario. Al final coincidimos y, sin que él lo supiera, lo llevé a mi terreno, fijamos el encuentro para el día siguiente en el restaurante del callejón del Lucio.

Tardé en colgar. Tina se levantó y me encontró con el teléfono en la mano. No me preguntó nada, se dirigió a la cocina. El olor a café y a pan tostado me condujo hacia ella. La ayudé a terminar de preparar el desayuno. Desde la muerte de Salvatore no era la misma. Nadie era igual; ya nada sería igual. La que fue dueña de ojos como ventanas abiertas al balcón del puente de Alcántara, aquella de alegres y bellos ojos azules, tan grandes como el estuario del río Tajo

a su paso por Lisboa, ahora los tenía apagados y tristes. Era como si la tristeza y melancolía de un fado hubiese llegado río arriba para hacer su palacio de invierno en las cuencas secas de sus orbitas.

El blanco lo había cambiado por un rojo moteado con fisuras color marfil, tornando el azul a un gris indiciario de una tarde agónica de tormenta.

No me preguntó nada, fui yo quien se lo contó. Como si no fuera con ella escuchó impasible todo cuanto le dije. No pestañeó. Sin mirarme cogió su taza y se levantó. La dejó en la pila. De soslayo la observé, quedó quieta frente al grifo, con las manos sujetas al fregadero. Era tal el silencio que se hubiera oído un alfiler caer al suelo.

Dejé de desayunar y me acerqué a ella, la tomé por detrás. Entonces se volvió y comenzó a pegarme con los puños, con las manos. A cada golpe un intento de grito hasta que por fin rompió a llorar. La apreté contra mí, gritó con rabia, con pena. Su llanto me conmovió y lloré con ella.

—Y si cree que ha sido un asesinato, ¿qué hará? —me requirió sollozando.

—Mañana lo sabremos.

—¿Crees que correremos la misma suerte que ellos?

—Quizás sea mejor que vuelvas a Mijares, me resultará más fácil protegerte.

—Tomé una decisión y esta es firme. Me quedaré contigo. Tú solo no podrás contra todos.

—No estoy solo. Esta Berto, Samael, Anna..., Isabella. Somos muchos a los que nos une algo más que la pertenencia a una organización secreta. Estamos unidos por lazos; lazos de sangre forjados por el más duro metal.

—Por eso me quedaré, yo también soy de vuestra familia. ¿Además quién se ocupará del pequeño Manuel? ¿Eh?

La aparté y la miré con estupor. No entendí a cuento de qué venía esa ocurrencia. Ella me miró, hizo una mueca y arqueó las cejas, como diciendo: es lo que hay.

—¿A qué ha venido esa estupidez? —le pregunté—. Ha muerto aquel que nos podía haber dicho quién era. Con la muerte de Salvatore, el misterio se

fue con él. Ya nunca podremos conocer la verdad.

—Eso no es del todo cierto, Doménico.

—¿Qué insinúas?

—Ya sé que son elucubraciones —me tomó de la mano y me dirigió a la mesa. Me hizo una señal invitándome a tomar asiento. Después continuó hablando. Permití que prosiguiera con sus divagaciones, noté que estaba mejor y probablemente la conversación le vendría bien para abandonar el estado de catalepsia mental, en el que se sumió tras la muerte de Salvatore, al fin y al cabo, para ella fue su verdadero padre.

—Antes de que ocurriera ... —se tomó un descanso, vagó en silencio entre los puntos suspensivos, tragó saliva y yo me levanté a servir un café. No se atrevió a pronunciar el hecho. La animé a que continuara hablando gesticulando —. Bueno, pues eso. Pensé que tu madre podría saber algo, y también Manuela, la viuda de don Giovanni. Incluso puede que Berto. Pero de entre todas las conjeturas, la mejor, la más fidedigna es la de su madre adoptiva.

—Claro —le dije—. Lo pensaré, creo que has hecho tus deberes, muy bien. Ahora tenemos que vestirnos y buscar la morgue en donde está Pedro.

Era domingo. Hacía mucho frío. El cielo estaba cargado de nubes blancas, se cortó el leve viento que te hería en manos y oídos.

—Va a nevar —le dije a Tina.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó, bastante repuesta.

—Lo sé.

Nos miramos y conseguí que riera.

—Eres muy tonto, ¿lo sabes?

—Sí. También lo sé. Del mismo modo, te repito, sé que hoy nevará.

La abracé con mi brazo por su hombro y se acurrucó dentro de él. Caminamos en dirección al hospital Virgen de la Salud. De repente, bolas de algodón comenzaron a caer desde el cielo. Seguro que Salvatore y Pedro se lo estaban pasando bomba y quisieron regalarnos unas Navidades blancas.

Repasé lo poco que conocía sobre el capitán Hermoso; a todos nos demostró con suficiencia que era un gran profesional. Los lugares en los que vivió siempre fueron menesterosos, austeros, apartados de cualquier lujo. Salvatore me contó que en una ocasión fue a visitarle y únicamente disponía de un colchón tirado en el suelo. Nunca deshizo la maleta. No había fotos ni recuerdos que significaran algo en su vida. De esta forma la huida, si fuese necesaria, sería rápida.

Desconozco los motivos que le indujeron a cambiar sus hábitos. Probablemente fue por confiar en alguien. Nunca le gustó trabajar en equipo, carecía de espíritu gregario, su conducta fue la de un lobo solitario, la de un maestro, como Salvatore, en el arte de la infiltración en las filas enemigas.

Fui el primero en llegar al restaurante. Recordé que existían varios comedores y solicité un reservado discreto que nos proporcionara una sensación de mayor intimidad. Apareció Samael, me dijo que no volvería al hospital, que su niña le necesitaba y me juró que nunca más volvería a fallarme.

—No me has fallado, Samael. Ofreciste tu vida a cambio de evitar su secuestro. Debes volver al hospital y guardar reposo, las heridas aún no están cerradas.

—No. No me iré, corréis peligro y ahora más que nunca todos somos necesarios —replicó enfadado.

—Samael, no es un peligro inminente. Debemos contraatacar, ir a por ellos, sin prisas —le dije tratando de impulsar un estado de ánimo a sus débiles esperanzas.

Entró el dueño del restaurante y me pidió audiencia, le hice una señal.

—Es de mi familia, puedes hablar —le dije mirando a Samael.

—Lo sé, señor Doménico.

Me quedé sorprendido por su respuesta, todos sabían más cosas de mí que yo mismo.

—Pues cuénteme algo que yo desconozca —le apremié.

—¿Querría saber qué ha pensado hacer con el restaurante?

Me quedé estupefacto, no entendí bien su pregunta.

—¿Perdón? No sé de qué me está hablando.

Ellos se miraron, gesticularon. Entonces Samael habló:

—¿No te lo dijo nadie? ¿No hablaste con Salvatore, ni con tu madre?

Abrí los ojos de par en par. Miré el reloj, Gamboa estaba a punto de llegar y estos dos jugando conmigo a los jeroglíficos, mi paciencia comenzaba a flaquear. Respiré, busqué un punto donde concentrar mi impaciencia. Una vez calmado me dirigí al dueño del restaurante y le dije con toda la amabilidad que pude:

—Mire, he quedado con un amigo. Llegará en diez minutos, solo le pido discreción y que nadie nos moleste, si esto perturba sus planes me iré a otro lugar.

—Señor, lo que trato de explicarle es que el restaurante es de usted. Salvatore, su padre, lo tenía todo controlado y me dijo que si alguna vez le ocurría algo que le entregara esta carpeta —alargó el brazo acercándome una carpeta de piel. La abrí y saqué una serie de documentos, entre ellos una escritura a mi nombre —Otra más, pensé—. Levanté los ojos y me encontré de frente con la mirada perturbadora de Samael. Asintió con la cabeza dando por bueno el relato.

—Más tarde hablaremos. La visita que espero es de un miembro de la Seguridad del Estado. No quiero problemas —les dije a ambos.

Se retiraron. Apenas dio tiempo a que trajeran unas botellas de agua y puesto un plato de jamón y otro de queso, cuando vi a un hombre fornido preguntar por mí en la barra. No di lugar a que el camarero diera explicaciones y me adelanté a saludarlo.

—Sargento Gamboa, supongo —dudé. Siempre lo había visto con uniforme, tricornio incluido y ahora, vestido de paisano, su aspecto era diferente.

—Sí —me dijo, volviéndose y estrechando mi mano.

—Por aquí, por favor —le dije señalando con la mano hacia el lugar en donde había preparado un discreto salón para hablar con tranquilidad—. Me he

permitido reservar un salón pequeño, estaremos mejor, ¿le parece bien?

—Sí, perfecto —respondió confiado.

—He pedido agua, ¿quiere otra cosa?

—No. Gracias, así está bien.

Hice un gesto al camarero para que se retirase; al mismo tiempo le pedí que llamara a Samael. Una vez en nuestra presencia, miré a Gamboa y le dije:

—Si no le importa, Samael le va a cachear. Entiendo que lleve arma de fuego, no me impresiona. Busco que no lleve micrófonos.

César Gamboa se mostró remiso a permitir que se le cacheara, incluso hizo ademán de irse. Pasado el momento de tensión, sonrió y abrió los brazos como signo de aprobación.

—¡Manda huevos! —espetó mientras Samael se cercioraba de que no llevaba ningún chisme con el que grabar lo que allí hablásemos—. Lo que tengo que aguantar.

Samael se retiró al mismo tiempo que hacía un comentario sobre el arma que ocultaba Gamboa en la sobaquera.

A su paso, Samael cerró la puerta tras de sí. Nos quedamos mirándonos como dos jugadores de póquer, intentando no descubrir nuestras bazas y sin embargo tratando de percibir algún punto débil en el otro. Fui yo el que, como anfitrión, decidió romper el silencio y el juego de miradas.

—Me gustaría saber por qué me involucra en sus secretos, poniéndome al tanto sobre la muerte de Pedro Hermoso. Pocas personas eran conocedoras de nuestra amistad y probablemente ninguna del entorno policial.

—Comencé a sospechar la noche que fuimos a rescatarle al Cigarral. Desde ese momento lo mantuve en vigilancia. Me percaté del interés que mostró en los interrogatorios. Tampoco me creí el informe que redactó la noche de Navidad, de infausto recuerdo para usted.

—Interesante su dote de observador —me atreví a decirle, al mismo tiempo que abrí las manos para decirle: — continúe, por favor, sargento.

Me giró una sonrisa sarcástica, tomó fiambre de uno de los platos y prosiguió hablando.

—Todo lo acontecido en la cuesta de la Culebra y en la casa del alemán no fue un pretendido ajuste de cuentas, como el capitán Hermoso escribió en su informe. Usted y sus amigos estuvieron allí y con su ayuda convirtieron la noche blanca de Navidad en una orgía dantesca propia del mismísimo infierno. Ustedes emularon lo acontecido en la noche San Valentín con Al Capone, allá por los años veinte en Chicago. Se ampararon en lo especial de esa noche, por ruidosa. Todo pareció perfecto. Es usted un hombre con mucha suerte, Doménico. Hasta las condiciones climatológicas, en lugar de serle adversas, para usted fueron su más fiel aliada. Noche de truenos y relámpagos, alboroto en las calles con petardos y olor a pólvora y, lo mejor, las campanas de las iglesias de Toledo tocando a la misma hora.

—Me deja impresionado sargento. Y si tan seguro está ¿por qué no me ha detenido? —le respondí con frialdad, sin inmutarme ni retirar la vista de sus manos. Al mismo tiempo las mías buscaron debajo del tablero de la mesa, la pistola que momentos antes había fijado con cinta.

—Es muy sencillo. A usted, no le persigo. Le he utilizado —por la forma de mirarme, sabía o intuía que yo tenía un arma. Avanzó los brazos hacia el centro de la mesa, con el fin de hacerme ver que no pensaba hacer nada que pudiera ponerme nervioso—. Doménico, usted ha sido un señuelo para pescar a los verdaderos tiburones. Fui yo quien propuso a la autoridad competente que avanzara en su indulto.

Tan contundente fueron sus explicaciones que quedé noqueado mentalmente.

—¿Y ahora qué? —traté de reponerme.

Él, como buen sabueso, olió la sangre que por aturdimiento se agolpaba en la yugular. Debió reparar en cómo aumentó de tamaño por el gesto que hice de querer sacar el cuello de la camisa tirando de la barbilla hacia arriba.

—Ahora, si le parece bien, podemos trabajar juntos. Tengo autorización del Alto Estado Mayor y, aunque le suene a película mala de espías, negaré todo lo que le he dicho y esta reunión nunca habrá existido. Queremos acabar con eso que ustedes llaman La Hermandad, pensamos que es de donde se nutren las fuerzas de los partidos de ultraderecha.

—Él me habló —le interrumpí— sobre que entre vosotros había un traidor. ¿Cómo sé que no es usted el que le mató?

—No puede saberlo, únicamente debe creerme y apostar por que trabajemos juntos. No debemos fiarnos de nadie y, en este momento, ni de nosotros mismos.

—No me pone las cosas fáciles para que le crea y no son sus palabras muy esclarecedoras; es más, diría que me oculta cosas —le reprendí.

—Doménico, vivimos tiempos convulsos, en donde el terrorismo de ETA está haciendo jirones a nuestra endeble democracia. Este martilleo constante sobre las Fuerzas Armadas ha conseguido que elementos afines al régimen busquen pretextos para aniquilarla —repositó sus palabras, tomó un poco de pan y con los dedos cogió primero queso y luego jamón, los juntó y los llevo a la boca. Debía tener hambre, pues antes de echarse la botella de agua a los labios, repitió la escena dos veces. Como si el péndulo del tiempo se hubiera detenido, volvió a hablar—. Es muy importante que descabecemos «Su Hermandad» —dijo enfatizando sus últimas palabras.

—Le juro, sargento que no entiendo nada —le recriminé—, si le parece correcto, hágame una oferta clara sobre sus pretensiones y, por supuesto si mis amigos y yo gozaremos de inmunidad.

—No puedo darle en estos momentos lo que me pide, mis órdenes son claras. Es más, desconozco que tenga amigos implicados en los sucesos de Nochebuena. ¿O acaso debo entender por sus dudas, que la masacre no fue obra suya y del capitán Hermoso, sino que contaron con la ayuda de otras personas? —me aclaró Gamboa, al mismo tiempo que me lanzó una pregunta advirtiéndome, de forma subliminal, sobre mi torpeza por incriminar en los hechos a personas de mi entorno.

Entendí que debía evitar dar por supuestos hechos sobre los que él no había hablado y que prefería no tocar; aun así recelé, quizás fuese demasiado pronto para caer en una presunta trampa.

Permaneció en silencio, mirándome en espera de una respuesta. En su mirada percibí que me exigía que confiara en él.

—Debí explicarme mal, sargento Gamboa—le dije.

—Sí, eso creo. Escúcheme bien, Doménico, si quiere acabar con esta historia y limpiar el nombre de su padre, debe colaborar con nosotros. Olvide el nombre de sus amigos si los tiene, y en el supuesto de que los tenga, le aconsejo que los deje al margen.

Quedé dubitativo, expectante ante la nueva situación. Todo esto era nuevo para mí, me sentía débil y no sabía qué decisión tomar. Gamboa aceptó el reto y me ayudó a despertar de la catarsis en la que me encontraba sumido.

—Lo primero que debemos hacer es dejar las armas sobre la mesa. Eso sería una muestra de confianza, ¿no cree? —sonreí y asentí. Extraje la pistola semiautomática de doble acción que celosamente mi padre me regaló a través de Tina. Retiré el seguro y la guardé en la pernera del pantalón—. Te daré un número de teléfono, que deberás memorizar. El tuyo ya lo tengo. Fijaremos una contraseña y ¡nunca!, ¡nunca! —volvió a enfatizar sobre cada sílaba— me hables directamente del motivo que te impulsa a contactar conmigo, hasta que no te cerciores de que podemos hablar sin ser oídos.

En una servilleta me apuntó un número de teléfono y unas frases cortas. Entendí que sería la contraseña.

—¿Y si me niego a aceptar su propuesta?

—No lo hará, es demasiado inteligente para dejar pasar esta oportunidad. ¡Piénselo! Está demasiado implicado, juntos podremos con ellos.

Nos despedimos con un apretón de manos.

—No haga ruido. Manténgase de momento fuera de cualquier provocación. Antes de tomar decisiones relacionados con estos asuntos, llámeme. Daremos caza al traidor que mató al capitán Hermoso. Si acepta, pasará a formar parte de la nómina secreta del Estado. El Gobierno dispone de fondos reservados para este tipo de trabajos —me dijo al tiempo de irse.

Le vi marchar con paso firme y decidido. Entró Samael y antes de que hablásemos oí un carraspeo detrás suyo. Era Gamboa, nos miró y me echó una cajita pequeña. La cogí al vuelo.

—Era de él. Supuse que le gustaría tenerla.

Un momento, Gamboa —le dije sin soltar la cajita—Entregué al Capitán Hermoso una carpeta con numerosos documentos. Me consta que fue registrado su apartamento y no los encontraron. ¿Sabe dónde están?

—No, y esa pudiera ser una de las causas de su muerte. Por el informe forense sé que antes de morir fue sometido a tortura.

Marchó, y ahora sí le seguimos con la mirada, comprobando como abandonaba el restaurante. Pasados uno segundos puse a Samael al tanto de lo

convenido con el sargento Gamboa.

—¿No quieres saber qué hay en la caja? —me requirió Samael.

Me quedé mirándole y respondí.

—Sé su contenido.

Fijé una reunión para el día siguiente con los más representativos del grupo en el mismo lugar. Esa misma tarde fui a casa de Isabella, hablamos largo y tendido sobre el asunto y acordamos su presencia en la sombra. Ella haría mejor trabajo desde su puesto de juez.

Como no podía ser de otra forma, aproveché para hablarle sobre el pequeño Manuel; su expresión al ser preguntada dejó patente que era la primera vez que oía hablar del niño. Quedamos en vernos la noche de fin de año, lo celebraríamos en mi casa. Pensé que era una idea acertada, de esta forma mamá Vega se sentiría, dentro de su soledad, acompañada por aquellos a los que nos importaba. Sería una celebración discreta, sin jolgorio.

Nuria se quedó en la librería mientras Tina acudía a mi cita. También vinieron Berto y Anna Alcaraz. Dejé fuera a Julio Amaro, consideré que su estado todavía no le permitiría desplazarse desde Candeleda. Me sorprendió la lealtad inquebrantable de Samael hacia mi padre. Vino sin ser llamado.

—No estás invitado a esta reunión, ¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Los dos eran algo más que amigos. Este es mi sitio, no puedes apartarme —dijo, reprochándome el que no hubiera contado con él.

Nuestras miradas se encontraron de frente, sin titubeos. Aquel rostro de hombre duro que vi el día que le conocí, comparado con el de ahora parecería el del mismísimo Bamby. Era la suya una mirada acerada, intimidante, no parpadeó ni un instante.

—De acuerdo, quédate —le dije.

Pensé, en que algún día le pediría que me contase desde cuándo, y por qué, tenía relación con los dos ausentes.

Hablamos y discutimos sobre la conveniencia o no de fiarme de Gamboa. En todos adiviné el mismo deseo de venganza, coincidimos en que no teníamos ningún sospechoso. Decidimos mantenernos en alerta y colaborar con Gamboa. Era de todas las soluciones la menos mala.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Berto.

—No haréis nada. Estaremos vigilantes. Procuraréis no acercaros por la librería. Tina y yo continuaremos con la tapadera. Tú, Samael, no te despegarás de Isabella.

—¿Y yo? —preguntó Anna.

—Tú te vendrás conmigo a dar un paseo, me tienes que poner al día en muchas cosas de Salvatore que desconozco.

Capítulo 2

Las Actas

“La única persona que necesitas en tu vida, es aquella que te demuestra que te necesita en la suya”.

Oscar Wilde

Entre Anna y yo había nacido un alejamiento manifiesto. Nuestro silencio sobre mi ruptura con María podría justificarse en lo rápido que acontecieron los actos deleznable de Ticio y su gente, que impidieron abordar el asunto con frescura y sin reproches.

Yo no era ajeno a que ella ocupó mi lugar en el lecho, junto a María; desconocía si también me sustituyó en su corazón. Apenas transcurrió un mes desde la noche en que participé en aquella orgía de amor con María y una mezcla de liberalismo sexual con Anna. Aún se repetían en mi cerebro las imágenes de Anna vestida de «domina», golpeando con una fusta a María. No podía oponerme a algo que libremente aceptaban las dos y que las conducía a momentos de placer sublimes. Indescriptibles, según ellas, para los que no somos capaces de entenderlo.

En mi interior no existían muestras de arrepentimiento por haber dejado a María sola lamiéndose sus heridas, y yo hice lo propio. Mi decisión por abandonar la situación creada, antes que luchar contra algo que iba en contra de mis principios, entendía que era acertada.

Según mi convicción, las heridas provocadas por una ruptura amorosa en la que el corazón se te desgarró hecho jirones no se curan por mucho que reemplaces al ser amado por otra persona. En estos casos es mejor dejar que el tiempo las cicatrice; él es ese juez impasible que todo lo restaura dejando a cada cual en su lugar.

Decidí romper el silencio y abandonar, de una vez por todas, las

trincheras de los recuerdos encerrados en las mazmorras de mi mente. Recuerdos sobre lo que pudo ser y no fue.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunté, tratando de espantar el azoramiento que me oprimía la garganta.

—¿Quién? —respondió ausente y con desgana.

Amagué con una sonrisa envenenada, me contuve. Al fin y al cabo, ni me miraba.

Sin disponerlo, encaminamos nuestros pasos hacia el que sería mi hogar en la calle la Plata. Paramos ante la puerta principal, estaba abierta. Desde fuera se podía ver el trajín de una brigada de obreros que, al igual que las hormigas, se movían cada uno para un lado sin chocar con el otro. Al fondo se encontraba el maestro de obra dando instrucciones a cualquiera que tuviera a mano.

—María. Te pregunto por María — retomé la conversación. Me miró haciendo un mohín, en el que pude vislumbrar su desagrado por la conversación que habíamos iniciado, y sin dejar descansar su mirada de desprecio hacia mí, añadí—: ¡Déjalo!, no me respondas, a fin de cuentas, es un problema que solo nos incumbe a ella y a mí.

—Por supuesto —convino.

—Ya hemos llegado —afirmé.

—Pensé que deseabas consultarme sobre cuestiones legales y no las concernientes a tu bragueta —terció con verdadero afán por herirme.

Tragué saliva y guardé silencio. Di por perdido encontrar en Anna cualquier atisbo de ternura, al menos de momento, que fuera más allá de la lealtad que nos debíamos.

—Estás en lo cierto, no debemos tocar los temas personales. Seré testigo mudo y ciego de lo que ocurra en su alcoba. Mi espíritu vagará en silencio entre sus sábanas.

—Guarda tus poemas para mejor ocasión, para este viaje no necesitas cargar con alforjas repletas de frases de don Juan venido a menos.

No necesitó mirarme para lanzar, por mi tibieza en el asunto, una nueva salva con balas certeras, representadas por el más fino, sutil y canibalesco lenguaje, como lo hiciera siglos atrás Quevedo con Góngora, y viceversa.

Recordé cómo los troyanos condujeron la muerte hacia su propia existencia paradisiaca. Fue su confianza la que los destruyó, aceptando el regalo envenenado, en forma de caballo de madera, que le ofrecieron los griegos. Nunca sabremos qué hubiera ocurrido en el Olimpo si Homero, en vez de ciego, hubiera sido sordo.

Por momentos utilicé esa metáfora en mi vida, en la cual Anna representaba al caballo que con astucia ideó Ulises, y yo a Príamo, en calidad de hombre confiado que no dudó en empujar el regalo de los griegos para ofrecérselo a los dioses. En este juego maquiavélico, María representaba al Olimpo en pleno. Mi regalo fue mortal para nuestro amor. Anna, a la que no guardaba rencor, me arrebató a mi amada, del mismo modo que Paris hizo con Helena, apartándola de Agamenón, y yo tuve que salir en busca de mejor ocasión para taponar las hemorragias de mi corazón.

No pude por menos que traer a mi memoria aquella frase que reiteradamente a lo largo de los años, me decía mamá Vega: «*En mi casa metí un huésped, él se quedó por dueño y yo por despedido*».

Fue Anna, con un chasquear de dedos, la que requirió mi atención para que regresara al mundo de los mortales. Mi mente abstraída volvió al lugar en el que mi cuerpo permanecía estúpidamente de pie.

—¿Y bien? Me dices algo o me marchó, tengo muchas cosas que hacer.

—Sí —le dije, recuperándome del viaje que por momentos emprendí, quizás a Ítaca—. Quiero que me des una relación detallada de todas las propiedades que Salvatore dejó a mi nombre. También quiero tener conocimiento de los posibles testamentos que hubiere y confirmación de los saldos de los bancos.

—¿Una relación o los documentos oficiales?

—Ambas cosas.

—Salvatore confiaba plenamente en mí, ¿acaso tú no lo harás?

—No me debes fidelidad. Presumo que cuento con tu lealtad, otra cosa no te puedo exigir —ya me sentía mejor de los golpes propinados, ahora era yo el que controlaba y pegaba. Sin despedirme de ella le di la espalda y me dirigí hacia el jefe de obras, dejándola aturdida. Oí el taconeo de sus zapatos, al marcharse, por el empedrado de la calle. Me volví y le dije—: Sí. Yo también confío en ti, serás mi arma legal.

El contratista me mostró el avance de las obras, quedé maravillado al contemplar el patio central. Hasta esa mañana nunca antes había hablado con él.

—Buenos días, señor —me dijo sonriente al estrechar mi mano—, soy Ángel Sánchez, le acompaño en el sentimiento.

—¡Ah! Gracias —respondí algo desconcertado. Aunque no debía extrañarme, puesto que apenas hacía una semana que enterramos a mi padre. En Toledo, en Castilla, estos asuntos se guardaban con celo, y era como si el tiempo no hubiese pasado. Las costumbres se mantenían, y aunque no te conocieran, y tampoco al difunto, el vulgo se te entregaba con frases hechas—. ¿Cómo van las obras? —le pregunté por no entrar en una conversación que me daba se podría producir. Entendía yo que su siguiente pregunta sería al tenor de: ¿Han cogido a los asesinos?, o algo parecido.

—Vamos cumpliendo los plazos. La parte de arriba ya está terminada, como puede ver estamos trabajando en el patio central.

—Me gusta —le dije.

—He pretendido hacer una copia de la plaza Mayor de mi pueblo. Es un patio con vida.

—¿No le parece un poco indiscreto?

—No, señor. Es su casa y se supone que todos los que aquí moren serán su familia o invitados de postín. Por tanto, no pasará nada porque la vida transcurra aquí abajo, aunque desde el pasillo de la primera planta y viceversa se vean todos los que por ella pasen.

—Me parece una corrala. ¿De dónde es usted?, por curiosidad.

—De Almagro, señor.

—Precioso pueblo —respondí.

Entre escombros logramos encontrar un hueco por donde acceder a la planta superior. Recorrimos, una a una, todas las estancias. Al llegar a la que sería mi alcoba, me vine abajo, la tristeza me embargó. Pensar que aquello con lo que soñé sería imposible de llevar a cabo me sucumbió, y un gran desconsuelo

me dominó, y sin mediar palabra me dirigí hacia las escaleras con el único fin de huir de una realidad patente. Entonces deseé abandonar ese lugar lo más rápido posible.

El hombrecillo de ojos azules, tan claros que su mirada producía inquietud, me siguió dando saltos. Del mismo modo que las cabras sorteaban los riscos, así lo hizo él sobre un manto de cascotes, espuertas, palas y demás obstáculos que puedas encontrar en una obra. Mejor conocedor que yo del lugar en el que nos encontrábamos, antes de que me diera cuenta estaba delante de mí impidiéndome la salida.

—¿Qué ocurrió, señor Doménico? No puede irse sin explicarme lo que le ha ofendido.

—Tus ojos. Me ofenden tus ojos.

Se quedó mirándome, turbado, con gesto de no saber que le quería decir.

—¿Mis ojos? ¿Qué les pasa a mis ojos?

—Dan miedo, es un azul de muertos. Quítese de en medio. Déjeme pasar y avíseme cuando esté todo terminado.

Se echó a un lado, dejándome franca la salida. Giré hacia la calle Alfileritos, con la intención de pasar por la librería cuando, a gritos, el hombre de ojos azules como el hielo de un glaciar, llamó mi atención:

—¿Y la cochera, qué hago con la cochera!? En el sótano he encontrado cosas raras, si las ven los de Patrimonio cerrarán la obra.

¡Joder!, ese tío parece gilipollas o es muy listo, me dije. Paré en seco. Volví sobre mis pasos. Le hice un ademán para que callara y me siguiera, entré por la puerta que daba acceso a lo que sería la cochera. Me volví y le cogí de la pechera, apretándolo contra la pared, al mismo tiempo que lo levantaba separándole los pies del suelo.

—¿Eres tonto o te lo haces? Dime, ¿qué pasa con la cochera? ¿Qué era eso que has encontrado y vociferado, para que me tiren la casa abajo?

—Se fue muy rápido y no me dio tiempo a contárselo. Creí que era una cosa muy importante.

Le solté y dejé caer, una vez se repuso me contó que había encontrado en el sótano ánforas, vasijas y muchas cosas más.

—¿Quién más lo sabe? —inquirí.

—Un peón y yo. Al peón le he cambiado de obra para que no cuente nada.

—¡Te diré lo que vamos a hacer! Vas a cerrar la entrada al túnel, pero dejarás una trampilla para poder acceder sin problemas. No lo comentarás con nadie y, a cambio, yo te premiaré tu trabajo y tu silencio. ¿Me has entendido?

—Por supuesto, me ha quedado muy claro —respondió.

—Y si no obtengo tu lealtad, mejor que desaparezcas de la faz de la tierra.

Me dispuse a irme y el muy capullo va y me dice:

—Pues ahora que lo pienso, parece usted muy joven para ir matando gente por ahí. ¿No le parece?

—No me pongas a prueba y guárdate la ironía para cuando vayas a tu pueblo.

—No se enfade, hombre, era una broma para espantar el miedo que me ha infundido.

—Pues ándese con cuidado con sus sarcasmos fuera de lugar y úselos con sus amigos.

Ganas me dieron de propinarle un bofetón por imbécil, a nadie en su sano juicio se le ocurre vociferar los descubrimientos que ha hecho en la galería del sótano.

—¿Y con la cochera qué hacemos?

—¿Qué ocurre con la cochera? —le pregunté un poco alterado.

—Nada, que su padre, ¡queengloriaesté! —soltó de corrido, al mismo tiempo que hacía el signo de la cruz—, me dijo que la hiciera lo más grande que pudiera y no sé si usted la quiere grande o normal.

—Hágala como le dijo mi padre y ahora, por favor, si no le importa, tengo cosas que hacer. ¡Ah! Y coloque de una vez el blasón en la fachada, no se vaya a romper. Y lleve cuidado, es de un gran valor para mí. Le miré por última vez esperando una respuesta afirmativa en su mirada.

Me encaminé hacia la librería. Apenas traspasé el umbral cuando Tina me hizo una señal, indicándome que me acercara. Por la expresión en sus gestos advertí que teníamos un problema. Me puse en guardia y, en cada paso que di, miré con recelo a todas las personas que en esos momentos estaban en el local.

A veces me preguntaba si no resultaba paranoico por mi parte ser tan exhaustivo en extremar la vigilancia. Quizás si Salvatore, o el mismo Pedro Hermoso, hubieran sido más cautelosos y menos confiados, hoy estarían vivos.

Con prudencia me aproximé hacia el mostrador tratando de visualizar cualquier movimiento sospechoso en la librería. Tina arqueó las cejas y movió la cabeza, señalando hacia una parte de la librería oculta por unas estanterías. Sigilosamente me acerqué al lugar hacia donde me enfocó con sus señas.

Con precaución me detuve al ver a dos hombres figoneando entre libros. Con la mano derecha me cercioré que llevaba enfundado el cuchillo a la espalda. Noté un hueco entre los libros por el que habían espiado todos mis movimientos desde que entré en la librería.

Uno de ellos me miró fijamente; sonrió con aires de triunfador. El otro permanecía de espaldas. Vestían de paisano. Olor a sudor, zapatos sucios. El que tenía de frente, a través del abrigo, dejaba entrever la culata de un revólver.

El otro, ante el ruido del silencio cortado por la dificultad al respirar de su compañero, se giró. Pelo negro lamido hacia atrás, dejaba al descubierto una frente amplia, nariz picuda y ojos negros ocultos por lentes redondas.

Sonreí al verle, no porque me agradara su presencia, sino por la cara de pájaro que tenía. Sus diminutos ojos y el pico largo conformaban el mejor retrato caricaturesco que se le podría hacer a cualquier ave rapaz. Me pareció ver en él la fusión humorística habida, tiempos atrás, entre Góngora y Quevedo.

—¿Puedo ayudarles en algo? —me ofrecí al acercarme.

Me miró despectivamente, y con voz de pito se presentó, con un marcado acento andaluz:

—Soy el capitán de la Guardia Civil, Eliot Roldán de la Vega —me dijo, moviendo los labios para que un minúsculo bigote, bien perfilado, le rozara en la nariz. Ese pequeño rasgo denotaba que era un pájaro a tener en cuenta; desde siempre, tan Benemérito Cuerpo se caracterizó por la exuberancia del mostacho en sus hombres. Berto siempre me dijo que a aquellos que dentro de un grupo se

les permitía romper la armonía del mismo, era porque escondían ciertos poderes.

—Sé quién es —le repetí, como hice días atrás con Gamboa. A su lado, el otro hombre hubiera pasado inadvertido si no hubiera sido porque al oírme se puso en alerta, dejando el libro que ojeaba, para dar cobertura a su jefe—. ¿Puedo ayudarles en localizar algún libro? —reiteré mi pregunta con una sonrisa más falsa que una peseta de cuero.

—No vengo en busca de esa información —echó mano al interior de la gabardina tipo Colombo que llevaba puesta, y extrajo una fotografía. Me la mostró y me pidió que le dijera si conocía a la persona que en ella aparecía.

—Sí, le conozco —no quise negarlo, entendí que tendría pruebas suficientes que acreditarían, por algún medio, nuestra relación. Lo que tenía claro es que no le facilitaría muchos más datos.

—Le pediría que nos acompañara voluntariamente.

—¿Acompañarles? ¿Adónde? —fruncí el ceño en señal de desconfianza.

—A su vivienda, para que nos ayude en algunas pesquisas que estamos siguiendo —intervino el acompañante del capitán Eliot, al que no le gustó, por la mordida de labios que se dio, que su adlátere interrumpiera nuestra conversación.

—¿A mi vivienda? ¿Y qué esperan encontrar en ella? —respondí, fingiendo no haberme enterado de si querían ir a mi casa o a la de Pedro Hermoso.

—¡Oye!, conmigo no vayas de listillo —me dijo cogiéndome del brazo. No tiré de él, mas sí lo tensé, y le miré con los dientes apretados. Debió notar la fuerza de mi musculatura al sujetarle por la muñeca.

—Déjate de juegos de palabras. Sabes de sobra que nos referimos al domicilio del capitán Hermoso —atajó Eliot.

—Será un placer colaborar con la Guardia Civil, aunque creo que pierden el tiempo, nuestra amistad no es profusa ni profunda como para que yo les pueda ayudar en nada. Mejor hablen con él.

Como si les hubieran dado con un cable de alta tensión, al unísono, en las partes delicadas de sus entrepiernas, ambos intercambiaron miradas. Percibí que mi comentario les pudo dejar fuera de juego por un momento. Entonces, sin más dilación, el capitán Eliot procedió a mostrarme el resto de fotografías que al

inicio evitó exhibirme. En ellas aparecía el cadáver del que fuera camarada de mi padre. Respiré profundamente y continué tratando de jugar al despiste.

—¿Es él? —pregunté sorprendido.

—Sí —terció el hombre que acompañaba a Eliot—. ¿No sabía que había muerto?

—No. ¿Acaso debería saberlo? Ya les he dicho que le conocía, solo eso.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que nos estás ocultando algo —dijo el hombre de semblante circunspecto, sin pestañear, retándome con su mirada, a la cual respondí con otra tan intensa o más que la suya.

—¡Dejémonos de cháchara!, te vienes con nosotros —terció Eliot con voz de mando.

—¿Es un arresto, capitán? —pregunté de forma inquisitoria.

—No. De momento es una cooperación voluntaria, para que nos ayudes a encontrar ciertos documentos que tú, o alguien próximo a ti, le entregó al capitán Pedro Hermoso y que han desaparecido.

—Supongo que tendrán una orden judicial —oí detrás de nosotros la sensual voz de Anna Alcaraz, aunque me temo que esta ocasión a ninguno de los tres nos pareció cargada de erotismo, más bien al contrario.

—¡Vaya!, llegó la caballería a salvar a su indefenso cliente —respondió Eliot bastante enojado.

—¿Y bien? —repreguntó Anna sin inmutarse, ante los comentarios y exabruptos que soltaron ambos guardias civiles.

—Volveremos con la maldita orden.

—¡Perfecto!, les estaremos esperando —replicó ella.

Pasaron junto a mí, ignorándome; en el camino se quedaron las miradas clavadas de los unos en las de los otros, cargadas de inquina. En tan reducido espacio, como el pasillo de una librería, supieron crear una atmósfera hostil y nada positiva para el acontecer de futuros movimientos.

Pensé que debería fiarme de Gamboa y que la visita de Eliot era un hecho aislado fuera del control policial. Decidí acompañarles a hacer la inspección requerida e intentar encontrar alguna pista que me condujera al lugar en el que

Pedro Hermoso pudiera haber escondido las actas. La rápida aparición de Anna evitó que me pronunciara sobre si yo entregué a Pedro la carpeta con las actas.

Antes de abandonar la librería, tomé a Anna del brazo para que me siguiera y les hablé:

—Capitán Eliot, les acompaño voluntariamente si ella viene conmigo.

Guardaron un breve silencio y asintieron.

—Si me disculpan un momento, tengo que hacer una llamada. Enseguida estoy con ustedes —les dije.

Me dirigí con Anna al otro lado del mostrador en el que estaba Tina. Tomé el teléfono y llamé a Gamboa; pasados los primeros compases de nerviosismo, acuciados por mi olvido de la contraseña que me dio, y que tuvo que ser él el que me ayudara a recordarlas, le expuse sucintamente lo que estaba ocurriendo. Dejé el teléfono y observé cómo, a pesar de la tensión, Anna y Tina se cruzaban miradas de complicidad. Algo dije que debió hacerles gracia.

—Llama a Isabella y ponla al tanto —pedí a Tina—. ¡Ah! Gracias por llamar a Anna y pon esto a buen recaudo.

—¿Quién te ha dicho que ha sido ella? —refutó Anna, aún sonriendo.

—Lo sé, hay cosas que se saben y no tienen explicación —les dije sonriendo—. ¿Nos vamos?

—¿De qué te ríes? —pregunté a Anna mientras nos dirigíamos al coche en donde nos esperaban los de la Benemérita.

—De tu conversación con Gamboa; no sabía decirte si te parecías más a Gila o a los audaces Mortadelo y Filemón.

—¡Qué *japuta* estás hecha! —exclamé—. ¿Amigos de nuevo?

—Que yo sepa nunca dejaste de serlo. El cerebro de tu bragueta te pierde.

Ambos nos reímos y la camaradería volvió, de momento. Afuera, en la acera de enfrente nos esperaban, de pie junto a un coche, Eliot y su acompañante.

Ellos montaron delante, Eliot tomó el asiento del copiloto. Cruzamos por debajo de la Puerta de Bisagra y nos dirigimos hacia el Hospital Tavera. No

hubo conversación en el trayecto, el conductor estudiaba con profesionalidad, a través del espejo retrovisor, los posibles movimientos que pudiéramos hacer Anna o yo.

Cruzamos la avenida del Cardenal Tavera para tomar una calle pequeña a la derecha. Eso me infundió tranquilidad. Desde el primer momento en que decidí acompañarles de forma voluntaria, temí que pudieran darnos un paseíllito y dejarnos en cualquier lugar. Tomé la decisión de involucrar a Anna en la peligrosa travesía porque ella podría ser garante, sin saberlo, de mi vida. Pensé que sus desmanes no serían tan insensatos como para eliminarnos a los dos de golpe.

Apenas unos metros paramos en la calle Trinitarios.

—Es aquí. ¡Bajad! —nos ordenó Eliot, haciendo él lo propio.

Era una casa antigua de dos plantas. No había luces en la escalera, las paredes estaban mugrosas y desconchadas, los escalones estaban sucios y pegajosos. Se abrió la puerta del bajo. Asomó un señor mayor, enjuto, gafas sujetas con una goma y pegadas por el puente, con lentes de gran aumento sucias. Rodeaba su cuello una bufanda de cuadros a juego con unas zapatillas raídas por la punta que mostraban las penurias económicas de su portador y, quién sabe si no también, su vida miserable. Los pies los cubría con calcetas, y dentro de ellas, apretujados, había metido los perniles del pijama.

—¡Eh! ¿Adónde van? —Gritó el hombre de pelos largos, canosos y revueltos, con más fuerza en la voz que en cualquier parte de su decrepito cuerpo, aplicada más para recordarse a sí mismo lo que fue, que para conseguir su malogrado fin, que no era otro más que el de amedrentar a los violadores de su intimidad.

A su orden todos nos volvimos. Al reconocer a Eliot o a su acompañante, sin mediar palabra, retrocedió como alma que lleva el diablo y cerró la puerta. Con tanto miedo lo hizo, que no se percató que el cinturón de la bata quedó prisionero entre la puerta y el marco.

La comitiva continuamos hacia arriba. Nos detuvimos en la primera planta. Solo había una puerta cochambrosa de madera vieja con cuarterones.

—¡Abra, Jacinto! —requirió el capitán Eliot a su acompañante. Al instante este sacó una llave de un bolsillo de su zamarra. La llave era de esas antiguas de hierro que te rompían el paño de los bolsillos.

Una vez dentro, aquello parecía más un campo de batalla que el lugar en donde alguien hubiera querido establecer su zona de descanso. Recordé que Salvatore me contó que le hicieron un registro a Hermoso y le desperdigaron todo por el suelo.

—¿Qué quieren que haga? —pregunté a ninguno en concreto y a los dos al mismo tiempo.

Ante nosotros, quietos a la entrada del salón, se nos ofrecía la visión del resto del apartamento. Una habitación vacía; en la otra, una cama de madera con el colchón abierto en canal, con toda la borra expandida por el suelo. En el baño, tirada y partida en pedazos, la tapa de la cisterna. Los pocos utensilios de loza o vajilla aparecieron desparramados por doquier o amontonados con restos de comida putrefacta. No había cuadros en las paredes. Dos sillas y una mesa. Anna y yo nos miramos e intercambiamos información únicamente con gestos faciales cómplices.

—Busque, mire, por si algo le llama la atención —respondió el guardia que atendía al nombre de Jacinto.

No me quise mover de la baldosa que ocupé nada más entrar. Eché un vistazo rápido, aquello era nauseabundo. Me llamó la atención una bolsa abierta con frutos secos, recordé que Pedro era alérgico a ellos. La curiosidad hizo que me moviera hacia la cocina, tomé una nuez y la probé, estaba rancia, hurgué con el dedo y sorprendentemente en su interior hallé una llave pequeña de candado.

Eliot me siguió; acechó mis movimientos de manera atosigante, no le importaba que me percatara de su abrumadora vigilancia, al contrario, creo que disfrutaba creyendo que me ponía nervioso. Le hice creer que mostraba interés por el interior del horno. Los fogones no se podían tocar por miedo a quedarte pegado en la grasa pringosa que se había ido depositando con el tiempo. La limpieza brillaba por su ausencia. Aparté la botella de butano.

Tal y como había previsto, Eliot abandonó su presencia en la mesa y me siguió. Le pedí que me echara una mano para sacar la botella del recinto donde van colocadas. No dijo nada, solo me miró y entendí que rehuía cualquier movimiento solidario con el que se pudiera manchar.

En ese instante se oyó como alguien intentaba abrir la puerta desde el otro lado. Eliot se apartó de mí y nos indicó guardar silencio. Ambos desenfundaron sus armas. Reprodujeron señas propias de la jerga policial, y cada uno adoptó una posición distinta.

—¿Quién está ahí? —se oyó desde el otro lado.

Estos callaron y retiraron el seguro del arma dispuestos a disparar.

—¡Somos la Guardia Civil! —grité yo, al reconocer la voz de Gamboa y temer que los de dentro dispararan y allí se liara la de Dios es Cristo, si se me permite la licencia.

Eliot me miró, si hubiera podido echar fuego por los ojos me habría quemado vivo. Todo fue rápido, colocaron el seguro y volvieron a enfundar.

Abrieron la puerta y apareció Gamboa con otro hombre.

—¿A qué habéis venido aquí? —preguntó muy enfadado Eliot.

—Recibimos una llamada, mi capitán —aclaró Gamboa.

Después dirigió una rápida mirada de indiferencia hacia nosotros y repreguntó, sin atender a los desaires recibidos segundos antes por el que era su capitán:

—¿Y estos qué hacen aquí?

—No creo que deba darte explicaciones —zanjó Eliot con muy mal encare.

Gamboa no solo fingió no conocerme sino que además nos miró despectivamente. Agradecí que acudiera sin dudarle a mi llamada, su presencia me alegró y desde ese momento di por buena nuestra colaboración.

Respecto de ellos, demostraron con sus toscas miradas que no tenían la menor sintonía. Fue Eliot el que le dijo:

—Como puedes ver, tu anónimo confidente te ha dado una pista falsa.

—No tanto. Nos dijeron que habían oído ruidos en el piso y que habían visto a gentes raras entrar en él y estaban en lo cierto. No por usted, mi capitán.

Eliot no se dio cuenta, ni tampoco su compañero, de que Gamboa se había inventado la supuesta denuncia anónima. En cambio, sí se percató del sarcasmo del sargento.

—Deje de tocarme las narices, sargento, y váyanse. A buen seguro estoy de que tiene cosas más importantes que hacer que las de entorpecer una investigación.

—A sus órdenes, mi capitán. Vámonos, Barraión —le dijo al hombre alto y delgado que le acompañaba, demasiado metido en el papel de policía secreta. Vestía zapatillas de deportes, pantalón de chándal y un anorak de colores vivos, con la barba rala de varias semanas. Daba más imagen de yonqui de medio pelo que de agente de la Guardia Civil.

—Nosotros también nos vamos, aquí no hay nada que ver —sugerí yo.

—Aquí, quién manda soy yo. Quien dice quién se va o se queda, ¡soy yo!, ¿se entera? —gritó iracundo el capitán Eliot, espurreando saliva sobre mi cara.

—¿Acaso estamos detenidos, capitán? Le recuerdo que mi cliente ha venido voluntario, si quiere detenerlo tendrá que tener algo más sólido que un mero cabreo. Creo que por no tener no tiene ni tan siquiera indicios y eso usted lo sabe. Esto ha cambiado, no es como años atrás. Vivimos en un periodo constituyente, la gente tiene derechos y por capricho, por cuestiones de tan poco calado, ya no se puede retener a nadie sin autorización de un juez. Dígame, capitán, ¿cómo piensa justificar nuestro secuestro ante el juez de guardia? —refutó Anna abriendo los ojos de par en par, mirando desafiante a Eliot Roldán.

Como si necesitara que le corroborara todo lo dicho, aguardó una respuesta del capitán o un simple gesto, y se mantuvo firme mientras tanto, con la cabeza en arrogante ademán.

Una tensa niebla de testosterona reprimida dentro de las calzas de los allí presentes, envolvió el ambiente. Hasta que se oyó:

—¡Maldita zorra! —masculló el hombre de baja estatura escondido dentro de una zamarra de piel de borrego.

—¿Qué has dicho? —le increpé, yéndome hacia él.

No se amilanó y muy gallito dio un salto poniéndose delante de mí; forcejamos, nos tanteamos como dos bravos toros. Nos separaron. Los dos decidimos dejar para mejor ocasión la disculpa del otro.

—Mejor, váyanse, ya les llamaremos si les necesitamos, y usted guárdese sus bravatas jurídicas, señora —zanjó Gamboa, poniéndose entre Jacinto y yo.

Anna me tomó del brazo y tiró de mí hacia la puerta. Entonces se oyó la voz inconfundible de Eliot:

—Un momento. No se mueva o, mejor dicho, dese la vuelta despacio y

saque la bolsa de frutos secos que ha cogido de la cocina. Queda arrestado por destrucción de pruebas de un crimen —Anna y yo nos miramos sin entender nada; Gamboa miró estupefacto a su capitán por la gilipollez que acababa de oír. La orden que había dado Eliot parecía sacada de una viñeta de Mortadelo—. ¡Barrajón!, ¡Jacinto!, registrenlo si se niega a colaborar —prosiguió dando órdenes.

Arqueé las cejas y mostré media sonrisa, cerré los puños con rabia contenida al mismo tiempo que le dije:

—No me puedo creer que sea tan estúpido, capitán. Ese truco es muy antiguo y no dejaré que ninguno de sus hombres me toque. Así que quietecitos con las pistolitas que yo solito desnudaré mis bolsillos y, si no es suficiente, haré lo mismo con mi cuerpo.

Vacíé el contenido de mis bolsillos sobre la mesa de la cocina: llaves, caramelos, monedas, un pañuelo blanco de algodón con las iniciales «SA», una cartera del bolsillo interior y una pequeña agenda.

La cara de Eliot, tornó a un color pálido, luego cambió a rojo. Sus pequeños ojos parecieron querer salir de sus lejanas órbitas, la fina y aguileña nariz cambió de forma por el bufido que pegó.

—¡No me toques los huevos! ¿Dónde está la bolsa de frutos secos?

—Capitán, con el debido respeto, si me permite —habló Gamboa.

—No te permito ¡NADA! —masculló Eliot.

—Si por lo que pregunta es por una bolsita que había sobre la mesa, con frutos secos rancios, la tiré a la basura —dije de forma socarrona. La tez debió cambiarme a una apariencia de felicidad, por saber que había conseguido sacarle de sus casillas.

Se dio la vuelta, buscó con la mirada de un loco furibundo el cubo de basura y lo pateó. Lo pateó hasta tres veces; los panchitos y nueces volaron juntos en busca de la pared, chocaron y quedaron esparcidos por toda la cocina. El desorden y la suciedad era la nota predominante, por lo que el contenido del cubo no afectaría demasiado al entorno.

Eliot se quedó atrapado en sus pensamientos de espaldas a nosotros, permaneció inmóvil durante unos minutos interminables. Seguro estaba yo de que sus diminutos ojos, de aceituna arbequina, estaban fijos en la nada. Gamboa

se acercó a él y le susurró algo al oído. El capitán movió la cabeza asintiendo, apeándose del éxtasis en que se había sumido. No digo que, estuviera avergonzado por el ridículo de su actuación; presumo que a esos niveles es difícil bajarse de la burra del orgullo y la prepotencia que les confiere el cargo, pero sí que estaría repasando en qué momento cogí la bolsa y la eché a la papelera. Entonces el sargento Gamboa nos dijo:

—Pueden marcharse. No se vaya de la ciudad, quizás le necesitemos para que nos haga una declaración formal. Pura rutina —apuntilló.

Salimos del piso en el que presumiblemente torturaron a Pedro, e incluso puede que lo mataran allí. ¿La causa? Las malditas actas de constitución de La Hermandad del Alcázar.

Recuerdo que fue él quien me convenció para entregarlas, en ese momento tenía razonables dudas sobre un final feliz para los perseguidos por La Hermandad. Según su teoría, las actas implicaban a sus fundadores. Presentía que aquellos que formaron parte de su constitución se habían ido incrustando en el poder, pasando de las Cortes Generales, del régimen franquista, a diputados o senadores, de la nueva organización democrática.

Traje a mi memoria lo que Pedro Hermoso me dijo en una reunión:

—Atiende bien a lo que voy a decirte: esta gente peleará por no ser descubiertos ni apeados de las poltronas a las que se han ido subiendo; el asesinato, la extorsión, de aquellos que pudieran denunciarlos, no les supondrá ningún inconveniente.

—¿En qué piensas, que vas tan callado? —me interrumpió Anna, rescatándome de mis pensamientos.

—Creo que lo hicieron en este piso y luego lo montaron en su coche para hacernos creer que fue un accidente. También que Pedro no vivió aquí.

—¿Por qué crees eso?

—Permíteme que te responda por partes. Habrás observado que el piso estaba hecho un asco; aun así, se podía ver al trasluz, en el centro del salón, una parte más limpia, como si hubiera habido una alfombra y la hubieran retirado.

—La suciedad reinante era evidente —respondió Anna, para a continuación preguntarme—: ¿Crees que lo mataron en el salón y se lo llevaron envuelto en una alfombra? Te confieso que no me percaté de ese detalle.

—Sí, estoy seguro. Lo echaron sobre una alfombra o en un paño de plástico. No vi manchas de sangre por el suelo, y por el estado de suciedad manifiesta en el que se encontraba todo el piso, dudo que cogieran una fregona.

—Ya. ¿Y por qué dices que no vivía en este piso cochambroso?

—Recuerdo cómo mi padre me contó que el capitán Hermoso siempre llevó una vida austera. Era pulcro, jamás le vi mal aseado. Dormía en el suelo sobre una especie de tatami. No tenía cama. A la vista de cómo se encontraba el piso, era evidente que él no vivió allí y, por último, en el único armario no había ninguna prenda suya.

Guardó silencio y se metió las manos en los bolsillos del abrigo. Hacía frío, una pertinaz niebla se había apoderado de la ciudad y no terminaba de irse. Caminamos en dirección a la librería, al pasar a la altura del hospital de Tavera, se paró en seco.

—¡Qué cabrón! ¿Pero cómo coño lo has hecho? —me dijo sorprendida, al mismo tiempo que me mostraba una llave pequeña con un papel pegado con cinta celo —¿Era esto lo que buscaba el capitán?

—No, él no sabe de su existencia. Me vio tocar la bolsa de frutos secos y al no verla en su sitio receló, y sospechó que yo pudiera haber dado con alguna pista. Cuando llamó Gamboa hice el cambio, la saqué de la bolsa y la introduje en tu bolsillo. Sospeché que me registrarían y en otro descuido la eché al cubo de basura. El resto ya lo sabes.

Miré hacia atrás por ver si éramos espiados. No se veía nada más allá de tres metros, por lo que extendí la mano para que me diera la llave. Era tal la niebla, que desde el cielo únicamente se ve de Toledo la aguja de la torre del campanario de la Catedral, y en ella se sientan los ángeles guardianes de la ciudad aprovechando que nadie los ve.

—Lleva una nota, ¿la habías visto? —observó Anna.

—Sí —respondí al mismo tiempo que leía con dificultad, por lo pequeña que era la nota escrita a mano, en alta voz—: Clavería.

Me quedé mirando a Anna, tratando de adivinar el nuevo jeroglífico que

se nos presentaba. Le di vueltas a la llave, leí varias veces la letra del rótulo.

—Me pregunto, ¿Qué significa Clavería? —dijo Anna.

—Era evidente que Pedro temió que algo así pudiera ocurrir y ocultó las actas en alguna taquilla de consigna que suele haber en las estaciones de tren o de autobús, incluso pudiera ser de algún aeropuerto.

—Sí, ¿pero de cuál? —repreguntó.

—Eso es lo que tenemos que descubrir. Y la pista es, Clavería —zanjé.

Nos despedimos, me dijo que tenía que ir a Santiveri. No le pregunté a qué se refería y, si ella no me aportó más detalles, consideré que no lo creería de mi incumbencia.

Al llegar a la librería me encontré en la puerta con Tina y Nuria, la chica del videoclub. Miré el reloj y me sorprendió lo rápido que pasa el tiempo.

—¡Jefe! —dijo con descaro Nuria—. Estamos en Navidad, bien podría invitarnos a tomar algo.

Tina la miró por la poca sutileza que había mostrado, hice un gesto para que no le dijera nada, pero fue tarde.

—No hace ni tres días que ha enterrado a su padre y quieres que vaya de juerga. ¿En qué estás pensando?

—No importa, Tina. Es más, creo que no pasa nada porque tomemos esa cerveza. Vayamos a la plaza de la iglesia de Santiago. Invito yo —les dije.

Y así lo hicimos. En mi mano cerrada llevaba guarecida la llave y, aunque ellas me hablaban, mi único pensamiento estaba en averiguar el significado de la palabra manuscrita y de dónde sería la llave. Al ir a abrir la puerta, para cederles el paso galantemente, se cayó mi tesoro al frío suelo. Fue Nuria quien la vio y la recogió, su indiscreción fue vital para el acontecer de los hechos.

—Es de una consigna —dijo al tiempo que trataba de leer la nota que con tanto celo escribió Pedro Hermoso. No le permití que lo hiciera.

—¿Por qué pones esa cara? —le pregunté.

—Me ha asustado en la forma en que me has quitado la llave.

—Lo siento, Nuria. Desde la muerte de mi padre no me encuentro del

todo bien.

El camarero interrumpió nuestra conversación. Los tres pedimos vino tinto y yo extendí la petición a dos tablas, una de queso manchego y otra de jamón. Había hambre y rápidamente dimos cuenta de las viandas. Comoquiera que las vi con ganas, pedí que nos volviera a llenar y nos pusiera una ración de calentitos. Luego de una pausa, observé que Nuria tenía ganas de decirme algo, así que le pregunté:

—Venga, suéltalo ya.

—¿A qué te refieres? —preguntó haciéndose la interesante.

—No lo sé, eres tú la que me miras y sonrías, y yo hago de adivino e intuyo que se te ha quedado algo en el tintero y quieres preguntármelo.

De su boca brotó una sonrisa, en su mirada percibí admiración hacia mí y sin más dilación, tal y como era ella, espontánea y natural, me dijo:

—Que nunca hubiese pensado que un señor de tu posición usaría la consigna de una estación de tren. Pienso que cuando vas a Madrid, tienes piso o vas a un hotel.

—Interesante punto de vista. ¿Y qué te hace estar tan segura de que la llave es de una taquilla de consigna?

Tina permanecía a nuestro lado, pero se mostraba ajena a todo; bueno a todo no, vi como se quemaba con el primer calentito y andaba soplando. Al mismo tiempo que Nuria y yo hablábamos, ella intentaba hacerse con el tercero.

—Cuando voy a Madrid, dejo mis cosas en una taquilla de la estación de Atocha y la llave es muy parecida —calló y miró a Tina. Dirigiéndose a ella, dijo—: Así te quemes, ¡*so ansiosa!*

—¡Jajajaja! —Reímos los tres al mismo tiempo.

Lo cierto y verdad es que Nuria era muy ocurrente y para cada cosa sacaba de la chistera un chascarrillo. Una persona muy válida, quizás un pequeño pulido en su forma de expresarse, no le vendría mal. Pero si se hiciese, tal vez perdiese parte de su yo.

Gracias a su espontaneidad, averigüé que la llave era de una consigna de la estación de Atocha; ahora quedaba saber a cuál de los cientos de taquillas que allí había, correspondía.

De vuelta a casa y antes de despedirnos de Nuria en la Puerta de Bisagra, les pregunté si sabían que era Santiveri.

—Son productos naturales, que sirven de complemento nutricional para una alimentación sana —recitó Nuria, de la misma forma que hacen los niños en el colegio mientras se alejaba de nosotros.

—De nuevo me sorprendes, Nuria —respondí.

Pensé entonces que, probablemente, la ingesta de esos productos harían que Anna se mantuviera con la silueta de una treintañera. No llevaba ni cinco minutos pensando en mis cosas cuando Tina me atajó poniéndose delante de mí.

—¡Eh!, Doménico ¿Me vas a contar qué líos te traes con la llave? —me preguntó con sonrisa traviesa

—Creí que no prestabas atención.

—Ya, y tú me confirmas lo que pienso de ti.

—Pues me gustaría saberlo —inquirí.

—¿En serio? —Ahora su mirada era de estupefacción. Asentí y soltó—: Pues que no tienes ni pijotera idea de cómo somos las mujeres.

—Bueno, eso no me preocupa en demasía, ya en una ocasión mi padre me dijo que os quisiera y respetara, pero que nunca intentara entenderos dado que eso es materia de otro costal.

—¡Ja! ¡Ja! —rio con sorna—. Entendí, que lo mejor era abstraerme a tu interrogatorio sutil a Nuria —matizó.

Mientras cruzábamos el paseo de la Vega, la puse al corriente de todo lo concerniente a la llave y de cómo me las averigüé para conseguir burlársela al mismísimo capitán Eliot, en sus mismísimas narices. También aproveché para felicitarle por lo acertado que estuve, dejándole mi cuchillo en custodia, antes de subir al coche.

Después de dedicar halagos sobre mi astucia, reposó en su mente lo que le acababa de relatar y cuando lo tuvo masticado, comenzó a susurrarse preguntas y al mismo tiempo responderlas. Cuando creyó que lo tenía todo hilvanado, comentó en voz alta para que yo la oyera:

—Entiendo que esa llave no tiene por qué ser de la estación de Atocha, igual puede ser de Chamartín o de la estación del Norte o vaya usted a saber.

—Sí. ¿Por qué no?, e incluso de nuestra estación —respondí.

—Por supuesto. Estoy segura que RENFE comprará, para toda la red de ferrocarriles de España al mismo proveedor —razonó.

—¡Claro! —exclamé dándome un ligero golpe en la frente —¿Cómo no se me ocurrió antes?

Me giré hacia ella y le apreté un beso de muy señor mío.

—Estás loco, lo sabes, ¿verdad?

Di dos saltos en el aire. Tratando de emular la coreografía de «*Cantando bajo la lluvia*», me vine arriba y di unos pasos de claqué que ni él mismo, Gene Kelly, hubiera podido superar. El claxon de un vehículo, que casi me atropella, me hizo recuperar la cordura y abandonar con premura el centro de la carretera.

Miré a Tina y, después del susto inicial, su cara era un enjambre de movimientos gesticulares, hasta que rompió a reír. Fue tal su risa, que tuvo que cruzar las piernas, tratando de sujetar su vejiga desde fuera. Cuando pudo me dijo:

—Si Cervantes te hubiese conocido, tú hubieses sido su Alonso Quijano.

—Con la niebla perdí la orientación y me metí en la calzada —repliqué, tratando de encontrar una excusa a mi desafortunada acción.

Esperábamos a que el único semáforo de la calle nos autorizara a cruzar. Antes, lentamente, un coche negro de alta gama, con cortinas cubriendo las lunas traseras, pasó por delante.

El interior del coche se iluminó, un fogonazo, un instante, no duró más, pudiendo apreciar la cadavérica imagen de Lorena Brenes disfrazada de Lilith. En su boca, la pipa de boquilla larga; la tenue luz, desprendida al aspirar el cigarrillo, me permitió reconocerla. Sus ojos tenebrosos, de color fuego, brillaron parecidos a los de un animal salvaje iracundo.

El vehículo desfiló desafiante y pausado ante mis ojos, con la misma holgazanería que un perro después de darse un festín en una tarde calurosa de verano. Quise retener la matrícula en mi retina, fue imposible, desapareció abducido por la niebla. La maldita niebla helada escarchó, creando una cencellada traslúcida, cuyas propiedades físicas son muy similares a las del hielo. A su paso, el coche dejó sobre el pavimento de adoquines las marcas de los neumáticos. Eso, y el color del coche, fue lo único que pude retener. Tina

estaba sujeta a mi brazo y debió notar la rigidez del mismo.

—¿Qué te ocurre? —me aprestó a responder con un fuerte tirón del brazo.

—Era ella. Juraría que Lorena Brenes ha pasado delante de nosotros.

—¿Estás seguro? ¿Te refieres a la mujer que hipnotiza a los hombres con el humo de sus cigarrillos?

—Sí, la misma.

—Puede ser una obsesión, desde Mijares piensas demasiado en ella —apuntó Tina, con el afán de quitar protagonismo a la idea obcecada y persecutoria que retumbaba en mi cerebro.

—No lo es. Sé lo que he visto, Tina. Cuando has contemplado de cerca la heterocromía de sus ojos, nunca más la olvidas. Recuerda el coche, era lo más parecido al usado en ritos fúnebres. Si está en Toledo, estaré... Debemos estar alerta. Creo que Lorena guarda enigmas cuya resolución puede ser de un interés vital para nosotros.

Capítulo 3

Luisa y Samuel

“Nada se olvida más despacio que una ofensa; y nada más rápido que un favor”.

Martin Luther King

Apresuradamente, con paso cansino, dejó el café humeante sobre la mesa de la cocina al oír el teléfono. Había recibido una llamada de su amiga Luisa y no podía faltar a su destino con ella. Ambos enviudaron por la misma fecha, mes arriba o mes abajo. Se conocieron en el Hospital Nuestra Señora de Alarcos, de Ciudad Real.

La asistenta de doña Luisa lo llamó para informarle que a su señora le costaba respirar y que «*tosía desde dentro*». Él sabía de sobra lo que significaba «*toser desde dentro*».

Antes de coger su plaza de médico de cabecera, en el Ambulatorio de Pío XII de Ciudad Real, estuvo de médico en Puertollano durante diez años en el Ambulatorio de la avenida de los Mártires.

Fue en la ciudad minera donde aprendió lo que significaba toser desde dentro. Casi la totalidad de sus pacientes eran de edad avanzada, sin que por ello cupiera definirlos como longevos, que habían trabajado en las extintas minas de carbón, y la mayor parte de ellos presentaba cuadros de insuficiencia respiratoria por culpa de la inhalación prolongada, durante años, del polvo de carbón y de la sílice. Cuando llegaban inviernos tan crudos como este, se ahogaban en su propia tos, ya que la silicosis les había afectado gravemente los pulmones. Fue a ellos, o a sus familiares, a los que oyó decir por vez primera, aquello de: doctor, me duele al toser desde dentro.

Hacía frío; seguro que habría menos de cero grados centígrados, pensó. Y la maldita niebla, que no permitía ver a más de dos metros, hizo que se abstuviera de coger su coche, un Citroën GS de color gris.

Antes de enviudar compraron una casa en Ciudad Jardín, en las afueras de Ciudad Real. Begoña, que así era como se llamaba su mujer, no llegó a disfrutarla. Las malas lenguas dijeron que enfermó por la pena que le produjo salirse a vivir fuera de la ronda. Las maledicencias de las gentes inventaron el rumor. Tuvo que oírlo en los corrillos de la morgue, mientras velaba a su amada Begoña. Les oyó con claridad decir que la soledad le trajo la muerte.

Cruzó por el parque Ortega y Gasset. Iba bien abrigado, no le faltaba nunca su bufanda cubriéndole hasta los ojos; aun así, no fue óbice para que un transeúnte le reconociera.

—Buenos días, don Samuel —oyó como le saludaban.

Sin dejar de caminar soltó un educado:

—Igualmente, gracias.

Samuel Priego continuó con su paso cansino y a su vez apresurado, cargado con su maletín de piel negra ajada y desnutrida, el mismo que le regalaron sus padres cuando terminó la carrera, hacia el domicilio de su amiga Luisa. Vivía en un dédalo de callejuelas, cerca de la plaza del Pilar, en el centro de la ciudad.

Recordó, como no pudo por menos, el inicio de su amistad. Eso sí, en esos momentos dudaba si fue en el pasillo o en las salas de espera, mientras doctores y enfermeras atendían a sus respectivos cónyuges. Desde entonces nunca dejaron de verse; quizás, aunque ninguno lo dijo al otro, entre ellos había algo más que una amistad manifiesta.

Su propio vaho le empañaba el cristal de las gafas y refunfuñó, una vez más, por no haber cogido el coche. A su mente vinieron recuerdos de su época en Puertollano, aquello sí que eran nieblas, se dijo. Entonces sonrió, acordándose de los rumores que le contaban sus pacientes, referidos a la niebla.

—¿Usted sabe por qué en Puertollano la niebla es tan cerrada y huele tan mal?

—No, no lo sé. ¿Por qué? —les respondía.

—Porque cuando hay niebla los de la *Fábrica* aprovechan para purgar

los tanques y el olor que viene es del azufre —le contestaban de forma tajante.

—De ser cierto sería un delito, es una crueldad —les refutaba no dando credibilidad a los comentarios.

—Mire doctor, sobrevivimos al trabajo en las minas. Un lugar despiadado, intenso, salvaje. Ni bueno ni malo, era lo que había, nos daba de comer y aguantábamos, y nadie fue a la cárcel por los delitos cometidos contra los trabajadores. Aquello si era cruel comparado con lo de la fábrica.

Totalmente abstraído, no se dio cuenta de que ya estaba en el portal de doña Luisa. Situada en la calle Ciruela, la casa de doña Luisa se alzaba frente a la gran tienda de Simago. La niebla, con descaro, intentaba pasar al interior del supermercado. En la puerta no había nadie, ni siquiera el guardián de la indiferencia humana. Observó que el mendigo, que cada día esperaba sentado en el gélido suelo, junto a la entrada, no estaba; no le extrañó, incluso puede que se alegrase de no verlo allí esperando una limosna, mientras el aire frío y húmedo se adueñaba de sus pulmones.

Volvió a sonreír al recordar que a la entrada del seguro de Puertollano (así es como llamaban al Ambulatorio) siempre estaba Leoncio, el bollero. No le importaba lo inclemente que fuera el tiempo; en su capazo de mimbre, apoyado sobre una borriqueta, ofrecía además de chascarrillos de toda índole las mejores tortas de Alcázar, mojicones, y los blancos y negros que eran los preferidos por la chiquillería que acudía al centro hospitalario a consulta.

—Soy Samuel, el médico —respondió a la voz que preguntaba quién era el que llamaba a través del telefonillo. Como si a esas horas, y con ese tiempo tan desapacible, hubiera alguien con valor suficiente para salir de su casa.

Doña Luisa vivía en la segunda planta. En esta ocasión no se lo pensó, se fue directo al ascensor. Venía calado, cansado. La distancia desde su casa, en la calle Alisos hasta la calle Ciruela, no sería de más de un kilómetro, pero sus piernas ya no respondían. Nada más empujar el pulsador del timbre, la chicharra sonó estruendosamente; desde fuera oyó a la asistenta pedir que se abriera la puerta.

—¡Manolin!, abre, que es el médico.

Manuel era muy obediente, demasiado responsable para su corta edad. Gustaba de estar más con los mayores que con los amigos del colegio. Hacía tiempo que venía quejándose de que unos mayores de octavo de E.G.B. se

metían con él y le quitaban los cromos y las canicas.

—Buenos días, don Samuel —oyó como se descorría el cerrojo y se abría la puerta; delante de él estaba el pequeño Manuel, de piel dorada, pelo del color del fruto del bruno y ojos azules, guarecidos a la sombra de unas largas pestañas. Erguido bajó la cabeza con timidez y aproximó la cara para que lo besara. Él nunca besaba a nadie, salvo a su madre.

—Buenos días, Manuel. ¿Cómo está tu mamá? —requirió Samuel.

—Bien, tosiendo mucho —respondió sin mirarle.

No tuvo que preguntar dónde se encontraba; una tos dura, ronca, de perro, le indicó el lugar de su procedencia. Avanzó lentamente hasta la salita y allí estaba ella junto al radiador. Una bata de *boatiné* color azul celeste cubría su cuerpo.

—No, no te levantes —le dijo al ver las intenciones de esta—No tienes buena cara, deberías guardar cama.

—¡Gracia! —vociferó con más ganas que fuerzas.

—Dígame, doña Luisa —respondió la asistenta detrás de él.

—Tráele al doctor un café con leche y unas pastas, que a buen seguro estoy que todavía no ha desayunado.

Samuel sonrió, le agradó la bondad de Luisa, siempre pendiente de los demás y buena conocedora de la conducta de su amigo y médico.

—No traiga nada, por favor. Me iré enseguida —replicó el doctor.

Esta no le escuchó y fue rauda a la cocina a obedecer las órdenes de su ama. Él quedó quieto, junto a la puerta.

—No te pongas nervioso hombre, vaya un médico que le da vergüenza ver desnudos a sus pacientes —le giró una sonrisa forzada.

Él se la devolvió, la suya era de puro nervio y rezongó.

—Ya sabes que...—y se paró, y sintió su estómago arder como siempre que lo miraba.

—No, no digas nada —le interrumpió—lo sé todo... Y pasa, hombre, no te quedes ahí como un pasmarote.

Él la miró una vez y se dirigió con torpeza hacia la mesa para dejar el maletín. No se atrevió a contemplarla más e inclinó la cabeza, fingiendo buscar algo en el interior del cabás negro y raído de tantas idas y venidas.

—Debes tumbarte —le dijo con un hilo de voz apenas entendible por ella.

—¿Puede ser aquí, en el sofá? —respondió Luisa, al mismo tiempo que se desabrochaba los botones pegados al cuello, con la firme intención de continuar hasta dejar al descubierto la parte que el doctor necesitaba para auscultarla.

—No sé por qué tienes miedo a hacerlo en la cama. Es más, creo que debes ir, ¡ahora! —respondió con energía olvidando sus sentimientos, imponiendo el criterio médico y ahogando cualquier intención de doña Luisa a desnudarse en el salón.

Samuel era conocedor del buen hacer de la asistenta y también de su arte de chafardera; sin mirar, sabía que estaba detrás de la puerta olisqueando:

—Graci, por favor, venga a ayudar a la señora; cuando esté lista me avisa.

—¡Uy! Qué listo es usted, parece un brujo que ve a través de las paredes. Porque ruido no he hecho, y vengo de la cocina —respondió esta con descaro—. ¿Se tomará el café antes de que se enfríe? Vamos, que digo yo, que no es por malmeter, pero se le nota en la cara que está falto de comida caliente —sentenció mientras dejaba la bandeja con el café con leche humeante y las pastas sobre una mesita frente al sofá de tres cuerpos de cuero, de color marrón ya desgastado por tantas batallas que se habrían dilucidado en él.

El doctor ni se inmutó al comentario; bueno, una sonrisa cargada de ironía sí que esbozó. «Quizás debiera hacer caso a la asistenta y tomarme antes de entrar el café», barruntó. Cogió la taza con las dos manos y dio un sorbo, quemándose. No se quejó, al contrario, se alegró; pues así se olvidaba de las otras cosas que le ponían nervioso y que era incapaz de controlar.

Se avergonzó por no haber hablado nunca con Luisa sobre sus sentimientos hacia ella. Evocó las muchas veces que sentado en su despacho le escribió cartas para decirle cuánto la amaba; él nunca se hubiera atrevido a hacerlo de frente; siempre pensó que lo mejor era escribir una carta, mas todas acababan en la papelera. Todas menos la última, que la llevaba en el bolsillo. La

extrajo y la leyó, no necesitaba memorizarla como lo hacen los jóvenes estudiantes al leer por primera vez las poesías de Bécquer; de tantas veces como la reescribió formaba parte de su pensamiento único.

Estimada Luisa.

Quiero transmitirle que, desde que la vi, mi alma ya no es la misma; miles de mariposas revolotearon por mi estómago en aquel instante, haciéndome sentir sus aleteos como si fueran picaduras de avispa en el corazón.

Suyo hasta la eternidad.

Samuel

Después, con aspecto hierático y preocupado, esperó educadamente a que se le llamara; cuando así ocurrió, presto y nervioso acudió a atender a su amor secreto.

Sintió de nuevo mariposas en el estómago. También notó cómo sus aleteos se asemejaban a mordeduras de avispas que se clavaban en su corazón. Pensó que a su edad esas cosas no deberían ocurrir y trató de achacar esa sensación al frío de la mañana.

Educadamente golpeó con los nudillos en la puerta del dormitorio. Oyó como le animaban a entrar. La asistenta aguardaba a un lado de la cama como el más fiel de los samuráis. Mientras abría su maletín, le ordenó que ayudara a doña Luisa a descubrirse. Avanzó lo justo hasta la mesilla de noche, puso el maletín en lo alto y sacó el fonendo y el martillo para explorar los reflejos. Sería imposible conocer el número de veces que repitió, a lo largo de su dilatada vida como médico de cabecera, la misma liturgia. En esta ocasión le pareció sentirse torpe al hacerlo; mientras se lo ajustaba a los oídos, sintió la cálida mirada de su amada que, postrada ante él, le mostraba su cuerpo semidesnudo apenas cubierto por un sujetador. Cerró los ojos y comenzó a auscultarla. Le pidió que tosiera, le palpó el abdomen y observó bultos duros. La miró por uno de los costados, luego por el otro.

Sabía que ella le estaba escudriñando y olfateando. No podía contener las lágrimas traidoras que afloraban a sus ojos. Él nunca le hubiese pedido nada, tan solo esperaría lo que Luisa le hubiera querido dar. No sabría recordar el momento en que se enamoró de ella, pero sí sabía que su amor no era pasional;

ni tendría la misma vehemencia con la que hacía muchos años se entregaron él y Begoña.

La naturaleza le había pasado factura obligándole a retirarse de los placeres de la carne. Por eso entendía que el suyo era un amor tierno, cariñoso, afectivo, pero no exento de miedo y temor a ser rechazado por ella.

—¿Tan fea soy que te provocho lágrimas? —sintió como sus palabras aceleraban su corazón haciéndolo vibrar. Miró a la asistente, la samurái vigilante, acechante y complaciente ante cualquier deseo de su ama, y sin decirle nada, ella lo entendió y abandonó el dormitorio.

Samuel Priego, después de casi cuarenta años de médico de cabecera, adquirió la sabiduría de la ciencia médica, aquella que te concede la virtud de ver la muerte cuando acecha a un ser humano, sin más pruebas que las que terminaba de hacerle. No necesitaba ver ninguna analítica, ni pedirle exploraciones internas ni radiografías.

Su experiencia en Puertollano con personas afectadas de enfermedades respiratorias le concedió argumentos suficientes para predecir la muerte de Luisa en muy breve plazo.

—No te preocupes, serán unos días de frío que pronto pasarán y estarás nueva. Debes guardar reposo. Si tú quieres puedo venir a verte todos los días —mintió a ella y también trató de engañarse a sí mismo, de sobra sabía que el final de su amor llegaría antes que las lluvias plácidas de primavera.

Le ayudó a abotonarse la bata, quiso cerrar hasta el último botón y ella le cogió las manos.

—Los hombres nunca entendéis la coquetería de las mujeres, incluso ni cuando estamos cerca de la muerte —bromeó Luisa.

Le indicó que se sentara junto a ella, sobre la cama. Samuel, asustado lo hizo en una esquina.

—¡Ven! Acércate más. Ni muerdo ni es contagioso —le dijo con calidez, estirando ambos brazos para acogerle más cerca de ella.

De igual forma que un perrillo acude feliz, pero receloso, a la llamada de su dueña arrastrando el cuerpo con parsimonia a través de la cama, así se movió Samuel. Luisa tomó sus manos e inició un suave recorrido con las yemas, rasgando suavemente con las uñas, por las montañas y valles de sus perfilados

dedos, no dejando ni un solo poro de piel sin acariciar. Samuel agradeció placenteramente las caricias, mirando embobado a aquella que con tanto mimo se las dispensaba, literalmente boquiabierto.

—Me gustan tus manos. Tu piel es suave y hueles tan bien que me quedaría toda la vida impregnada de ellas —apretó sus manos contra las de él, se las acercó a la boca y las besó. Los dos suspiraron, sintieron el fuego en la piel, en su mirada de enamorados. Después, con las manos de Samuel en sus mejillas, le preguntó—: ¿Cuánto me queda?

El doctor Priego calló. Ninguna universidad te prepara para responder a esa pregunta, se dijo. Ni siquiera Begoña, su esposa, su otro gran amor, su compañera durante más de cuarenta años, le hizo esa pregunta, a sabiendas de que ya no les quedaba tiempo en este mundo para despedirse. Los dos tenían la certeza de que no volverían a verse nunca más, y los dos callaron, y jamás hablaron de lo que estaba por venir.

Quizás Luisa lo preguntó para poder hablar de cosas sobre las que no se atrevió a decirle antes de caer enferma.

—¿Lo sabías y no me dijiste nada? ¿Por qué? —atinó a responder Samuel, sin aventurarse a mirarla sabiendo que ella sí lo hacía, con preguntas cuyas respuestas quizás él presumía conocer.

—No lo sé. Quizás porque te amo —se atrevió a decir Luisa, con el descaro de una adolescente y la serenidad de la madurez.

—¡Pero!... nunca me hablaste de ello. Ni una sola mirada en la que yo pudiera atisbar alguna esperanza, o algún requiebro que proporcionara fuego en donde yo únicamente veía amistad. Hubiese bailado a tu alrededor como lo hacen los delfines en un mar bravío, sin importarme las turbulencias de las olas.

Sin que ellos lo supieran, tras la puerta cerrada, sentado en el suelo permanecía Manuel. Entre las piernas tenía su ejército de amigos, formado por una cohorte de soldados de Playmobil, y una suerte de pequeños dinosaurios aguerridos y dispuestos a luchar contra las tropas de muñecos multicolores.

Manuel los había dispuesto en formación de ataque y así se quedaron

unos frente a otros, sin que nadie les diese la orden de atacar. Sobre sus inmaculadas mejillas comenzaron a deslizarse unas perlas de agua. Nunca antes el doctor tardó tanto tiempo en ver a su madre. Al igual que hacen los animales cuando presienten la muerte de aquel que les cuida y da de comer, Manuel tuvo esa premonición y se sentó a esperar.

La asistenta vio la tristeza en su cara, en su mirada perdida y errática. Advirtió cómo hacía pucheros. De pie delante de él, acarició sus cabellos y le pidió permiso para sentarse a su lado. El niño se encogió de hombros, y ella lo tomó como un sí. No hizo falta hablar nada, juntos permanecieron sentados contra la pared contemplando el ejército de soldados en espera de recibir la orden de atacar a los saurios. Sin decir nada, Graci acurrucó a Manuel entre sus pechos y dejó que el niño liberara su pena.

Graci no tenía conocimiento sobre las intimidades de la familia del coronel Vinuesa, referidas a la adopción de Manuel; bueno, ni ella ni nadie, salvo las monjas que se lo entregaron.

Sí. Sí sabía, por lo que le contó su ama, que ella era hija única y que el difunto coronel tuvo un hermano que murió en la guerra. Los dos estuvieron en la Guerra Civil y los dos lucharon frente a frente, en la batalla del Ebro. El capitán Juan Bautista Vinuesa Hita, al mando de una brigada del V Cuerpo de Ejército dirigido por Enrique Líster, cayó herido de muerte cerca de Mequinenza. Aquel infausto día, otro joven militar, el teniente Manuel Vinuesa Hita, con una compañía de regulares pertenecientes al ejército del general Yagüe, atacó sin piedad y con excesiva crueldad a las tropas republicanas que trataban de cruzar el río Ebro.

El coronel Manuel Vinuesa jamás pudo perdonarse la muerte de su hermano mayor.

Graci, la asistenta de lengua suelta, sí era conocedora de la difícil situación del pequeño Manuel si su madre moría. Pensó que del pobre zagal se tendría que hacer cargo alguna institución encomendada de esos temas, hasta que pudieran darlo en adopción, puesto que no tenían ningún pariente que pudiera cuidarlo hasta la mayoría de edad.

Por eso se sentó junto a él y le cogió la mano, y le acurrucó en sus pechos y en silencio lloró evitando que Manuel lo notara. Lloró con la congoja de quien presiente que la muerte de su madre tan solo le acarrearía infortunio. Ella sí sabía del mal de su señora y con lealtad guardó discreción.

—Y bien, jovencito, ¿me contarás por qué estás tan triste? ¿acaso tu papá no te enseñó que los generales nunca lloran, y menos aún delante de sus soldados, ante la batalla más importante? —le dijo al mismo tiempo que se limpiaba la cara con el dorso de la mano.

—Lloro porque estoy triste, porque sé que mamá está enferma y no quiero que le pase nada —exclamó entre sollozos.

—Pero chiquillo, ¿de dónde has sacado esa idea? ¡Claro que está malita! Ya verás como don Samuel le receta medicinas y se pondrá buena enseguida. Así que deja de lloriquear y ponte al mando de tus soldados.

Manuel la miró mientras ella le limpiaba la cara con un paño de la cocina que siempre llevaba colgando del mandil.

—¿Te he engañado yo alguna vez? No, ¿verdad? Pues deja de pensar cosas que no van a ocurrir nunca. Te prometo que en una semana se le habrá ido esa tos tan fuerte y volverá a llevarte al colegio como todos los días.

El niño la miró y la creyó. Y como niño que era se dispuso a entablar con energía una batalla entre sus soldados de cabezas y cuerpos multicolores contra los más fieros dinosaurios.

Dentro de la habitación, como dos jóvenes enamorados, se juraban amor eterno. Se reprochaban en silencio, con sonrisas cargadas de ternura, el que nunca se hubieran dado la oportunidad de conocer su amor verdadero del uno hacia el otro, y mirándose se castigaban por el tiempo perdido.

La conversación les llevó a hablar del niño. Luisa Conde, descendiente de una de las familias aristócratas de Córdoba, se confesó ante su amor, su amigo, su médico, tal y como si fuera también su sacerdote.

Él besaba sus manos y le infundía ánimos para que ella abandonara la vergüenza y le contara todo. Cuando Luisa terminó, no sin muchos reparos, en contar toda su vida y, sobre todo, lo concerniente a su hijo, así como la visita imprevista que tuvo de un joven de Toledo, que reclamaba parentesco con el pequeño, ambos guardaron silencio. Fue un silencio de sorpresa, cauteloso ante lo relatado por Luisa, por parte de Samuel. En cambio, Luisa se sintió por fin

liberada de tan alta carga, llevada durante años en sus frágiles hombros; el suyo fue un silencio conrito.

Mientras Samuel se recuperaba, totalmente abstraído en digerir y asimilar con prontitud toda la información que en tan breve tiempo le dispensó su amada, oyó a esta, que solícitamente le preguntaba:

—¿Quieres ver las fotografías?

—Sí —musitó de manera pausada y tranquila.

Luisa trató de incorporarse, recibiendo diligentemente la ayuda de Samuel, y abrió el cajón inferior de la mesita de noche. De su interior extrajo ropa íntima que turbó a Samuel. Al fondo del todo, dentro de la copa de un sujetador, tenía guardadas como oro en paño las fotografías que le entregó Doménico. Se las dio a Samuel. Mientras él las miraba, ella volvió a colocar su ropa con la misma naturalidad en que las sacó.

—Tienes razón, el parecido es más que razonable —acertó a decir Samuel cuando terminó de hacer el recorrido completo por todas y cada una de las fotografías, reparando en algunas más que en otras.

Luisa lo miró sorprendida, temerosa, y él añadió:

—Debes llamar a ese joven, tiene todo el derecho a conocer a Manuel, al fin y al cabo, existen muchas probabilidades de que sea algo más que una mera conjetura —sentenció.

La habitación daba a la calle Ciruela. A través de las cortinas, la luz tamizada del supermercado procuraba calidez al dormitorio.

Samuel Priego le mostró la tarjeta de visita que dejó Doménico junto a las fotografías, y la animó para que le llamara.

Luisa se quedó inmóvil, inexpresiva y la mirada vacía. Estaba asustada, tenía miedo a que fueran ciertas las sospechas de Doménico. Al menos transcurrieron diez minutos desde que dejó de acariciar las manos de Samuel. Este se percató del bloqueo mental al que le condujo su sugerencia y optó por coger el teléfono de la mesita y ponerlo a su alcance, colocándolo en su regazo.

Tomó sus manos, las acarició, y le susurró:

—Por favor, debes hacerlo. Si no lo haces quizás te arrepientas algún día, si no por ti, hazlo por el niño, piensa por un momento que pueden ser hermanos.

Asintió. Jamás pensó que tendría que contar algún día su secreto mejor guardado. Desde que cogió por primera vez al niño en brazos, sintió una gran pena por su verdadera madre; se podría decir que, sin conocerla, empatizó con ella. Les dijeron que murió durante el parto, que era una descarriada madre soltera. También les entregaron toda la documentación de adopción sin pasar por ningún organismo oficial. Les convencieron de que el niño sería huérfano al no tener su difunta madre ningún pariente conocido, y ellos lo creyeron, y no preguntaron ni averiguaron si era del todo cierto.

Durante doce años cargó con esa culpa, una culpa contrita y silente que fue erosionando sus vísceras. Cada noche soñaba con que la madre biológica venía del cielo y se lo arrebatava; en sus pesadillas despertaba sudorosa, agitada. En su desasosiego, siempre se lo entregaba sin fuerza para negarlo. Aparecía con el rostro oculto e inmaculado, mostrándose siempre junto al rey Salomón blandiendo su espada, sentado en su trono, en espera del juicio final.

Poco a poco fue despertando de su agonía. Notó las cálidas y suaves manos de Samuel sobre las suyas. Su mirada ya no era errática, sino de esperanza, de confianza en el hombre que tenía delante. Reparó en lo rápido que había ido todo, nunca creyó que llegaría el día en el que podría confesar su amor al hombre de sus sueños, al que siempre estuvo esperando, y ahora lo tenía delante de ella. Lo miró y le besó con los párpados pegados, a punto de separarse y descargar lágrimas de amor.

Samuel llegó tarde a su encuentro pero con la fuerza de un tsunami, y ya nada les podría separar, ahora se sentía protegida, y por supuesto que haría todo aquello que él le pidiera.

Le prometió, embriagada de amor, que se cuidaría. Que lo haría por Manuel y por él. Samuel sin desprenderse de sus manos la corrigió:

—No, Luisa, por él y por mí no. Has de hacerlo por ti y así tu salud repercutirá en nosotros.

Luisa no respondió nada, se quedó viviendo en una nube después del primer beso; tal vez debería bajar a la tierra, mas no quería hacerlo. Se entregó a su amado Samuel desde el minuto cero. Ya no sería un amor oculto, prohibido, imposible, temeroso. Ya no tendría miedo a mirarle, a soñar juntos. Desde hoy será un amor verdadero, ciego y eterno, se dijo.

Con una mirada soñadora, incluso traviesa, se deleitaba escuchando las órdenes de Samuel. Aunque él quisiera disfrazarlas de simples consejos.

Decidieron los dos, o solo él, (y a quién le importa quién ponía orden en su vida, pensó), que Samuel la visitaría todos los días en su condición de médico. Le pareció oír, y no le prestó atención, que su amor debería ser silencioso, tiempo habría de proclamarlo. Le ordenó que le prometiera hacerse todos los controles de analítica de sangre y de orina que él le pidiera, le dijo que le prescribiría un electrocardiograma y una radiografía de los pulmones. Y ella, sonriendo, a todo le decía que sí. Como sí dijo cuando le explicó que de momento cada uno viviría en su casa, para evitar el qué dirán, como si a ella le importara la opinión provinciana de los habitantes de la Ciudad.

—Porque, aun siendo la capital, es un pueblo —continuaba él con su retahíla, mientras ella le olía las manos y soñaba: soñaba que en ese momento era feliz, muy feliz y ninguna otra cosa le importaba. Bueno, otra sí y más: Manuel para ella era su motor vital.

Fue el suyo un amor que no necesitó de ninguna clase de halagos. Se enamoraron, sin darse cuenta, en cada encuentro que tuvieron. Se hablaron, se contaron intimidades, se animaron y en ocasiones hasta fueron cómplices de sonrisas y coqueteos.

Se dijeron que llegado el momento oportuno no tendrían que esconderse. Entendieron que el amor a su edad no era un espejismo. Hablaron, más él que ella, sin pudor, de que ciertos placeres de la carne les estarían prohibidos; y por último vaticinaron que serían muy felices.

Él marcó los nueve números, cediéndole a continuación el auricular del teléfono tipo góndola a Luisa que, nerviosa, esperaba.

Capítulo 4

El diario de Doménico

“El valiente no es quien no siente miedo, sino aquel que conquista ese miedo”.

Nelson Mandela

Cada día escribía en mi viejo diario aquellas cosas que creía interesantes. Siempre lo hacía en el último momento en el que uno pisa el rellano del umbral del descanso. En él anotaba no solo aquello que me había ocurrido en ese día, sino también sobre lo que me preocupaba.

Hubo amaneceres, no tengo por qué ocultarlo, que desperté con mi viejo diario amarrado al corazón, especialmente aquellas noches en las que me refugiaba leyendo mis recuerdos con Julia. En él describí cuándo la conocí, y con ella acurrucada entre mis brazos, dulcemente, me dormía.

Antes de salir de casa siempre escondía el diario, debajo de la mesita, sujeto al falso fondo con cinta velcro.

Y sí. Esa noche escribí sobre Lorena Brenes, y repasé lo acontecido desde que se cruzó en mi camino de infausto recuerdo para mí.

Como también anoté, hasta el advenimiento del sueño, mi preocupación por Manuel, el niño de Ciudad Real, y me pregunté si su madre se atrevería a ponerse en contacto conmigo.

Anna me habló de un proyecto científico, en plena investigación, que podría aportar a la ciencia la relación genética de un individuo con otro. Me explicó que, aunque no era fiable al cien por cien, sí te permitiría conocer la relación consanguínea entre dos personas.

Y me lo contó como un plan B para usarlo en el hipotético caso de que doña Luisa se negara a darme información sobre el niño.

A la mañana siguiente, mientras preparaba el desayuno, oí vagamente el sonido de una llamada de teléfono; entre el ruido del exprimidor que

amortiguaba el sonido y la atención a la cafetera que estaba en el fuego, no presté demasiado interés por cogerlo.

Lo que sí oí, a grito pelado, fue la voz de Tina:

—¡¡¡Doménioco!!! ¿Quieres coger el teléfono de una vez?

—No puedo, tengo la cafetera en el fuego —grité yo también.

—Cógelo, hombre, estoy en el baño y puede ser mamá Vega.

Utilizó perfectamente sus armas de mujer y me dio la excusa más adecuada, sabiendo de mi debilidad por mi madre. Retiré la cafetera del fuego y entonces volvió a sonar el timbrado del teléfono y de nuevo el grito de Tina, apremiándome a hacerlo.

—¡Hay que joderse! Ya voy —refunfuñé.

Lo descolgué. Del otro lado, el auricular me devolvió el sonido característico de haber colgado. Demasiado tarde, pensé.

No había llegado a la cocina cuando volvió a sonar de nuevo. Así que, ante la insistencia del que quería comunicarse con nosotros, opté por acceder a sus pretensiones, y corriendo fui a ver quién era aquel que con tanto empeño mostraba deseos por darme sus nuevas.

—Buenos días —dije a continuación, y pese a que no lo eran para mí, lo acompañé con un—: ¡Felices fiestas!

Del otro lado apenas pude oír el silabeo de alguien que le costaba respirar, mas no me llegó otro sonido. Pensé que para haber mostrado tanto interés en ponerse en contacto conmigo, ahora callaba. Decidí con buen talente, por aquello del espíritu navideño, saludar con cortesía y animé a mi anónimo interlocutor a que hablara sin miedo.

—¡Hola! Soy Doménico, ¿en qué puedo servirte?

Aprecié un ligero carraspeo y una voz de hombre que animaba a hablar a mi interlocutor.

—¿Doménico? ¿Es usted Doménico? —era una voz lejana, apagada, sin convencimiento de lo que hacía.

—Sí, soy yo. Dígame, señora ¿qué se le ofrece? —respondí cariñosamente.

Otra vez silencio. La situación comenzaba a preocuparme, no era una voz conocida, pero ante los últimos acontecimientos mis temores se acrecentaban ante cualquier acto ajeno a mi control.

—Soy...soy Luisa, viuda del coronel Vinuesa. Madre de Manuel, aquel niño por el que no hace mucho usted vino a verme a Ciudad Real. No sé si lo recordará —acertó a decir con voz temblorosa, profunda, temerosa a que yo hiciera algo fuera de lo normal.

¡Pufff! Resoplé en silencio, sentí como un dogal sobre el cuello de la camisa, me apretaba la garganta hasta provocarme asfixia. Un golpe de adrenalina subió hasta mi cerebro, nunca creí que recibiría esa llamada. Desconocía qué me diría, pero entendí que fuese lo que quisiera decirme era un buen comienzo. La conversación que mantuve con ella, y a la vista de las fotografías que le entregué, debieron provocar perturbación en su vida.

El hecho de que la noche anterior escribiera sobre cómo estaría la señora Luisa no quería decir que algún espíritu del más allá nos hubiese puesto en contacto, más bien me inclino a pensar que fuera una mera coincidencia.

No. No tengo relación con ninguna divinidad y aunque soy cristiano mi vínculo hacia ellos y viceversa, no es de una continuidad permanente, más bien todo lo contrario.

Ahora el que callaba, en estado de hipnosis, era yo. Fueron unos largos segundos, tan largos que ahora fue ella la que llamó mi atención:

—¡Oiga! ¿Está ahí?

—Sí, doña Luisa. Claro que la recuerdo, disculpe la tardanza, me encontraba preparando café y tuve que ir a retirarlo del fuego —mentí como un bellaco y con descaro—. Y bien, ¿dígame cómo se encuentra? Noto su voz tomada, afónica.

—Nada que sea grave, un resfriado propio de la época invernal en la que nos encontramos. Muchas gracias por su interés. Me gustaría contarle una serie de cosas que creo deberá conocer. ¿Podría venir a verme a Ciudad Real, o quizás no le venga bien en estos días? Lo entendería si me negara su asistencia —Lo dijo todo de corrido, nerviosa.

Al mismo tiempo que me pedía acudir a su encuentro, me excusaba si no lo hacía. Debí de ser en su esplendor una mujer de armas tomar.

—Sí, por supuesto que iré. Ha sido muy amable por tomarse la molestia de llamarme. No puede imaginar lo agradecido que le estoy —respondí todo ilusionado con la idea de poder conocer a mi hermano.

Me dijo que le parecía muy pronto esa tarde. Recitó de memoria unas cuantas excusas para atrasar el momento de nuestro reencuentro... «Hubiera preferido otro día, la casa no está arreglada». «Había pensado ir esta tarde a la peluquería».

«Dile que sí. No dilates más en el tiempo esta situación» —. De nuevo, pude oír perfectamente la misma voz de varón que la impulsaba a aceptar mi presencia en unas horas en su casa.

—Señora Luisa, disculpe mi impaciencia. Tengo madre y la entiendo perfectamente. Mi deseo no es ir a criticar el estado circunstancial de su casa, ni el aspecto de sus cabellos, para mí siempre estará bella como el primer día. Lo que me lleva a la impaciencia es más fuerte que ver si todos los cuadros están bien colocados, o los cojines en perfecto estado de revista.

—¿A las seis le parece bien?

—Me parece perfecto. Dios la bendiga —respondí. Me quedé con el auricular en la mano. Cerré los ojos y soñé.

Me dio su dirección y su número de teléfono. No quise dejar pasar el momento de conocer la verdad sobre el pequeño Manuel.

No me di cuenta de la presencia de Tina, cuando abrí los ojos la tenía delante, brazos en jarra y con mirada inquisitoria, me preguntó:

—¿Quién era?

La miré despacio, sonriendo, triunfante, exultante.

—Luisa, la madre de Manuel —respondí aún envuelto en ese estado de felicidad al que sucumbes ante un hecho esperado y que ansías sea satisfactorio.

Tina se tiró, literalmente, sobre mí. Me besó y quedamos unos instantes abrazados.

—No debes decirlo a nadie, he quedado en ir esta tarde a verla a Ciudad Real, en su domicilio.

—¿Y verás al niño? —inquirió.

—No se lo he preguntado, supongo que sí —me quedé un poco aturdido ante la duda—. En realidad, tampoco comentamos qué quería decirme.

—No te angusties, corazón, ¿para qué si no te iba a llamar? —me dijo de forma complaciente, al leer en los gestos de mi cara la duda que en ese momento me invadía.

Sí. Tina tenía razón. La llamada de Luisa Conde, viuda del coronel Vinuesa, suscitó un principio de ilusión en mi estado anímico. Por mi experiencia, la vida me había enseñado a mostrarme precavido, no fuera a caer en una frustración al conocer la determinación de la mamá de Manuel.

Cuando Luisa colgó el teléfono se quedó quieta, impávida. Samuel lo retiró y la abrazó, le habló al oído con palabras de amor, y ella no se turbó. Se besaron en los labios con suavidad, con mimos, y él sintió la mano de ella acariciándole el bajo vientre. Quizás fuese por lo que él le dijo; lo buscó, lo encontró y acarició. Comprobó con amor su debilidad, miró con ternura a Samuel y le quitó las gafas comprobando que sus ojos tristes, escondidos durante muchos años detrás de unas lentes, hubo un tiempo que fueron lindos.

—No puedo o no podría vivir sin ti. No sabía que se podía amar tanto. La flacidez no será impedimento para que nos amemos —le susurró con rijosidad al oído.

—Sí, mi amor. Sí se puede amar más, infinitas serán las formas de demostrártelo cada día, cada hora, a cada instante —respondió Samuel, volviendo a besuquearla.

Como dos pollitos se entregaron a pegar sus labios y a acariciarse.

Samuel se levantó y le dijo a Luisa que tenía que ir a la consulta para pedir todas las pruebas. Guardó el martillo, sin haberla explorado, y el fonendo, delicadamente en su cajita. Le dedicó una muesca cariñosa y se dispuso a abandonar el dormitorio.

Ella lo contempló sumida en una nube de felicidad, suspiró como únicamente saben hacerlo los enamorados; inhaló el aroma de su piel y notó cómo subía y bajaba por su pecho hasta enredarse en el corazón.

Y no pudo evitar, en tan breve tiempo, embriagarse de la esencia de Samuel flotando en el ambiente de su dormitorio. Bajo ese estado abrió el archivo lacrado de la memoria de sus recuerdos, y ante ella aparecieron los fantasmas del pasado que un día, tras la muerte de su esposo, creyó que jamás volverían del mundo de los sueños.

Y los comparó, sí. Comparó al joven y apuesto capitán Manuel Vinuesa, aquel que la sedujo, con la mirada en la feria de mayo en la caseta de la Hípica, engalanado con el uniforme hecho a medida por el mejor sastre de Córdoba, exhibiendo sus medallas por méritos de guerra, prendidas en la guerrera. No podía negarlo, reconoció que estaba radiante y eso la enamoró ciegamente. Sin contemplaciones se entregó a él, se amaron y sintieron el placer del roce de la piel.

Reconstruyó la memoria de sus recuerdos. Le dijo que venía destinado de la Academia Militar de Toledo y que la amaba sobre todas las cosas, y ella le creyó, y antes de que el año tocara a maitines, antes incluso de que se presentara el ocaso del otoño, Luisa Conde le dio el *sí, quiero* en la Capilla Mayor de la Mezquita cordobesa.

Rememoró con lágrimas que todo aquello fue un espejismo, fruto de la pasión desacerbada de una joven furiosa por amar y ser correspondida.

Recordó que el hombre era una fachada y que nunca encontró en su interior el esplendor de su uniforme. Pronto se dio cuenta que no se casó con el amante maduro con el que retozaba las tardes de verano, en el piso que él alquiló en la céntrica calle de Góngora, sino con el ejército y los secretos que no compartía con ella.

Porque Manuel Vinuesa además de ser parco en palabras, hermético, y austero en caricias, era un meapilas. Después de darse el *sí quiero*, ya no la tomaba desnuda. Sus cuerpos dejaron de impregnarse del sudor húmedo nacido del contacto de la más placentera de las batallas. Me refiero a aquella que los amantes dirimen juntos en el lecho.

Pero lo que nunca le perdonó Luisa Conde, fue que le culpara por no poder quedarse embarazada. Él, y solo él, gestionó la adopción del infante Manuel.

Y en esa comparación, del coronel con el médico, daba gracias a Dios por haberle concedido el último placer de su ya corta vida. Eran la cara y la cruz de la misma moneda.

Y así, suspirando cerró los ojos mientras unas lágrimas rebeldes y deliciosas se le saltaban.

Nada más darse la vuelta y de espaldas a Luisa, su alma se hundió. Sus viejos y cansados ojos se inundaron de pena y dolor. Si su experiencia no le engañaba, apenas si le quedaban tres meses de vida.

Recordó lo monótono de su vida con Begoña. Tuvieron un hijo y no pudieron salvarlo. Nació enfermo y día a día se fue consumiendo hasta que su corazón, su alma, dijo basta y voló.

Begoña convirtió su hogar en un altar y entregó su vida a la caridad y a Dios, y él, a la medicina, bueno, y a la partida de mus de los viernes en el bar la Campana. Allí conoció al dueño de la Inmobiliaria Correal, y fue él quien le aconsejó que comprara la casa, alejada de la zona centro.

Y renegó de sus creencias y de su fe. Cuando tenía ocasión de hacerlo, despotricaba contra la iglesia y calificaba de ignorante y fanático a todo aquel que en su presencia ante un mal decía: «lo habrá querido Dios».

Por ironías del tiempo y de la vida, Samuel se sumergió en un estado místico y cerró los ojos e imploró, a Dios y al Espíritu Santo, que se no se llevaran a su amada.

Pegado a la puerta, sentado en el suelo, estaba Manuel en otra batalla sin cuartel contra una manada de terroríficos dinosaurios. No faltaba el temido Tyrannosaurus Rex, ni el Velociraptor, ni ninguno con aspecto terrible. Por el suelo, tirados, subsistían soldados sin cabeza, sin brazos, sin piernas, aunque el creador de la batalla paraba para recomponerlos a su gusto. Tan metido estaba en su juego que no se percibió que tenía un espectador derrotado, de pie, contemplándole. Eso le vino bien a Samuel, para sacar un pañuelo, bordado con sus iniciales, y aligerarse la nariz y los ojos.

—Vaya la que tienes liada, Manuel —atinó a decir.

—Don Samuel, ¿ya está buena mi mamá? —preguntó el niño feliz al ver al doctor.

—Bueno...como sabes tiene un fuerte catarro y la tos no se quita fácilmente. Te aseguro que se curará y podrá llevarte de nuevo al colegio cada mañana.

En realidad, no era necesario que le acompañase, el colegio apenas si estaba a cien metros de su casa. A ella le venía bien hacerlo, así se obligaba a cuidarse y dar un paseo, y él se sentía protegido.

Le hizo unas caricias en el pelo y allí lo dejó inmerso en su mundo de fantasías. Antes de salir, y bajo la atenta mirada de la asistenta, le dijo:

—Oye, Manuel —esperó a que el niño le prestara atención—, esta tarde vendrá un primo tuyo a conocerte.

—¿Y me traerá un regalo? —preguntó Manuel con la inocencia de su edad.

—No lo sé. Hoy no lo sé. Te aseguro que cuando te conozca te traerá siempre un regalo.

A Graci le pudo la indiscreción, era más fuerte que ella y, como un ave rapaz, voló hacia la puerta en busca de noticias que satisficieran su curiosidad. Samuel le dijo que fuera a atender a la señora y que ella le daría la información que creyese conveniente. Pues por todos era sabida la afición de Graci a historias y chismes.

Sobre las seis de la tarde, con puntualidad marcial, sonó el telefonillo en casa de doña Luisa Conde.

—¿Quién es? —se oyó de forma discontinua y con interferencias.

Él, que se había batido en mil contiendas saliendo airoso de las escabrosas y turbulentas aguas confinadas bajo el poder de hombres perversos y poderosos, ahora, ante la simple pregunta de una respetable anciana, sintió miedo.

—Buenas tardes —dijo, por decir algo. Afuera, en la calle, el termómetro

no marcaría más de dos grados; la niebla llevaba dos días campando a sus anchas por la ciudad y no tenía intención de levantar su campamento. La climatología, en estas fechas, en tierras de Castilla es muy adversa—. Soy...Doménico Aspartana, tengo una cita con usted —carraspeó un par de veces.

El sonido de una chicharra le indicó que se había autorizado su entrada al edificio. No tomó el ascensor después de haberlo llamado. Tenía dudas sobre cómo iniciar la conversación y prefirió subir andando, para de esta forma alargar la llegada y tratar de pensar. Notó cómo le temblaban las piernas después de subir un tramo de escalera.

Cuando llegó al rellano de la segunda planta, comprobó que había cuatro puertas. Buscó la letra C y se detuvo. Se atusó los cabellos y recolocó el nudo Winsord de la corbata, respiró profundamente un par de veces, miró al frente y supo que estaba siendo observado; extendió la mano para pulsar el timbre y antes de llegar a hacerlo la puerta se abrió.

Ante él se encontró a un mozalbete alto y espigado. Se quedaron mirando el uno al otro sin que ninguno se atreviera a decir nada. Tenía el pelo oscuro y la piel dorada, las cejas pobladas, las pestañas espesas y largas para dar luz a unos hermosos, alegres y fogosos ojos azules. La nariz delgada, la boca grande y los labios finos; es igual que yo, pensó.

—Manolín, te tengo dicho que no abras la puerta, nunca se sabe quién puede ser —le pareció oír. No prestó atención a nada ni a nadie. En unos segundos retrató en su memoria al jovencuelo que tenía ante sí.

—¡Ejem...!

Ahora sí oyó la voz de una mujer detrás de Manuel. Levantó los ojos y la miró. Tendría su edad. Era una mujer bien *traída*, gruesa, de cara ancha y pelo negro aceitado. Ojos grandes y oscuros, vivarachos; de piel aceitunada, entre amarillenta y verde.

—¿Eres mi primo Doménico? —preguntó—. Eres muy alto, ¿yo seré igual que tú de mayor?

—Buenas tardes, puede pasar. ¡Estos niños! Discúlpele, señor, pasa mucho tiempo frente a la televisión.

—Buenas tardes, señora. Toma, te he traído un pequeño regalo, no sé si te gustará —le dijo al chaval.

Manuel extendió la mano al mismo tiempo que daba las gracias. Lo abrió al momento y, como alma que lleva al diablo, salió corriendo hacia donde se encontraba su madre, gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá! Un tanque, me ha traído un tanque mi primo.

Luisa lo acogió en sus brazos del mismo modo que una gallina clueca con sus polluelos y lo abrazó con tanta fuerza que se hizo daño.

Sin atreverse a pasar a la sala, en donde Luisa permanecía abrazada a su pequeño bebé, pues así ven siempre las madres a sus hijos, permanecía de pie quieto Doménico, emocionado por la bella estampa desbordante de amor que estaba contemplando. Recordó, y no tuvo por menos, cuando venía del colegio y siempre corría a los brazos de mamá Vega.

Delante de él estaba Graci, más pizpireta que nunca.

—Señora, ha llegado la visita que esperaba —dijo entre emocionada y escéptica, hasta ese momento nunca tuvo conocimiento de un familiar, tan apuesto.

Luisa mostró un miedo racional, no sabía nada de Doménico y lo dejó entrar en su casa, atendiendo a las promesas que hizo a su amado Samuel. Pensó si no habría sido una locura meterlo en su vida, dejándose guiar solo por unas fotos que reflejaban por su fisionomía, una similitud nada desdeñable entre su hijo y Doménico. En esos momentos resoplaron las sabias palabras de Samuel Priego en su cerebro y era tanta su fe y confianza en él, que por eso accedió a sus pretensiones.

Oyó con claridad la llamada de atención de la empleada; en su interior se negó a oírlo. Tuvo que repetir la asistenta:

—¡Doña Luisa!

Ya no podía negarse, hasta el niño se soltó y miró hacia atrás. Secó sus lágrimas y tosió con fuerza, quizás su tos era más nerviosa que bronquítica, que también.

Esgrimió su mejor sonrisa e hizo intención de incorporarse,

—Por favor, no se levante —le dijo Doménico tan atento como siempre adelantándose al acto de ella. Y tomándola por las manos, la saludó y ayudó a que se reclinara en la postura más cómoda.

Graci les preparó café y les propuso una degustación de rosquillas de anís y galletas servidas en una bandejita; en su afán por saber cosas que no le eran propias, se hizo la remolona, y con disimulo, se dio a la limpieza de la vajilla que esperaba, desde hace años, en el interior de una vitrina a ser utilizada en un momento especial. Pese a no hacer nada de ruido, Luisa se percató de su presencia e intenciones,

—Graci, por favor, ¿puedes cerrar la puerta y comprobar que Manuel está bien? Gracias —le conminó de forma sibilina, con suavidad y cariño, a que abandonara el salón y los dejara solos.

Doménico, como buen caballero, ejerció de anfitrión y sirvió primero a ella y luego hizo lo propio con él.

Luisa se rehízo y observó sin ningún reparo, no la educación ni el porte de Doménico, sino el enorme parecido con su hijo. Él se sabía espiado, y conocedor de sus dotes engatusadoras, se dejó querer; entre sorbo y sorbo, la miraba de soslayo y esgrimía su mejor sonrisa. Manejador de los tiempos como nadie, cuando lo creyó oportuno inició la conversación.

—Son unas pastas deliciosas —musitó, saboreando en el interior de su boca un pedacito de una de ellas; a continuación le entregó una sonrisa seductora que Luisa agradeció.

—Gracias, las trae la empleada de un pueblo cercano. Corral de Calatrava, se llama el pueblo. Son de la fábrica Arenas —respondió Luisa, percatándose de lo nerviosa que estaba, por la cantidad de información que le había aportado sin necesidad. Su padre siempre le decía que no debía dar más datos que aquellos que le pedían, de lo contrario corría el riesgo de cometer errores que podrían resultar de difícil subsanación.

Doménico percibió que, aunque peinada, el maquillaje no era el más apropiado para ella y su edad. Sobre sus mejillas se excedieron con el colorete rosa, la disfrazaron de mujer joven y aquello la envejeció más. Pensó que no había nada más triste para una persona mayor que pintarrajearse y vestirse para disfrazar la edad.

Son esos pequeños detalles que se deben cuidar y sobre los que él hacía hincapié en mamá Vega. Pues no hay nada más bello que envejecer con dignidad, le recordaba a menudo a su madre.

—¿Qué tal se encuentra? —continuó llevando el cetro de la exigua

conversación.

—Bien. Muy bien —repuso. Esta vez no pudo refrenar un golpe de tos asesina. Doménico notó que se ahogaba y le sirvió un poco de agua. Ahora más cerca de ella, y sin ningún rubor, la miró con descaro; comprobó que tenía ojeras mal disimuladas; que sus ojos escondían una tristeza incurable, y se atrevió a corregir la edad que un día pensó que podría tener. Recordó que en su primer encuentro le vaticinó unos setenta años y que ahora, vista de cerca, no podría echarle más de sesenta.

No sabía quién, pero una vez le dijeron que, cuando una mujer joven se casa con un hombre bastante mayor que ella, adapta su cuerpo y forma de vestir a la de su esposo, para así parecer ambos más cercanos en el tiempo. Quizás fue esa la actitud que tomó Luisa para no aparentar ser más joven que su esposo.

—¿Mejor? —preguntó Doménico, preocupado por la crudeza de la tos.

—Muy amable, es usted muy amable —señor Doménico,

—Por favor, no me hable así. Puede tutearme si lo desea.

—De acuerdo. Vayamos a lo que le trae aquí —atajó Luisa por la calle de en medio, pues entendía que comenzaba a estar molesta por la situación y por su estado—. Iré al grano.

Respiró con profundidad, trató de hablar, pero se le alebraba la voz; carraspeó y un sonido de pitos surgió de su interior.

—Mi niño —carraspeó de nuevo—, mi Manuel es... es adoptado.

Al oírlo, en el interior del corazón de Doménico sonaron trompetas de júbilo; una orquesta de clarines, de música celestial, acompañaron las palabras agonizantes de Luisa, a través de la sangre, por todos los rincones de su ser. No hubo fibra ni nervio que no se alterase en su cuerpo ante lo que él consideraba una buena noticia. Trató de ser prudente y comedido, y no ejercitó ningún músculo facial que hiciera sentir a doña Luisa incomoda.

Ella aprovechó el silencio para descansar y reponer fuerzas; delicadamente, con los dedos pulgar, índice y corazón, tomó la taza por el asa; sorbió de su contenido, aún humeante. Cargó los pulmones de aire y continuó hablando:

—Efectivamente, como usted intuyó, yo no soy su madre biológica. Luego, cabe la presunción de que exista algún vínculo sanguíneo entre mi hijo y

usted.

Ahora fue él el que respiró con profundidad, y nervioso, también se confesó.

—Por cuestiones que no vienen al caso, durante muchos años no supe nada de mi padre. Hace diez días fue asesinado y no pude preguntárselo.

Luisa asintió y esbozó una ligera sonrisa, de esas que carecen de sentido y que son más propias de un estado de estupefacción que de alegría; no pudo retener un ligero lagrimeo y, por un segundo, su mirada se perdió en los recuerdos. Pasado ese momento de incertidumbre de no saber qué hacer, o decir, sobre lo que Doménico le acaba de informar, dijo:

—Cuánto lo siento... ¡Jesús Divino, vela por su alma! —exclamó con lágrimas sinceras mientras hacía la señal de la cruz, obligándole a secundarla.

Los dos cayeron en una situación rancia. Los dos se miraban, pero ninguno veía al otro.

Luisa dejó la taza del café, con el plato, sobre la bandeja. Extendió su mano hacia la de Doménico y le acarició, este le agradeció el gesto, haciendo lo propio sobre la de ella.

—Una vez que le he contado lo más importante, dígame, por favor, ¿cuáles son sus intenciones? —imploró Luisa.

—Quiero, con su permiso, conocerlo. Sin agobios me gustaría ganarme su amistad. Vendría a verlo las veces que fuesen necesarias a Ciudad Real. Mantengo una situación económica, diría yo que...desahogada.

—Me parece bien. Le concedo visitas solo en fines de semana, con el fin de que Manuel no se despiste con los estudios, y siempre bajo la atenta mirada de alguien de la familia —apuntó, dando la conversación por zanjada.

Doménico asintió y agradeció la sinceridad de doña Luisa. Hablaron bastante, uno y otro de aquellas cosas relacionadas con Manuel y que no podrían hacerse daño, entre ellos, si se supieran fuera de ese ámbito. Charlaron hasta que apareció Manuel vestido para salir, acompañado de la empleada.

—Ya es hora, señora —dijo Graci muy seria, probablemente enfadada por haberla echado del salón—. Llegaremos tarde —miró a Doménico insinuándole con la vista que tenía que marcharse.

Doña Luisa se miró el reloj y comprobó que aún faltaba más de media hora para la sesión de las 19.15 horas.

—Hace frío. El cine está a menos de cinco minutos, ¿a qué vienen esas prisas? —inquirió mostrando su rechazo a la urgencia innecesaria de la asistenta.

Doménico lejos de crear un mal ambiente, terció:

—¿Qué película queréis ver?

—La Guerra de las Galaxias —apuntó Manuel muy ilusionado.

—¿Puedo acompañarles?

Luisa estaba a punto de desvanecer; había sido un gran esfuerzo el que realizó para mostrarse entera ante su huésped. Frunció la boca en un rictus de dolor dejando al descubierto una dentadura sin muescas. Esbozó una sonrisa forzada al sobreponerse. Quiso mostrar su mejor perfil pero no pudo evitar sobrecogerse por el dolor y llevarse ambas manos al estómago. Se apreciaba que era una mujer que ante cualquier imprevisto no se apocaba, al contrario, se venía arriba y atinaba con la solución más oportuna para todo.

—De acuerdo, puedes acompañarlos —resolvió de forma tajante y autoritaria—. Nada más terminar, vuelvan a casa.

Graci, la asistenta, no encajó de buen grado la orden de la señora, entendió que en su ausencia se hornearon cosas en su cocina, entre Samuel y doña Luisa, sin que ella se enterara. No llegaba a entender, cómo y cuándo se coció la imprevista llegada de Doménico a sus vidas, y se preguntaba a cuento de qué se le permitía a un desconocido, que los acompañase al cine, como si ella no supiera defender, incluso dar su vida si fuese necesario, por Manuel.

Como buena manchega, mientras recogía la bandeja con el café y las pastas, y acomodaba a doña Luisa, en su interior runruneaba quién sería, puesto que, hasta hacía unas horas, nunca nadie habló de él.

Manuel, en un gesto espontáneo, se dirigió a Doménico:

—¿Cómo quieres que te llame primo o Doménico?

—De las dos formas estaría bien.

—Vale, ¿quieres ver mi colección de dinosaurios?

Doménico esbozó una amplia sonrisa, mostrando detrás de su boca grande y perfilada una dentadura blanca con los dientes alineados. Antes de tomar una decisión, pidió con la mirada la aprobación de su madre. No le encontró la cara, en ese instante una fuerte tos le impidió hacer ningún gesto. La faz de su rostro se tornó azulada, por fin consiguió arrancar. Sobre un pañuelo expulsó una mezcla sanguinolenta de esputo.

—Manolín, ve a tu habitación, corazón —ordenó Graci al crío. Este permaneció impasible. Francamente estaba asustado, cada vez eran más fuertes los golpes de tos en su madre. Doménico se agachó y abrazó al chaval, le tomó por los hombros y le dijo entre susurros:

—Vete, no le pasará nada. Te lo prometo.

Con los dedos limpió las mejillas de Manuel y, cuando este partió hacia su dormitorio, Doménico se dirigió al lugar en donde Graci, una *puertollanera* con carácter, trataba de auxiliar y confortar a la enferma.

—Creo que debería estar en la cama, guardando reposo —insinuó Doménico.

—No debió venir, y menos en este estado en el que me encuentro —contestó doña Luisa.

—Al contrario. Creo que ha sido buena idea. Ahora, si le parece bien, la vamos a llevar a su dormitorio —sugirió Doménico.

—No. Estoy bien aquí.

Alguien estaba llamando. La chicharra sonó con insistencia. Gracia miró a Doménico, y este le dijo:

—¡Vaya!

—Es muy cabezona. No la deje sola, por favor—musitó Graci.

En el salón se presentó un hombre mayor, torpe en el andar, con un maletín negro, ajado, cuarteado. Era alto, tapado hasta los ojos con una bufanda incolora. Usaba gafas de lente que apenas permitían ver sus ojos por lo empañados y sucios que llevaba los cristales.

—Él es... —trató Graci de ejercer de anfitriona.

—Lo sé. Usted es Doménico, ¿verdad? —dijo Samuel Priego, adelantándose, sorprendiendo tanto a ella como a Doménico.

—Encantado, y ¿usted es? —preguntó Doménico extendiendo su brazo para saludar al doctor.

—Es don Samuel, el médico de la familia —ahora fue Graci la que entró en juego, dándose un ligero baño de importancia.

No hablaron más sobre ellos; en el sofá, tendida, estaba Luisa. Samuel, maletín en mano, se acercó a su amada, menos nervioso que como lo hizo horas antes de confesarse ambos su amor; ya no sería un amor ignoto para ninguno de ellos. Por el camino susurró a Graci:

—¿Cómo está?

—Más *pallá que pacá* —musitó ella.

Extrajo el fonendo de la caja de cartón con las esquinas partidas. Se lo colocó y la auscultó. Después miró a Doménico y le pidió que le ayudara a llevarla a su habitación. Este, con suavidad y mimo, introdujo un brazo debajo de sus piernas y el otro por la espalda, y como si fuera un pajarillo la izó y llevó al lugar que señaló Samuel.

Luisa no se opuso, notó los fuertes brazos del joven y cerró los ojos. Cerró los ojos y abrió la puerta del jardín de los sueños y soñó; seguro que imaginó que quien la llevaba en volandas, del mismo modo que los novios en la noche de bodas, era el hombre que había estado esperando toda una vida. Este hombre no era otro que Samuel.

—Gracia, por favor, abra la cama —era la única persona, junto a su madre, que la llamaba por su nombre de pila. La bautizaron con ese nombre porque nació el ocho de septiembre, día de la Virgen de Gracia, patrona de su pueblo, Puertollano. Al igual que su madre, tanto el doctor como doña Luisa, la llamaban así cuando querían investir a sus palabras de una mayor autoridad.

Con diligencia, se adelantó a Doménico, y para cuando este llegó a la cama, ella ya la había preparado. Él la tendió con el mismo celo y mimo como la levantó.

En silencio y con preocupación Samuel le tomaba las constantes. Volvió a sonar el timbre, era una enfermera que según dijo, había sido llamada por el

médico.

Tanto Doménico como Graci salieron de la habitación dejando allí al doctor con la sanitaria. Antes de abandonar el dormitorio oyeron la voz apagada y autoritaria de Luisa:

—¡Doménico!, por favor, acompaña al niño al cine —le repitió—. Es tiempo de conoceros.

Este asintió y, junto a Graci, se fueron los tres al cine. Estaba a menos de cinco minutos.

Era puro invierno, la niebla poco a poco se había abierto, dejando a su paso una humedad que calaba hasta los huesos. El pavimento estaba húmedo y, si las temperaturas continuaban bajando, esa noche habría escarcha y sería peligroso andar y más aún conducir. Pensó que si a la salida del cine estaba peor, se quedaría a dormir en la ciudad.

Pasaron por la puerta del colegio de Manuel.

—Mira, Doménico, este es mi colegio —dijo todo contento.

Un rótulo en la fachada decía: «Colegio Salesiano. Hermano Gárate». Tuvo que disimular y hacer ver que no lo sabía. A la vuelta del quiosco de Trini, se encontraba el cine. Un gran letrero en vertical así lo señalaba: «Cine Castillo».

Se pusieron en la cola para sacar las entradas y, de repente, Doménico observó un cambio en Manuel. El niño se agarró de su mano y se escondió tras de él.

—¿Ocurre algo, Manuel? —inquirió, y no fue porque le molestara el que se aferrara a su mano, al contrario, sino porque atinó a percibir miedo en el niño.

El tiempo se adelantó a los acontecimientos y por tanto a la respuesta del chaval; dos chicos de su edad se acercaron y, sin venir a cuento, uno de ellos le propinó una *guantá*. Doménico reaccionó con rapidez, no tanta como para evitar la bofetada, pero sí como para coger al agresor antes de que huyera.

—¿Por qué le pegas? ¿Qué mal te ha hecho para que no puedas arreglarlo

hablando? —recriminó al agresor de trenca azul, al que tenía sujeto por la muñeca.

Manuel, aún con el miedo en el cuerpo y un puñado de lágrimas por su cara, mostró gallardía al ver que ya no estaba solo. Y ya no fue necesario que Doménico inquiriera más:

—Son cuatro los que se meten conmigo. Me quitan todo lo que llevo encima y me obligan a que les compre un bocadillo todos los días, o de lo contrario, me pegan.

Doménico, a pesar de las patadas y gritos del agresor en su intento por zafarse, no le soltaba. Lo tenía bien agarrado, y cuando Manuel terminó de hablar, preguntó al chico:

—¿Es cierto lo que ha dicho?

—Eres un mierda. Ya te cogemos —espetó con agresividad mirando amenazante a Manuel—. Y tú, suéltame, que me haces daño.

Manuel al sentirse protegido por Doménico, se aproximó al mozalbete y le echó mano al cuello, arrancándole la cadena de oro que llevaba colgada, de ella pendía una pequeña medalla, también de oro.

Doménico le reprendió la acción y le pidió que se la devolviera.

—No lo haré, es mía. Me la quitaron y dijeron que se les había perdido.

—¡Dámela! —le exigió Doménico.

—¡Que me la des! —vociferó el otro.

Con desagrado, Manuel accedió a obedecer y se la entregó a Doménico. Ante los gritos del chaval, al que aún mantenía retenido por la muñeca, la gente les hizo un corro. Doménico miró la medalla y resopló.

—Creo que tienes un problema. Además de llevar camino de ser un pequeño matón, eres mentiroso y ladronzuelo —le dijo al mozalbete, al mismo tiempo que lo soltaba.

El chico se fue blasfemando. Doménico se arrodilló delante de Manuel y le dijo:

—¿Quién te ha dado esta medalla?

—Era de mi padre. Me la dio mi madre, cuando él murió.

Abrazó a Manuel y le susurró:

—No temas, desde hoy yo te protegeré. ¿Los chicos que te han pegado van a tu colegio?

—Sí. Este va a octavo, y los otros tres a mi curso.

—¿Y por qué no se lo has dicho a tu madre?

—Por no hacerle sufrir, además esto son cosas de hombres y yo debo aprender a resolverlas.

—Ya... ¿y quién te dijo eso?

—Mi padre. Él siempre me decía que tenía que aprender a resolver solo estas cosas, pues cuando fuese mayor no habría nadie que me protegiera.

Doménico sintió los brazos fuertes del niño apretarse contra él. Apenas hacía dos horas que se conocían y no acertaba a entender cómo había nacido ese lazo de afecto entre los dos.

—Ay, Dios mío, qué disgusto más grande. Ay, Señor, cuando se entere doña Luisa —repitió Gracia—. No lo quiero ni pensar.

—Procure evitárselo —zanjó Doménico.

El murmullo de la gente cesó y por fin abrieron las puertas del cine. Entraron los tres. Y, entonces, desde la puerta se oyó:

—¡Eh!, tú, sal si tienes cojones. Me vas a hacer a mí lo que le has hecho a mi hijo.

El que así se le dirigía era un hombre de unos cuarenta años, a su lado los dos chavales que agredieron a Manuel. Doménico le dio dinero a Graci para que comprara palomitas y refrescos y les pidió que pasaran a la sala; al mismo tiempo, con la mano le hizo un gesto al señor que gritaba, e intentaba pasar al cine que esperara un momento que saldría a hablar con él.

—Esperadme dentro, yo os buscaré. Voy a hablar con el señor, está nervioso y necesita de una explicación —trató de convencerlos.

—No salgas, por favor. Es un macarra metepatas —le imploró Graci.

Acarició el cabello de Manuel y, sonriendo, les dijo:

—No temas, únicamente hablaremos.

Les siguió con la vista hasta la barra del bar del cine. Entonces se dirigió al portero para explicarle que iba a salir y luego volvería.

—No salga, no merece la pena —le dijo.

No echó en saco roto el buen consejo del que le habló y decidió no salir al exterior a explicarle al padre del niño por qué actuó de aquella manera con su hijo.

Pensó que lo más prudente sería entrar al patio de butacas y disfrutar de la compañía de Manuel. Pues no era justo que el primer día que se conocían tomara una opinión equivocada sobre él.

Desde la puerta, y teniendo al portero por pantalla, se dirigió al señor gritón, y le dijo:

—Disculpe, no merece la pena. Siento lo que ha ocurrido, es mejor para todos que olvidemos lo ocurrido —le dijo plenamente convencido de que era lo mejor y que, dándole un plus de satisfacción con sus disculpas, la cosa se calmaría.

Si en algún momento llegó a pensar que sus excusas serían suficiente para apagar el fuego de su ira, se equivocó de pleno.

—¡Oiga! No puede pasar. Sin entrada no puede entrar al cine —oyó como el portero gritaba nervioso al hombre iracundo, fuera de sí.

Se paró y volvió la mirada hacia la puerta, y al ver como su problema se transmitía a una persona inocente, que cumplía con su deber defendiendo su puesto de trabajo, cejó en su empeño por olvidar el asunto y ante los continuos insultos, empujones y amagos por querer entrar en la sala en su busca, decidió salir.

—Si le parece bien, hablaremos allí —señaló hacia un pasillo que daba al jardín de unas viviendas.

El hombre, aparentemente con unas cervezas de más, tenía mal encare; el rostro sonrosado lo cubría con una tupida barba; los ojos saltones, con el acaloramiento, parecía que quisieran abandonar las cuencas orbitales; sobre el

pecho lucía una hermosa cruz de oro que mostraba ostentosamente, al llevar desabotonada la mitad de la camisa, pese al frío reinante. Una cazadora vaquera era su única prenda de abrigo. Vestía pantalón vaquero desgastado por el uso y, por calzado, unas botas camperas.

Echó delante; por el rabillo del ojo, observó que venía detrás de él y por el fino oído, aguzado por lo que pudiera ocurrir, oyó sus tacones al caminar. El muy cobarde, y tal y como Doménico esperaba, levantó el puño en alto para golpearle en la cabeza; con un golpe traidor y ventajista, pretendía zanzar las cuitas que le llevaron a increparle.

Para su fatalidad, Doménico lo presentía, e iba en alerta, y antes de que su puño, con el anillo de sello en el dedo anular, llegara a impactar en la nuca, giró y cogió su brazo por la muñeca y con la fuerza del giro lo estampó contra la pared.

Ninguno de los presentes dijo nada, todos guardaron silencio ante su reacción; ni siquiera los chavales se atrevieron a continuar jaleando a su padre.

—Como le decía, sería mejor que hablásemos sobre aquello que quería decirme, aquí, sin entorpecer a los que quieren entrar al cine —le dijo mientras tenía su brazo derecho doblado hacia atrás y el cuerpo pegado a la pared.

Asintió. Y aun a sabiendas que intentaría otro ataque, le soltó. El hombre ante la humillación que sintió, en presencia del que parecía ser su hijo, intentó golpearle de nuevo. Doménico le apartó de un manotazo el brazo e impactó su mano contra su cuerpo. Con un golpe veloz, seco, le clavó los dedos en el pecho, doblándolos al instante; un golpe eléctrico, como un latigazo, fue lo que debió sentir al notar sus nudillos a la altura del corazón.

Fue todo muy rápido: dos golpes certeros acabaron con la insolencia del vaquero. Lo peor fue que, al girarlo por el brazo, el medallón que llevaba en el pecho también lo hizo, y fue sobre él donde se ejerció toda la fuerza, dejándole la medalla grabada, y a él, heridas con cortes en los dedos.

El hombre quedó aturdido; el corro de curiosos se disipó. Doménico, esperó a que se recuperara y le explicó que no le parecía bien que su hijo, en compañía de otros tres, acosaran a Manuel.

No le respondió; miró a los chavales, en especial al de la trenca azul, y ante su silencio se levantó y marchó cabizbajo. Partió por la avenida del Rey Santo hacia la plaza de la Provincia.

Capítulo 5

Aurelio

“Hay asuntos del CESID que nunca se desvelarán”.

Alonso Manglano.

Director del CESID

Enero de 1.981, avanzaba lentamente, con parsimonia, pero con marcialidad militar inexorable. Días después de lo ocurrido en el piso de la calle Trinitarios de Toledo, César Gamboa me llamó y fijamos una cita. Sería en Madrid, en la cafetería del hotel Los Galgos, en Claudio Coello. Me pidió que fuese solo y tomase las debidas reservas.

Me senté junto a la ventana, en el salón del piso de la avenida de la Reconquista. Instintivamente miré al lugar en donde, cuando salí del Psiquiátrico, un coche acechaba mis movimientos. En su momento Pedro Hermoso ya me advirtió con una nota que estaba siendo vigilado y que tenía el teléfono intervenido. Su imagen, su presencia, revoloteaba por el salón. No pude evitar al recordarlo que una ligera nube de lágrimas nublara mi visión.

Cerré los ojos y abrí los pasadizos secretos de mi cerebro, y retornaron con fuerza las palabras que me confirió Pedro Hermoso sobre el movimiento convulso en los cuarteles militares. Rememoré la primera vez que oí aquello de: *ruido de sables*, en boca de Hermoso, y lo relacioné con redobles de tambor y marcha a toque de corneta.

Reviví como si fuera ayer, cuando me relató escondidos detrás de unas jarras de cerveza, en una cafetería de Madrid, que existía un gran malestar entre los oficiales de determinados cuerpos de militares, demasiado aferrados y añorantes del pasado; insistió en que los criminales atentados de ETA los tenía furiosos a ellos y a una parte muy destacada de la Guardia Civil.

Miré en el rincón oscuro de mi memoria y hallé los nombres del comandante Echenique y del capitán Eliot. Los dos, junto a Gamboa, pertenecen

al Cesid, pensé.

—No me gusta cuando te veo triste —me rescató la sensual voz de Tina, acercándose a hurtadillas para no molestarme y obligándome a cerrar el arcón de mis secretos de un portazo.

Me conocía perfectamente y sabía de mi enojo cuando me arrancaban con brusquedad de los silencios de mi mente. La miré agazapado, sin decir nada, entre los recuerdos de mi padre y de Pedro Hermoso. Sentí cómo acariciaba mis sienes regalándome un ligero masaje; atusó mis cabellos y los besó como si fuese un niño pequeño.

—¿Por qué no te vas a correr mientras yo preparo la comida? —susurró para no romper el halo que había creado en el ambiente.

Asentí y sin pensarlo me dispuse a obedecer tan reconfortante sugerencia.

Corrí como pollo sin cabeza, bajé las escaleras dando saltos de rellano en rellano. Cuando quise darme cuenta me encontraba atravesando el Circo Romano y continué corriendo por la avenida de Carlos III.

Crucé por la puerta de Alfonso VI hasta la calle la Plata. Inconscientemente fui a parar a mi futuro hogar, apoyé un brazo sobre la pared de una de las esquinas para tomar un poco de sosiego: mi corazón latía con demasiada virulencia.

No pasé desapercibido para el responsable de la contrata, el hombre de ojos azules penetrantes, profundos. Yo permanecía exhausto intentando rebajar las pulsaciones por el esfuerzo realizado. En dos zancadas se plantó ante mí, con la mirada oblicua, esta vez no lo hizo de frente, sino de abajo arriba dando a su mirada la suerte de la muerte. Quizás fuese por nuestra última conversación, el caso es que había perdido la insolencia.

Me dijo que los trabajos discurrían según los plazos previstos, apreció que se había puesto las pilas e imprimido celeridad a los mismos. Quise corresponder a su petición de mostrarme los cambios que yo le propuse y entonces apareció ella.

No supe que hacer, quedé petrificado, convertido en una estatua de sal, como la esposa de Lot, por la incredulidad ante lo que veían mis ojos. Cuando reaccioné, eché tras ella; cruzó como una exhalación la plaza de Santa Clara. La alcancé con la vista antes de que se cerraran, a su paso, las puertas del convento

Medité, sopesé sobre lo acertado o lo inoportuno de mi atrevimiento en romper su silencio. Tomé con energía la aldaba de la puerta principal del convento y la dejé caer sin fuerza. Me arrepentí en el último instante, pensé que no tenía ningún derecho a obstaculizar el camino que ella, libre y voluntariamente, eligió.

Apenas sonó la aldaba, por lo que creí que nadie lo habría oído y di media vuelta. Pensé que lo mejor sería olvidarlo todo, salir corriendo de allí y darme una buena ducha con agua caliente. Empecé a sentir frío, el sudor se había enfriado humedeciendo la ropa interior y la sensación térmica no era agradable.

Y entonces ocurrió. Todo fue rápido, en el último momento escuché el crujido de la puerta vieja al abrirse sobre los goznes oxidados. Me volví y allí estaba ella.

Parecía la más bella de las vírgenes, vestida con el traje talar blanco. La toca del mismo color cubría sus cabellos, no así sus grandes ojos como avellanas, del color de la miel, ni tampoco la eterna sonrisa que exhibían sus labios carnosos. Sobre su pecho colgaba una cruz de madera y sus manos las tenía recogidas, entrelazados los dedos, en el regazo.

—¿En qué puedo ayudarle? —atiné a oír. Era una voz débil, alegre. Su dueña era mayor; de su rostro emanaba una dulzura indescriptible. Vacilé unos segundos eternos, incluso pensé en poner pies en polvorosa. Yo no veía a la monja, a la mujer que me hablaba, sino a la que estaba detrás arqueando las cejas, sonriendo, animándome a hablar.

Entonces me dije: «¡Ah! no, no puedes terminar así, ¡huyendo!» y me atreví, entre dientes, a formular mi petición:

—Querría saludar a Sor Inés, es una amiga de la infancia, me dijeron que estaba interna en el convento de Santa Clara.

—No sé si podrá atenderle, es ya muy tarde. Le avisaré. ¿Quién le digo que es usted?

—Soy Doménico Aspartana.

La puerta se cerró. Pasado un tiempo, se abrió, no el portón sino un pequeño ventanuco, tras él apareció otra monja con los ojos acuosos con síntomas de tener cataratas y me dijo:

—Sor Inés no puede recibirle, está atendiendo a los enfermos.

Y tal como apareció se fue, siendo el portazo del ventanuco el único rastro que dejó. Por una razón desconocida para mí, se negaba a verme. En aquellos momentos tenía el alma en carne viva, creí morir. Estaba enojado, ofendido, no con ella, sino conmigo, por mi falta de humildad.

—¡Oiga!, se me olvidó decirle que lo verá esta tarde a las seis. Sea puntual, a las siete debe estar en el convento del Espíritu Santo —la oí de nuevo.

No pude decirle todo lo que se me vino a la lengua, volvió a desaparecer, dejando a su paso el retumbo del portazo.

La ducha no solo me reconfortó, sino que me insufló ánimo y aumentó mi esperanza por tener algo más que un encuentro con Julia. Envuelto en una nube de vapor pensé que en esta historia había demasiados cabos sueltos y decidí atar los que pudiera y cuanto antes mejor.

Encontré a Tina en la cocina y la noté nerviosa. Le dije que tenía que resolver un asunto de menor importancia con mamá Vega.

—No tardes, la comida está a punto. Voy poniendo la mesa.

—De acuerdo. En quince minutos estaré de vuelta —respondí yo.

—Entonces no será muy importante, comamos primero y luego vas con más tranquilidad —replicó.

—No. Debo ir ahora —zanjé.

Estaba sola, refugiada en la oscuridad del silencio. En su rostro aún se leían las huellas de dolor provocado por la pérdida de su compañero, mi padre.

Vestía, frente a mi postura, de un luto riguroso, enfermizo, más propio de otras épocas. Me recordó, con perdón, a doña Juana, la hija de los Reyes Católicos, tras la muerte de su amado Felipe.

Demacrada, con ojeras y mirada melancólica, su extrema palidez provocada por la ausencia de sol, se acentuaba con el pelo negro, con mechones de plata, pegado y aceitado a la cabeza, y recogido en la nuca. Entre sus temblorosas manos escondía un pañuelo hecho un gurrño.

—¡Mamá!, esto no puede continuar. Se acabó. Él no hubiese querido verte así. Es lo más horrible que puede hacer un ser humano: morir en vida. ¡Mírate!, te pareces a Bernarda Alba. Si Federico García Lorca te viera, diría que eres ella —dije con voz gritona y a veces jocosa.

Subí las persianas y sentí sus reproches recriminatorios. No me importó. Sentí su respiración entrecortada y sus lloriqueos. Se me abrieron las carnes por el dolor que me provocaba verla de aquella manera.

Entendí que aún estaba ausente por la muerte de Salvatore, pero eso no era suficiente para permitir que se autodestruyera. Me puse de rodillas delante de ella y posé mi cabeza en su regazo; tomé sus manos para ponerlas sobre mi cabeza y se negó.

En mi interior la pena que tenía en esos instantes fue abrasando todo lo que encontraba en su camino, y notaba como me desangraba. Me hubiese gustado llorar con ella y hacerle ver mi amor.

Acerté con mi tozudez y mi empeño por despertarla del mal sueño que provoca la idea de que nunca más volverás a ver a un ser amado. Me acarició, mimó mis cabellos y lloró. Entonces, y no antes, yo me uní a ella y juntos, madre e hijo, lloramos abatidos por nuestro dolor que no era otro que la pérdida de un ser tan querido para los dos.

Le hablé de refilón sobre el hecho de que había encontrado un niño, nacido en Córdoba, que era muy parecido a mí. Su respuesta no me dejó lugar a dudas: ella no sabía nada del asunto.

—Doménico, únicamente tú sabrás si eres el padre. Desconozco lo que hiciste en la Universidad Laboral —respondió sin dejar de hacerme caricias.

—Has vuelto muy pronto —me dijo Tina nerviosa, ocultando con rapidez algo entre las piernas.

Se encontraba en mi dormitorio, sentada al borde de la cama. Me extrañó verla allí y más a esas horas. Sorprendido la miré, su semblante tornó a sonrojo. Traté de fisgonear con la mirada qué era aquello que con tanto celo ocultaba.

Inquieta por la forma en que la escudriñaba, me dijo:

—No me mires así y vamos a comer. Ve sacando la comida del horno, que ya voy.

—No sin ti —respondí.

Como quiera que cada vez estaba más agitada, le pregunté:

—¿Qué escondes con tanto celo, que no quieres qué vea?

Sintió la fuerza requisitoria de mis palabras y avergonzada bajó la cabeza. Introdujo una mano entre las piernas y sacó mi viejo diario.

—¿Qué haces con eso Tina? —le pregunté.

—Nada, lo he encontrado y me disponía a verlo. ¿Qué es?

—Es un diario, mi diario. No deberías haberlo leído.

—No lo hice. Solo me picó la curiosidad y lo ojeé.

Al quitárselo, observé que estaba abierto en la página con mis recuerdos de Julia.

—¡Lo has leído! ¡Joder! ¿¡Dime la verdad!?

No sabía mentir, al menos a mí. Comenzó, al igual que un niño pequeño cuando lo pillas en una chiquillada, a morderse los labios y a no saber hacia dónde mirar. Luego levantó la cabeza y buscó mi mirada, hasta encontrar mi perdón.

—Es muy bonito, y a la vez triste, lo que has escrito. ¿Te refieres a Julia, la que se hizo monja? —se atrevió a decirme entre dientes, como asustada.

—Eso a ti no te importa. Estoy muy enfadado, Tina. Lo que has hecho me parece de una vileza impropia de ti.

—Tampoco te pases con tus reproches. Me pudo la curiosidad y lo

siento. Lo abrí por esa página y no pude contenerme. Te repito que me gustó como la describes.

—Me pongo como me...Vamos a dejarlo ahí, por favor. Y no olvides nunca que la ofensa la mide quien la sufre no quien la hace.

Se levantó y pasó delante de mí, sin mirarme, totalmente enfadada. Entonces leí aquello que tanto le llamó la atención, no era otra cosa que la descripción que hice sobre Julia, sobre como yo la recordaba:

«Cuando la conocí tendría unos treinta años, ojos grandes como avellanas del color de la miel; melena espesa de pelo negro azabache, que hasta la cintura le llegaba cuando la dejaba en libertad, otras veces se la recogía en una trenza larga. La redondez de su cara se agrandaba con su eterna sonrisa. De brazos delgados, largos y fuertes; sus nalgas prietas dignas de ser envidiadas, de escaso jardín en su vergel, de piel cetrina, suave. Sus pechos, de mediano tamaño, gozaban de la justa y deseada turgencia. Con todo, lo que más gustaba de ella era su juvenil sonrisa y su olor. Olía a aceites y a petunias; a mar y a jazmín; a limpio y a húmedo, cuando sus feromonas se desataban».

Cerré mi viejo diario y lo volví a esconder en su sitio. Más tarde me dijo que lo encontró en la cama y que la culpa fue de ella por hacer aquello que no le correspondía. Comimos en silencio, pero antes del postre ya se me había pasado el enojo.

Le conté que la vi por la mañana y que me había dado una cita a las seis, en la puerta del convento. Poco tiempo me quedaba para tan esperada cita y quise aprovechar el tiempo.

Embriagado por el suspense me dispuse a acudir a mi cita, cuando el sonido inconfundible del teléfono llamó mi atención. Esta vez no requerí a Tina para que lo atendiera ella.

—¿Sí? —solicité con cautela.

—Soy Gamboa. La reunión será mañana a las once. Habitación 402 — me respondió Gamboa con un lacónico mensaje.

—Esta mañana me dijiste en la cafetería del ...

—Será en el mismo sitio. Adiós —y colgó. No me dejó pronunciar el nombre del hotel. Me di cuenta de que no estaba preparado para las historias de

espías.

Decidí ir al convento en moto, durante el trayecto pensé en lo escueta de mi conversación con Gamboa. Debido a la premura en el tiempo, determiné que me pondría en contacto con Berto y recabaría su mejor opinión al respecto.

La esperé a ratos sentado en un banco de la plaza de Santa Clara y a ratos dando vueltas en círculo, comido por la impaciencia y la ansiedad que me ocasionaba la espera. A cada chirrido de las viejas puertas yo volvía la cabeza.

Es curioso, me dije, el trabajo anónimo y de sacrificio que realizan para la sociedad civil las congregaciones religiosas. Observé el intenso tráfico de personas silenciosas que acudían a las puertas del convento. Ancianos los más, en estado de necesidad, con el fin de obtener algún bien alimenticio.

Por fin, a las seis y unos minutos, apareció sonriente. Su mirada me turbó, y me sentí desnudo de mis riquezas terrenas. A su llamada, sin llamarme, me dirigí hacia ella, igual que el día de mi primera comunión, expectante y deseoso por recibir la Sagrada Eucaristía, en esta ocasión era por recibir su perdón.

Me dio la mano y yo tan torpe, la besé. No se enfadó, sonrió y me dijo:

—No te conozco, o más bien sí. Me recuerdas a un niño inocente, apenas salido de la pubertad, que acudió a mí para que le ilustrara en la lengua de Shakespeare.

—Sí, sor Inés, soy yo. ¿Prefieres que te llame así? —asintió—. Durante mucho tiempo estuve perdido, anduve por malos caminos, senderos pedregosos y ...

Me miró generosa y afable. Levantó su mano izquierda y, a medio cerrar, estiró los dedos índice y pulgar, haciéndome guardar silencio.

—Me alegra verte, Doménico. Sentí con verdadera tristeza la muerte de tu padre. Rezo cada día por él, por tu madre y por ti. Soy muy feliz atendiendo la casa de Dios. ¿A qué se debe tu visita?

Me dejó su última frase desconcertado. Me abstuve de hacer ningún

comentario improcedente. No se me ocurría qué decirle. No podía permitirme estropear ese momento, esa oportunidad que Dios me concedía. De ningún modo debía caer en la fácil tentación de pensar que había sido mala suerte o un mal momento. Yo no creía en la suerte, sí en el destino.

—He venido a transmitirte mi gratitud y la de mi familia por tu asistencia al funeral de mi padre en un momento tan difícil para nosotros. No lo hice antes porque desconocía si residías en Toledo. Al verte esta mañana mi corazón latió con crudeza; no dar pábulo a lo que mis ojos creían ver hubiese sido algo de lo que me podría arrepentir toda la vida, por eso corrí detrás de ti. Llegué tarde, desapareciste tras el portón —aguardé a que me dijera algo, tenía la mirada soñadora, brillante y una sonrisa angelical. Tanta dulzura me sobrecogió y más nervioso me puse, así que no esperé a que se pronunciara y continué con mi monólogo a trompicones.

«Quiero, solicito, tu ayuda para alcanzar la penitencia a mis pecados. De nada me sirve el dinero si no estoy en paz conmigo. En el poco tiempo en que he estado aguardando tu presencia, he comprobado que visitan el convento personas mayores, indigentes, incluso yonquis. Dime, ¿cómo podré ayudaros?

—El Señor te ha oído y seguro que sabrá reconfortarte con su perdón. Yo no soy aquella que deba guiarte. Pero tengo una idea. Preguntaré al padre Jesús, de los Carmelitas Descalzos. Es con él con quien habrás de confesar tus pecados y seguro que sabrá de qué forma podrás ayudarnos, pues son muchas las bocas que alimentar y los cuerpos que cubrir, y pocas las manos de las que disponemos...

«Me ha alegrado verte. Ahora tenemos que despedirnos, a las siete es la misa y se me hace tarde.

—¿Puedo acompañarte hasta el convento?

—No —respondió acurrucándose en sus palabras.

—Iré detrás, guardaré distancia. ¿Cómo si no podrás decirme la respuesta de tu confesor? ¡Por favor! —imploré.

Julia o sor Inés, que da lo mismo, aceptó no de buen grado la petición de

Doménico. Lo que así decidieron, ambos lo cumplieron. El paso de Julia era rápido, él se mantenía detrás, sin perder detalle, embobado; una vez ella miró hacia atrás, y al encontrarse con la mirada abstraída de su seguidor, aturdida, sonrió.

Había adelgazado, el cordón uncido al talle le confería una silueta esbelta y grácil y una expresión corporal atractiva y tentadora, para los ojos del que fue su amante y que aún continuaba enamorado de ella. Sin embargo, la expresión de su rostro era casto, la mirada brillante de sus ojos almendrados y negros le inferían alegría; sus palabras provenían de observaciones ágiles e inteligentes, pensó Doménico.

Tampoco Julia pudo abstraerse de la tentación de juzgar a aquel por el que un día sintió lo que es el amor. Lo encontró bello y maduro, ya no tenía la cara de un efebo ni la barba incipiente. Se bañó, sin darse cuenta, en sus grandes ojos azules como una mañana de primavera, se dejó llevar y se engarzó en sus caderas estrechas y se amarró a su cuello sujeto sobre unas anchas espaldas, y sintió frío porque había pecado de deseo por algo que nunca olvidó.

Pasó al convento mirando hacia atrás, por última vez, y de nuevo se encontró con la mirada azul de aquel hombre de pelo rubio y piel morena. Y entonces, sin ningún motivo justificado, lloró y a la vez sonrió, mientras tarareaba aquellas letras del maestro Agustín Lara, y que tantas veces le oyó canturrear a su padre, siguiendo los acordes de Los Panchos:

*“Ya ves que venero tu imagen divina,
tu párvula boca que siendo tan niño
me enseñó a pecar”.*

No estaba arrepentida de lo que evocó y soñó mientras caminaba delante de él, pero rápidamente marchó en busca de confesión.

Esa misma tarde Doménico llamó a Berto y le contó que al día siguiente tendría una reunión con César Gamboa. Acordaron que acudiera esa noche a Madrid y juntos prepararían la estrategia. Decidió Berto que se quedaría, sí o sí,

en su casa a dormir. Convinieron cenar en el mesón Los Granaínos, un lugar concurrido, a la vez que discreto, en Cardenal Herrera Oria.

Mientras esperaba la llegada del tren, examinó la vieja estación de Toledo de estilo neomudéjar. Y de repente sonrió, y se echó las manos a los bolsillos, y buscó en el monedero, tanteó la llave celosamente escondida, la que encontró en el piso en donde presuntamente vivió el capitán Pedro Hermoso.

La sacó, y de nuevo leyó la escueta nota pegada con celo: *Clavería*. Buscó con la vista el lugar destinado a las taquillas de consigna, quieto como un hito, inmóvil, igual que los búhos, movió la cabeza. Observó un cartel destartalado, casi borrado, que indicaba donde se encontraba.

No había nadie en el hall. Fuera, junto a las vías, una pareja de tórtolos se hacían arrumacos. «Tengo suerte», pensó. Solo diez taquillas, dispuestas en dos filas. Probó con la primera y con la siguiente, terminó con todas las de arriba e inició el mismo procedimiento con las de abajo.

Al octavo intento comenzó a perder la fe en lo que creyó que había sido la solución al jeroglífico ideado por Hermoso. Nervioso, se miró el reloj, faltaban tres minutos para que el jefe de estación levantara su banderín rojo y diera orden al maquinista, y dos taquillas por probar. «El tren no espera», pensó. Volvió a mirarse a la muñeca, el reloj de oro que heredó de su padre cumplía para lo que fue creado, dar la hora exacta: «dos minutos y medio», eso era lo que le quedaba. Por megafonía oyó: «tren con destino a Madrid, va a efectuar su salida. Pasajeros, al tren».

Introdujo la llave en la cuarta de la segunda fila, novena taquilla, y la llave entró; giró a la derecha y se abrió la puerta metálica. Hizo un rápido inventario con la mirada, la cerró y marchó corriendo. Aceleró el paso y lo cogió en marcha.

Juntos llegaron hasta la calle Maldonado, esquina con Claudio Coello.

Pensaron dar un pequeño rodeo y bajaron hacia la calle Serrano. Berto marchaba a discreta distancia de Doménico, que se paró para ver el cambio de guardia de la embajada americana, como si a él le importara; Berto hizo lo propio, y uno y otro se dedicaron a estudiar a todo ser vivo que anduviera por la zona. A una señal intercambiadas entre ellos, y una vez comprobado que nadie les seguía, continuaron su camino hacia el hotel Los Galgos.

Primero entró Doménico; tras él lo hizo Berto, simulando no conocerse. Por separado, los dos se dirigieron a la barra de la cafetería, bastante concurrida a esa hora. A la izquierda había un amplio salón, en donde hombres de negocio hablaban de sus cosas.

Comprobaron que no existía nada que los pudiera comprometer. Doménico se dirigió a la zona destinada a los ascensores; entró, y al momento dos hombres salidos de la nada hicieron lo mismo. Cuando ya se disponía a cerrar las puertas el ascensor y emprender su viaje hacia donde les indicó Doménico, una mano interceptó la fotocélula, abriéndose de nuevo las puertas. Una tercera persona entró hasta el fondo, y no solicitó ningún servicio, prefirió dejar que el ascensor continuara hasta su destino. Una luz color ámbar, sobre el panel de mando, indicaba la quinta planta.

El silencio en el ascensor era cortante, más fuerte que el protagonizado por la música lejana del hilo musical. Para Doménico se hizo largo el trayecto, se situó el primero y ninguna de las tres personas que le acompañaban seleccionó parada, todos subieron a rebufo de las órdenes de Doménico.

El ascensor llegó a la cuarta planta y se paró; se abrieron las puertas, y una señora con maletas hizo ademán de entrar. Los cuatro permanecieron en su posición, entonces Doménico salió, permitiendo que la señora pasara al interior. Decidió quedarse fuera y cuando las puertas se cerraban, una mano interceptó su camino.

—Señor, esta es la cuarta planta —oyó como se dirigía a él uno de ellos.

—Lo sé, gracias, subiré andando —respondió, saludando con una mueca.

Avanzó por el pasillo, y frente a la escalera de emergencias estaba la habitación 402. No había nadie en la puerta ni en el pasillo. Pudo haber llamado y encontrarse con Gamboa, pero el incidente del ascensor le llenó de malos presagios. Decidió bajar a recepción. Desde allí se acercó al teléfono público y marcó el número de la habitación. Se giró y vio como Berto salía del ascensor. Se cruzaron miradas de complacencia.

—Sí —oyó.

—¿Gamboa? —nadie le respondió. Únicamente oyó el característico ruido de un teléfono al colgarse.

Miró a Berto, que disimuladamente miraba panfletos publicitarios de ocio de la noche madrileña. Este le preguntó con la mirada y le hizo una seña para que abandonaran el hotel.

Doménico se quedó pensando si hacerle caso y marcharse. Aún mantenía el teléfono en la mano, se giró y volvió a marcar: cuatro-cero-dos.

—¿Sí? —la misma voz, la misma pregunta.

Con tranquilidad pasmosa, dentro de la tensión del momento, Doménico habló a Gamboa con la clave que unos días antes le entregó.

—¿Dónde estás? Estoy esperándote, ¿ocurre algo? —preguntó el sargento, después de haberle devuelto la contraseña que él mismo estableció.

—Sí, cambio de planes. Nos vemos en el salón del restaurante. Voy armado, si veo algo raro, date por muerto —colgó, dando por zanjada la conversación—. Luego respiró con profundidad y trató de relajarse. Anotó unas líneas sobre una hoja del listín telefónico, y al pasar junto a Berto, se la dejó en uno de los trípticos publicitarios que con tan poco interés estaba mirando.

Berto pasó al salón y tomó asiento. La mesa que eligió dominaba la salida por la puerta del restaurante, al frente se encontraba el acceso desde el hotel; pidió un café con leche y un croissant. Doménico se ubicó junto al mostrador de recepción, el ajetreo de gentes entrando y saliendo con las maletas formó por momentos un reguero de personas que hacían fácil que nadie reparara en él; ningún hombre del mostrador tomó interés por su presencia, bastante tenían con atender a los que solicitaban la factura y a los que pedían el ingreso.

A los cinco minutos, del interior del ascensor vio salir a Gamboa acompañado de otra persona. Era mayor que él, y supuso Doménico, por el porte y corte de pelo, que debería ser un militar o alguien afín a las fuerzas de seguridad.

Gamboa miró primero en la barra de la cafetería. No encontrando lo que buscaba se dirigieron al salón; eligió para sentarse una mesa cualquiera, y su acompañante le indicó otra más lejana; fueron a parar cerca del lugar en el que Berto esperaba ensimismado con las noticias económicas de un diario.

Les atendió el camarero; a Gamboa se le notaba inquieto, no paraba de mover el cuello por ver si encontraba a Doménico, quien prefirió esperar hasta tener clara la situación.

La mesa junto a ellos la ocupaban dos señoras, ya habían terminado su desayuno y no mostraban interés por levantarse. Carecían, por la forma relajada en que repetían el encendido de cigarrillos, de la menor voluntad por irse. Aparecieron en escena los dos señores del ascensor y muy amablemente charlaron con ellas sobre la conveniencia de que les dejaran la mesa para desayunar.

Berto les oyó hablar con Gamboa y su acompañante. Levantó el periódico y lo movió de forma especial, era la señal para que Doménico se acercara, era algo así como: «adelante, puedes acercarte, ya estamos todos».

Y así fue cómo Doménico se presentó ante Gamboa y su acompañante; tomó asiento sin que se le invitara a hacerlo.

—¿Qué hace? —le preguntó Gamboa sin reconocerlo.

Todos se pusieron nerviosos: Berto, los dos señores del ascensor y Gamboa y su acompañante, todos menos Doménico.

—Buenos días, soy Doménico —dijo sonriendo, mostrando una dentadura ennegrecida, gafas de culo de botella y calvo.

—Está bien —dijo Gamboa, levantando las manos para que todos se tranquilizaran—. Es nuestro hombre, señor.

Todos asintieron conformes. Pasados los instantes de estupor, el acompañante de Gamboa se dirigió a Doménico,

—No vuelva a romper las reglas del juego. Si quiere trabajar con nosotros, límitese a obedecer —protestó, en un tono de amable reconvención.

—Yo no las he roto, habéis sido vosotros con vuestra escolta. Ese pequeño detalle me hizo dudar de vuestra confianza —refutó Doménico.

Después de que ambas partes se dieran explicaciones, tomó la palabra de nuevo el acompañante del sargento.

—Soy el comandante Echenique, subdirector del CESID. Según los informes aportados por Gamboa, usted nos puede ayudar a resolver un asunto que nos preocupa. Le proporcionaremos una identidad y le asignaremos un

suelo. Tengo entendido que no tiene necesidad económica, tómelo para sus gastos.

«Cuando se le requiera, acudiré. Haré lo que se le pida sin cuestionarlo. Informaré sobre aquello de lo que se le encomiende sin opinar. Únicamente Gamboa y yo sabremos de su existencia, su nombre en clave será: «*Aurelio*».

«El sargento le pondrá al corriente del operativo. Bien caballeros, si todo está en orden me retiro...otra cosa joven, le felicito por su audacia e inteligencia, creo que no nos defraudará.

Echenique se despidió con un apretón de manos. Antes de salir, los dos hombres del ascensor se levantaron y ocuparon la puerta de salida. Entre ambos se colocó el comandante y desaparecieron.

Una vez quedaron los dos solos, Gamboa se refirió a la estúpida imagen de Doménico. Y le llamó la atención por presentarse de esa guisa. Ante el desconcierto de Doménico, y sin poder evitarlo, se puso a reír. Pasados los momentos de sorpresa los dos, rieron la broma.

Llamaron al camarero; pidieron lo mismo, un café doble. El primero en hablar fue Doménico.

—¿Te fías de él? —inquirió.

—Sí, claro. ¿Qué te hace dudar?

—El capitán Hermoso lo tenía bajo sospecha, lo mismo que a tu compañero Eliot.

—Tranquilo, es duro, de la vieja escuela, comprometido con lo que nos traemos entre manos. Está nombrado por el general Gutiérrez Mellado y goza de su total confianza. Respecto del capitán Eliot, tenemos pruebas suficientes para encarcelarlo. En estos momentos no es posible, nos interesa más que esté libre y vigilado.

«Tenemos una tarea muy importante para ti, no carente de peligro si se descubren tus intenciones. Te daré el teléfono de la agencia, cuando te pregunten dirás que eres *Aurelio*. No deberás responder a ninguna pregunta. Si alguien te pregunta algo, es porque no lo sabe, y si no lo sabe es sencillamente porque no tiene por qué saberlo.

«Existe un protocolo, una vez que te identifiques se activará y alguien te dará un nombre en clave, nombre que ahora te pasaré. Deberás memorizar todos

los documentos que voy a mostrarte ahora mismo, cuando termine la reunión vendrán conmigo. ¿Me sigues?

Doménico asintió y miró de reojo a la posición de Berto, el cual seguía con apasionado interés la creación de una gran empresa estatal de petróleo.

Gamboa aprovechó ese pequeño receso para poner sobre la mesa su portafolios, lo abrió y sacó dos carpetas color sepia; de la primera de ellas tomó un folio y se lo dio a leer. Cuando terminó de leerlo le acercó otro, y después otro, así hasta cinco.

El sargento recogió los cinco folios y con exquisita formalidad los volvió a dejar en su carpeta correspondiente, y la guardó en el portafolios; ninguno habló, se miraron y sus gestos faciales dijeron todo lo que había que decir. Abrió la segunda carpeta, cerrada por una pinza en la parte superior, y seleccionó unas fotografías que entregó a Doménico.

«El gobierno decidido a extinguir el INI, en su lugar creará el INH», leyó Doménico en la portada del periódico que portaba Berto. Miró las fotografías que le dejó Gamboa, se detuvo en una de ellas más que en el resto. No eran de buena calidad, pero sí lo suficiente para haber reconocido a una persona. Eran imágenes robadas, quiero decir, sin la aprobación de las personas que aparecen en ellas, hechas por el servicio secreto. Miró a Gamboa, dando por terminada la visualización.

—¿Algún comentario? —inquirió el sargento.

—He reconocido a la mujer. Es mi «*inestimable amiga*», Lorena Brenes.

—¿A nadie más? —repreguntó, acercándole una de las fotografías.

Las observó con detenimiento y señaló con el dedo la imagen de un personaje conocido para él.

—Efectivamente, es Eliot —puntualizó Gamboa—. Tenemos la sospecha de que los integrantes de esta reunión, traman algo gordo contra las estructuras del Estado.

—¿Y por qué no los detenéis? —preguntó Doménico cargado de una coherencia elemental imposible de rebatir.

Gamboa tragó saliva y apuró el zumo de naranja. No apartaba la mirada de Doménico, hacía tiempo que aceptó la indumentaria que eligió para enmascarar su presencia y ya no le provocaba risas cuando lo miraba.

—No los detenemos porque en el centro se sospecha que este grupo es la punta del iceberg. Según nuestros informes, tememos un golpe de Estado por parte de algunas Capitanías militares, arropados por civiles y políticos provenientes y muy afectos al régimen franquista. Descartamos la implicación de la Armada y del Ejército del Aire y destacamos, por desgracia, la presencia activa de mandos de la Guardia Civil. Sobre todo, este —señaló con el dedo a uno de ellos, con un marcado mostacho, que se encontraba de pie, detrás de Eliot, que permanecía sentado.

—¿Quién es? ¿Debo conocerlo?

—Es el teniente coronel Tejero Molina. Coincidí, a sus órdenes, en San Sebastián. Y en respuesta a tu segunda pregunta, no. No tienes por qué conocerlo.

—Llegados a este punto, desconozco para qué os puedo servir.

—¿Has encontrado las actas? En realidad, no son muy importantes. Sí, gozarán de un alto valor histórico y nos podrán ayudar a investigar a miembros que aún continúen con vida. Pero me temo que no serán cruciales en la investigación que estamos llevando a cabo.

«Tenemos constancia de que Lorena Brenes, *la marquesa*, como la llamamos en clave, es un elemento muy coincidente con algunos de los conjurados más importantes. Tu misión será acercarte a ella y obtener la mayor información posible.

—¡Alto, ahí! ¿Me estás pidiendo que me entregue como un cordero a quien pretende matarme?

Fue el único momento tenso de la reunión en el salón del hotel Los Galgos. Ninguno se reía y Doménico hacía tiempo, si es que lo hubo, que dejó de tener la sensación ridícula por su vestimenta.

—Te protegeremos. Es para lo que queremos que nos ayudes, cuando consigas la información se acabará todo. Te facilitaremos un encuentro, conocemos todos los detalles sobre ella. Deberás pegarte a la marquesa, utilizar tu buen porte y seducirla. En una palabra, infiltrarte en su vida.

—De acuerdo, lo pensaré —dijo Doménico.

—¿Lo pensarás? España se encuentra en peligro y tú lo tienes que pensar. ¡Amosnomejodas, Doménico! —le recriminó Gamboa.

—Tengo una condición o quizás dos —habló Doménico con firmeza.

Gamboa abrió las manos animándole a hablar.

—Quiero venganza. Necesito vengar al capitán Hermoso, se lo debo a él, a mi padre y a todos los que cayeron, por la codicia de estas hordas de desalmados.

—No puedo concederte lo que me pides.

—No te pido autorización, te informo. Llegado el momento, échate a un lado o no hay trato —zanjó Doménico.

Gamboa, enarcó las cejas mostrando estupor ante lo que creía un chantaje. Paró el tiempo y dio una callada por respuesta. Asintió con la cabeza y le entregó una nota, en la que le indicaba todos los datos relevantes sobre Lorena Brenes. Se despidieron; quedaron en que Gamboa se pondría en contacto con él, para decirle dónde se encontraría con la marquesa. Se despidieron y Gamboa no creyó de más recordarle que el Estado negaría cualquier relación con él. Desde la puerta de salida, se volvió y mirando a Berto, le dijo:

—*Aurelio*, cuando nos veamos, ven solo.

Fruncieron el ceño y Doménico, aprendió que no se debe subestimar nunca a nadie. César Gamboa le demostró que era persona leal al Estado, a su país. Desde el minuto cero supo que Berto no era un simple espectador y por el bien de su causa, que no era otra que la de servir a su patria junto al comandante Echenique, le siguieron el juego aun a riesgo de echarlo todo al traste si alguien los viera.

Lo que no entendió Doménico, ni quizás Berto, es que en el juego de los espías, antes de tener una reunión, hay que peinar la zona de posibles intrusos. Esa era la misión de los llamados hombres del ascensor.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 6

Los sentidos

“Lo importante no es vivir en sí, sino correctamente”.

Sócrates

De vuelta a Toledo, recordé lo acontecido esa mañana. Me llamó la atención que Berto, que no es muy locuaz, una vez que nos quedamos solos no parase de hablar a borbollones. No le gustó la idea de que hubiera aceptado la propuesta del servicio secreto español, para introducirme en las redes de grupos militares golpistas, «porque seguro que tendrían sus propias redes de información», matizó.

—Esas gentes también tienen en sus filas a aquellos espías que procedían del SECED, que como recordarás, era el extinto Servicio Central de Documentación, creado por el almirante Carrero Blanco y...

—No seas paranoico, hombre —le interrumpí—. Todos esos espías pasaron al CESID, lo que refieres son historias que te contó mi padre. Debemos confiar, Berto, y empezar a restañar heridas, con odio y resentimiento no conseguiremos que este país viva en la concordia.

—Sí, todo eso está muy bien, vamos, pura poesía futurista —me dijo, para añadir con mayor énfasis—. Estas gentes que yo te digo espiaron, hasta el inicio de la democracia, a políticos, a sindicalistas, a curas, a maricones, a putas, a terroristas, a intelectuales rojos e incluso de los suyos... vamos a todo bicho viviente que tuviera ojos y boca... Y digo yo que alguno se habrá quedado espiando para los malos, ¿o todos se hicieron buenos por la gracia del tal Suárez?

Yo estaba más en el recuerdo de Julia o de Manuel que en sus miedos y preocupaciones. Continuamos andando y no cesaba de hablar; me paraba, me miraba, buscando respuestas a mi silencio. Eran muchas las dudas que me planteaba, demasiados celos; tampoco le gustó el comandante Echenique, del que dijo «que tenía la mirada turbia» ... «como sin vida», puntualizó.

—Además, estoy seguro de que son unos corruptos, incluso tu amigo el sargento. Solo tienes que fijarte en el nombre de espía que te han dado. Doménico, ¿me estás oyendo?

—Sí..., claro que te oigo, Berto, y me río. Me río, y a la vez aprecio tus temores sobre el tal Echenique, pero a buen seguro estoy que Gamboa, mi amigo como tú dices, está limpio; es más, me llevaría un gran disgusto si alguien pudiera demostrar que tiene doble moral y que su honor lleva encima de sí una mancha. No le creo capaz de intereses espurios hacia su patria.

Y así continuamos nuestro camino hasta que me dejó en la estación. Me abrazó en la despedida, y aprecié sus preocupaciones y las valoré en su justa medida, pues entendía que sobrepasaban el límite de la lealtad o de la amistad, adentrándose más en el terreno familiar. Sin serlo, siempre lo consideré como a un hermano mayor, y desde la muerte de Salvatore, cada vez que hablaba con él, le parecía su obligación querer ocupar ese puesto que había quedado libre por mi orfandad.

No le hablé ni de Manuel ni de Julia, consideré que de momento debería llevarlo con la mayor discreción. Tan solo habían transcurrido dos días sin hablar con el pequeñajo y anhelaba el momento de volver a hacerlo, del mismo modo que soñaba con Julia.

Con el *chacachá* del tren, lentamente me fui relajando y cerré los ojos. Estuve a punto de quedar dormido, recuerdo que traje a Julia a mi lado y también a Manuel, y juntos los tres corrimos por prados y valles de la mano, un gran perro nos acompañaba y, como si fuera un corcel blanco, Manuel subió sobre su lomo y así desaparecimos por el horizonte hasta llegar a un mar bravío. Embarcamos en un ligero bergantín, desplegamos las velas y nos dispusimos a zarpar.

En ese momento el lloriqueo de un bebé me despertó, apenas si me concedió un duermevela y consideré que fue suficiente para intentar comprender si ese sueño no sería una premonición sobre lo que me devendría en el futuro. Los lloros del lactante cesaron cuando su joven mamá lo acogió entre sus pechos y le dio de comer. El acto lo presentí como el más puro poder iniciático de la vida.

Con sus gritos vigorosos, reclamando atención a todos los que compartíamos el vagón, despertó mi alma y me dispuso para que eliminara ciertos mecanismos de defensa con los que impregné mi comportamiento, desde que dejara marchar a Julia. Era la hora, llegó el momento en el que debía destruir

aquellas capas del máspreciado y duro metal con las que recubrí mi corazón para evitar sucumbir a los cánticos de Afrodita.

Durante mucho tiempo prohibí que nadie entrara en aquellos confines en los que encerré el amor. Ahora debía luchar, pelear, por lo que verdaderamente me interesaba. En esos instantes me impuse como principal tarea la creación de una familia. Llegó el día de formar un hogar; ahora o nunca, me dije.

La alegría de un toledano cuando vuelve a su casa se refleja en sus ojos desde el mismo instante en que, en la distancia, ve las torres del Alcázar desafiando a la gravedad. Hacía kilómetros que dejamos atrás Aranjuez y con él, las sinuosas y apacibles curvas del río Tajo.

Con la excusa de estirar las piernas, hice una comprobación rutinaria de los pasajeros del vagón. Turistas y jóvenes cadetes de la Academia Militar eran los más numerosos. Un compartimento lo ocupaban, íntegramente, sacerdotes de la Orden de los Dominicos; el resto, mezclados entre los militares, eran gentes de escaso interés para que yo me preocupara.

Fui de los últimos en bajar del tren, al llegar al andén, celosamente, investigué cada movimiento de aquellos que encontraba en mi camino. Cuando no quedaba nadie en los apeaderos, desfilé despacio hacia la zona en donde se encontraban las taquillas. Fui directo; sin rodeos me dirigí con la llave en la mano hacia la que cuidadosamente guardaba la carpeta con las actas que en su día entregué al capitán Hermoso.

Encontré algo más que las actas. Pedro Hermoso previó, por si le ocurriera algo, la forma de sacarlo todo rápidamente. Al fondo de la taquilla dejó bien doblada, para que no ocupara espacio, una bolsa de viaje. Raudo guardé todo lo que encontré en la bolsa, tiempo habría de revisar qué era aquello que Pedro Hermoso confió a mi suerte.

Antes de irme dirigí una última mirada a las vacías taquillas, sonreí y envié un fuerte abrazo a mi amigo. Los rayos de sol suavizados por la suciedad del lucernario inferían un aura espectral que me hicieron creer ver en las sombras chinescas provocadas por las taquillas su silueta vagando en el aire.

Abandoné la estación con una mirada melancólica, embargada por el

recuerdo de dos amigos, uno de ellos mi padre, llevando conmigo quién sabe si sus últimos hallazgos.

Al terminar la misa de las siete, sor Inés no se hallaba tranquila. Un hervor recorría su cuerpo a través de la sangre. Sintió cosas olvidadas para ella desde hacía mucho tiempo y jamás pensó que renacieran en su cuerpo todavía joven.

Pidió confesión al sacerdote y este al oírla, le ofreció como penitencia que mortificara su cuerpo cada vez que sintiera la llamada al pecado. «Nada mejor que el cilicio para recordarte los padecimientos de Cristo, y si fuese insuficiente para apartar de tu espíritu al demonio, encarnado en la vida de ese joven, deberás hacer uso de otras disciplinas para que Dios entre en ti», le dijo.

—¿Otras disciplinas? —preguntó aturdida, asustada.

—Sí, hermana Inés. Deberás cubrir tu piel con una camisa de tela basta y sobre ella vestirás tus hábitos durante todo el tiempo que sea necesario. Santa Teresa de Jesús la usó cuando el demonio la tentaba —le recordó.

«Si no fuese suficiente y como muestra de tu amor a Cristo, además de la camisa usarás un cinturón metálico dotado de puntas que te atarás firmemente al muslo o la axila; no temas hermana —debió, el sacerdote percibir, oler, el miedo en sor Inés, y por eso se aventuró a restar preocupación en ella sobre su uso—, de las heridas provocadas por el cilicio de metal, pues es sabido que no dan lugar a sangrado tan solo a marcas visibles en tu cuerpo.

Si el párroco hubiese podido ver la transformación del semblante de sor Inés, conforme le dictaba la penitencia, la hubiese absuelto. Al otro lado de la rejilla que los separaba, la mirada aterrorizada de la monja no dejaba lugar a ninguna duda del pavor que le producían las palabras que ella creía pertenecían al pasado. Jamás pensó que estas prácticas antiguas, que formaron parte de una tradición de siglos dentro de la Iglesia, continuaran utilizándose.

Sor Inés era conoedora, desde que entró en el convento, de que hubo santos que utilizaron distintos métodos para mortificar su cuerpo como penitencia, ahuyentando así al demonio en cualquiera de sus manifestaciones.

No escaparon a su memoria los nombres de santo Tomás Moro, santa Teresa de Jesús o la mismísima santa Catalina de Siena difusora del uso del cilicio en los monasterios de clausura.

Cuando el párroco quiso darse cuenta, sor Inés había salido del templo con el ánimo perturbado. El corto camino que cubría la distancia entre los dos conventos lo hizo corriendo. Sin importarle siquiera si alguien la miraba, se arremangó el hábito para así más que correr, volar. La entrada de la noche trajo consigo una bajada de temperatura que rápidamente trocó en hielo escarchado la humedad reinante en el empedrado de la calle.

Sus ansias por llegar a su destino no le dejaron prevenir el peligro que suponía correr en una pista de hielo.

Fue un golpe helado, frío, suicida. Los pololos no pudieron evitar el duro golpe sobre las rodillas, y el frío hielo abrió sus carnes en la palma de las manos. Arrastrándose como pudo, consiguió llegar hasta el convento. Llamó, golpeó la puerta con los dos puños. Cuando la abrieron se recompuso como pudo y, sin hablar, cruzó los pasillos hasta llegar a su celda. Lloró de rabia, con furia gritó bajo la gélida agua de la ducha, que por culpa del frío había congelado las tuberías.

Esa noche se habló a sí misma y oró, y rogó a Dios que apartara de su mente a Doménico. Pensó en hablar con la madre superiora y pedirle un látigo para flagelarse, nunca los había visto pero sabía de su existencia, en todos los conventos los había y ese no sería una excepción.

Antes, mucho antes de abandonar el estado de vigilia, leyó La Biblia buscando encontrar la paz en los textos sagrados, después leyó a los clásicos y entró en trance espiritual al leer Los Diálogos de Platón, quedando grabada en su mente la frase atribuida a Sócrates: «*Lo importante no es vivir en sí, sino vivir correctamente*». Sócrates en su cita reclamaba vivir conforme a las reglas de la rectitud moral y ella no tenía conciencia de ser persona de moral distraída.

Se despertó sudorosa, atribulada, empapada y húmeda. Sí. Húmeda por fuera y por dentro. No podía dar crédito a la pesadilla que había tenido, se encogió sobre sus rodillas y lloró. Lloró en silencio, con amargura y con miedo a conocer el resultado de la palpación que se disponía a hacer.

Con temblores deslizó la palma maltrecha de su mano derecha por el interior de su prenda más íntima, y con suavidad comprobó que era cierto aquello que más miedo le daba.

Aturdida, desconcertada y a la vez excitada, dejó que sus dedos aletearan a su deleite. Ella, que quiso que su paso por el mundo fuera discreto, casi invisible, alejado del placer y completamente insulso, de pronto recordó que estaba viva.

El pequeño Manuel se había acostumbrado a las llamadas diarias de Doménico. El hecho de haber pasado dos días sin que este se pusiera en contacto con él le provocaba una ligera ansiedad, de forma que cada vez que sonaba el teléfono, e incluso el timbre de la puerta, pensaba que sería él.

Tanto su madre como la asistenta se apercibieron de la situación y hubieron de tranquilizarle, intentaron hacerle entender que a las personas mayores a veces les surgían problemas que les impedía cumplir con todas sus obligaciones.

—¡Doménico no es así! —les respondió a las dos, ante los intentos de estas por apaciguar su intranquilidad.

—Chiquillo, qué sabrás tú —le espetó Gracia—, si apenas le conoces.

—¡Sí que le conozco! —gritó un poco furioso aferrándose con todas sus fuerzas al tanque que él le regaló.

Lo primero que hizo Doménico nada más llegar a su domicilio fue llamar a doña Luisa. Sonrió, y al mismo tiempo sintió una enorme emoción, al conocer que el niño estaba intranquilo ante la ausencia de noticias sobre su paradero. Después de preocuparse por la salud de su mamá, le solicitó autorización para hablar con el crío.

Apenas si pudo decir algo, Manuel habló y habló como un papagayo. Incluso se atrevió a regañarle por estar dos días sin llamar. Doménico se dio cuenta del impacto emocional que había causado su presencia en la vida del niño.

Cuando Doménico pudo articular alguna frase seguida, le prometió que trataría de no estar ausente tanto tiempo.

—¿Me lo juras? —musitó el zagal.

—Hay cosas en esta vida que no se pueden jurar —le dijo Doménico.

Notó el silencio al otro lado y tal vez un posible conato de sollozos.

—¡Óyeme bien, Manuel! Tienes que empezar a creer en la palabra dada y a no pedir ni hacer juramentos por ella. Tu palabra ha de valer tanto como el más solemne de los contratos que firmes nunca. Si crees en mí, como yo creo en ti, será suficiente. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo el chaval muy serio, refunfuñando.

Se despidieron y Doménico quedó impactado con la actitud, tanto suya hacia Manuel como con la del chico hacia él. No perdió el tiempo y lo comentó con Tina; se encontraba muy emocionado, «no podía guardarse para sí tantas y tan buenas sensaciones», se dijo.

Lo que más le llamó la atención fue el calor que sentía cuando hablaba con el pequeño Manuel y también, para qué ocultarlo, el trato de amor que recibía del chaval.

—Eso es la llamada de la sangre —le alentó Tina.

—¿Tú crees? —respondió Doménico.

—No me cabe la menor duda de que es tu hermano, parece increíble que sin apenas tener contacto, más allá de una semana, se produzca esta simbiosis entre ambos.

Manuel le refirió de mala gana que ya se habían terminado las vacaciones y que, en su primer día, había tenido algún problemilla en el patio del colegio, con aquellos chicos a los que Doménico llamó la atención. Este detalle no le pasó desapercibido y creyó que debería intervenir si el acoso iba a más.

Respecto de doña Luisa, no encontró la oportunidad para hablar con claridad sobre su estado; si bien es cierto que notó su voz algo más suave, no tanto su estado de ánimo.

En casa de la viuda del coronel Vinuesa la vida continuaba, por decirlo de alguna forma, en un impasse.

Samuel Priego, el médico, esperaba tranquilo en su domicilio a que llegara la hora exacta en la que cada día, maletín en mano, acudía presto a pasar el resto de la jornada en casa de su amada. Cuando se disponía a ponerse su abrigo de paño gris, una vez cubiertos el cuello y la boca con su bufanda de

cuadros verdes y azules, sonó el teléfono. A su edad, cualquier cosa fuera de su rutina, de su control establecido sobre todo lo que le rodeaba, le provocaba incomodidad. Ante la inquietud por saber que podría ocurrir se mostró presto a descolgar el teléfono.

—¡Dígame! —solicitó con recelo.

Al otro lado, una auxiliar de enfermería de una conocida clínica privada de la ciudad, le informó que las analíticas de sangre y orina que había solicitado a nombre de Luisa Conde ya se podían recoger.

—Muchas gracias. Iré inmediatamente.

—De nada —dijo la auxiliar, al mismo tiempo que se cortaba la comunicación.

Samuel, tembloroso, miedoso, se quedó con el auricular en la mano. Desde la muerte de Begoña había llevado una vida normal, previsible en todo. Ahora, de repente, su mundo estaba patas arriba.

Él había sido a vista de los demás una persona corriente; ni alto ni bajo. En lo único que había destacado era en su mirada huidiza, una mirada que se deslizaba por todo aquello que miraba, sin retenerse en nada; bueno, y en su exquisito y fluido vocabulario. Era culto y de fácil locuacidad; cuando se encontraba a gusto en animosa conversación, solía hablar a borbotones.

Ahora que se había atrevido a proclamar su amor inconfeso durante años a Luisa, «la vida me da candela», pensó.

Su lenta manera de moverse daba la falsa sensación de padecer alguna lesión por haber llevado una vida demasiado ajetreada y que ahora vivía su momento de paz, nada más lejos de la realidad. Él siempre anduvo así, incluso en aquellos días de juventud que gastó en rondar a Begoña. Sus amigas, burlonamente, cuando lo veían venir, repetían: «Allí viene *el cachazas*».

Tal y como había presentido, los resultados que le entregaban en la clínica, sobre las distintas pruebas que le hizo a su amada Luisa, no eran nada alentadoras; la mayoría de los parámetros se encontraban alterados y algunos de ellos fuera de control.

Después de leerlos, los guardó con la solemnidad y parsimonia que le caracterizaba, dentro del sobre color sepia en que se los entregaron. Abrió su maletín y los introdujo cuidadosamente en su interior.

Marchó roto y cabizbajo hacia el domicilio de Luisa. Se sintió hecho añicos, destrozado, se habló a sí mismo y se insufló de todo el ánimo que pudo. Aunque ella era conocedora desde hacía tiempo de su estado, él debería simular el abatimiento que tenía en esos instantes.

Le abrió la asistenta y con toda su pesada carga, arrastrando su melancolía a lo largo del pasillo, se perdió en la habitación de su amada.

Al día siguiente sobre las nueve menos diez de la mañana, y cuando ya se disponía Manolín a irse al colegio, sonó el teléfono.

—¿Sí, dígame? —preguntó el niño adelantándose a la asistenta.

Al oír a quien le hablaba, exultante gritó:

—¡Mamá, mamá! Es mi primo Doménico.

Hablaron unos minutos durante los cuales Doménico le animó a que no se acobardara y que no les tuviera miedo. Le preguntó a qué hora volvía del colegio a mediodía, y le dijo que procuraría llamarle antes de que almorzara. También le dijo que no hacía falta que le llamara primo, debido a que era un hombrecito y podía llamarle por su nombre.

—Es que nunca tuve a nadie a quién llamar así, ¿no te enfadas si alguna vez te llamo por tu nombre y las demás primo? —preguntó con la inocencia propia de su edad.

—No, no me enfado. Es más, creo que te has ganado el derecho a llamarme como prefieras —respondió un Doménico henchido de orgullo y cargado de sentimientos encontrados, de modo que deseaba contar la verdad al crío; no obstante, en su interior nacía una fuerza que le imponía ser cauteloso en los pronunciamientos y guardarse esos sentimientos para mejor ocasión.

Con la puntualidad de un reloj suizo, a las trece y quince minutos de esa misma mañana, Doménico marcó el número de teléfono del domicilio de doña Luisa. Al contrario que otras veces, en esta ocasión nadie descolgó al otro lado. Pensó que se había equivocado y volvió a marcar. Ahora sí lo cogieron, pero no era Manuel.

—Buenos días. ¿Dígame? —Era una voz varonil, apática, derrotada, sin fuerza, la que reconoció enseguida, era el médico de la familia.

—Buenas tardes, doctor. Soy Doménico, ¿cómo se encuentra?

—¿A quién se refiere? —respondió Samuel con otra pregunta, en el mismo tono y escasa voluntad por continuar hablando.

—Ahora que me lo pregunta, si no le parece mal, ¿podríamos comenzar por la señora?

Samuel esperó a responder y carraspeó, se tomó su tiempo para no dar más información de la necesaria. Cuando estuvo seguro de que no daría más datos que aquellos que consideraba suficiente, musitó:

—Se mantiene controlada, la tos le ha remitido al igual que la fiebre. Continúa débil a consecuencia de los días que estuvo inactiva —prosiguió relatando la situación sin mucho convencimiento para terminar, diciendo: «En unos días podremos hacer una mejor valoración».

—Muchas gracias, doctor por su amabilidad —respondió Doménico sospechando que no le había dicho toda la verdad. Entendía él que la información recibida la podría haber dado la misma asistenta.

A continuación, y siempre con exquisito tacto, se preocupó por el pequeño Manuel. El doctor Priego se despidió y fue a buscarlo.

No acudió el chico a la llamada, sino Gracia. Esta le refirió a media voz, y con la súplica de que no se enterara la señora, que Manuel volvió del colegio sucio, humillado, con la ropa hecha jirones y la nariz sangrando. Se sentía destrozado.

Doménico se sintió herido, lo tomó como algo más allá de lo normal. Cerró las manos hasta hacerse daño y antes de hablar, apretó las mandíbulas con fuerza hasta sentir rechinar sus dientes. Más racional, pero no más calmado, le pidió a Graci que le contara cómo había ocurrido, temiéndose lo peor.

—No es un niño de mucho hablar, ¿sabe? Para él, cualquier cosa que pueda hacer sufrir a la señora se convierte en algo hermético, imposible entrar en su cerebro y que te lo cuente. Por suerte, cuando llegué a recogerle, estaba junto a él un compañero de clase, y fue este quien me contó algo. Habló hasta que Manuel le miró para que guardara silencio.

Doménico a punto de estallar de los nervios la interrumpió.

—Sí, gracias. ¡Por favor, me lo puedes contar!

—Sí, claro, tampoco es necesario que se ponga así. Vaya genio que gasta usted, ¡por Dios bendito! Qué carácter.

Resopló y tragó saliva, la situación le estaba exasperando. Para colmo, Graci muy altanera y herida, le dijo:

—Tengo que colgar, he de poner la mesa. A las tres tiene que volver al colegio; aunque igual no va esta tarde, me ha dicho que no quería regresar nunca más al colegio.

—Discúlpame, por favor. He tenido una mañana muy difícil y sé lo duro que es tu trabajo, ¿podrías decirme a qué hora sale por las tardes?

—¿Quién? ¿Manolín?

—¡Joder! —resopló Doménico y pensó: «esto es de locos», luego, tragándose toda la bilis segregada, a punto de reventar, le dijo—: Sí, claro, él. Me refiero al niño.

—¡Ah!, a las cuatro y cuarto, ¿por qué?

—Simple curiosidad. La dejo con sus ocupaciones. Una última cosa, podría por favor decirle que quiero hablar con él, ahora. Le estaré siempre muy agradecido.

—Vale, no cuelgue.

A lo lejos oyó, como le decía a Manuel que su primo estaba al teléfono, que quería hablarle, y que si no acudía, se enfadaría mucho.

Remolón y refunfuñando, el niño accedió de mala gana.

—Hola, dime —dijo Manuel.

Algo es algo, pensó Doménico

—¿Qué te ha ocurrido para que estés enfadado conmigo y con el mundo entero?

—Nada, son cosas de hombres —se atrevió a responder.

—Te entiendo, yo también fui niño no lo olvides, y tuve mis más y mis menos con otros chicos.

—Por tu culpa se han burlado de mí y me han hecho la cama. Si no les

hubieras regañado, lo de hoy no hubiese ocurrido —le espetó con rabia.

—¿Me lo quieres contar antes de comer?

—No. No te importa. No quiero volver nunca más a ese colegio ni a ninguno, ya me he cansado de que me peguen, me obliguen a comprarles cosas o a que me registren y me quiten lo que llevo.

Doménico tragó quina y escondió su dolor para que el niño no notase su debilidad.

—Soy... —a punto estuvo de decirle que eran hermanos—, somos familia y la familia debe ayudarse en los momentos difíciles y este lo es. Siento lo que te ha pasado y al objeto de ayudarte me has de contar todo. Por favor, Manuel —rogó al pequeño.

Un silencio sepulcral se apoderó de la línea. Los dos guardaron su palabra, incluso el aliento. Uno porque meditaba si creer en la palabra de alguien que acababa de llegar a su vida y el otro porque en el fondo no sabía qué hacer ni qué decir.

—Por favor, Manuel, necesito que me ayudes, quiero ser para ti algo más que un pariente lejano, debes contarme por qué estás tan triste.

—Pero sí ya te lo he dicho —gritó Manuel con rabia.

—Está bien, si no me quieres contar nada, entenderé que no quieres que seamos ni primos ni amigos. ¿Es eso lo que deseas?

—No —hipó el chaval.

Entonces, con los labios trémulos y los párpados hinchados, rompió a llorar. Apenas si se le entendía lo que hablaba. A duras penas relató que un chico se agachó detrás de él, mientras otro le empujaba, cayendo de espaldas. Luego se rieron de él y le tiraron un balón a la cara haciéndole sangrar por la nariz. También contó que se peleó con uno de ellos y le echaron la zancadilla, y luego le dieron algunas patadas. Aun así, lo que más le dolió fue que, al llorar por el dolor, se rieran de él y le hicieran un corro gritando que era una niña llorona.

Las lágrimas se contagiaron y los dos hermanos lloraron. Doménico le pidió que no se rindiera, le animó a no dejar el colegio y le juró que nadie más le acosaría.

Entonces, Manuel dejó de hacer pucheros y le reprendió con la inocencia

de lo que era, un niño:

—Recuerda que no debes jurar, si me dices que no me dejarás solo te creeré.

—Sí, cariño, lo haré. Confía en mí, ahora a comer y al cole —en ese momento Doménico sonrió porque consiguió convencerle y aplazar su pena. Lo que aconteciera de ahora en adelante entre Manuel y los otros niños, decidió que sería cosa suya.

Se despidieron. Los dos permanecieron meditabundos al otro lado del teléfono. Como Doménico, Manuel también se quedó con el teléfono en la mano. Los dos se mantuvieron firmes en sus sentimientos hacia el otro. El ser menor de edad no le sustraía la empatía hacia su primo, su amigo. Él entendió perfectamente el dolor y la preocupación de Doménico. Sonrió, se dio ánimos, y con resolución y entereza se dispuso a comer, justo cuando apareció Gracia llamándole a toque de fagina. Antes, como un hombrecito, se aseó y fue a saludar a su mamá y a don Samuel. En los abrazos y besos a su madre distinguió entre el amor que sentía por ella y el que comenzaba a tener por Doménico. Se dio cuenta de que a ella la quería y a él lo idolatraba.

Las ciudades de Toledo y Ciudad Real están unidas por una carretera de perfil normal, y los ciento dieciocho kilómetros que las separa apenas si presentan dificultad, salvo el acceso a Los Yébenes.

Doménico, desde el salón comprobó la hora en el reloj de la cocina y recobró las palabras de Gamboa y las del comandante Echenique, referentes a permanecer oculto, silencioso. Se quedó pensando unos breves segundos y se dijo: «a la mierda, el niño es más importante».

Fue a la cocina y tomó un plátano; de un cajón del mueble pequeño de la entrada cogió la documentación y las llaves de la moto. Escribió unas líneas para Tina, no había tiempo para nada más.

Pasó en ámbar el semáforo de Puerta Bisagra y como una exhalación cruzó el puente sobre el río Tajo; al pasar por la estación no pudo evitar recordar a su amigo y a su padre.

Él, que no era precisamente una persona excesivamente reflexiva, aunque sí es cierto que a través de la meditación y la práctica de las artes marciales había conseguido ser más sensato, más pausado, en ese momento marchaba furibundo hacia su destino, muy ofendido por lo que le había ocurrido al niño.

Si había que buscar culpables de los abusos entre menores, no había que hacerlo en ellos sino entre el colegio y los padres. Sí, se dijo, los padres son los que tienen la responsabilidad de educar a sus hijos y el colegio velar porque durante el tiempo que están bajo su protección, esas cosas no ocurran. A estos correspondía la formación académica y el celo por salvaguardar su seguridad, y a los padres la obligación de inculcarles una serie de valores humanos carentes en la sociedad.

En esas andaba, cuando la moto le hizo un movimiento extraño en las primeras curvas del puerto de Los Yébenes, que a punto estuvo de arrojarlo fuera de la carretera. No sintió miedo, ni tampoco responsabilidad por su vida. En esos momentos únicamente le movía el impulso de llegar a su destino y encontrar la mejor solución. Una vez más se erigiría en juez y, como siempre, actuaría sin medir las consecuencias.

Coronó el puerto dejando a su derecha tres molinos de viento. Pensó si no serían los gigantes con los que peleó don Quijote de La Mancha. Con su rubia melena al viento, a veces azotándole los ojos, meditó si su locura no sería más que un acto de quijotismo llevado a su máxima expresión. Es cierto que no era nada temeroso, pero en esta ocasión debería ser más ponderado o de lo contrario podría hacer con sus actos daño a los niños. Y así, meditando, llegó a Ciudad Real. Atravesó la puerta de Toledo, emblema de la ciudad manchega y mandada levantar por el rey Alfonso X el Sabio, a finales del siglo XIII. Aparcó la motocicleta en la plaza del Pilar y se fue directamente a hablar con el jefe de estudios.

Tal y como suponía Doménico, el jefe de estudios no era conocedor de la situación de hostigamiento a la que venían sometiendo a Manuel desde hacía tres meses.

Don Gaudencio, como así se llamaba el jefe de estudios, expresó a Doménico su preocupación por el asunto, reafirmando en que en la congregación salesiana esas cuestiones no se toleraban. De inmediato hizo llamar al niño y a su profesor.

Ni que decir la alegría que le produjo a Manuel cuando, asustado, entró al despacho de don Gaudencio y vio a su primo Doménico. Con la naturalidad y

espontaneidad propia en los niños, corrió hacia él abrazándole con toda su fuerza.

Don Gaudencio, sacerdote salesiano, tenía una dilatada experiencia en la resolución de estos asuntos, no en vano don Bosco, fundador de la obra salesiana, creó “El Oratorio” como centro juvenil preventivo para acoger a niños difíciles.

—Vinuesa —llamó a Manuel por su apellido, puesto que así era como se le conocía en el colegio—, ¿cuéntame qué te ha ocurrido?

Manuel continuaba aferrado a la cintura de Doménico y no quiso oír la orden del temido jefe de estudios. Por la fuerza empleada en su abrazo, Doménico percibió que no hablaría, él era conocedor del código no escrito por el que a esa edad, hay cosas que te tienes que tragar si no quieres que te tilden de chivato. Le separó con cariño y le habló al oído. Únicamente ellos saben de lo que hablaron. Lo importante es que, abrazado por detrás por Doménico, respondió a cuantas preguntas se le hicieron. Aportó todos los datos que le requirió el jefe de estudios.

El sacerdote pidió a Doménico que esperaran fuera e hizo llamar a los niños denunciados por Manuel. Así lo hicieron.

Durante la espera, Doménico administró toda la terapia que pudo y supo para infundirle ánimos y fortaleza. Volvió a recordarle repetidamente que nunca le abandonaría. Entonces pasaron los otros niños, tres de ellos no se atrevieron a mirarlos, el cuarto, el que parecía ser el líder, le llamó chivato.

El otro sacerdote que les acompañaba le oyó, y de inmediato le propinó un cogotazo que resultó ejemplarizante. Los tres de adelante lo oyeron y entraron en el despacho de don Gaudencio, poco más que de puntillas.

La cosa se extendió en el tiempo. Sonó el timbre y la alegría de cientos de almas inocentes, canturreando y corriendo como polluelos, era motivo indiciario de que las clases habían terminado. Para todos menos para cinco.

En el pasillo esperaba Doménico con Manuel. Del despacho del jefe de estudios, cerrado a cal y canto, únicamente se oía a don Gaudencio. Dos padres aparecieron por el fondo del pasillo. Uno de ellos reconoció a Manuel.

Cariñosamente le saludó:

—Hola, Manuel.

Después le preguntó:

—¿Qué habéis hecho para que os castiguen? ¿Dónde está Jaime?

—Buenas tardes, soy Doménico, primo de Manuel. Él, en concreto, no hizo nada. Parece ser que unos chicos han estado acosándole desde principio de curso, quizás alguno de ellos sea el chico por el que preguntan.

—¿Qué gilipollez es esa de que lo han acosado? Es la primera vez que oigo esa palabra —terció el segundo padre.

Doménico no quiso ejercer de formador y optó por informarles, a grandes rasgos, de lo que había ocurrido. No hubo terminado de hablar cuando fue interrumpido.

— De toda la vida hemos discutido, nos hemos peleado y luego nos hemos vuelto a juntar. Eso son cosas de niños y tú lo que tienes que hacer es aprender a defenderte, que estás demasiado protegido por tu madre. Si el coronel estuviera vivo no estaríamos aquí, perdiendo el tiempo. Si es lo que te digo ... —el que así habló, reclamando la atención del hombre que saludó a Manuel, era su acompañante.

Doménico le miró, frunció los labios y calló.

No contento con lo que había dicho y como quiera que el padre de Jaime no le respondiera, se fue hacia la puerta e intentó abrirla. Estaba cerrada, la golpeó un par de veces con el fin de llamar la atención de los que estaban dentro. Al instante la puerta se abrió y tras de ella apareció el sacerdote que había acompañado a los chavales.

—Un momento, por favor, ahora saldrá don Gaudencio y les informará de lo ocurrido. Usted, si lo desea, puede irse —dijo mirando a Doménico y volviendo a desaparecer.

—No, si ya te digo yo. ¡No te jode! Aquí el niño este, se monta una historia y a nosotros nos hace perder la tarde.

—¡Manuel! Mi niño, ¿qué te han hecho ahora esos salvajes? —se oyó gritar a Gracia, la asistenta, que nerviosa apareció por distinto pasillo. Según un cartel provenía de la iglesia.

—La que faltaba —dijo socarronamente, cada vez más alterado, el segundo hombre.

Hacía minutos que Doménico ya lo había estudiado. Era alto y corpulento. Cara ancha, con pecas y del mismo color zanahoria que el cabello. Corte de pelo rasurado, manos cuidadas y pies grandes. Su vestimenta era normal, no destacando ni por cara ni por lo contrario.

—Cálmate, José Carlos. Los tiempos van cambiando, esperemos a que los curas nos cuenten lo que ha ocurrido —le recomendó el otro padre, más sosegado y coherente.

—Esa es la triste pena, que los tiempos van cambiando. ¿Y tú por qué me miras así? —interpeló desafiante a Doménico.

Hacía rato que Doménico envió a Manuel al encuentro con Gracia, en cuanto que los vio desaparecer por la portería, su actitud cambió. Él ya tenía tomada la posible solución a las bravuconadas del llamado José Carlos.

—Te miro a ti, te miro y te pregunto: ¿Y tú, has aprendido a defenderte?

—¿No serás tú el machote que hace una semana pegó a un niño y le robó una cadena? —respondió gallardo y farruco.

No hubo tiempo para respuestas más allá de las miradas intensas e iracundas que ambos desafiante se dispensaron.

Doménico se puso delante de ellos y les dijo:

—Les ruego, por favor, que traten de convencer a los chicos para que no vuelvan a pegarle ni a robarle. Si no es así, volveremos a vernos y nos pegaremos nosotros, como los hombres lo hacían antiguamente. En Atapuerca. Creo que es a donde deberías volver —le espetó.

—Serás cabrón, ¿cómo te atreves a amenazarnos?

Doménico le pisó un pie con rabia y cuando movido por el dolor, se agachó, le propinó un ligero rodillazo en el estómago. Fue leve en fuerza, pero con la suficiente contundencia para hacerle reflexionar sobre que él sí sabía defenderse y que si no cambiaba de actitud podría resultarle embarazoso. Mientras se recuperaba de los golpes sufridos, Doménico le dijo:

—Y en referencia a tu pregunta, sí, fui yo quien le requisó la cadena, pero con un pequeño matiz, no era suya, era de Manuel. Previamente ellos se la quitaron empleando la fuerza.

—¿Sí? No es eso lo que a mí me han contado —respondió enfurecido.

La puerta volvió a abrirse y con ella apareció de nuevo el sacerdote.

—Disculpen la espera, pueden pasar, por favor.

Antes de que entraran, el hombre de cabellos rojos envió una andanada de insultos y amenazas a Doménico.

—Señores, por favor, dijo el sacerdote, guarden la compostura.

No hubo tiempo para más. Bueno, sí,

—Recuérdelo, es su responsabilidad que los niños se respeten entre ellos. Los niños deben jugar, discutir e incluso pelearse, pero no siempre todos contra el mismo —les dijo Doménico, mirando con serenidad severa al hombre con el que había discutido.

—Volveremos a vernos y te juro ¡por Dios! que esto no quedará así —le respondió este.

Capítulo 7

La llamada de la sangre

“El amor es como el vino, y como el vino también, a unos reconforta y a otros destroza”.

Stefan Zweig

Serían las siete de la tarde cuando di por finalizado mi viaje relámpago a Ciudad Real. Desde la puerta, mientras trataba de acertar a introducir la llave por el ojo de la cerradura, tarea fácil en cualquier momento, pero no tanto como cuando traes las manos congeladas, oí sonar con insistencia el teléfono.

Una tenue luz cálida, proveniente de una lamparita sobre una mesa pequeña, compartía espacio con el teléfono. Apresuré mis movimientos todo lo que pude para cogerlo. A mi pregunta sobre quién se encontraba al otro lado de la línea, me respondió el sonido inequívoco de que habían colgado. Llegué demasiado tarde.

Ocurre casi siempre, como si de una ley fundamental del principio de la casualidad del teléfono se tratase, que la insistencia de aquel que tiene necesidad de hablar contigo por este medio, es directamente proporcional a tus impedimentos para hacerlo, de tal forma que sus ansias por contactar se colman en cuanto llegas a descolgarlo. No importa la carrera que te hayas dado, es una maldita ley que nunca falla.

Estaba cansado y muerto de frío. Por suerte, Tina, antes de irse tuvo a bien dejar puesta la calefacción, pensé mientras me agarraba con fuerza a los barrotes del radiador. El hecho de que la lámpara estuviera encendida era indiciario de que no había nadie en casa. Lo acordamos con la simple intención de hacer creer a los amigos de lo ajeno que estábamos allí. No obstante, grité su nombre y la busqué.

Mientras trataba de entrar en calor, me reproché la falta de cordura en la que a veces me sumía. A nadie en su sano juicio se le ocurre ir en moto, por muy Harley Davidson que sea y por mucho que brille el sol tramposo de La Mancha,

a las dos de la tarde en pleno invierno. A todos esos pequeños pormenores tenía que agregar el dolor de espalda. La carretera, siendo la mayor parte de trazado recto, tenía demasiados baches y lo peor no era eso, creo que lo que más daño me había hecho era el empedrado con adoquines de las calles de Toledo. Vamos, que se puede decir que volví *baldao*.

Conforme la sensación del calor hacía acto de presencia en mi organismo, fui despojándome de las distintas prendas de abrigo. Sin dejar de farfullar como un viejo quisquilloso, me encaminé hacia la cocina a prepararme un tentempié. Iba a comer cuando llamaron de nuevo, tentado estuve de no acudir al repicar del teléfono. Tan solo me atreví a echar por el gznate un buen trago de vino tinto. Cuando el silencio del hogar es casi absoluto, no hay ruido más molesto que el chirriar del teléfono de fondo. Con la copa en la mano, por si mi impaciente y anónimo amigo se aburría y desistía en su empeño por dar conmigo, me dirigí a mi cita telefónica.

Era doña Luisa. La habían llamado del colegio para informarse sobre cómo se encontraba Manuel. Estaba muy agradecida por las molestias que me había tomado en acudir en su ayuda, y contrariada, porque ni el pequeño ni Gracia la hubieran puesto al corriente de lo que estaba aconteciendo.

—No tiene por qué darme las gracias, doña Luisa. Cada momento que paso con él siento la llamada de la sangre, quizás le suene a literatura barata. Le aseguro que de mi interior brotan unos sentimientos difíciles de explicar.

—Sé que me queda poco tiempo. Soy consciente de lo débil que me encuentro, aun así, saldría aullando con cuchillos entre los dientes en la búsqueda de aquellos que hicieran daño a mi niño.

Me quedé paralizado, espantado, al oír con nitidez su presagio sobre el tiempo que le quedaba de vida y al mismo tiempo exaltado, por la fuerza y el coraje que muestran las madres cuando ven que el peligro acecha a su progenie, aunque se hallen en el último hilo de su vida.

También hablé con Manuel y le recliné que no hubiera confiado a su madre cuanto le había ocurrido y le expliqué que el primer y mejor paso, contra el acoso, es contarlo a los padres. En la charla que mantuvimos, le hice hincapié en el hecho falso, existente entre menores, de que contar esas cosas no es de valientes,

—Muy al contrario de lo que crees —le dije—, hay que ser muy valiente, seas hombre o mujer, para contarlo y denunciarlo. Pues de esa falsa valentía, que

no es otra cosa que debilidad, se aprovechan los maltratadores.

Manuel, me aseguró que había aprendido la lección y que si le volvía a ocurrir, me lo diría primero a mí y luego a su madre, para que sufriera menos.

«Qué muchacho, estoy empezando a sentirme muy a gusto con él», me dije mientras flotando volví a la cocina. Hacía tiempo que dejé de fumar, se podría decir con rotundidad que ya no fumaba, aunque de vez en cuando me gustaba sentir el placer de la inhalación de un cigarrillo. Quien sí fumaba era Tina, y yo conocía perfectamente su escondite.

Piqué un tomate, le eché un pellizco de sal con un chorreón de aceite de oliva; preparé una tabla de lomo de caña y queso manchego curado; corté una hogaza de pan de leña. Encendí la radio y me dispuse a dar rienda suelta a mis deseos por saciar tanto el hambre voraz que tenía como la necesidad de noticias por el atentado, que hacía escasas horas había vuelto a castigar a las Fuerzas Armadas en Madrid. Apenas si había picado un poco de cada cosa, cuando el maldito *ring ring* del teléfono volvió a invadir toda la casa.

Ahora era Gamboa,

—No por inesperada deja de ser molesta tu llamada. Vaya horas que tenéis los espías de dar por culo —le dije jocosamente, pero con la agudeza suficiente para advertirle de que no eran horas de andar llamando a personas normales.

—Tengo un trabajo para ti. Debajo de la puerta de entrada tienes un sobre indicándote lo que has de hacer —me dijo sin darle importancia a lo que yo le acaba de decir. Oí, el *clang* seco y certero del gancho del teléfono al ser colgado.

«Vaya nohecita», me dije mientras acudía presto y extrañado a la puerta de entrada. Y sí, allí estaba. Tal y como me dijo Gamboa en su breve llamada, por debajo de la puerta introdujeron un sobre tamaño cuartilla de color blanco.

Dicen que la curiosidad mató al gato y eso pudo haberme ocurrido a mí. Abrí la puerta por ver si se encontraba allí el cartero. Las luces de la escalera estaban apagadas, quien lo hizo ya tuvo tiempo de marcharse; incluso puede que fuese el mismo Gamboa, y a continuación llamar desde la cabina de la esquina.

Era un sobre abultado, fui a abrirlo cuando de nuevo sonó el teléfono.

—Has sido un imprudente al salir a la escalera. Ten más cuidado, esto no

es un juego —de nuevo Gamboa. No me dio tiempo a responder, colgó al instante.

A duras penas pudo pasar el sobre por debajo de la puerta, en su interior encontré setenta y cinco mil pesetas en billetes de cinco mil. Una invitación para una exposición de arte en Madrid y una carta. Al final de la misma, como siempre, tal y como estamos acostumbrados a ver en el cine, la misma cantinela: «*Destrúyelo cuando termines de leerlo*», «*el gobierno nunca reconocerá que trabajas para él*».

Se me conferían instrucciones para asistir a una exposición de *Art contemporain* en Madrid. Un estilo que no encontrará en mí a su más fiel seguidor, me dije.

La misiva me recordaba que debería ir elegantemente vestido, debería alojarme en el hotel Cuzco, en el centro financiero de Madrid, por lo que me sería fácilmente pasar inadvertido. La reserva estaba a mi nombre. El dinero lo utilizaría en vestuario y alojamiento.

El Cesid me pedía que intimara con *la marquesa*, nombre en clave dado a la operación y que servía para referirse a la viuda del Marqués de Orgaz; para mí nunca dejaría de ser la pérfida Lorena Brenes. En la misiva me informaban de la importancia del evento, ya que asistirían personalidades adscritas al antiguo régimen y ahora enrocadas en las altas esferas de la sociedad democrática española.

Lo que más me sorprendió fue la petición expresa de seducir a Lorena Brenes, con el fin de obtener información. Tenía que averiguar quiénes formaban parte de su círculo más íntimo. Tarea nada fácil, pues no podía olvidar que intentó matarme y a buen seguro estaba que ella tampoco.

Al leerlo, y mientras continuaba con mi merienda cena, no pude reprimir una sonrisa muda, pero de oreja a oreja. No sé por qué, no pude evitar compararme con James Bond, en Diamantes para la eternidad. Pensé, para dar más fuerza a mi papel interpretativo, en pedir la película a Nuria y tratar de imitar a Sean Connery en su papel de espía y galán.

También trataría de ponerme al día en todo lo concerniente al llamado arte contemporáneo. Disponía para ello de tres días.

Tina me sorprendió fumando, mientras se duchaba le preparé algo parecido a lo que yo había cenado, en menor cantidad; antes de meterse en el baño me dijo que le sirviera una copa de vino y se la pasara dentro. Nos fuimos temprano a descansar, antes la puse al corriente sobre todo lo ocurrido. Como Berto, ella también recelaba sobre mi colaboración con el servicio secreto.

Amaneció con un cielo turbio, frío y lluvioso. Sobre el empedrado mojado de las calles, se contemplaban los fogonazos de los focos de las farolas que, como si fueran clavos plateados, resaltaban en el pavimento negro encharcado.

Apenas me separaban trescientos metros de la librería, cuando observé que me vigilaban; nada más pasar por la Puerta de Bisagra me parapeté detrás de uno de sus muros y esperé a que pasara la figura de mi ángel custodio. No era nadie, había desaparecido como por encantamiento. Quizás, me dije, había sido una falsa alarma.

Una vez dentro de la librería, me fui a buscar todo lo relacionado con el arte contemporáneo a la estantería reservada para Arte e Historia.

No pude concentrarme en la lectura, sobre mi mente viajaban con desvergüenza los rasgos malignos de Lorena Brenes, no teniendo ni idea de cómo acercarme a ella. Tendría que improvisar. Asumí que lo que más me convenía era actuar de la forma más artera y torticera que picaflor alguno hubiera utilizado nunca para cortejar a la más exquisita dama.

El asunto era complejo, incluso yo diría que bastante peligroso.

Daba por supuesto que Lorena Brenes no habría olvidado, como yo tampoco, nuestro último rifirrafe por mucho que el servicio secreto intentara convencerme del hecho de que ella era un engranaje de la maquinaria golpista, y que no le quedaría otra que la de obedecer órdenes.

Podríamos pasar por alto nuestra manifiesta enemistad, incluso asumir que Lorena acataría las decisiones que hubieran tomado los líderes de la conspiración para averiguar mis pretensiones, pero lo que no deberíamos hacer era obviar la personalidad taimada de la señora de Escalona.

Mi principal preocupación se convirtió en las dudas que me planteaba nuestro encuentro. En Mijares, pude comprobar su poder hipnotizador para abducir, bajo la seducción de su mirada tenebrosa, a aquellos que se le acercaban

y seguro estaba yo de que igualmente sería capaz de cometer sobre ellos una tropelía con toda impunidad y sin miramientos.

El hecho de que el Cesid la hubiera elegido como fuente de información, probablemente se debiera a que le habrían detectado puntos débiles y que llegado el momento no tendría escrúpulos en cometer felonía sobre cualquiera de su grupo con tal de sobrevivir.

Las campanas de la iglesia de Santiago llamaban al ángelus. Miré el reloj, sus agujas esperaban apareadas para darme la señal de que había llegado la hora de intentar resolver otro negociado de más enjundia. Ahora tocaba correr hacia la plaza de Santa Clara para llegar a tiempo de ver a mi amada Julia.

No cerré el capítulo de mi primera misión como agente secreto, simplemente dejaba aparcadas mis ansias por conocer todo lo relacionado con el arte moderno y mi encuentro con Lorena Brenes.

Llegué a las puertas del convento en el momento preciso en el que hacía su aparición sor Inés. Su amplia y serena sonrisa era pura ambrosía, al verla suspiré e incluso puede que sonrojase. Se percibió de mi presencia y me miró intensamente. El susurro de sus largas pestañas al cerrar los ojos me dejó cautivo, indefenso. Mi corazón sintió el frío ardiente de su mirada. Permanecí inmóvil, sin capacidad de respuesta. Breves, efímeros, fueron los instantes que dedicó a contemplarme. Yo en cambio, permanecí en un estado catatónico, solo supe, o pude, mirarla de hito en hito.

«Ya no habría marcha atrás», me dije. Quedé poseído ante la flor más deleitosa para cualquier espíritu. No sería de extrañar que su Dios no se la dejara arrebatarse.

Inmisericorde, así fue como yo la vi. Hasta que no atendió al último peregrino, al último ladrón de sus palabras, a la última mano que consiguió rozarla, no vino hacia mí. En ese momento me habría pegado con el buscador de miradas que osara poner sus ojos en los de ella.

—Buenos días, Doménico. Creí haberte dejado claro que tu situación económica no es compatible con la caridad que propugna nuestra orden religiosa —me dijo muy seria, queriendo simular enfado.

Por mi experiencia en la vida mundana aprendí a distinguir el no pero sí, del tajante y tozudo «no eres lo que quiero». Hubo un instante, más fugaz si cabe, que el suave suspiro del amante que es complacido por primera vez, en el que vi en ella una mirada soñadora, complacida por mis requiebros.

—Lo sé... lo recuerdo, pero vengo en busca de otro alimento —le dije yo.

En aquel momento percibí que tuvo miedo al oírme.

—No entiendo qué quieres decirme. Tu presencia me turba. Debes apartarte de mí, te lo pido en el nombre de Dios —me dijo titubeante.

—Asumo que debes ponerte de rodillas ante Dios, pero no me pidas que perdone a los que te condenaron a morir en vida. No perdono a los que sin ningún pudor te mantienen en clausura. Julia, tu mundo no es este —le dije de forma animosa, convencido, sin reservarme ninguna palabra, para que supiera que no le sería fácil que me alejara de ella.

Su semblante cambió. Mostró rápidamente deseos por salir corriendo. La imagen dulce de su angelical expresión abandonó su talante, ahora denotaba intranquilidad, no cesando de mover el cuerpo, incluso se rascaba de forma disimulada con los nudillos.

—Veo que no has cambiado, eres un inmaduro. Nada de lo que dices tiene sentido. Tú me abandonaste y ahora soy feliz, vete. Piensa que lo que ocurrió entre nosotros fue pasajero. No me arrepiento, pero aquello murió con Julia —calló, su mirada acogedora tornó a una mirada de terror, rápidamente la cubrió con sus manos lánguidas de piel morena y dedos largos y huesudos.

—Dirás, pensarás, que todo esto es desproporcionado. Cierto, puede que lo sea —le dije.

Ya, sin ningún recato, como si algo le ardiera en el cuerpo, con los codos, con lo que podía, se friccionaba el cuerpo. Hizo ademán de marcharse, y me interpuse en su camino.

—Julia, perdóname —imploré—, no puedo ni quiero creerte, es imposible que sucediera como tú dices.

«Nada entre tú y yo fue pasajero. Podrán cambiar las circunstancias, podrá pasar el tiempo, pero mi amor por ti nunca fue ni será leve ni efímero sino todo lo contrario, es lo suficientemente profundo y duradero como para convertirse en eterno —musité, tratando de incrustar mis ojos en los suyos que

se mostraban esquivos, avergonzados. Cuando pude ver sus ojos tan grandes como dátiles del color de la miel, estaban brillantes con un aura privativo de enamorada.

—Creo que no alcanzas a entenderme. No puedo mentirte sobre algo en lo que no creo, no puedo negarte, ni negar el amor que sentí por ti. No es que no quiera, es que no puedo. Ahora pertenecemos a mundos diferentes, con vidas distintas.

Desapareció en la oscuridad del convento, a su paso dejó el ambiente húmedo de una mañana cualquiera de invierno, impregnado del aroma de su piel.

Otra monja salió a correr los postigos de las puertas; clavó, cual si fueran estiletes, sus pequeños y cansados ojos sobre mí. No abrió los labios ni siquiera para entonar un *avemaría* y yo entendí todo lo que me quiso decir y no dijo.

Apesadumbrado, no desesperanzado, abandoné las puertas del convento. No dispuse en ese crítico momento de su voluntad por verme, ni supe la forma en que trataría de volver a encontrarla. Sí recordé, mientras me alejaba cabizbajo, los ojos aguados en lágrimas que sin pereza le corrían por las mejillas tras saltar entre sus largas pestañas. Y recordé que no gocé viéndola llorar.

«¿Quién dijo que el amor es fácil?», me pregunté. Y a mi mente de enamorado acudieron aquellos versos de Lope de Vega, sobre lo que él entendía que era el amor:

*«creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño;
esto es amor, quien lo probó lo sabe».*

Al fin y al cabo, el amor no solo es placer, también es morir por él.

Sor Inés corrió compungida, huyendo para no ser poseída por la tentación del diablo en la personificada figura de Doménico. Después de oírle decir aquellas palabras, revestidas de amor y sinceridad, dudó de su fe en Cristo.

Cerró la puerta y se arrojó sobre la cama llorando su amargura, con rapidez se quitó el hábito y, como pudo, extrajo con violencia la camisa de piel de cabra, que llevaba sobre su fina y delicada piel.

Tan solo disponía de un pequeño espejo en el cuarto de baño por lo que no pudo ver las heridas por rozaduras en su frágil cuerpo causadas por el cilicio que la madre superiora le procuró. En cambio, sí pudo sentir las otras heridas, aquellas que se adhieren a través de la piel hasta el mismo corazón, como larvas de sanguijuelas.

Arrepentida y dolorida, tumbada sobre el camastro, se reprochó su hermetismo, le hubiera gustado decirle tantas cosas. Una punzada contrita le agitó el alma, cerró los ojos y lo trajo ante sí, lo acurrucó entre sus piernas, lo acarició y le peinó sus largos cabellos rubios. Le habló entre susurros y le dijo que ellos nunca hablaron, solo se amaron. También le dijo que sin palabras no se puede construir el amor.

Entre sollozos se preguntó, ¿Cómo pudo negar que lo amó como nunca más podría amar a nadie? Le pidió que la perdonara, de la misma forma que hizo Jesús con Pedro.

Por más que quiso, jamás logró olvidar aquellas tardes de verano, con los poros de sus cuerpos exudando amor. Dios mío, gritó sin fuerzas, con la voz en un hilo, «si apenas tenía veinte años, ¿cómo me permití perder la cabeza? ¿Acaso es esta la prueba a la que tu poder divino me somete?»

Oró de rodillas, sobre el jergón, con los brazos en cruz, con la cara pegada a la pared y la vista alzada al Cristo clavado en el madero: «Señor, al verlo, callo mi boca. Mi mente, mis ojos y mi alma se cierran herméticamente, al verlo frente a mí no puedo pronunciar palabra, porque si lo hiciera sería para proclamar lo mucho que le quiero. Te pido clemencia y tu luz para que me guíe en el camino correcto. Yo no nací para servirte, no soy digna de ti como lo fue Santa Teresa».

«Señor —prosiguió suplicando, ahora lo hacía en voz alta sin darse cuenta que detrás de ella, junto a la puerta, alguien estaba oyendo sus lamentaciones—, si Tú me lo pides nunca pronunciaré su nombre, aunque lo lleve escrito en la piel y grabado en mis retinas. Solo él ha sabido entenderme, escucharme, sentirme, amarme, acariciar mi alma.

No dejo de pensar en él, te habrás dado cuenta, se me nota demasiado. Desde que le vi, ando pensativa, errante..., así paso muchos momentos del día y

se acumulan las preguntas sobre mi cabeza atormentada».

—¡Sor Inés! —Se oyó la voz dura de la madre superiora—. ¿Se encuentra bien? ¿Qué locura es esta? Cubra su cuerpo y observe recato y compostura.

Se derrumbó y cayó de bruces. No tuvo fuerzas para defenderse mientras la superiora la azotaba con otra andanada de exabruptos.

—Informaré a la Provincial de la abominable blasfemia que he visto y oído. Mientras tanto permanecerá confinada en su celda —fueron las últimas palabras que oyó antes de que la puerta se cerrara y sintiera en sus carnes el ruido del cerrojo.

Pasó toda la tarde orando a Dios, le rogó por ella y por él, por su niño de hermosos cabellos rubios y de ojos azules. Oró en silencio, de rodillas, hasta la llegada de las primeras horas de la noche; un haz de luz, proveniente de una farola de la plaza formó un aura mágica, espiritual, sobre el Cristo del crucifijo clavado a la pared. Dolorida, conmovida, se sobresaltó con el estridente chirrido del cañón del cerrojo al salir de la oquedad de la puerta; probablemente hacía años que no se usaba, de cualquier forma, consiguió sin pretenderlo alterar el estado de trance en el que se hallaba sor Inés.

Volvió la cabeza y se encontró con una hermana amiga que portaba una bandeja con la cena.

—Sor Isolina, por favor —suplicó Julia.

Con la mayor crueldad, sor Isolina que había recibido en cientos de ocasiones el amor de sor Inés, dejó la bandeja en el suelo y cerró la puerta sin mediar ni una palabra ni una mirada.

Julia se negó a cenar y continuó hablando con Dios y con Doménico. Adormilada, antes de abandonar la vigilia le habló entre susurros: «Duerme tranquilo mi amor; yo lo hago, duermo contigo cada noche, aunque nunca te lo haya dicho. Tú eres mi ángel».

Y así, sonriendo, a veces llorando, con Doménico entre sus brazos, se quedó dormida.

Una vez alguien dijo: «Cuando las cosas empiezan mal, aún pueden empeorar». Esta es la respuesta que me dio Tina cuando la puse al tanto sobre lo acontecido unas horas antes con Julia o sor Inés, pues llegado este momento ya no supe ni cómo nombrarla

—Debes parar, Doménico. Ella ya conoce tus intenciones, sabe de tus sentimientos, ahora debe reflexionar y elegir libremente qué camino quiere seguir. No te enfades conmigo, corazón, pero si sigues hostigándola yo misma te diré que eres un *jodido capullo acosador*.

—No advertí tal circunstancia—respondí atónito, pues en verdad que no había reparado en el daño que le podría infligir a Julia por satisfacer mi egoísmo de enamorado—. ¿Tú crees que si insisto en demostrarle cuánto la amo le hará más mal que bien?

—Sí, lo creo con firmeza. Y si persistes en volver a verla, serás catalogado entre tú, ella y yo como un maltratador psíquico. Se daría la situación repulsiva de «conmigo, o con nadie» —concluyó muy seria, para nada enfadada conmigo.

Ante mi enmudecimiento, Tina creyó conveniente profundizar aún más en su análisis.

—No olvides lo que dijo Stefan Zweig: «*El amor es como el vino, y como el vino también, a unos reconforta y a otros destroza*». A ti te pueden ir bien esas muestras de amor, pero a ella, que lo tenía olvidado, le pueden causar un daño irreparable. ¿No sé si me entiendes?

—Perfectamente —respondí, para añadir—: No sé cómo acabará esto, ni quiero saberlo. Me limitaré a intentar no perder la cabeza día a día, porque ahora la tengo que tener muy fría y no debo dejar que mande el corazón. Acabaré siendo frío y calculador, pero no seré nunca un desalmado. Quizás me duró demasiado la inocencia. Gracias por hacerme ver la otra cara de la moneda.

Nos abrazamos y me dijo que me quería, pero de otra manera.

—¡Tina, no me jodas!, o se quiere o no se quiere. ¿Qué es querer de otra manera? —respondí jocosamente, con la finalidad de huir de la conversación anterior, cuestión que ella obvió y aprovechó para saldar viejas conversaciones que teníamos pendientes y que dejamos en el aire.

—Puedo mentirte como una bellaca para seducirte y amarte unas horas, ocurrió una vez. ¿Cierto?

Asentí con la cabeza mirándola a un palmo de distancia. Sus manos sobre mis caderas y las mías en sus hombros. Sin yo llamar expresamente a los recuerdos, estos vinieron en tropel hacia mi memoria. Se descargaron con rapidez las imágenes de nuestro encuentro en la casa de la calle Vida Pobre. En ellas pude ver su cuerpo desnudo delante de mí, solicitándome que aceptara su tesoro mejor guardado. Recordé sus palabras de enamorada y las mías hacia María.

Decidí que un caballero nunca debía recordar a una dama que fue ella la que le provocó; podría recordarle que yo acepté sin que hubiera puro engaño de por medio.

Entonces el subconsciente se portó mal y me gastó una jugarreta y no pude contener la risa; ella, en cambio, se mostró seria y abrió, como si fueran esclusas, los párpados tirados por las largas cadenas de sus pestañas dejando un cielo azul de verano al descubierto.

Era, para quien quisiera verlo, la mismísima Freya, diosa vikinga de la belleza y del amor, en el Valhalla. Y al igual que ella, en un momento determinado, podría transformarse en la más violenta de las valkirias. Así era Tina.

Ante esa tesitura y la gravedad de su mirada, yo hacía rato que dejé las risas para mejor ocasión. Sin dejar de mirarme para que el hechizo no perdiera su magia, acercó nuestros cuerpos, permitiéndome apreciar el fino y hechizante aroma de su piel, los labios trémulos y la sensación de estar entre algodones al contacto con sus senos, a punto estuvieron de hacerme dudar. Me besó lentamente, una sola vez. Bajé la cabeza, el rubor tiñó mis mejillas. Separó nuestros cuerpos tal y como Freya hubiera hecho con Ragnar Lodbrok, el más osado de los descendientes de Odín.

Los dos callamos, para nada era un silencio incómodo. Se apartó a un lado de la cara su frondosa melena y entre susurros, me dijo:

—Doménico, aquel sentimiento acabó y no volverá. Los posos que quedaron se han convertido en otra forma de querer. ¿Lo entiendes mejor ahora?

—Por un segundo, pensé que debía pararte —dije con ironía—. Yo también te quiero y me alegro de que hayas conseguido vencer lo que para mí no era amor sino una obsesión por tu parte —resoplé, pensando que la conversación no terminaría hasta que ella no pusiera el último punto y final.

—¿Qué sabrás tú de las cosas de las mujeres? Para mí es muy difícil ser tan fría y calculadora o, si lo prefieres, simplemente práctica y razonable cuando soy puro sentimiento.

—Quizás sea mejor dejarlo aquí —murmuré, dándole la espalda.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? —me gritó.

—De acuerdo, tienes razón. Seguiré tus consejos.

—Me alegra haberte convencido, te irá mejor. A veces no te entiendo, con lo inteligente que eres para algunas cosas y qué torpe para otras.

Alejándome de ella resoplé con satisfacción por haber resultado ileso.

La caída de la tarde presagiaba que la noche sería gélida. Tenía órdenes de aparecer a las nueve en la exposición de arte a la que acudiría Lorena Brenes, viuda del Marqués de Orgaz.

Tratando de dejar a un lado, de una calle lejana y sombría de mi mente, el dolor por los nefastos recuerdos que tenía de mis encuentros con Lorena, repasé con detenimiento sus posibles puntos débiles. Repasé con detenimiento cómo hacerle creer que ya me tenía bajo las fauces de su mirada perversa y engatusadora. Fingiría que me impresionaba la heterocromía de su mirada y eludiría sus artes satánicas en lo posible, si quería que la misión fuese un acierto.

Gamboa, en su nota, no solo me aprestaba a que hiciera mi aparición sobre las nueve de la noche sino que desde el primer momento intentase ganarme la amistad de *la marquesa*, nombre en clave para dirigirnos a ella, con el fin de que me introdujera en su círculo más íntimo.

No dejó en su nota ningún cabo sin atar. Me previno sobre que no estaría solo. Me advirtió sobre un lance desagradable que ocurriría y que yo sabría cómo desenvolverme, y por supuesto no dejó pasar la ocasión para recordarme que siendo misión de alto secreto y financiada por el estado, este no dudaría en negarme si fuese necesario.

La galería de arte tenía dirección en un pasaje de la Castellana. Esta vez no conté con la ayuda de Berto. Llegué en taxi; durante el trayecto intenté ver el

cielo para tocar con las manos la luna y pedir ayuda a los astros por mi atrevimiento en ayudar al gobierno, y a la democracia neonata que languidecía. La fuerte y torrencial agua que caía en Madrid me impedía ver la luna, y eso me pareció un buen presagio. Esa noche sería luna llena; para los creyentes en ritos satánicos, es la luna de los demonios y no podía olvidar que Lorena Brenes era la misteriosa Lilith, aquella que se transformaba y atacaba a sus víctimas en noches como esta.

El tráfico estaba insoportable, «como siempre que llueve», me dijo el taxista. Arreciaba cada vez con más fuerza, miré la hora en el reloj del taxi y comprobé que coincidía con la del mío; apremié al taxista ofreciéndole una buena propina si me llevaba con tiempo a mi cita.

—No es necesario, señor. Ya hemos llegado.

—¿Dónde estamos? Esto no es la Castellana —le previne.

—Discúlpeme, me he atrevido a dejarle a este lado del pasaje, su destino está al final. Dispone de diez minutos, por lo que puede echar un cigarrillo si le apetece.

Aboné la carrera y me adentré por el pasillo que conducía hacia la galería. Debí equivocarme de lugar. Entré en otra que estaba al lado. Me di cuenta en seguida, era de un acuarelista. El pintor, de aspecto bonachón, me ofreció pasar. Tenía tiempo, me dije. Eran acuarelas marinas y paisajes de pueblos manchegos, tomé un tríptico y le dije que le echaría un vistazo sin prisas. Fui sincero y le aclaré que me había equivocado. Que en realidad iba a una exposición de arte moderno.

—No se preocupe, no es necesario que me dé explicaciones, agradezco su sinceridad. La exposición es de un pintor inglés; creo que se llama, Robert Forster —arrugó la frente y se retiró las gafas para limpiar el vaho de los cristales. Insinuó una muesca compungida y me dijo—: Está muy bien catalogado por la clase dominante de Madrid.

—Gracias, muy amable —extendí la mano para saludarle—. Doménico, soy Doménico Aspartana.

—Tanto gusto. Mi nombre es Paco, bueno Francisco Sanz Maiz.

Supe que el taxista era parte del servicio secreto, porque no le dije a qué hora tenía que estar en la galería de arte, en cambio él conocía ese detalle. Me pregunté cuántos agentes habría involucrados en la operación. «No era

importante saberlo», me dijo Gamboa. Cuestión que no me dejaron rebatir y que no compartía, ya que por el hecho de estar al corriente de ese detalle no creo que tirara al traste la operación sino todo lo contrario, yo estaría más tranquilo si conociera el número de agentes que estarían para mi protección y ese pormenor podría ser el filo entre el éxito o el fracaso de la llamada «Operación Marquesa».

Con puntualidad marcial hice entrada en la galería. Una azafata me requirió la tarjeta de invitación. Estaba bastante concurrida, un camarero me ofreció vino y cerveza. Me incliné por un vino blanco, mientras me lo traían ausculté todo y a todos los que pude. Tenía razón el señor Paco, allí estaba, al menos en apariencia, lo más boyante de Madrid.

Alguien tocó sobre mi hombro. Me volví, era un hombre de mediana edad, acompañado de Lorena Brenes. Nunca antes le había visto.

—Por fin te dejas ver en público. Ven que te presente —me dijo estrechando mi mano. Levantó el tono de su voz lo suficiente para que todo el que tuviera que oírlo recibiese el mensaje perfectamente—. Lorena, quiero presentarte a mi amigo Doménico. ¿Te he hablado alguna vez, de él?

—No. No lo hiciste —respondió ella con desagrado; sonrió con los labios pegados, claro síntoma del esfuerzo que hacía por saludarme y no desairar a mi amigo desconocido—. Aunque ya nos conocemos. Podríamos decir que somos viejos conocidos —puntualizó.

—Cierto, Lorena —dije yo, intentando desarmarla con mi mejor sonrisa, mostrándome al mismo tiempo sumiso a su mirada pétrea, ofreciéndole como sacrificio el mar azul de mis ojos, para que con todo su poder se diera un baño en ellos.

Lorena insinuó querer saludarme con un apretón suave de manos; esos apretones falsos, con las manos laxas, a medio camino entre la muerte y la deseosa amputación del miembro. Fingí no darme cuenta de sus intenciones, aparenté mostrar nerviosismo y juntamos nuestras caras en señal de paz. Ambos simulamos un armisticio, para gozo de nuestro común amigo y hasta ese momento, todavía desconocido.

—Hola, soy Ricardo —intervino otro, sin dejarnos conciliar más conversación.

—Comandante Zancada, siempre es un placer saludarle —se adelantó el

desconocido. Al saludarlo por su nombre y rango, mi amigo protector me previno sobre su condición de militar.

—El placer es siempre mío, comisario Miguélez.

Ambos se estrecharon, no solo manos, sino también los cuerpos; los dos, por momentos, no cesaron en echarse flores, más el comisario Miguélez al comandante Zancada que a la inversa. Supe que las pretensiones del comisario, mi anónimo amigo, no eran otras que las de ofrecerme una amplia información sobre los asistentes a la exposición. Entendí que no debía dispersarme demasiado en el conocimiento de datos que me aportaba el comisario Miguélez; no debía ausentarme mentalmente de mi verdadera misión, que no era otra que la de intimar con Lorena Brenes.

Entonces ocurrió aquello sobre lo que me previno Gamboa. Un encuentro desagradable y del que yo tendría que salir airoso con naturalidad, con espontaneidad, en eso no se me adiestró.

Desde el fondo de la sala emergió la mirada iracunda, intensa, de un conocido. Vino hacia mí, abriéndose paso entre todo lo que era un obstáculo.

—Tú, ¿cómo te atreves a estar aquí? —me increpó, golpeó en mi cara con la saliva de un perro rabioso—. Este mundo no es el tuyo, vuelve a tu pueblo. No descansaré hasta encerrarte y tirar la llave al fondo de tu tumba.

Plantó su nariz picuda a un palmo de mí, barritó a la manera de un elefante, me zarandó verbalmente. Los asistentes al acto permanecían expectantes sin disponerse a tomar una decisión. Yo, por mi parte, permanecí impassible. En ningún momento mostré sentirme intimidado por la gran cantidad de improperios con los que me obsequió. Supe mantener la compostura con frialdad, el agresor notó que de mi mirada lacerante salieron agujas que se incrustaban en sus ojos cargados de ira.

Preñado de soberbia alzó su mano con la firme intención de abofetearme, pero en aquel momento se oyó una estruendosa voz:

—¡Capitán Eliot!, le exijo se comporte conforme a su cargo y rango. No le permitiré que trate así a un amigo, a un patriota de los de verdad —le gritó el comisario Miguélez, colocándose entre los dos.

Eliot se quedó perplejo al oír que se me llamaba *patriota*, confieso que yo también me quedé obnubilado ante tal calificativo. Esbozó un mohín enfurruñado, repleto de odio, manteniendo por segundos su mano en alto.

El comandante Zancada le conminó a que se retirara y guardara compostura. La situación no encontró la calma hasta que, saliendo de la nada, irrumpió la figura de otro asistente con un fuerte y espeso mostacho; apartó a Zancada y al comisario Miguélez de la línea que lo separaba del díscolo capitán de la Guardia Civil. Eliot, al verlo, se cuadró literalmente, mirada al frente, pegada de tacones y mano derecha con los dedos juntos tocando la sien.

—A sus órdenes, mi teniente coronel —se pronunció en tono marcial.

—Descanse, capitán —respondió con firmeza el recién llegado.

Después lo tomó del brazo, lo apartó de donde yo estaba y habló con él. Para evitar que se les pudiera leer los labios, se cubrían la boca con la mano.

Tanto el comisario Miguélez como el comandante Zancada hicieron lo propio conmigo. Yo no le prestaba atención a lo que hablaban; mi mirada, fingida de servilismo, buscaba a cada momento la de Lorena Brenes, cuando por fin conseguí acariciar un atisbo de acercamiento en su taimada y cínica sonrisa, sentí cómo una mano extraña me cogía del brazo a la vez que me hablaba,

—Permita que me presente, soy Inestrosa. Quizás haya oído hablar de mí, soy periodista —me dijo con la voz ametrallada.

El que así se presentaba era un hombre de mediana estatura, orondo, con lentes redondas, similares a las usadas en otro tiempo por Valle-Inclán, y pantalones sujetos con tirantes.

—Hola —respondí, para a continuación apostillar—: Soy Doménico Aspartana.

—Es un placer saludar a uno de los nuestros y más aún si, al igual que yo, no es militar —respondió, dejando patente una ligera tartamudez.

Estrechamos las manos y comprobé que no las tenía callosas, como tampoco las tenían los otros a los que saludé. Deduje que ninguno de ellos se dedicaba al duro oficio de arañar la tierra para obtener el peculio que les permitía vivir de manera holgada.

—Igualmente, señor Inestrosa —respondí.

—Ardo en deseos por no pecar de ignorancia, pero quizás mis ganas por saber sean mayores que el debido comedimiento al que se deban mis palabras —repositó sus labios, guardando un nervioso silencio, probablemente para serenar sus impulsos y no encasquillarse al hablar de nuevo. Silencio interrumpido al

saborear con acritud el mohín alterado que hice deseoso en dar por finalizada tan angustiada conversación, por fin acertó a ver en mi mirada una invitación a que prosiguiera hablando y con fe se lanzó al terreno menos propicio para él, me refiero al de la oratoria:

—Si me permite parafrasear a su valedor, el comisario Miguélez, ¿cuál es la hazaña digna de todos los honores que le ha convertido en un verdadero patriota? —inquirió con inusitada alegría, travestida tras la barba plateada en perfecto abandono.

Ante esa pregunta, una descarga eléctrica recorrió todas y cada una de las neuronas de mi cerebro, activándose y extrayendo de los agujeros ocultos de la memoria las palabras del comandante Echenique. Supe entonces que cuando me dijo: «ninguno de los nuestros deberá preguntarte nada, si lo hacen, ten cuidado con tus respuestas, puesto que si te pregunta es porque no lo sabe y si no lo sabe es porque no debe saberlo», me estaba alertando sobre una posible trampa de agentes del grupo, al cual yo tenía que investigar.

—En realidad yo no considero que lo que hice sea motivo de considerarse como una proeza, más bien son actos que cualquier español hubiese hecho en mi lugar. Y ahora, si me disculpa, voy a saludar a una vieja conocida.

Aprecié de qué manera, el pintor discutía con el comisario organizador del evento. Un exceso de fumadores en activo enturbió la galería de una neblina sofocante. Con el pretexto de oxigenar el ambiente del humo mortal de los cigarrillos abrieron la puerta de la galería, de esta forma salvaban la vida de sus pinturas y los pulmones de los asistentes. Alguien se quejó del frío reclamando que se cerraran las puertas.

—Serán unos minutos, señor. Esperaremos a que el humo del tabaco abandone la sala —le respondió el comisario experto en obras de arte.

—¡Ciérrelas ya! ¡más vale humo que escarcha! —le espetó su interlocutor con la guerrera llena de insignias de muchos colores.

El capitán Eliot, apalancado en una columna, no me quitaba ojo de encima. El frescor de la noche entró en la sala templando el rugido de la sangre. El teniente coronel que consiguió que Eliot se entregara sin armas ni bagaje susurraba ante Lorena. Se advirtieron de mi llegada y él se apartó, dejándome el camino libre para que me encontrara a solas con ella.

Nos cruzamos y el teniente coronel ignoró mi presencia tal y como si

fuera una insignificante mota de polvo en el desierto. Confieso que no tuvo la decencia de mirarme, ni tan siquiera de soslayo.

Detuve a un camarero y le cogí un plato surtido de bollería salada y me dirigí todo solícito a la llamada de Lorena.

—Me he tomado la libertad de traerte unos bocaditos, he pensado que te apetecería tomar alguno —le dije, mostrándole la bandeja.

—Gracias —respondió, después de auscultarme con pulcritud—. ¿¡Así que eres un héroe!? —inquirió o afirmó con reticencia, mirándome de forma burlona. Extrajo el cigarrillo de la pipa y lo arrojó al suelo, después tomó uno de los bocaditos salados.

—Yo no me considero ningún héroe, lo que ocurre es que suelo estar en el sitio equivocado en los momentos más inoportunos —referí.

Con una mano ocupada en sostener la copa de vino y la otra con el plato, se me hacía difícil participar del ágape. Mi sonrisa dócil debió desarmarla; pasaban los minutos y nuestra conversación era más cordial; sin prisas, conseguí hacerla reír.

Se fue relajando, hablaba y hablaba. Por mi parte, mostraba todo mi interés en seguirla y en reafirmarle su dominio cada vez más fuerte sobre mí. Para quien no le prestara la atención debida, a simple vista, daba la sensación que todo lo que salía por su boca eran estupideces de una señora burguesa que estaba muy bien considerada. Nada más lejos de la realidad, descubrí que Lorena Brenes, viuda del Marqués de Orgaz, no daba puntada sin hilo.

—¿Estás nervioso? —me preguntó al mismo tiempo que sensualmente abría mis labios con un bocadito de jamón.

Bajé la mirada y mis pómulos se tiñeron de un rojo violáceo, simulé ruborizarme una vez más.

—Tu presencia me inquieta. Tiemblo al sentir la fragancia de tu piel cerca de mi boca —le susurré sin atreverme a mirarla.

—Eres un mentiroso engatusador que se iría con cualquiera —me dijo riéndose, sin esforzarse en impregnar a su voz de un mínimo de sencillez.

—¿De verdad crees que soy de los que pierden los papeles ante el primer palo escoba con faldas que se cruzan en mi camino? Si piensas eso de mí es que no me conoces —la interrumpí aparentando enojo.

—He de confesarte que tu presencia me fascina a la vez que me desconcierta. Eres amigo de Miguélez y eso sería suficiente para invitarte a compartir mi mesa contigo —debió notar la hosquedad de sus palabras y parecerle que su último comentario fue demasiado hostil, porque ahora el tono de su voz era más cálido. Aproximó su cuerpo, besé con delicadeza su cuello. No aprecié en Lorena disgusto por mi atrevimiento ni manifestación gesticular que me hiciese recapacitar sobre mi osada conducta, sino todo lo contrario por la suave presión de sus voluptuosos senos contra mí. Midiendo los tiempos, suspiró y añadió—: Algo en mi interior me grita que no me fíe de un rijoso seductor, que no baje la guardia. Dime, bello y maléfico italiano, ¿podría confiarte la libertad de mi alma?

Expresó una sonrisa incitante que a punto estuvo de retenerme colgado entre los mechones del cabello, que suavemente descansaban en sus hombros. Entonces supe que más pronto de lo esperado traspasaría las murallas que daban acceso a su reino.

No pude olvidar que regentaba reinos de santería y que como ella misma creía, era el primer súcubo, la mismísima reencarnación de Lilith. En sus delirios creía ser una hechicera y recreaba en su mente perversa el papel de la mujer incomprendida de la biblia que fue expulsada del Paraíso por atreverse a sentir placer durante el acto sexual, oponiéndose a permanecer sumisa mientras Adán copulaba con ella.

Su *modus operandi* era todo un ritual; primero elegía a su víctima, que debería ser un hombre joven y bello, después lo narcotizaba y se introducía en su mente para sembrarla de lujuria, provocándole sueños húmedos y locuras de máxima perversión. Yo mismo padecí ese hechizo aquella infausta noche que me crucé con ella en el hostel Barbacedo, en Mijares. Rememoré que en mis sueños hice el amor con Anna, creyendo que era Lorena, y a punto estuve de quitarle la vida por estrangulamiento.

—Querida marquesa, no eres tú la que entrega su alma sino la que recibe la mía —le dije mirándola coqueta y complacientemente para que creyera que podía disponer de mi cuerpo y de mi alma.

La muy pérfida y ladina se sintió profundamente henchida de gozo al pensar que ya me tenía bajo los efectos de su embrujo. Se apartó de mí lo suficiente como para mirarme y hacerme entrega de su acentuada heterocromía, que en ese momento mostraba una aparente bondad, la misma ternura que la de una boa constrictor antes de tragarse a su víctima.

Vista de cerca, el iris del ojo derecho era verde como el agua de un estanque que contrastaba violentamente con el azul intenso del otro; pero nada de eso era real, bastaba con entrar en ellos, bañarse, para comprobar la gelidez de sus aguas, con fuertes mareas que te arrastran y empujan a las fauces hambrientas de las más terribles fieras abisales.

Pensé que lo peor ya había pasado. «Ahora restaba limar asperezas y ganar la partida», me dije. Debería dejarme arrastrar por su frenético deseo de copular conmigo. Con los labios entreabiertos, trémulos, supe que, al ver como se perdía en mi sonrisa, eran indiciarios de que si yo jugaba bien mis cartas podría hacer un buen servicio a mi país.

—¿Dime, Doménico, llegado el momento no correrás como la última vez? —palabras en apariencia sencillas, sin ninguna carga erótica. Pero en ella nada era normal, como dije antes no daba puntada sin hilo. La forma de decirlas, en cómo me miró cuando las dijo, perseguían un único fin y no era otro que el de arregarlas de lubricidad. Por si me quedaba alguna duda, con descaro dejó un mordisco en el labio inferior de mi boca después de lamerme toda la cara como si fuera un animal salvaje.

Ya nada le importaba. Para Lorena hacía tiempo que no quedaba nadie en la galería, aunque cada vez había más público. Conseguimos aislarnos de todo y de todos. Reconozco que fue tarea de los dos.

Hacía tiempo que cedí los aperitivos al camarero. La miré a los ojos, que ahora se presentaban más enigmáticos que nunca, pestañeaba, conseguí que se relajara y bajara la guardia, y pude adentrarme en ese lugar en dónde arrumbamos nuestros deseos inconfesables; capté su debilidad, me mordí el labio inferior, y con voz mimosa, concedor de mi poder, le susurré sin atreverme a mirarla, en la comisura de los labios:

—No huiré. Soy tuyo. Te ataré con la fuerza de mis besos a la columna de mi espalda y abriré tus piernas para beber el elixir más placentero, —Ahora fui yo quien paró el tiempo devolviéndole un ligero mordisco. Se quedó callada, varada a la entrada de la bocana de mis labios sediciosos; se levantó una suave brisa procedente de la noche cargada de humedad que meció suavemente las pestañas de sus ojos—. Eso haré —musité, con el convencimiento de que había conseguido ganarme la llave que abriría la puerta a lo desconocido.

—Mi niño malo. He besado cada sílaba que has pronunciado hasta convertirlas en las palabras de amor más bellas que poeta alguno hubiese escrito nunca a su amada —me susurró.

Nuestras caderas se juntaron. Sentí la pajarita del smoking, sobre el cuello, apretarme como un dogal y los pechos exuberantes de Lorena, amenazantes con abandonar el escote de palabra de honor, en donde los llevaba prisioneros.

En ese juego en el que los amantes ceden y a la vez tratan de imponer sus posiciones al otro, me pidió que la mirara. Iba a decirle que su mirada fuerte e intensa, a la vez que apasionada, irradiaba una gran atracción sobre todo aquel que se atreviera a curiosear en su interior, cuando me arrastró y me secuestró; me llevó detrás de una columna apartada de la vista de todos. Me empujó con violencia, hasta apoyarme contra ella. Juntamos nuestros cuerpos, se dejó acariciar en el cuello por mis requiebros, ambos sentimos un ligero balanceo al que siguió un efímero suspiro, dando paso a un beso vehemente e inmisericorde.

Creo firmemente que, en ese instante de la batalla, me hubiera ofrecido entrar en su reino, porque había dejado abiertas las puertas de su morada para que yo anidara en ella. Tan entusiasmados estábamos los dos en nuestros juegos de seducción que no nos apercebimos de la llegada de mi desconocido mentor.

—Por fin te vuelvo a encontrar justo donde comenzó todo —intervino el comisario Miguélez.

La tomó del brazo y se la llevó, y yo me quedé contemplando uno de los cuadros que tenía enfrente. No eran Picasso ni Dalí, pero sí que descubrí vida en esas pinturas. Robert Forster podría ser muchas cosas y una de ellas, ser un buen pintor. Manejaba con bastante criterio la luz, su obra gozaba de vida. Debí quedar ensimismado, no le vi llegar, se colocó a mi lado en silencio. Miré de reojo, destacaba bajo su nariz el amplio mostacho negro. No era otro que el maleducado y prepotente que paró los pies y puso en su sitio al capitán Eliot.

—¿Le gusta? —me preguntó pasados unos minutos en los que los dos, en silencio, contemplábamos el cuadro.

Sin mirarle, me pronuncié.

—En verdad que no entiendo mucho de pintura moderna, ni tampoco de la llamada clásica —respondí torpemente, para agregar y si acaso recomponer—. Me entusiasma más la literatura.

Esbozó un mohín contrito, con aires de suficiencia.

—Coincido con usted en que esto no es arte, pero no le admito comparar

la literatura con la pintura. ¿Conoce al Greco, a Velázquez, a Tiziano? Escribieron las mejores historias sobre un lienzo. Eso es arte —terminó puntualizando.

—Probablemente tenga razón, o quizás no supe explicarme mejor —respondí sin ganas ni intención de entablar un debate que me condujera a despistarme del motivo por el que estaba allí. En ese crucial instante no le consideré importante. Craso error el mío, como comprobaría más adelante.

—Soy Antonio Tejero, teniente coronel de la Guardia Civil —me dijo con una mirada inmisericorde, acusadora.

—Un placer. Doménico Aspartana, de Toledo —respondí del mismo modo.

—Lo sé, como conozco de su propiedad una librería roja en Toledo. Lo que no alcanzo a entender es por qué lo han traído aquí —me cortó, tajantemente. Sin permitirme responder, se alejó.

«Ah, no, no puede terminar todo así», me dije.

Me sobrevino un ataque de ira que a duras penas logré controlar; recordé a Tejero como miembro de un grupo de caza, en una de las fotografías que me mostró Gamboa, en el hotel Los Galgos. Una fuerza interior ingobernable me obligó a girarme para observarle y me encontré en el camino con la mirada escrutadora del capitán Eliot, tratando de amedrentarme.

Al avistar que yo le respondía con un mohín de desprecio, sus pequeños ojos aumentaron de tamaño, adquiriendo la forma de los de un besugo, favoreciendo el símil la cara, que en su conjunto alumbró un color congestionado, con pequeñas arañas capilares rojizas que le recorrían las mejillas. Era una mirada lacerante, cargada de odio, a la cual respondí sin ningún atisbo de miedo.

Sí. Consiguió turbarme. En ningún caso amilanar.

No. No lo logró por más que me mirara desafiante, como un vulgar gallo de pelea con los espolones sustituidos por pistolas en el mismo instante que sabe uno que va a morir o a matar, en el palenque.

Un camarero, el mismo por muy curioso que pareciera me sirvió desde que entré en la galería, me ofreció otra copa: decliné su ofrecimiento. Traté de no esquivar los movimientos intimidantes de Eliot, apartando al camarero.

—Señor, debajo de esta copa —me dijo señalándola con la cabeza—, hay una tarjeta, cójala por favor, es para usted —me requirió de forma apremiante.

Le miré sorprendido y acepté su rogatoria. Levanté la copa y retiré la tarjeta; era de Lorena que me invitaba a abandonar la sala. «Tengo hambre y no me apetece hacerlo sola», me decía en dos escuetas líneas.

La busqué con un golpe de vista, no me fue difícil encontrar su cuerpo tenebroso, de curvas sinuosas, envueltas en un vestido de raso con un escote que mostraba con irresistible hechizo, para quien osara posar su mirada en sus pechos lujuriosos.

Fresco y triunfante parecí emerger del momento de dureza visual al que me entregué con el capitán Eliot. Lorena también notó mi paseo radiante hacia ella. Los moscones, ante su mirada lejana, abrieron camino a mi paso. Todos menos el teniente coronel Tejero Molina, que al ver cómo me aproximaba trató de intimidarme fulminándome en mil pedazos. Conforme me acercaba a Lorena me sentí desnudo, manoseado por aquellos ojos convexos que brillaban en la sombra. Pude sentir en la oscuridad de sus ojos una mirada descarnada e inmisericorde.

Quizás fuese por la marcialidad militar de la que procedía, pero el caso es que su mirada delataba un aire de suficiencia y arrogancia propia en aquellos que tienen mando y autoridad. Probablemente, muy pronto, ese tipo de miradas quedarían en desuso dentro de las Fuerzas Armadas, miradas impropias de los nuevos tiempos.

He de decir que quedé poco impresionado por el alarde bizarro con el que me miró desafiante, con desprecio y agria descortesía; le ignoré pese a su oposición a retirarse a mi paso; pude ver como a su rostro asomó un mohín de disgusto, atrincherándose en un silencio contrariado.

No recuerdo un silencio más ambicioso por una reyerta entre los dos por parte de los allí congregados; el leve chirrido de sus dientes, al pasar junto a él, rasgó el silencio.

Pensé que pude ser irreverente, pero al fin y al cabo lo que hice fue devolverle la afrenta, utilizando su misma moneda. Hice propio el castizo refrán español: «Donde las dan, las toman».

Cedí el antebrazo derecho a Lorena, se asió y, sin más dilación, juntos abandonamos la galería de arte.

—¿Todo bien? —me preguntó ella.

—Sí, perfectamente —respondí exultante.

Capítulo 8

El gran secreto

“Cuando los hombres aman a las mujeres sólo les dan un poco de su vida; mas las mujeres, cuando aman, lo dan todo”.

Oscar Wilde

Al pasar por la puerta de la otra galería, sentí como me flanqueaba el paso la sonrisa del bueno de Paco Sanz Maiz, el pintor de acuarelas. Miré a la derecha y nos encontramos los dos, sonrisa en boca y guiño de ojo incluido, él apoyado entre la jamba y la hoja entreabierta de la puerta. Me despidió con el dedo pulgar hacia arriba como señal de que, sin conocernos, aprobaba a mi acompañante.

—¿Quién es? —me preguntó Lorena.

—Un gran pintor y mejor persona —respondí.

Caminamos en silencio, una brisa húmeda dejaba caer una lánguida neblina. Bajo un abrigo de piel escondía su cuerpo menudo, debió sentir frío, volvió el rostro para mirarme y el brillo de sus ojos denotaba que en ese instante era feliz junto a mí. No necesitó hablar para que yo entendiera que quería acurrucarse en mi pecho; extendió el brazo a través de mi cintura y moldeó su cuerpo para cobijarse debajo del mío.

—Deberías hacerle una visita, te gustarán sus acuarelas —le aconsejé, tratando de no dejarle ver mis cartas. Ella no debería sospechar que mi única intención era conseguir información detallada sobre sus amistades. Para ello debería seducirla, engatusarla, aparentar que deseaba su compañía más que una tórrida noche de sexo.

Se paró, se elevó sobre los zapatos de aguja. Entrecerró los ojos y me ofreció sus labios temblorosos, medio entornados, esperando mi aliento para abrirse como una flor en primavera. La rodeé entre los brazos, acaricié sus cabellos y le susurré palabras de amor inconfesables, haciéndole propuestas

imposibles de cumplir; separó los labios, y escondidos dentro de su abrigo, nos besamos con impudicia; con voracidad salvaje nos mordimos la boca.

La centella de un rayo próximo a nosotros nos devolvió a la tierra. Un mar de agua pedregosa cayó enfurecido sobre nuestros cuerpos fermentados en lascivia.

—Lo haré, seguiré tu sabio consejo y visitaré al acuarelista —me susurró con palabras que apenas pude comprender. Después elevó el tono de voz y mirándome sin verme, dijo—: Ahora no. Esta noche quiero ir al infierno contigo.

No cesaba de llover, tronaba como si cien cañones descargaran su mortífera andanada junto a nosotros.

Delante de mí, poseída, con los brazos caídos, aulló:

—¡Arrástrame, incubo, por el fango de tus miserias! ¡Yo te lo ordeno! — Me sobrecogí, no solo por la puesta en escena sino también por la brusquedad con la que me apartó de ella. Mostró ser una mujer más brava que solícita.

No le importó el aguacero, ni la pedrisca. Se mantuvo firme, ahora, con los brazos en alto, invocó a los hijos del averno. Contemplé como en el cielo brillaba una luna tumefacta.

La luz emitida por un relámpago, primero blanca y después violácea, se reflejó en su semblante. Tenía los cabellos empapados cubriéndole el rostro, al retirarlos la visión era espeluznante. El color blanco de la esclerótica desapareció por el rojo de Marte, disipando la heterocromía. Una palidez cérea sustituyó al marrón de su piel. El rímel con el que pintó ojos y pestañas, corrían por su cara, impregnándola toda y convirtiéndola en ríos de colores verdes, azules y negro, mezclados a su antojo.

En aquel instante supe que estaba en el mismísimo infierno descrito por Dante siglos atrás. Si ese infierno existía se reflejaba en su rostro.

Gamboa me miraba estupefacto. No perdía detalle de cuanto le estaba relatando, ni tampoco el conocido comisario Miguélez. Los tres guardamos silencio. La habitación a la que me condujeron carecía de ventanas. Recuerdo haberle comentado a Gamboa ese detalle, a lo que él me respondió con sorna:

—Es la habitación de invitados.

En el mismo tono le respondí:

—Si esta es la de los invitados, pánico me da pensar cómo será la de los detenidos.

En una de las paredes había un gran espejo. Por lo que enseguida distinguí cuál era el fin de esa sala. Era una copia de la que en su día instaló Pedro Hermoso en la parte de atrás de la librería. Intuí que esta sería más sofisticada, y que detrás del espejo debería haber uno o varios asistentes mudos, pero no ciegos ni sordos.

La habitación carecía de adornos, era lo más austera que pudiera imaginarse. Las paredes pintadas de color gris. No había sillas, en su lugar bancos anclados al suelo, la mesa de metal corría la misma suerte.

Nos trajeron botellas de agua y me invitaron a sentarme frente al espejo.

Gamboa me recordó que no era un interrogatorio, simplemente querían que les contara todo lo que vi y oí desde que me quedé a solas con la marquesa.

Quizás sea más oportuno volver atrás, justo cuando unas horas antes, me recogía un vehículo en la puerta del hotel.

Llamé al teléfono que me dio Gamboa, utilizando por primera vez mi nombre en clave: «Aurelio». Desperté desorientado, pasé toda la noche en la habitación de mi hotel y no recordaba cómo llegué allí, ni tampoco qué ocurrió durante el tiempo que permanecí con Lorena Brenes. Lo único que recordaba era que desperté atado de pies y manos a la cama.

En el interior del coche me esperaban Gamboa y el comisario Miguélez. Dimos un paseo largo y estúpido:

—Es para que no recuerdes donde vamos —refirió Miguélez.

Respondí con un mohín silente, me encogí de hombros dando por bueno lo que tuvieran a bien hacer.

Cuando lo creyeron oportuno me cubrieron la cabeza con un saco

pequeño, de tela negra ([1]). Dejaron un agujero para que respirara. Recuerdo que bajé la rampa de un garaje que abrieron con un mando automático. Por el hueco de la boca, si levantaba la cabeza y la inclinaba hacia atrás, podía ver lo que ocurría a corta distancia.

Una vez dentro del aparcamiento me retiraron la capucha, detalle que les agradecí. En el mismo sótano, tras pasar por una puerta cortafuegos, estaba el ascensor. Aunque no podría asegurarlo, juraría que en esta ocasión no subimos, sino que bajamos al interior de la tierra.

Cuando el ascensor en su frenética bajada, paró y abrió las puertas, en la pared de enfrente había un escudo, debajo una leyenda en latín: «*Ex Notitia Victoria*», que, si me permiten la transcripción, es algo así como: «*Saber para Vencer*», que traducido al lenguaje coloquial viene a ser como: «*Quien tiene la información, tiene el poder*».

Un atribulado y estupefacto Gamboa, no dando pábulo a mis respuestas, de nuevo inquirió:

—¿Y no recuerdas cómo llegaste al hotel?

—No. No recuerdo nada. Creo que perdí la conciencia real de lo que ocurría después de besarnos. Mis recuerdos son imprecisos, irreales —respondí.

—En eso estoy contigo, tus relatos parecen sacados de una película de terror. Vamos, ni El exorcista me infundió tanto miedo —bromeó Gamboa.

Le miré con desagrado reprobando su chanza, pensé que tal vez fuera irreverente el comentario y así debió entenderlo al pedirme disculpas. Abrió la carpeta que tenía junto a él, tomó el primer documento y estiró el brazo todo lo que pudo para poder leerlo; bufó y hurgó en el bolsillo interior de la americana hasta que encontró lo que buscaba. Eran unas gafas, «para vista cansada», dijo. Se las colocó e hizo un gesto autocensurándose la deficiencia visual. Creí que se dejaría arrastrar por la melancolía y que no sería capaz de dar comienzo a la lectura del documento que yacía encima de la mesa.

—El informe médico sobre las pruebas que te han practicado no ha encontrado nada destacable, excluyendo las heridas en muñecas y pies por

aprisionamiento —su mirada compungida le devolvió un semblante suplicatorio en busca de mi comprensión por el desagradable chascarrillo que utilizó. Dejó el informe médico a la izquierda de la carpeta y buscó, hasta encontrarlo, el documento que se dispuso a leer—: Respecto de la tormenta a la que te refieres, el instituto de meteorología no registró datos que pudieran confirmar que a esa hora, en la zona que describes, hubiera precipitaciones con descarga eléctrica acompañada de granizo —leyó Gamboa bastante circunspecto lo que parecía un informe meteorológico.

—¿Tienes idea de qué son las marcas? —preguntó Miguélez.

—Desperté desnudo en mi habitación, atado a la cama por las muñecas y los pies, con cuerdas de cuero —susurré un tanto amedrentado, comenzaba a salir del estado de sopor en el que me encontraba, a tener conciencia del embrujo al que me había sometido Lorena.

«Aún permanecía somnoliento cuando apareció desnuda» —les dije sin atreverme a mirarles.

—¿La marquesa? —relincharon los dos en polifonía. Se miraron con lubricidad, exaltando con sus gestos obscenos sus delirios concupiscentes; no supieron ocultar la sorpresa y arquearon tanto las cejas que a punto estuvieron de perder los ojos.

—Sí —respondí—. Casi desnuda, únicamente usó por vestimenta su cabellera, con ella cubrió los senos. Como os he referido me encontraba aún bajo los efectos de un sueño oscuro y no pude por menos que compararla con Lady Godiva.

Ambos pusieron cara de encomendarse a la memoria, presumí que no sabían quién era, por lo cual les relaté que Lady Godiva fue una dama inglesa que vivió allá por el siglo XI y que su historia rayaba en la fantasía del pueblo, propenso a crear leyendas.

—Como recordaréis paseó su cuerpo desnudo sobre un caballo, sin más vestimenta que su larga y frondosa melena pelirroja cubriéndole los pechos —maticé, a sabiendas de que no les sonaba de nada la pequeña ilustración comparativa que les había hecho, por el aspecto de alucinación que reflejaban en su sonrisa.

—Juraría que en esa historia el personaje no es quien tú dices —apuntó muy digno el comisario Miguélez, quizás algo molesto por mi suficiencia—. Su

nombre es Lady Ginebra y pienso que te has tirado un farol para probar nuestro nivel. Eres un capullo, ¿lo sabías? —añadió muy molesto.

—Tampoco es muy importante, Miguélez. Prosigamos —trató de zanjar Gamboa templando gaitas, para añadir—: Si no recuerdas nada de lo ocurrido durante la noche, ¿qué pasó después de que apareciera?

—Como os decía, apareció en la habitación sin más vestimenta que su larga cabellera pelirroja, empujando una camarera con un succulento desayuno. Traté de liberarme de las cuerdas que me aprisionaban a la cama, sin suerte.

«Al ver mis intenciones, me dijo: «Te harás daño, deja que te ayude». Era un nudo raro, fácil de eliminar; por contra, se tensaba si tirabas de la cuerda. Me desató. De un salto junté piernas y brazos, con agresividad felina masculé y le clavé con la mirada los caninos en la yugular.

—Me autorizaste tú, conque baja esos humos —adujo sonriente.

—¿Qué más me pediste? No recuerdo nada.

—¿Nada? —se preguntó, para a continuación, con una sonrisa pícara especificar de forma más explícita—: Estuviste soberbio, genial. Ya sabía yo que no me defraudarías como amante —concluyó».

No me pasó inadvertido el detalle por el que ninguno de los dos tomaba nota de mi informe sobre lo acontecido. Levanté la cabeza, fijé la mirada entre ambos, hacia el espejo, y les pregunté:

—¿Quién está tomando nota de cuanta información os estoy dando?

—No es necesario —respondió Gamboa.

—Probablemente no hice la pregunta correcta. ¿Quién está grabando al otro lado del espejo? —dije señalando con un golpe fuerte, apoyando el gesto con el dedo índice.

Únicamente Miguélez volvió la cabeza hacia donde yo les indicaba.

—No es necesario que los conozcas. Detrás del cristal hay un grupo de agentes pertenecientes al servicio de inteligencia. Su misión es valorar, analizar, integrar e interpretar la información que nosotros, los agentes de campo, les suministramos.

—Lo entiendo. Está bien —dije reconociendo satisfacción con la respuesta dada—. ¿Necesitáis algo más?

Una luz en ámbar pareció significar una orden de llamada a Gamboa. Se ausentó al instante. Volvió en menos de cinco minutos, trayendo consigo una nota manuscrita. Contenía una serie de preguntas que leyó nada más sentarse de nuevo frente a mí.

—Quieren saber: Si recuperaste las actas de fundación de La Hermandad. ¿Qué fue lo que te alertó o alarmó en el hotel, para que usaras el canal de urgencias? Si sospechas en qué momento pudieron narcotizarte y, por último, si habrá nuevo encuentro con la marquesa.

—Respecto de la primera pregunta, mi respuesta es afirmativa y antes de que me reformuléis otra repregunta os diré que sí las he leído y que no hice copia. Lo más destacado es la presencia física del general Varela y del coronel Moscardó, entre otros.

—Intuyo que ocultas a alguien en especial —apuntó Gamboa.

—Aciertas, pero no puedo decírtelo. Por fin tengo el nombre del que dio la orden de matar a mi padre. Os las entregaré cuando me digáis dónde.

—Las entregarás en Herfer, en una tienda de revelado de fotos frente a la librería Toletum. Su propietario, un fotógrafo judío muy conocido en la ciudad, es colaborador nuestro. Deberás dirigirte a él con el nombre de «*Marsala*». Si no hay contratiempos, sin más dilación se hará cargo de la mercancía —dijo Gamboa.

—Puedo preguntar ¿qué haréis con ellas?

—Entregarlas para su custodia, como documento histórico, al Archivo Histórico Nacional y, dentro de él, imagino que lo llevarán a la sección de la Guerra Civil, y por supuesto a examinarlas con rigor.

Asentí. Gamboa rumiaba algo que le reconcomía y le pedí que lo soltara.

—De acuerdo, te lo diré. No me ha sorprendido tu respuesta, sé que guardas venganza, pero no por ello podemos hacer oídos sordos. Tu objeción, a darnos ese nombre, no solo ha sido artera e indecente, sino que supone una insubordinación directa a los principios por los que luchamos con la Ley en la mano y, se supone que tú estás ahora en ese bando.

—Muy bien, lo entiendo perfectamente y asumo las consecuencias —respondí.

Creo afirmar, y no me equivoco, que fue el momento más tenso.

Miguélez hacía tiempo que se alejó mentalmente de la conversación. Gamboa esbozó un mohín enfurruñado y me atizó en la cara bofetadas de ira provenientes de su mirada lacerada.

—Y ahora, si te parece bien, pasamos a las tres preguntas restantes, que creo recordar que son parte de la misma pregunta —resoplé solicitando que me concedieran un poco de árnica, estaba cansado, por lo que les requerí un respiro. Bebí directamente de la botella de agua y proseguí—: Cuando Lorena se marchó fui a darme una ducha. Me resultaba muy difícil poder abrir los párpados, continuaba aturdido, con pesadez de cabeza... —paré de hablar, miré al techo imaginando que era el cielo y levanté los brazos saludando al sol adonde quiera que estuviera en ese momento. Inspiré profunda y profusamente. A continuación, espiré con pasmosa lentitud cuanto aire almacené en los pulmones, y reanudé el relato sobre aquello que me preguntaron,

«Al ir a vestirme comprobé que mi traje y zapatos no tenían muestras de haber soportado horas antes el *diluvio universal*; a pesar de que mi mente continuaba aletargada, supe que lo que aconteció la noche anterior fueron alucinaciones fruto de la droga que me dieron, indicarte que todo cuanto bebí en la exposición, me lo sirvió el mismo camarero que me dio la nota de Lorena para que la acompañara. Por más vueltas que le he dado no logro encontrar el momento en el que Lorena Brenes pudo narcotizarme, por lo que intuyo que debió ser el camarero.

—¿Volverás a encontrarte con ella?

—¡Ah!, se me olvidó —ahora fui yo el que se hurgó en los bolsillos—. Aquí está —dije mostrando la tarjeta que me dejó Lorena al momento de abandonar mi habitación. Le di la vuelta y la leí en voz alta—: «Que nuestra primera vez no sea la última».

Siguiendo las instrucciones de Gamboa, lo primero que hice nada más llegar a Toledo fue deshacerme de las actas que se levantaron en la constitución de La Hermandad. No me costó mucho tomar la decisión, pensé que los del Cesid tenían razón cuando me alertaron de que en mis manos lo único que podrían acarrear era la muerte de inocentes.

España había entrado en un proceso constituyente y aquello formaba parte del pasado, es más, la mayoría de los instigadores de la creación de aquel grupo organizado y criminal, por una causa u otra, ya estaban muertos.

Antes de entregarlas al estudio de fotografías Herfer, las volví a leer. Hice algunas anotaciones en clave en mi diario; cuando terminé de leerlas, las introduje en un sobre.

La entrega fue rápida y sencilla. Esperaba un desenlace más de películas de espías. Aprendí que el cine proyecta demasiadas escenas irreales. Lo mismo que en una obra de arte o en una novela, el director de cine derrocha creatividad e imaginación para hacer creer al espectador que las historias que únicamente se dan en su mente parezcan reales.

Después del traspaso de las actas, me puse en contacto con Manuel, el día anterior no le llamé y no quería incumplir con la palabra dada. Apenas si pudimos intercambiar unas palabras. Doña Luisa requirió con premura que hablara con ella. Pasados los primeros momentos de preguntarle por su estado de salud, con la voz herida, apagada, me dijo:

—Necesito contarte algo, creo que es muy importante para ti.

—Si así lo cree, puede comenzar a hacerlo.

—No. Es un asunto tan delicado que no se puede tratar por teléfono. Sería preciso que vinieras a verme —su voz era fría, diría que agonizante.

—Le ocurre algo a Manuel —inquirí nervioso.

—No. El niño está muy bien, pobrecito, Dios quiera que no le pase nada.

—Tengo unas cosas que resolver, procuraré ir a verla lo antes posible —le dije más calmado.

—Doménico, en cualquier momento me iré de este mundo. Te ruego que lo tomes como lo más importante de tu vida, un simple retraso puede conducir a un futuro funesto e incierto para Manuel.

Me quedé abatido, un fuerte golpe de tos fue lo último que le escuché antes de que colgara. No pude responder, ni preguntar. La duda quedó sembrada en mi mente. No había tiempo que perder. Hablé con Tina sin reparar en que alguien me observaba desde el escaparate de la librería. Primero hablé yo y, cuando terminé, Tina me advirtió.

—En el escaparate hay alguien pendiente de ti, ¿le conoces?

A través del apenas traslúcido cristal, impregnado de gotas de agua y barro y, escudriñando visualmente entre los libros expuestos en las baldas del escaparate, logré ver con dificultad al hombre que Tina me había indicado,

—Me suena, pero no sé de qué. Estará viendo libros —respondí.

—Llegó mientras estabas en el estudio de fotos. Lo vi hablando con el capitán cara de palo —esbozó una sonrisa llena de aires de niña traviesa.

—Sí, Eliot. Se llama Eliot.

—Pues tú mismo —zanjó.

—Déjame las llaves del coche. Intentaré salir por el interior de la librería. Sal y entreténlo. Como te he dicho, me voy a Ciudad Real.

Me recibió Graci. Dicen que la cara es el espejo del alma, al mirarla presentí la muerte en su mirada delatora, vacía. Pude ver que estaba vendiendo el trance de algún pasajero próximo a ella al más allá. En esta ocasión no me flanqueó la entrada sino todo lo contrario.

—Pasa, la señora ha empeorado. No cesa de preguntar por ti —me apresuró.

El doctor Samuel Priego debió oírme y a pesar de su paso cansino, arrastrando los pies, llegó a tiempo de saludarme y a su modo, regañarme.

—Pensé que no vendría. Luisa espera con inusitada impaciencia su llegada.

—¿Cómo se encuentra? —me preocupé.

—Mal, en sus últimas agonías —no pudo controlar la voz quebrada, herido en su amor propio por no haber podido hacer nada para que se quedara con él más tiempo.

Tomé su espalda, se dejó arrastrar por el vestíbulo, cruzamos el salón y desembocamos en un corredor oscuro. Una lámpara colgada al techo intentaba con gran esfuerzo iluminar un largo y estrecho pasillo, a la izquierda estaban

dispuestas las habitaciones, a la derecha una larga pared tapizada con incalculable número de cuadros y fotografías que representaban la historia de la familia Vinuesa Conde, impedía ver el empapelado ya viejo y deslustrado. Para no dejar ningún hueco libre, la parte inferior estaba ocupada por consolas, cada superficie de estas, aparecía cubierta por recuerdos y portarretratos, también había figuras ecuestres e incluso un paragüero de bronce. No pude evitar comparar esa zona del piso con el vagón de un tren.

Al final del corredor, el doctor Priego detuvo sus pasos ante una puerta, entró sin llamar invitándome con un gesto a que le siguiera.

—Luisa, mira, aquí viene Doménico. Doménico, entra, hombre —precisó el anciano doctor.

Doña Luisa nos esperaba postrada en la cama en un silencio lúgubre. Apenas si pudo abrir los ojos. Semidormida se esforzó por resultar risueña. Yo correspondí con igual gesto. Sobre la cabeza tenía un aura celestial, angelical. No pude articular palabra alguna, la muerte, la tragedia, se dibujaba en su mirada.

Samuel la ayudó a incorporarse, por indicación de él cerré la puerta y me acerqué todo lo que pude para oír el secreto del cual quería hacerme partícipe.

Inició el relato con un hilo de voz sereno, sin apenas descansar, no fuese a faltarle tiempo y fuerzas que le impidieran contarme su secreto mejor guardado, y me fue poniendo al tanto sin permitir que la interrumpiera.

Samuel la abrazaba por detrás y ella cogida a mis manos, aferrándose a ellas con fuerza, me hablaba con súplicas de perdón. Supe cuánto sufrió durante años por tan pesada carga en su diminuto cuerpo. Entre vahídos, sostenida por Samuel, se fue apagando. Un embozo de sufrida pesadumbre emborronó su semblante.

Entre los dos la dejamos descansar.

—Ha sido muy duro y a la vez liberalizador para ella poder contarte lo que verdaderamente ocurrió —me dijo un extenuado doctor, abrumado por la tristeza que nacía de la frustración por no haber llegado a tiempo para curar o, al menos paliar en lo posible, el dolor que padecía su amada.

—Lo entiendo —respondí hundido en la más absoluta tristeza y al mismo tiempo reconfortado por haber sido testigo del testimonio de una moribunda—. Me pregunto, ¿qué temor le indujo a no confiar su secreto nunca a nadie? —

murmuré.

—Porque guardar un secreto es seguridad y esa seguridad es la victoria en la protección del niño —me respondió con sabiduría.

Amagué una sonrisa nerviosa que pretendía sirviera para que el bueno del doctor se recompusiera y al mismo tiempo conseguir rebajar la carga emocional que llevaba en su corazón.

Caminamos a oscuras por el largo pasillo, lleno de trampas en forma de muebles pequeños y paragüeros de bronce, hasta el salón. Allí, Samuel Priego, entre sollozos, me entregó una carpeta con documentos que daban fe de cuanto me había contado doña Luisa. En el interior había una carta para dársela, llegado el momento, al pequeño Manuel, y un testamento en el que nombraba heredero universal de todos sus bienes a Manuel Vinuesa Conde, y a mí, su albacea hasta la mayoría de edad del niño.

Me pidió, me suplicó, que me lo llevara ese fin de semana a Toledo.

—Para que os conozcáis mejor y para apartarlo de tanto dolor. Su presencia aquí no es necesaria y Luisa es más feliz sabiendo que está contigo —apuntó.

—Todo esto va muy rápido —le dije.

Gravitó a través de mis recuerdos en el pasado turbulento que había llevado; a menudo deseamos hacer cosas y cuando las conseguimos la responsabilidad nos paraliza; y yo me encontraba ante la tesitura de vivir como un espíritu libre, como un alma soñadora con alas, capaz de volar cuando quisiera o adoptar a Manuel.

Pensé en qué le diría a mamá Vega, o quizás fuese mejor ocultarlo, así «corazón que no ve, corazón que no siente», me dije. En esas estaba yo, en un pensamiento turbio, egoísta, que debería estar recluido en los desvanes donde se desechan los recuerdos ingratos, cuando de pronto Samuel se dejó caer sobre el sofá, destrozado por la angustia que provoca el saber que aquella a la que amas pronto se irá. No pudo taponar la hemorragia de dolor que le ardía por dentro, por mucho que intentara ocultarla con las manos sobre el rostro. Sus sollozos eran una torrentera cayendo por las presas creadas por la barba hasta que las cuencas quedaran agotadas.

—No tema, amigo, daré cumplimiento a lo que se espera de mí —le dije sentándome junto a él.

El chirrido del cerrojo, que mantenía cerrada a cal y canto la celda de sor Inés, rompió el silencio estruendosamente, pero no desvió a la religiosa del estado de contemplación, en oración, en el que se encontraba.

Cuando entró al interior de la cámara el Superior Provincial, llamado por la madre abadesa, encontró a sor Inés postrada de rodillas ante el Cristo del madero que colgaba a la cabecera de la cama.

Mostraba el torso descubierto con la piel de la espalda desgajada en ríos de sangre seca. En el suelo yacía impertérrito el causante de tanto daño: un cilicio sangriento y a la vez sanguinario.

—¡Cúbrala y avise al médico! —se oyó la estridente voz del Provincial.

La abadesa del cenobio le ordenó que abandonara la celda, echándose a un lado para facilitarle la salida. La miró con el rostro sombrío y un aire de repulsa por lo que acaba de presenciar. La creyó culpable del daño que se había infligido sor Inés.

Una vez fuera, la madre superiora cerró la puerta con premura. Se movió con una rapidez impropia de su edad. El paso de los años no había causado estragos en su vitalidad, con rapidez tomó el cilicio y lo ocultó en el interior del hábito; a continuación cubrió con una sábana el cuerpo dolorido de sor Inés que permanecía extasiada y ajena a cuanto ocurría a su alrededor.

Sor Inés, en el periodo que estuvo recluida, tuvo tiempo de apartar el camastro al otro lado de la habitación, pudiendo de esa forma levantar los brazos y acariciar la cruz de madera. De rodillas, las manos juntas y los dedos entrelazados sujetaban un rosario. Tanto debió apretarlo que un fino hilo de sangre corría despeñado entre los dedos.

La abadesa colocó el catre en su sitio y sobre él, boca abajo, a sor Inés, que presentaba un estado lamentable.

—Estoy segura de que tus plegarias han enternecido a Cristo —le susurró la muy insidiosa—. El demonio de la carne ha sido vencido, puedo sentirlo en el ambiente, su olor aún persiste —le dijo, esforzándose por reflejar un estado de bondad al que era extraño.

Antes de salir, echó una mirada rápida por si había dejado algo a la merced del Superior Provincial, una vez fuera evitó su mirada furibunda. Al ignorarlo, le pidió entrar:

—No. Aún no. Primero hemos de curarla —respondió la abadesa.

—¿No pensáis llamar al médico? —espetó él.

—Llevamos siglos curando nuestras heridas, no es necesario que entre nadie y tergiversar lo ocurrido —respondió sin mirarle—. Estas cosas tenemos que lavarlas dentro de casa, no conviene airearlas.

De espaldas a él, rodeada de un halo de malignidad que parecía desgarrar el aire, dio órdenes a dos feligresas que, a tenor de lo que les dijo, salieron corriendo pasillo adelante como dos almas en busca del purgatorio.

Sor Inés comenzó a volver del trance al que le empujó su mente, en la creencia de que con la meditación podría hablar con Jesús, abrió los ojos y sintió el dolor en todo su cuerpo. Como pudo se levantó y contempló el reflejo de su cuerpo desnudo en el espejo velado; la blanca palidez y las bolsas en los ojos la asustaron, y se lavó la cara y el cuerpo con el agua helada de la palangana.

Sintió un dolor imperdonable al correr el agua por las grietas abiertas en el dorso, por el cilicio. Tanto dolor se agolpó de pronto que no pudo sostenerse de pie, cayendo desmayada.

Cuando la madre superiora entró, seguida de las dos feligresas cargadas con un balde de agua caliente cada una y cajas con vendas, encontraron a sor Inés tendida en el suelo.

Lavaron y curaron sus heridas, la vistieron y recompusieron la estancia para cuando el Superior Provincial accediese a verla. Podría decirse que utilizaron toda su sabiduría para enmascarar la situación en la que la encontraron.

—Dice la madre superiora que puede pasar —le sugirió una de las monjas.

Exhibió una sonrisa cortés a la monja y le dio las gracias con una mueca. Lo que se encontró no se parecía en nada al cuadro que vio al llegar. La habían retocado tanto que parecía como si le hubieran practicado la mortaja. Se persignó estrellando una mirada hiriente contra la abadesa.

Sor Inés permanecía dormida. Pasados unos instantes eternos en los que

el silencio era envenenado, abrió los ojos. Era la suya una mirada lánguida. Afuera, a través del pequeño ventanuco abierto para que se ventilara la habitación, se podía ver como clareaba el día, una brisa fresca le recordaba que, aunque el cielo se vestía de azul, estaban en el crudo invierno.

—¿Cómo se encuentra, hermana? Soy el padre Alberto, Superior Provincial, he venido a requerimiento de sor Sofía —se presentó mirando a la abadesa, que a duras penas pudo librarse de una nueva tarascada impresa en la mirada reprobadora de aquel que fue llamado con el fin de castigar los pecados de la monja—. Como sabe, represento al arzobispado... —dejó de hablar al notar que sor Inés cerraba los párpados diseñando, con el perfil de sus labios secos y ajados, una tenue sonrisa. Era tal la fortaleza y las ganas de vivir que consiguió extraer unas gotas de sus esquilmados ojos por tanto sufrimiento.

—Quiero confesión —atinó a decir.

Fue oírla y sor Sofía manchó su cara de rojo por la ira. Cuando el padre Alberto la buscó para invitarla a que abandonara la habitación, la madre superiora ya había encaminado sus pasos hacia la salida.

Sor Inés le contó en confesión todos sus pecados. Cuando hubo terminado, sintió una gran felicidad y un enorme desahogo al liberar su alma.

El padre Alberto le concedió la absolución de los pecados y le impuso la penitencia. Recostada, en plenitud de sus constantes, oyó los consejos e incluso el ofrecimiento que le hizo el sacerdote referente a la conveniencia de cambiar de convento para alejarse de la presencia del demonio en la persona del joven Doménico, y para mantenerse en la vida consagrada a Cristo la animó a hacer ejercicios espirituales.

Lo que él no esperaba fue dar oídos ciertos a la declinación de su oferta y mucho menos a la petición de iniciar el proceso de *discernimiento*. La entereza y la firmeza con la que expresó sor Inés sus deseos, no le dejaron lugar a la duda al Superior Provincial.

El padre Alberto la miró tratando de encontrar un hueco de debilidad, bien en su corazón o en su mente, por donde introducir sus reflexiones como si fueran un ariete capaz de hacerla dudar, y por añadidura convencerla.

Sor Inés se atrincheró en un silencio de melancolía, no en vano en su día expresó con fe sus votos perpetuos de fidelidad y compromiso a Jesucristo en la caridad cristiana. Buscó en su corazón, sintió tristeza. Se incorporó y tomó agua.

Sonrió abiertamente, y un torrente de paz iluminó sus bellos ojos amelados. Estaba decidida: el amor a aquel hombre quebraba sus votos solemnes.

El leve chasquido gutural, al tragar saliva, rasgó el silencio reinante en la pequeña celda.

—Dígame, ¿qué trámites he de seguir para conseguir la exclaustación?
—El sacerdote la miró leyendo seguridad en su semblante, observó que había desaparecido el temor, el vacío, por la decisión que había tomado. Cuando se recompuso del golpe, la observó con cautela y, midiendo sus respuestas, la informó de que había que solicitar formalmente la dispensa papal por los votos que en su día juró.

Ella lo miró con los ojos abiertos como platos, no quería perder detalle de cuanto le informaba el clérigo.

—Cuando se quiere renunciar al voto perpetuo, la Iglesia decide, en el caso de los monasterios de clausura, que hay que acudir a la Santa Sede. El procedimiento para conseguir la exclaustación consiste en enviar una carta razonada de tus pretensiones a La Curia Romana. Se la hará llegar la secretaría del Arzobispado de Toledo. Es muy importante que remarques tu pretensión de *pedir la dispensa de los compromisos adquiridos*.

—¿Cuánto tiempo he de esperar? —le interrumpió.

—No más de un mes —precisó él, actuando como persona responsable de la vida consagrada de clérigos y monjas. Si su principal función es reconducir las debilidades de los religiosos, en su interior sabía que en esta ocasión había fracasado.

—Hágalo, por favor —oyó la voz débil y a la vez firme de Sor Inés. Asintió. Ambos guardaron en silencio a que fuese el otro el que lo rompiera. El Superior Provincial la miró de reojo y advirtió el semblante céreo en sor Inés. Se encogió de hombros y dudó un instante, escarbó hasta encontrar las palabras que rehuían a su voz para construir frases rebuscadas y decirlas con pulcritud.

Ella se atrevió a rasgar el silencio con un sencillo carraspeo. El religioso la miró y quedó varado en el dibujo de lo que podía ser una sonrisa evocadora de nostalgia. Ninguno de los dos halló maldad ni juicio en la mirada del otro.

—¿Puedo hacer algo por ti? —le preguntó el sacerdote al tiempo que intentaba abandonar la incómoda situación en la que se encontraba. Llegó a empatizar con su dolor y ese sufrimiento lo arrastró por momentos por las

cavidades angostas que conducen al corazón.

Sor Inés lo miró en silencio, él se quedó en suspenso correspondiendo el gesto, quizás confundido porque creyó adivinar, por la expresión serena de su sonrisa con matices de dolor, que le diría que al menos lo pensaría. Ninguno dijo nada; él optó por hacer un mohín aceptando su silencio, tomó la manilla del picaporte y abrió la puerta.

—¡La puerta!... —atinó a decir ella, con un grito ahogado.

Como si las dos palabras pronunciadas por sor Inés fueran aldabonazos celestiales, el sacerdote detuvo en seco su camino, se volvió y preguntó:

—¿Sí?

—Puede dejarla abierta, por favor —más que pedir, suplicó.

—Jamás nadie volverá a encerrarla, se lo aseguro, ni por esto ni por nada. Son prácticas pertenecientes a otras épocas —respondió amablemente, a la vez que sobrio, el padre Alberto Portela.

—¿Puedo hacerle otra pregunta? —requirió sor Inés.

—Sí, por supuesto —dijo él, quizás un poco menos contrariado.

—¿Cuando la Curia se pronuncie, puedo echarme atrás?

—Sí, claro. Siempre tendrás la opción de optar de nuevo a tu fe —respondió más feliz, desapareciendo de su mente el velo de oscuros nubarrones que se extendía como el alquitrán por el pavimento y daban paso a destellos de luz que adivinaban un rayo de esperanza.

—Gracias, por todo. Le prometo que mientras llega la respuesta de Roma pensaré en su ofrecimiento.

Los días que siguieron a la visita del padre Alberto Portela fueron de un revuelo de cuchicheos por todo el cenobio, más propio de divertidas modistillas que de monjas dadas a la oración, incluso la madre superiora tuvo que pedir en alguna ocasión silencio, mientras rezaban en la capilla de la iglesia. Ni siquiera el hecho de rezar en el retablo mayor, adornado por las pinturas del que fuera alumno aventajado de *El Greco*, Luis Tristán, podían contener las murmuraciones.

Dos veces al día sor Aurora, una monja entrañable procedente de Cangas do Morrazo (Pontevedra), lavaba las heridas a sor Inés. Después de lavarla, le

untaba para curarla un unguento propio de *meigas*, que según ella, usaban desde la antigüedad, en su pueblo, para remediar todos los males, tanto de personas como de animales. Siempre acompañaba estas ocurrencias con una risa contagiosa.

Sor Aurora, poco o nada dada a los chismes y sí a la oración y al amor por su vocación, cedió con brevedad gallega a poner al corriente de los dimes y diretes que discurrían por los fogones.

—Dicen, yo no lo puedo asegurar porque no estaba presente, que cuando el Superior Provincial abandonó esta habitación se dirigió con severidad a la superiora, reprendiéndola sin recato alguno, públicamente. Son rumores, como aquellos que pregonan que será trasladada a otro convento.

—¿Sor Aurora, y usted qué piensa? —le preguntó sor Inés bastante recuperada de sus heridas.

—Yo no doy pábulo a estas habladurías, que lo único que provocan son faltas de atención a los deberes a los que nos debemos. Lo que sea Dios lo tendrá dispuesto —respondió terminando de masajear la zona dolorida de sor Inés con el unguento milagroso traído de su pueblo.

¡Qué de cosas ocurren en los interiores de las tapias de un convento y como dice el refrán: «Lo que ocurre en un convento se queda dentro»! Pues bien, diez días pasaron desde que el padre Alberto Portela, llamado con extrema gravedad por sor Sofía, a la postre abadesa del cenobio de Santa Clara, viese el estado en el que se encontraba la monja defenestrada y acusada poco menos que de herejía, para que emitiera un informe al consejo superior de la orden, en el que no veía pecado alguno en la conducta de sor Inés y sí maledicencia en la conducta de la superiora.

En la conclusión final propone el traslado forzoso de sor Sofía, hermana de la orden de las clarisas, al convento de Santa María de la Concepción, en Tui (Pontevedra), retirada de cualquier tipo de responsabilidad. Expone que a sor Inés se la envíe a Ávila para celebrar ejercicios espirituales y la recomienda, terminados los ejercicios, como madre superiora del convento de Santa Clara de esta ciudad, Toledo. Si bien ambas propuestas dependerán de la voluntad de la monja, pues sabido es por este arzobispado su petición de renuncia a los votos solemnes.

Hacía días que sor Inés, gracias al buen hacer de sor Aurora, estaba curada. Como cada día, y para no perder la sana costumbre, por las mañanas se la podía encontrar, o bien entre fogones, o dando alimento a los pobres en la puerta del convento.

Esa mañana, mientras atendía las necesidades de aquellos que carecían de lo mínimo para subsistir, oyó unos pasos ruidosos asociándolos a sor Aurora. Levantó la mirada y la vio llegar muy alborozada, y llena de alegría. Cuando alcanzó hasta donde permanecía sor Inés, la tomó del brazo y la puso al corriente de todo cuanto había dispuesto el padre Alberto.

Ahora fue ella la que no quiso dar pábulo a los comentarios que en privado y en baja voz le daba sor Aurora. Arqueó una ceja y cruzó brevemente la mirada con *sor Canturriña* (como la apodaban cariñosamente las hermanas por su afición a cantar y por el tono meloso de su voz), le sonrió cordialmente y regresó a su trabajo.

Cuando el canasto de pan quedó vacío y no había necesitados que atender, marchó corriendo a pedir perdón a sor Sofía; entendía que ella era la causante del mal sobrevenido a la madre superiora.

—No está. Vinieron a recogerla después de los *Laudes*, a la salida del sol, apenas clareaba —le dijo sor Isolina bastante afectada.

—¿La viste? ¿Pudiste despedirte de ella? —le preguntó con ojos encharcados, azorada, sintiendo culpa.

—No me dejaron, fue muy triste —respondió abrazándose a sor Inés. Permanecieron abrazadas un tiempo suficiente para que ambas sintieran el calor del amor, hasta que sor Inés advirtió un gran sollozo en la hermana.

—¿Qué te ocurre? ¿Qué mal te agobia que no puedes hablar? —inquirió sor Inés levantándole con mimo la barbilla.

—Mi mal es el daño que te hice. Todos los días pido a santa Clara que me perdones.

—Eres muy pía, porque santa Clara te ha oído desde el día primero. No recuerdo qué mal me hiciste, por tanto, nada te debo perdonar —le limpió los ojos y descubrió que detrás de los cristales nublados de las gafas revivían unos hermosos ojos color ceniza, alegres, vivarachos.

Al aceptar sor Inés irse de ejercicios espirituales a Ávila, el padre Alberto lo tomó como un hilo de esperanza en su pretensión de que la monja cambiase sus deseos por abandonar los votos; entendió las argumentaciones con las que ella le expresó su rechazo al cargo de madre superiora.

—Te entiendo —le dijo. A continuación, le pidió el nombre de una candidata.

—Sor Aurora es la ideal —respondió sin titubear.

Esa noche le costó dormir y decidió escribir una carta. Por la mañana, después de los Laudes, fue en busca de sor Isolina.

—Tienes que hacerme un gran favor —le pidió.

—Lo haré con todo mi entusiasmo.

—Deberás guardar discreción y a nadie jamás se lo contarás —le rogó.

—Sí. Puedes confiar en mí tu secreto —respondió muy animada sor Isolina con ganas de pagar su deuda.

—Este es el plan. Saldrás del convento, y si alguien te pregunta dirás que vas al médico. Irás a la librería Toletum, en la calle Real del Arrabal, junto a la Puerta de Bisagra, y preguntarás por esta persona —dijo señalando el nombre escrito en el sobre que le entregaba en ese instante—. Cuando se identifique, se lo entregas.

—Lo haré, confía en mí, seré una tumba. ¿Me tienen que dar algo? —preguntó, cada vez más entusiasmada en su papel de cómplice.

—No. Lo entregas y te vienes. Te esperaré rezando por que todo salga bien.

Al filo del mediodía sor Isolina abordó la puerta de salida del cenobio. La hermana de más edad, encargada de custodiar el acceso, fue llamada con sutileza por sor Inés. Al encontrar la salida franca, creyó haber cruzado las puertas del paraíso.

Ni que decir el estado de nerviosismo que acompañó a sor Isolina durante todo el trayecto, de tal grado era que por un momento olvidó el destino de su misión, dirigiéndose al del médico.

No pudo evitar que le comiera la tentación por conocer el contenido de la carta. Aguantó sus ansias por saber aquello que no se le había contado y recordó las confidencias que le habría hecho tiempos atrás. Después recondujo su

camino.

Al entrar en la librería se encontró con una joven muy guapa detrás de un mostrador rodeada de libros. La serenidad de su sonrisa le infundió ánimos para hablar sin encasquillarse, pues era sabido por todas las monjas del convento la facilidad que tenía para tartamudear cuando se ponía nerviosa. Sor Inés no debió acordarse de ese pequeño detalle, gesto por el que la llamaban *sor Metralleta*.

—Buenos días, hermana. ¿Qué desea? —le preguntó Tina.

—Buenos días, ¿vive aquí esta persona? —respondió de una sola vez y señalando el sobre tal y como hizo con ella sor Inés.

Probablemente, si Tina hubiese sido conocedora de la timidez y miedo al ridículo de sor Isolina, no hubiese soltado una ocurrencia:

—Vivir, lo que se dice vivir, no. Pero si lo que quiere saber es si se encuentra aquí, la respuesta es sí —le dijo Tina sonriendo, a la vez que le hacía un guiño.

Sor Isolina, que podría ser cualquier cosa menos tonta, rápidamente se percató de su inocente pregunta.

—Sí, claro. ¿Puede llamarla? ¡Por favor!

—Mire a ese que está sentado en el sofá, mejor pase y hable con él —le dijo con voz melosa y con una sonrisa perfilada, sabedora de su poder balsámico.

Leyendo las tristes noticias del último atentado de ETA, permanecía Doménico sentado en el sofá. Antes, mucho antes de que sor Isolina pronunciara su nombre parada frente a él, Doménico la había visualizado y la esperaba con aires de un despistado intelectual.

—¿Doménico? —le preguntó de corrido, aquietada después de recibir la sonrisa de Tina como si fuera la misma que da una madre a su bebé.

—Sí, hermana, soy yo. ¿Qué se le ofrece? —respondió levantando la mirada del periódico y el cuerpo del sofá.

Nerviosa ofreció su mano y él la aceptó, estrechándola.

—Traigo esto para usted —dijo sin más dilación extendiendo el sobre para que lo cogiera.

—Gracias. ¿Puedo saber quién lo envía? —preguntó.

Ante esa pregunta tan simple, ella se acogotó, ¿por qué? Porque no estaba en el guion. Sor Inés no la advirtió sobre si tenía que dar su nombre o guardar el anonimato. Decidió no mentir.

—Sorr_Inés, dell con_con_venn_to... —Doménico la miró y terció con ella una sonrisa amable. La interrumpió:

—Gracias, hermana. Sé quién es.

Al entregar la carta a Doménico, supo que la misión había sido cumplida. No le dijo ni adiós, partió con gran precipitación, de forma azarosa chocó contra un mueble de libros que se encontró en el camino. Ese percance sirvió para que a Doménico le diese tiempo a leer las líneas que escribió sor Inés.

Entendió que, si no tomaba una rápida decisión, la ruleta de la vida podría jugarles una terrible factura a los dos. Tomó un bolígrafo y en la misma carta escribió no más de dos líneas. Cerró el sobre con pegamento y voló en pos de sor Isolina. La encontró bebiendo agua bajo la atenta mirada de Tina que le entregaba las gafas sobre una veintena de libros de bolsillos esparcidos por el suelo.

—No se preocupe, hermana, es culpa nuestra por ponerlo en medio para aumentar las ventas —oyó como Tina intentaba apaciguar la tiritona nerviosa de sor Isolina.

—Hermana, es muy importante que devuelva la carta a sor Inés. Dígale que en su interior escribí algo muy importante para ella. ¿Lo hará? —suplicó Doménico ante la perpleja mirada de Tina y de la monja herida en su dignidad.

Asintió varias veces sin articular palabra alguna. Doménico la acompañó hasta la puerta y la despidió con un: «Dios la bendiga, hermana».

Sor Inés recibió el mensaje de Doménico de manos de *sor Metralleta*. Se encerró en su celda y alocadamente trató de abrir el sobre haciéndolo jirones. No le fue difícil encontrar las escasas dos líneas que escribió para ella. Lo terrible, lo cruel, lo espantoso, fue su contenido. Lo leyó no una sino mil veces, hasta que llorando se desplomó sobre el catre.

Comentaban las hermanas en los pasillos, en el claustro, en cualquier rincón propicio para el chisme, que nunca oyeron gritos tan desgarradores como los que profirió sor Inés hasta que sor Aurora consiguió calmarla.

Capítulo 9

Siete días antes

“Estar preparado es importante, saber esperar lo es aún más, pero aprovechar el momento adecuado es la clave de la vida”.

Arthur Schnitzler

A la mañana siguiente a mi vuelta de Ciudad Real, todavía pesaba en mi mente la confesión de doña Luisa Conde. Después de una larga noche de vigilia en la que escruté línea por línea cada letra de cada uno de los documentos que me entregó para que los custodiara, bajo la atenta y silenciosa mirada de Tina, llegué a la conclusión de que los secretos contados por una moribunda, apoyados por evidencias documentales, gozaban de la presunción de veracidad que ha de satisfacer a cualquier testimonio, ante la ausencia del notario.

Medio sonámbulo decidí salir a dar un paseo con la esperanza de que la fría humedad abandonada a su suerte, en las plácidas calles de la ciudad, por la tormenta de agua escarchada caída durante la noche, no solo me calara hasta los huesos, sino que entrara hasta lo más recóndito de mi cerebro y abriera de par en par las puertas del cementerio dedicado a los recuerdos vagos. Me refiero a los acontecimientos que ocurren a lo largo de nuestra vida y que abandonamos carentes de sentido, hasta que un día se enciende una chispa y entonces, como si de un efecto dominó se tratara, todos ellos comienzan a tener lucidez.

Como digo, era muy temprano, tanto que se diría que el holgazán del sol aún permanecía en el lecho de su amada luna. La iluminación mortecina de las farolas apenas intentaba reflejarse en el deslucido pavimento de las calles que, con afán y una larga escoba hecha de varilla de perlilla, trataban de limpiar las brigadas del ayuntamiento.

Me llamó la atención que no hubiera nadie bajo la marquesina de la parada del autobús. Recordé cuando el Katanga paseaba su cochambrosa silueta por la avenida. Miré el reloj y hacía rato que habían pasado las ocho, el poco

tráfico era lento, los coches circulaban con pereza. Toledo, al igual que el sol, se negaba a entregar a sus hijos a la intemperie. Los camareros de la única cafetería abierta a esas horas se afanaban en los preparativos. El churrero, con la canasta de mimbre abigarrada de churros y porras, les reportaba su bien máspreciado para hacer las delicias de sus parroquianos.

En el interior, un único cliente daba cuenta de un humeante café con leche. Los pocos viandantes, enfundados en impermeables, caminaban taciturnos escondidos bajo sus paraguas multicolor.

Saludé al camarero desde la calle; al reconocermelo gesticuló con las manos invitándome a entrar para disfrutar de su magnífico café acompañado de unas porras. Apenas subí dos escalones cuando desde fuera oí a Tina llamarme a voz en grito.

Volví sobre mis pasos y la interpele con un golpe de cabeza. Me sugirió que me subiera los cafés y los churros para desayunar en casa.

—De eso nada —me opuse—. Si quieres baja, y te invito. Como en el bar, en ningún sitio —zanjé.

—Buenos días, Ramón Elías —saludé al camarero, que sin dejar de colocar encima de la barra los platos para el café, y sobre ellos las tazas y cucharillas, me preguntó:

—Buenos días, Doménico. Vaya mañanita que nos ha dejado la noche. ¿Qué va a ser?

—Dos cafés con leche y seis porras, por favor —respondí a su requerimiento habitual y mecánico, que hacía a todos y a cada uno de sus clientes.

—Marchando seis porras —voceó, sin dejar de acopiar de forma ordenada más platos de café y sobre ellos, el resto de utensilios que se utilizan en un desayuno en cualquier bar de nuestra tierra.

Desde que entré al bar cafetería *El Alquimista*, además de saludar a Ramón Elías, el joven dominicano que un día no muy lejano llegó de turista a Toledo y al que las curvas imperiosas de la hija del dueño le hicieron derrapar por las cunetas de los alrededores de la catedral, me entretuve en escrutar al único cliente con el que participaría el humeante y exquisito café que nos serviría.

Vestía traje azul y corbata negra. El pelo engominado a la derecha, con una raya divisoria muy marcada. Su aspecto me era conocido, aunque en ese momento no sabía de qué pudiera ser. Sobre el respaldo de una silla había un abrigo de paño gris, di por hecho que sería suyo.

Lucía un emblema en la solapa de la americana, recordándonos que Franco aún vivía, al menos en su mente, y un bigote perfilado, de no más de dos milímetros de anchura, de dos pelos, como un reguero de hormigas, hasta la comisura de los labios.

Fueron sus manos las que llamaron mi atención. Vestía como un funcionario gris, de la vieja guardia. Por la hora bien podría serlo, o incluso visitador médico o quién sabe si un agente comercial. Pero sus manos denotaban que no era amigo de lápices ni de máquinas de escribir. Eran unas manos callosas, áridas, con las uñas mal cortadas y enlutadas.

—¡Hola, guapo! ¿Estás solo? Si me invitas a desayunar te puedo hacer unas cositas —me susurró Tina de manera rijosa.

Nos dedicamos una mirada placentera, cómplice.

—Si pensaste que no bajaría es que aún no me conoces —apostilló.

—Marchando dos con leche y seis porras, para los señores —nos interrumpió el camarero.

No dije nada, la miré y sonreí.

El hombre del traje azul aprovechó para escabullirse de mi atenta vigilancia. No así de la de Tina.

—¿Lo conoces? —me preguntó, al notar cómo trataba de seguirlo con la mirada del súper agente Aurelio.

—No soy capaz de relacionarlo con nada, pero me es muy familiar —observé.

—Lleva días apostado por la zona de la librería. A veces se le ve hablando con otra persona que rápidamente desaparece.

—Ese dato no aporta nada, Tina. Todos hablamos con gente —expuse yo.

—No sería importante si no fuese siempre la misma persona con la que habla —dijo ella, mojando la porra hasta el fondo del vaso para llevarla después

a la boca.

Miré asombrado la forma en que se comía los churros. Incliné la cabeza hacía ambos lados y sonreí aceptando su inocencia. En el fondo me gustaba que no hubiera abandonado al Peter Pan que llevaba dentro. ¡Ojalá! que los adultos no perdiéramos nunca al niño que anida en nuestro corazón.

—Entonces eso sería harina de otro costal. Desayunemos linda *Mata Hari*, mientras me lo cuentas sin mancharte —le dije

—Te acepto el sobrenombre en la parte referida a su vida como bailarina y espía, pero no por lo de cortesana —subrayó Tina.

Continuamos desayunando y Tina intentó describirme al personaje con el que el sujeto del escaparate departía información o confidencias de vaya usted a saber sobre qué, pues en este mundo depravado nada es lo que parece y nadie es lo que dice ser.

Dejé marchar a Tina sin decirle que, por su descripción, sabía de sobra a quién se refería. Urdí, sin contar con ella, un plan en el que la utilizaría de señuelo.

Aunque nubladas por el vaho, las cristaleras de la cafetería ofrecían una estupenda visión de la avenida de la Reconquista. Agazapado podía observar, sin ser visto, el paso rápido de Tina hacia la librería.

Como me temía, mi hombre del traje azul salió de un coche aparcado frente al Circo Romano. Estaba a la espera y debió despistarse. Cuando la vislumbró, caminaba hacia la Puerta de Bisagra, la siguió con la mirada, iba sola; entonces giró la cabeza enérgicamente al lado opuesto buscándome. Desconcertado, volvió tras ella hasta alcanzarla, con la mano a modo de visera sobre la frente; ella continuaba andando con energía en busca de un lugar en donde guarecerse: unos truenos y la huida del sol en busca de mejores momentos, dieron paso a unos nubarrones de mal agüero que con todo descaro comenzaban a soltar gotas como bolas de pan sobre la ciudad indefensa.

Los dos dejamos de verla en la confluencia con la avenida de Carlos III, desde mi atalaya le observaba sin ser visto, y en ese juego de gatos y ratones,

ahora quien disfrutaba era yo al ver invertidas las reglas del juego, ya que el ratón ahora era el gato. Acerté al sospechar que a quien estaba vigilando era a mí y no a Tina.

Yo continuaba sentado detrás de las cristaleras, tranquilo, saboreando los últimos aromas del rico café que me preparó el barman. No me vio salir, desde fuera únicamente podía ver al camarero, y entró como un vendaval en mi búsqueda, con tal ímpetu que a punto estuvo de resbalarse y dar con los morros en el suelo. Apresuradamente registró el bar con una mirada exhaustiva, alocada. Nervioso, no se dio cuenta de mi presencia, llamó la atención del bueno de Ramón Elías y antes de que le metiera en un problema me hice presente:

—Muy bueno el café, Ramón. Ponme otro, por favor —le pedí.

Al oír mi voz, el hombre del traje azul y bigote perfilado cambió el rictus, mostrando buenos reflejos ante situaciones imprevistas. Al instante solicitó que le indicaran dónde estaba el baño y, con premura, se encerró en él.

Para cuando hubo pasado el tiempo que destinase a enmascarar su desatino, yo estaba camino de la librería, previa anotación de la matrícula y modelo del vehículo desde el que acechaba mis movimientos. Para que supiera que conocía su juego, quise ofrecerle una prueba que no le dejara dudas al respecto. Pensé que la mejor muestra sería la firma de mi cuchillo sobre dos de sus ruedas.

Caminé rápido, llevaba ventaja sobre mi *marca* y no quería desaprovecharla. Al subir por el paseo de Merchán sospeché que pudiera tener un apoyo de vigilancia en las cercanías de la librería, por lo que crucé veloz, oculto por el paraguas, bajo los arcos de la Puerta de Bisagra y me aposté en la esquina del callejón del Potro con la calle Real del Arrabal. Aguardé hasta comprobar que no había nada sospechoso en los alrededores de la librería.

La llegada del judío Herfer al estudio de fotografía me dio una idea. Esperé a que abriera y en dos zancadas largas entré detrás de él. Ante su desconcierto casi tuve que darle un empujón, cerré la puerta y le dije la palabra con la que me atendió cuando le entregué las actas.

—¡*Marsala!* —le dije.

—¿Qué dice? ¡Váyase, o llamo a la policía! —amenazó.

—Tranquilícese, no voy a hacerle daño —le dije al mismo tiempo que me quitaba el gorro que me había puesto para protegerme del frío y del agua—,

quiero usar su teléfono. Haga memoria, hace unos días le traje un sobre y la palabra en clave que le di fue: *Marsala*.

El hombre me miró y asintió al reconocirme. Me señaló hacia donde estaba el teléfono.

—Esto no funciona así, es muy peligroso lo que está haciendo. Por su bien, más vale que lo que pretende sea urgente de verdad — me dijo mientras yo marcaba el número que me dio Gamboa.

La persona que me atendió no me dio paso, no conocía la clave que me dio el sargento. Me dijo que esperara hasta comprobar mi pedido. Repasé el kit de espía que me habían proporcionado. Recuerdo que a Berto no le gustaba el alias de Aurelio para salvar mi identidad. He de confesar que a mí tampoco me era agradable, me hubiese resultado más cómodo: *Marco Aurelio*. No solo por la cuestión imperial sino porque me era más fácil recordarlo.

Por fin, y bajo la hermética y asombrada mirada del fotógrafo espía, alguien respondió adecuadamente a la contraseña que yo les di. Desde la agencia me indicaron que mi operativo no estaba en el taller y que les dijera la causa de la avería.

Les informé sobre mi sospecha de que estaba siendo vigilado. No me permitieron hablar más.

—En breve contactaremos —me dijeron.

Colgué. Herfer me miraba asombrado, muy cabreado. Me indicó que no saliera por la puerta principal y que salvo que no fuera de vital urgencia no volviera por allí. Hombre de fácil verbo que no dudó en atizarme con sus reprimendas. A su mirada acusadora le respondí con otra de arrepentimiento.

—Ha puesto en peligro mi tapadera, es usted un insensato, un irresponsable —me dijo muy preocupado.

Abandoné el estudio con la sensación de no valer para el propósito que me confirió el servicio secreto español. Di un gran rodeo antes de volver a la librería, sin conseguir apartar de mi mente la acertada reprimenda que merecidamente me endiñó Herfer.

Junto a la puerta, Tina había dispuesto un cubo para los paraguas, no había nadie en la librería, ni siquiera Nuria había llegado. La tromba de agua caída empezaba a ser peligrosa para los comercios. Para evitar que se inundaran,

los comerciantes montaban barricadas a las puertas de sus negocios. Cualquier cosa valía si conseguía impedir que la torrentera que bajaba amenazadora por la calle Armas, con nacimiento en la plaza de Zocodover, hacia la Puerta de Bisagra, anegara las tiendas.

Nosotros estábamos preparados, y aunque había un escalón de unos treinta centímetros, nos habíamos hecho con unos sacos de arena que Tina ya había colocado; al verme, vino hacia mí con cierto aire sombrío en la mirada.

—¿Qué te ocurre? —solicité preocupado.

—Ha estado aquí, preguntando por ti y te ha amenazado —respondió azorada. La observé con temor; no la había vuelto a ver así desde el secuestro de mi padre.

Le sonreí y prometí que lo íbamos a arreglar muy pronto. Se lo dije con confianza en lo que le decía y sin saber lo que iba a devenir en unos minutos.

Sonó el teléfono. Era de la agencia, me esperaban en la mezquita del Cristo de la Luz. Pasé por el interior de la librería a la parte oculta que construyó Berto bajo la supervisión de Pedro Hermoso. Recuerdos no muy lejanos me invadieron y retrotrajeron a la fatídica noche del secuestro y posterior muerte de mi padre. No quise entretenerme en recordar los duros momentos que allí vivimos. Encendí las luces, la sala de confesiones estaba impoluta, ni rastro de la estancia obligada del páter y de Ticio.

No llegué a completar el recorrido; guareciéndose de la lluvia, bajo el alero de la puerta principal de la ermita de la Virgen de la Estrella, estaba Gamboa. Me hizo una señal para que le siguiera al interior.

—¿Cómo sabías que vendría por aquí? —le pregunté después de saludarnos.

—No lo sabía. Decidimos apostarnos en diferentes recorridos, yo elegí este.

Sentados en la parte de atrás, le describí al sujeto del traje azul y le expresé mi temor por las amenazas del capitán Eliot, hechas apenas hacía una hora a mi empleada. Quise saber por qué se me espiaba.

—Nadie ha ordenado tu seguimiento —me respondió un poco contrariado.

—¿Quieres decir que el servicio secreto no está detrás de las amenazas

de Eliot?

—Sí.

—No te creo, Gamboa. No me encaja nada. Te dije que Pedro Hermoso sospechaba de él. Hay algo que no me cuentas o lo haces o me aparto de esta mierda.

Es imposible imaginar a Gamboa sin su expresión taciturna, envuelto en una eterna nube gris de desolación, bajo el disfraz de un mendigo, intentando contarme un secreto de estado.

—Es un agente doble. Trabaja para el servicio secreto y para las fuerzas golpistas.

Debió notar mi cara de extrañeza al fruncir el ceño. Ambos callamos, a través de los muros nos llegaba la furia de la tormenta que estaba castigando la ciudad. Los truenos y el golpeteo poderoso del agua sobre tejados y calles era lo único que se oía.

Contuve mi furia, pude arrancarle la vida de un golpe seco. Había reclinado el cuerpo sobre el banco, con los brazos caídos, esperando quizás mi venganza por haberme mentido.

Me giré y le sujeté con mis manos de la pechera.

—Un golpe, Gamboa. Necesito un único golpe para matarte —mascullé entre dientes.

No dijo nada. Trató de amagar una sonrisa complaciente, para nada aterrada. Su respiración era normal, la mirada fría, ausente. El cuerpo relajado, sin oposición al hecho inminente del fatal desenlace que pudo estar a punto de llegar.

—¡Y bien!, ¿lo harás, o continuamos con nuestra tarea? —me dijo sereno. El muy cabrón los tenía bien puestos. Tuve entonces la certeza de que estábamos condenados a entendernos.

—No hace ni dos semanas que te conté las sospechas de Pedro Hermoso sobre su deslealtad. «Daremos caza al traidor que mató al capitán Hermoso», me dijiste. Cuando de sobra sabías que fue Eliot quien lo hizo —le grité empujándolo contra el banco.

—A los de arriba no les pareció oportuno detenerlo en ese momento, nos

estaba ofreciendo determinada información para llegar a los verdaderos conspiradores. Tu puesta en escena en la galería de arte fue muy valiosa para el Estado. Afianzamos los nombres de presuntos golpistas. Él desconoce que lo tenemos en seguimiento.

—Entonces ¿eres conocedor de que me está espiando? —inquirí.

—Sí —reconvino mirándome sin piedad.

—¿Y si hubiese actuado causando daño a alguno de los míos?

—Entra dentro de lo posible, son daños colaterales que debemos asumir...todos —remachó.

Pasé la palma de la mano sobre mi áspera cara, con las prisas esa mañana no me afeité. Sentí frío, me pregunté por qué en los rincones con sombra hace más frío. «Daños colaterales», esgrimió Gamboa para justificar los crímenes de Eliot Roldán de la Vega. Es curioso como el otoño cambia de color las hojas del libro de nuestra vida. Vi con claridad que el libro de Eliot tenía que cerrarlo.

—Quiero saber todo sobre Eliot. ¿Cuándo mea, dónde come, qué bebe, sus vicios? Me lo debes —le exigí.

Introdujo su mano en el interior del bolsillo de su mugrienta gabardina y me entregó unos folios.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Lo que andas buscando —Respondió.

Me quedé pensativo, dudé antes de cogerlos. Los ojeé por encima, era más de lo que esperaba. Me quedé sorprendido.

—Sabías que te lo pediría, ¡qué cabrón eres, Gamboa! —le espeté.

Sin decir nada se levantó y abandonó la ermita.

Según el informe que me aportó Gamboa, Eliot acostumbraba a visitar el domicilio de una conocida prostituta de Toledo. La madame, contribuía con sus conocimientos a formar a jóvenes meretrices, obteniendo con su explotación pingües beneficios. Disponía de un piso franco que era visitado por las clases pudientes de la ciudad.

Por los datos que recabó la Guardia Civil, el grupo de Eliot hizo una redada y redactó un informe más benévolo. Como agradecimiento, o más bien

por chantaje, ella lo recibía en exclusiva en su domicilio, en la calle Trinidad frente a la catedral, dos veces por semana.

Creyó que su poder era omnímodo, por jugar en los dos equipos al mismo tiempo. Dishonró el lema de la Guardia Civil, donde el honor es su principal divisa, al cruzar la línea que lo convirtió en un desleal corrupto. Manipuló a su antojo hechos, llegando al terrible asesinato de un compañero.

Pensó que nada ni nadie podría pararlo. Fiel a su estilo soberbio y prepotente, sabedor de su fuerza, convirtió su vida en una rutina. Mantuvo sus costumbres intactas sin preocuparse de cambiar itinerarios. Continuó con los mismos hábitos y los mismos horarios. Se hizo previsible y esa fue la causa de su destrucción.

El Cesid ya no lo necesitaba desde que dejó de aportarles datos sobre el bando facineroso y por eso decidieron eliminarlo. Para evitar escándalos me lo entregaron, el cómo y el cuándo lo dejaron a mi imaginación.

Tenía que actuar antes de que Eliot me tomara delantera e hiciese algo *motu proprio*. Llamé a Berto y le pedí que le acompañara Bloody, el sanguinario.

Ideamos un plan de seguimiento de la madame y, aprovechando que estaba ausente, Bloody entró en su casa y dejó conectado un sistema de escucha y una cámara de vídeo. Sabíamos que horas después nuestro amigo Eliot visitaría la vivienda, era tal su confianza que no se había preocupado durante meses en modificar sus movimientos.

Puntual y exacto, lo mismo que un reloj de maquinaria suiza, a las seis en punto de la tarde hizo su aparición por la calle Arco de Palacio. No necesitó llamar; para no esperar, la puerta estaba abierta. Dos horas después, Eliot abandonaba la casa.

Más tarde, ella toda emperifollada salía con dirección al negocio que regentaba. Si no ocurría nada anormal estaría ausente hasta altas horas de la madrugada.

Bloody volvió a entrar y recogió todo el material de grabación que había

puesto. Convinimos visionar las grabaciones en la parte oculta de la librería. Gracias al buen trabajo de Pedro Hermoso, en la *cueva* disponíamos del suficiente material técnico para reproducirlo.

¡Jamás pude imaginar que el serio y cruel capitán Eliot fuese un depravado sexual! Temí parpadear por si perdía la visión de las escandalosas imágenes que captamos.

«Su primer acto nada más entrar en la habitación fue desnudarse y transformarse en una señora mayor. Se oyó llamar a la puerta y, a la orden de Eliot, apareció en el dormitorio un chaval, muy repeinado y engominado hacia atrás, tan pegado lo llevaba que no parecía tener cuero cabelludo; se dirigió hacia donde Eliot le aguardaba sentado en una silla, cuando llegó hasta él, se mantuvo firme: quieto, con los brazos caídos y la cabeza humillada.

Eliot, simulando la voz de una mujer, comenzó a reprenderle, lo tumbó sobre sus piernas y lo azotó en las nalgas con una palmeta de cuero. El chaval apenas gritaba, cuando Eliot lo creyó oportuno, cesó en la tortura. Le incorporó y se quedó de pie ante el capitán, este se arrodilló delante de él, le bajó los pantalones y le practicó una felación.

Cuando hubo terminado, y como si fueran actores de una película porno sin diálogos, ambos cambiaron las indumentarias. Para nuestra sorpresa, el efebo con cabellos engominados no era tal, sino la madame. Ambos se desnudaron y los dos vistieron sus cuerpos con ropas de sado. Ella lo ató a una silla con ligaduras de bramante, le cubrió la cabeza con una caperuza que tapaba hasta los ojos.

El chaval, mejor dicho, la madame descargaba su ira con una fusta sobre los muslos de Eliot que gritaba y que, con claridad se le oía: “No mamá, no lo haré más. No me pegues, por favor, haré siempre lo que me pidas”.

No escatimaron en atrezo, las paredes estaban pintadas de rojo sangre y el techo en negro».

Un silencio inquieto de repulsa hacia quien representaba la ley invadió la sala.

—Lo haremos el jueves —dije yo.

Asintieron los dos. Bloody recogió el material de grabación y lo colocó en un estante.

—Si no me necesitáis, tengo que volver a Madrid —dijo Bloody.

Tanto Berto como yo nos encogimos de hombros, dando por hecho que podía marcharse.

—Nos vemos entonces el jueves. ¡Doménico!, ¿has decidido qué quieres hacer? —intervino de nuevo antes de salir.

—Sí. Antes me gustaría que respondiera a unas preguntas.

—De acuerdo. Yo me encargo del equipo para que haga una buena confesión, antes de unirse con el diablo —dijo Bloody.

—Adiós —dijimos al verle partir.

—Adiós —respondió sin mirar a atrás.

Marchó Bloody a Madrid, y Berto se quedó esa noche a cenar con nosotros. Su presencia siempre llenaba a mamá Vega de buenos sentimientos, no en vano un día no muy lejano, en el tiempo, me entregó a él para que me protegiera.

Durante la cena no hablamos de nada que pudiera evocar recuerdos pesarosos. Pasó una semana desde que le pedí que abandonara la vida monástica a la que voluntariamente se había entregado, la pobre continuaba aferrada a los momentos felices que vivió con Salvatore. Yo intentaba no mirarla, lo hice al cabo de unos instantes en los que me sentí observado por la fuerza imantada de su mirada. Me conmoví al ver sus ojos humedecidos, brillantes, pidiéndome paciencia.

Supe cuán grande e inmenso es el amor de una madre. Acarició mi brazo y acarició mis cabellos. Perdí la noción de la proximidad de Tina y Berto, y me postré de rodillas para que me perdonara. El mundo en ese instante se reducía a ella y a mí, no había nadie más.

—Anda, no seas tonto y cena —me dijo sonriendo, al igual que sonrió la Virgen María al niño Jesús, mientras este abrazaba a un cordero, representado en un óleo por Leonardo da Vinci—. ¿Qué tengo que perdonarte, si eres una bendición de hijo? —concluyó con voz tenue, serena.

—Te quiero, mamá —susurré, mil veces mientras la besaba otras tantas.

Al decirlo, advertí un ligero temblor en mi voz y una emoción acuosa en los ojos, incapaz de detener. También advertí la energía que desprendían las grandes manos de Berto sobre mi espalda y el calor del pecho de Tina sobre mi cabeza. No pude, fue imposible, no advertir cómo me fundí en una argamasa de amor con mamá Vega y de complicidad eterna de amistad con Tina y con Berto.

—Tenías razón, como siempre. Eso no era vida, yo sola me estaba condenando a una agonía perpetua. Mi piel se estaba percudiendo y mis ropas oscuras estaban sucias, sudorosas con olor a orín pútrido. Tu padre no hubiese querido verme así —me dijo entrando en mí, a través de los ojos, poniendo los brazos en mis hombros, deshaciendo la unión formada por los cuatro en un abrazo único. Sus palabras arribaron dentro de mi corazón siguiendo los cauces turbulentos enmarañados de la sangre.

—Y ahora a cenar —sentenció.

Tina, Berto y yo, después de cenar, la dejamos en su casa y nos fuimos a descansar. Nos esperaban dos días de impaciencia, tanta que por el corto camino que distanciaban ambas viviendas, se me ocurrió que no podíamos improvisar la entrada en la casa de la madame.

Dejamos a Tina, y sin deberle demasiadas explicaciones marchamos a conocer a la citada señora. Para ello nada mejor que visitarla, no nos conocía, por tanto, podíamos pasar un rato en su lupanar sin despertar sospechas.

Estaba situado al final de la calle Nuncio Viejo, cerca de la calle Trinidad, en una casa de dos plantas. Llamamos y se abrió un ventanuco, detrás de él la voz de una señora, que en otros tiempos debió gozar de la gentileza de la naturaleza, nos saludó y preguntó:

—Buenas noches. Ustedes dirán, ¿qué se les ofrece?

—Buenas noches, por decir algo —dije yo jocosamente, para a continuación ser un poco más explícito—. Aquí mi amigo y yo, servidores de usted, bella dama, comerciantes de paso que hemos sido reseñados a esta casa para disfrutar de sus menesteres —terminé la chanza.

Como suponía, la señora no entendería de mi palabrería y tomó a bien facilitarnos el paso. Una vez cruzado el umbral nos ordenó aguardar, al momento otra puerta se abrió, apareciendo a recibirnos la mismísima madame.

—Buenas noches, señores, pasen por favor y diviértanse —nos dijo mientras nos tomaba a cada uno por el brazo.

Nos adentramos en un salón con lámparas de araña con luces rojas y un espejo horizontal en el centro de una de las paredes. Intuí que no era un espejo real ya que no aprecié utilidad alguna, en cambio le encontré parecido al que colocamos en la librería.

—¡Sonríe! —le susurré a Berto—. Desde el otro lado nos observan.

—No lo creo. No tiene sentido —me respondió el bueno y noble de Berto.

—Esto no es un puticlub al uso, es una casa de citas.

—Y qué más da. Putas son, ¿o no?

—Sí, pero no. En estos lugares suelen trabajar chicas que gozan de doble identidad. Durante el día son amas de casa respetables o estudiantes, que venden su cuerpo para pagarse los estudios. El espejo les sirve para seleccionar su presencia dependiendo del cliente. Por eso me inclino a que sea un cristal de visión unilateral.

—Sí, tiene sentido tu observación —me dijo mirando al contorno del cristal. Sonrió y abrió la boca como si fuera la de un buzón de correos.

La madame se presentó como Vicky y nos ofreció de beber. Yo, más atrevido, pedí un cubalibre, en cambio Berto todavía con cara de: «Dios mío, ¿qué hago aquí?», solicitó agua.

—¿Agua? —preguntó Vicky con burla.

—Sí. Agua con un poco de whisky —medié yo—. Mi amigo es extranjero y apenas si conoce nuestra lengua, ¿verdad, Lucanor?

Berto me miró y antes de que hablara le di un puntapié en la espinilla como señal de que guardara silencio y aceptara mi propuesta. Al fin y al cabo, si no lo bebía no ocurriría nada, pero entendía yo, que uno no va a una casa de citas y pide agua a secas.

—Sí, whisky con agua —respondió Berto, o Lucanor, que para ir de farra

siempre va bien un cambio de identidad, en alemán, con acento italiano.

La diferencia de temperatura entre la calle y el interior permitió que nos desprendiéramos con rapidez de las prendas de abrigo.

Dispusieron, al fondo del salón, una chimenea que animaba a acercarse a calentar los huesos y la ropa, pese a que Vicky, nos invitó a aguardar sentados mientras nos servían las copas. Le pregunté, antes de irse, si únicamente estaba ella,

—Hay chicas muy guapas que se están acicalando para vosotros. Espero que aprecies su esfuerzo por agradaros —me respondió risueña y zalamera.

Dicho y hecho. Al momento, cuatro damas salieron de la sombra bastante ligeras de ropa. Berto, más prudente que yo, permanecía sentado en el sofá que nos indicó *la señora*, pendiente de los abrigos. Creía el hombre que aquellas lagartas podrían hacerse cargo de nuestras carteras en un descuido, y cuando una de ellas, la más mayor en apariencia, se sentó a su lado a darle palique, pasó Berto el brazo por delante de ella para recuperar nuestras pellizas. Yo me encontraba apoyado sobre las paredes del hogar oyendo el crepitar de leños y hojarasca, al verlo no pude evitar sonreír.

—Hola, guapo —me entró una joven risueña, no más de veinte años y pechos altivos, sometidos a prisión por un corsé que por momentos parecía fuese a reventárselos—. ¿Puedo saber que te hace tanta gracia?

No me dio tiempo a responder cuando, como si fuera una culebra, introdujo una pierna entra las mías, husmeó mi cuerpo y se apretó con promiscuidad sobre mis partes nobles.

—Bueno, si te apartas un poco quizás pueda respirar y compartir contigo mi alegría —respondí tiñendo mi cara de un rubor imprevisto.

—¿Me puedo pedir una copa? —me solicitó, mordisqueándome en una oreja e intentando llegar hasta mis labios para darme un beso.

—¡Pufff! —resoplé ante el hedor repugnante que emanaba de su aliento putrefacto—. Si me permites, voy a ver a mi amigo Lucanor para saber qué planes tiene —le dije separándome educadamente de ella.

Al ver que iba hacia él, se levantó solícito pellizas en mano. Antes de intercambiar opiniones, la puerta de entrada se abrió dando cobijo a dos aparentes consumidores de sexo. Opinión que me hice, a la vista de que las

cuatro meretrices se lanzaron sin ningún recato hacia ellos, llamándoles por sus nombres.

En una bandeja con mucho estilo, portaba Vicky, nuestras copas. Después se retiró a interesarse por los nuevos huéspedes, momento que aprovechamos para hablar.

—¿Me quieres decir a qué hemos venido aquí? —me dijo muy serio.

—No lo tengo claro. Sería conveniente mantener una conversación a solas con ella —le dije sin mirarle, más pendiente del ambiente que de él.

—¿Estás loco? ¿Y cómo piensas hacerlo? Esto es un puticlub, aquí se viene a lo que se viene y no a hablar.

—Entraré con ella —dije muy serio.

—¡Joder! —dijo acompañado de otros exabruptos que no considero a bien repetir.

Ni corto ni perezoso me zafé de la mirada instigadora y agobiante de Berto, y llamé la atención de Vicky.

Las demás chicas, bueno tres de ellas, desaparecieron acompañadas de los dos hombres que apenas si les dio tiempo a entrar en calor, por detrás de un biombo que ocultaba una puerta al lugar de la entrega a las más baja y antigua de las pasiones: Amor, mal entendido, o sea, por dinero.

Era evidente que Berto, una vez más, tenía razón: «allí se iba a lo que se iba», recordé sus palabras.

Cuando la madame apareció con una botella de champán, su cara reflejaba un placer indescriptible. «Con esa botella ya ha hecho caja», me susurró Berto mientras observábamos como cruzaba la puerta por la que se perdieron las tres chicas y sus acompañantes, que iba directa al paraíso de la lujuria, lugar en donde los hombres más valientes pierden su dignidad, su cartera y el respeto hacia sus esposas.

Contoneando sus caderas, pelo largo recogido en una trenza, apareció Vicky con varios billetes de cinco mil pesetas buscándoles refugio en el interior de su corazón. Perdición de los hombres casados.

Con sonrisa aviesa se acercó a nosotros. Quedó plantada delante, jugando con las pestañas, apenas tenía cintura, una falda ceñida le resaltaban unos glúteos

llamados al atrevimiento para mirarlos con sofoco e impudicia. Berto no quiso saber nada de mi plan y se marchó de nuevo al sofá. Volví a sonreír, la chica que quedó fuera, esperaba sentada en el sofá, era aquella que el vaho de su aliento era adormecedor.

—Tienes una sonrisa muy seductora —me dijo Vicky.

No tendría más de cuarenta años, los cabellos teñidos bien peinados y cuidados. Manicura perfecta y uñas pintadas del mismo color que el carmín de los labios. No entendía qué podía llevar a la prostitución a una mujer así.

—¿Qué hay detrás del biombo? —pregunté estúpidamente.

—Una puerta.

—Sí, eso ya lo sé. ¿Y detrás de la puerta?

—Un lugar maravilloso donde se detiene el tiempo y puedes hacer que se cumplan tus fantasías más deseadas.

—¿Y las puedo cumplir contigo? —le pregunté jugando con mis labios, tratando de estrecharla con una mirada enternecedora e inocente.

—Yo no paso esa puerta. Soy un pecado prohibido.

—Todos los pecados tienen un precio —le dije acercándome a ella, tanto que podíamos sentir los latidos de la sangre trotando por el corazón. Quedé enervado por el aroma de su piel salpicada con pequeñas gotas de perfume.

—Cualquiera de mis chicas, por tres mil pesetas, te harán sentir el mayor de los placeres.

Me dejó acercarme tanto que a punto estuve de perder la compostura y la dignidad.

—No quiero sexo, al menos no hoy —le dije besando su cuello.

Sin inmutarse un ápice, me dijo:

—Si lo que quieres es contarme tu vida, o jugar a ligar, me tienes que invitar a un *benjamín*.

Acepté. Tonto de mí. Ahora el que se reía era Berto, con la boca tapada. Los lupanares son esos lugares en los que los más dignos caen en borracheras bizarras, dejándolos desnortados sucumbiendo al canto de sirena de las meretrices, que les hacen creer que los aman.

—Y bien, guapo, ¿me dices cómo te llamas o te lo ha prohibido tu mamá? —me dijo brindando por ella, y por mi estupidez, pues a buen seguro estaba yo, que me acababa de soplar quinientas pesetas por la cara.

—Sisebuto, me llamo Sisebuto Reyes —respondí mientras la muy engatusadora se acoplaba dentro de mi entrepierna.

Durante unos minutos nos dedicamos lisonjas con los cuerpos pegados, el espacioso salón se nos quedó muy pequeño. La muy páfida dejó escurrir el brazo desde mi cuello hasta el vientre. El recorrido fue lento, a veces violento, clavó las uñas en puntos sensibles de mi cuerpo. No pude evitar gemir unas veces de dolor y otras, las más, de placer. Y no quise impedir que cesara en su recorrido hasta donde, prisionero por su pierna, se debatía entre la erección o permanecer quieto.

Fue ella la que puso punto y final a mi agonía demostrando que era una maestra del sado. Hubo un tiempo en el que deseé que me clavara las uñas en la piel, desgarrándola hasta sangrar.

Apartó la pierna, con la que me apretaba el pene y los testículos, sustituyéndola por su mano. Los masajé por fuera.

—¡Auuhh! —exclamó—, pensé que eras de otra condición.

—Yo busco otras cosas —le dije fingiendo vergüenza.

Retiró la mano del trofeo conseguido y con descaro me miró esperando que prosiguiera hablando.

—Dame un precio por tus servicios, te sorprenderá saber de cuánto dinero dispongo si eres tan buena como dices. Necesito una mujer que sepa manejar el dolor y el placer, y aprecio que tú eres la que busco. Como condición te pongo que no sea aquí, tengo una posición respetable. Debe ser un lugar discreto, puede ser tu casa si vives sola. Si tienes chulo o recibes más visitas, no hay trato. También te pagaré por la exclusiva discreción que sepas concederme.

La mirada le brillaba entre expectante y desconfiada, vi reflejado el símbolo del dinero en su pupila. Aun así:

—No tengo chulo, ¿por quién me has tomado? —se atrevió a fustigarme con virulencia verbal. Muy digna y brava inició un giro para irse. La tomé de la mano con suavidad, con resolución. Se paró a mitad del giro.

—Discúlpame, por nada del mundo me hubiera atrevido a ofenderte.

Como sabrás no me llamo Sisebuto, lo inventé. Soy un hombre del gobierno con vicios ocultos que, si se supieran, serían utilizados por mis enemigos políticos para destrozarme.

—A mí lo de tu nombre me da igual, todos los que vienen mienten y tú no ibas a ser diferente. Y te equivocas de persona, a mí el sado no me va.

—Lamento haberte herido, espero que además de mis disculpas seas capaz de aceptar otra copa —le dije haciéndome sentir el ser más despreciable de la tierra.

Mis palabras fueron mano de santo, un bálsamo conciliador. Me besó y yo me dejé. La noche se estiraba y aunque no había nadie, cuanto más nos acercásemos a la media noche más próximos estábamos a la llegada de nuevos consumidores de sexo. Vicky volvió con una copa con líquido burbujeante y me entregó otro beso casto como el anterior, brindamos y el ardor por el dinero le hizo bajar la guardia.

—¿Sabes? Vivo sola y no acostumbro a recibir a nadie en mi casa, salvo a chicos buenos. Tú eres bueno, ¿verdad? —por fin conseguí toda la información que quería, ya estábamos haciendo tarde para marcharnos.

Berto a un lado del sofá, la chica hedionda en el pico opuesto.

—Se me hace tarde —mentí de nuevo—. ¿Cómo sabré si cambias de opinión?

—Los martes y jueves no puedo de ninguna manera. De momento —puntualizó.

—Volveré mañana o lo hará mi hombre de confianza.

La besé en la cara y aboné la cuenta. Dejé quinientas pesetas de propina para mantener mi tapadera.

—Por mi afrenta —le dije girándole un guiño y un beso.

La vuelta a casa fue rápida, el contraste de temperatura entre el lupanar y el exterior nos resultó violento. Apenas si hablamos por temor a que nuestros pulmones se escarcharan. Llevábamos la boca sellada con las manos, por eso no entendí lo que me dijo Berto mientras avanzábamos por la cuesta de la calle Hombre de Palo. Le pedí que me lo repitiera, y con la voz tenue, pero con fortaleza, me preguntó: «¿A qué coño hemos ido al puticlub?» Yo seguí caminando con rapidez, además tenía ganas de orinar y pensé responderle

cuando llegásemos a casa.

En la cuesta de los Pajaritos, esquina con la calle Comercio, decidí que mi vejiga no aguantaría. Mientras me aliviaba, le oí farfullar:

—Lo que faltaba... ¡Serás guarro! —calló mientras se daba calor en las manos—. ¿Has pensado en que se ha podido joder la operación? —me habló de nuevo.

—Escúchame bien, Berto. Lo pensé y medité todo: los pros y los contras, y te aseguro que la visita ha sido fructífera. Y ahora, aligeremos que tengo mucho frío. En casa te lo cuento todo —zanjé de la forma más imperiosa que fui capaz.

Caminamos a oscuras, una caída de tensión dejó la ciudad sin luz. La temperatura descendió bruscamente. En nuestra bajada del casco antiguo hacia la avenida de la Reconquista, recibimos de repente la visita de una fina tormenta de agua escarchada; las estrellas se asustaron y debieron huir despavoridas. No encontramos a nadie con quién tropezar, ni tan siquiera un coche que nos ofreciera un haz de luz, las calles estaban desiertas, es como si, mientras nosotros en el lupanar, se hubiera dictado una orden de queda por temor a una ola de frío. Nos movíamos callejeando como murciélagos en las tinieblas de la caverna más lóbrega.

Conseguimos llegar indemnes a casa, aunque no pudimos evitar hacerlo empapados y casi muertos de frío, por hipotermia. Berto, aunque aterrado por el temor a haber cogido una pulmonía, no cejó en pedirme explicaciones entre tiritones.

No estoy seguro de convencerle con mis explicaciones. Recuerdo que antes de terminar de decirle que: «averigüé que vivía sola y que el plan previsto iba adelante, ya que esos días los dejaba para atender a Eliot», se quedó dormido envuelto en un puñado de mantas.

Desconocía hasta dónde y hasta cuándo el servicio de inteligencia me permitiría hacer uso de mi patente de corso. Siempre supe que cuando no me necesitaran me abandonarían cordialmente con una nueva identidad, en una nueva ciudad o me eliminarían, si fuese lo mejor para la agencia. Y así lo dejé plasmado en mi viejo diario.

Permanecí insomne en la cama, con el pensamiento dividido entre Julia, Manuel, Lorena Brenes, el ajuste de cuentas con Eliot y mi papel de espía con

permiso para matar, hasta que Morfeo me recogió entre sus brazos y me empujó feliz a unas playas de arena fina de coral y de un mar turquesa.

Una potente luz blanca me despertó. El rey sol, el mismo que la víspera se escondió ante la fuerza tempestuosa de la naturaleza, apareció solemne, inconmensurable en su amor a nuestro planeta, dándonos otra oportunidad.

Desde mi ventana, guarnecido en un albornoz, pude ver el manto níveo que cubría toda la ciudad. Me quedé subyugado en la imagen del Circo Romano. Una estampa para guardar en la retina, y en los momentos de debilidad rebuscar en la maraña de recuerdos de nuestra complicada mente, y traerla, y soñar.

Debí volver al calor de las sábanas e imaginar que en otra época fui un valiente gladiador en el coso. Debí quedarme dormido con el albornoz como la más poderosa coraza, porque al sentir las manos de Tina abofetearme y gritarme: «Arriba soldado, el mundo te espera», por un momento creí que había ganado en un duelo sin igual y que el emperador me esperaba para darme la libertad.

Al despertar vi la sonrisa dulce de Tina. Con descaro, como siempre, estaba subida sobre mis caderas a horcajadas.

—¡Vamos, fiestero! Estoy deseosa que me cuentes cómo es un puticlub.

—No es nada importante, es como un bar cualquiera —respondí tratando de esperezarme con bostezo incluido.

—Algo tendrá cuando os gusta tanto ir a todos los tíos —dijo guiñándome un ojo al mismo tiempo que me enviaba un beso sin sonido.

—Treinta y una de mano con solomillo de reyes, estupenda jugada —respondí con chanza tratando de desviar la conversación.

—Sabes que no soy de mus, así que no me vaciles, campeón, y levántate que tienes muchas cosas que hacer —me ordenó, quizás un poco enfurruñada por mi escasa seriedad a su pregunta, y yo punto en boca y a obedecer.

Berto ya estaba sentado a la mesa cuando, somnoliento, me acerqué a la cocina. Atusé sus cabellos en señal de amor y respeto, mas no encontré en él ni un ápice de agradecimiento. No dudé en percibir que la juerguecita de la noche pasada no le agradó, lo creí al sentarme frente a él, que me sonrió como la gente que no tiene amigos, con gratitud hacia mi hospitalidad.

—Anoche me costó conciliar el sueño —les dije tratando de ganarme su atención—. El jueves trataremos de vengar a dos de los nuestros. No será fácil y

puede haber problemas. He pensado reunirme hoy con todos los que podamos en una comida fraternal. La haremos en el restaurante, os pido que confiéis en mí como habéis hecho siempre. He preparado una lista para que me ayudéis a conseguir su presencia —saqué una nota del bolsillo del albornoz y se la puse delante a los dos. No respondieron, fijaron su atención en el papel y continuaron desayunando.

«Tina, tú y yo los convocaremos desde la librería, Berto lo hará desde aquí. La hora, las tres y media.

—No me gusta la idea —dijo Berto—, suena a despedida.

—Y puede serlo, Berto —sentencié, dando a mis palabras el énfasis acorde a lo peligroso de la misión.

Bien abrigados partimos hacia la librería; en la calle, las brigadas del Ayuntamiento trataban de empujar la nieve fuera de la calzada; en las aceras los comerciantes y vecinos la paleaban para dejar un pasillo libre por el que poder andar sin caerse. Los niños, felices, disfrutaban del momento, impulsando sus energías en la creación de bolas de nieve para arrojárselas a sus más feroces enemigos: hermanos, amigos y demás viandantes despistados.

Al primero que llamé fue a Manuel para decirle que el viernes iría a por él. Me encontré con que el chaval se había ido al colegio. No pude hablar con su mamá, en palabras de Graci: «Había recaído y se temía lo peor», no le pregunté a que se refería, entendiendo yo que su comentario era por el poco tiempo de vida que le quedaba. Le quedó claro que lo tenía que tener preparado para después de salir del colegio; me comentó que ya había recibido las oportunas indicaciones por parte del doctor Priego.

Un placer, como siempre, fue contactar con el diputado socialista Zenón Cogolludo Vizcaray, que por casualidades de la vida se encontraba en Toledo. Estaban cocinando, en el Palacio de Fuensalida, los preparativos para la constitución de la comunidad autónoma de Castilla La Mancha: «Estamos todos, bueno casi todos, faltan los representantes de Guadalajara que no están por la labor de unirse», me dijo. Se comprometió a compartir mesa con los amigos de Salvatore: «Será un honor poder estar con vosotros en el recuerdo a un gran

demócrata y amigo», exclamó entusiasmado contagiándome la emoción.

De los llamados con tan pocas horas de antelación, únicamente faltó mi compañero de fatigas en la Universidad Laboral de Córdoba, Cristóbal Encinares; se excusó por motivos inherentes a su trabajo: «En otra ocasión será», me dijo. Percibí en su estado de ánimo melancolía y tristeza; le prometí retomar la conversación y hacerle una visita.

Entrañable mi abrazo con el bueno y malherido Julio Amaro Becerra. No lo dudó cuando Tina contactó con él. Sirviéndose de un bastón, trataba de llevar una vida normal. Le quedó, como recuerdo del ataque terrorista que sufrimos en Candeleda, una cojera de por vida amén de la muerte de Merceditas, su compañera desde la más tierna infancia.

Acudió Isabella, guapísima. La acompañaba Samael, discreto, invisible como la sombra de la oscuridad; fiel y fiero, dispuesto a morir por cumplir con la palabra dada a sus protectores, Salvatore y Giovanni.

—No me mires así. Estoy nuevo, ¡qué digo nuevo!: estoy hecho un chaval —, me dijo estrechando mi cuerpo rodeándome con sus largos brazos como tentáculos. Conservaba sus manos callosas tan grandes como palas de frontón.

Desde el primer momento me llamó la atención Berto, por su actitud. De pie o sentado, apenas hablaba con ningún asistente, ni siquiera con Isabella, su hijastra, a la que apenas dedicó unas palabras. No más de los besos de protocolo y una sonrisa leve, sin forzar.

Ella se mostró agradable y le preguntó qué le ocurría. Él negó con la cabeza, alegando que se encontraba bien. Su semblante era un poema, se manifestaba taciturno, embriagado de tristeza.

El doctor Otaola Salupe llegó acompañado del visitante más inesperado. Jamás pensé en volverle a ver. Estaba cambiado para mejor, su aspecto desaliñado quedó atrás. El doctor me dijo que experimentó un gran cambio desde el mismo día en que supo de la muerte de Ticio.

—Apenas le damos medicación —me susurró antes de que me abrazara a él. Asentí.

—Cuando hablé con Tina, estaba junto a mí. Me suplicó que le permitiera acudir —se excusó.

—Hiciste bien. Me alegra verle —le dije.

Miquel Borrás, *el Enterrador*, me miraba de soslayo, mientras yo continuaba abrazado al doctor Otaola. Tenía la mirada limpia y a la vez temerosa. Sonreí y fui hacia él. Mantenía la cabeza pegada al tronco y la joroba, en el lado derecho, ya no le infundía el carácter siniestro que yo recordaba.

—Soy feliz al tenerte aquí, conmigo, con todos los amigos de mi padre —le dije mientras adelantaba mi mano para estrecharla con la suya.

No dijo nada. Sonrió como únicamente saben hacerlo aquellos que están desposeídos de amor y de repente alguien les abre las puertas de su corazón.

Le pusieron una americana, tal vez un poco grande, pero sirvió para ocultarle un poco la joroba.

Cuando por fin decidimos sentarnos a la mesa, las castañuelas de sus tacones al caminar nos avisaron de su llegada: Era Anna, perversamente bella, deslumbrante.

—¡Estás divino! —me dijo, obsequiándome con un beso descarado en la comisura de los labios. Huelga decir que todo el grupo se unió en el vitoreo. El más descarado fue Julio Amaro:

—¿Qué les darás que todas pierden la cordura? —dijo con lubricidad.

Todos rieron la chanza, incluso yo. Bueno, todos no. Berto continuaba impasible. Su sonrisa era mecánica, fría, careciendo de algún rasgo enternecedor. Mirarle me comenzaba a resultar violento.

Al no estar presente ninguno de los capos de la familia, di instrucciones para que dispusieran las mesas en círculo y que cada cual eligiera con quién se quería sentar.

A mi lado se sentó Zenón. Me reí mucho con sus cosas. Me contó, en cuchicheos, que era muy feliz. Me dijo que había conocido a alguien, y que a su lado se sentía como un tierno y candoroso palomino. Le felicité y deseé lo mejor. Me cogió las manos y cuando quise darme cuenta ya me había colado una nota. Entonces presagí que no se sentó a mi lado por casualidad.

Mirar a Berto era una agonía perpetua. Me levanté y solicité atención a todos. Me coloqué detrás de él y coloqué las manos sobre sus hombros. Aprecié en ellos tensión.

—Os preguntaría por qué os he llamado con tanta premura. Y la respuesta es sencilla: porque necesitaba estar con vosotros, daros las gracias por la amistad y hermandad que tuvisteis para con mi padre y que ahora os solicito para mí.

Todos me miraban con atención y asentían con la cabeza. Berto continuaba rígido como un muerto.

«En unos días se cumplirá un mes desde que nos dejó por la mano cobarde y asesina de un fanático. Días antes de su muerte hablamos sobre el pasado, el presente y de lo más importante: el futuro.

Atendiendo a sus consejos —proseguí—, inicié contactos con agentes del gobierno y les entregué las Actas de Constitución de La Hermandad del Alcázar. Ya no habrá más muertos por ellas, quiera Dios que el último haya sido nuestro capitán Pedro Hermoso.

Quiero terminar, recordando una cita del dramaturgo Arthur Schnitzler: *Estar preparado es importante, saber esperar lo es aún más, pero aprovechar el momento adecuado es la clave de la vida.*

Ahora, quisiera pedir os un minuto de silencio en memoria de todos nuestros caídos.

Todos se pusieron en pie. Berto, antes de hacerlo, se relajó y acarició mi mano, que aún posaba sobre su hombro. Probablemente, ahora entendía que, a veces esperar, indagar, no es sinónimo de un paso atrás.

TERCERA PARTE

Capítulo 10

La madame

“Es extraña la ligereza con que los malvados creen que todo les saldrá bien”.

Victor Hugo

Fue un encuentro tierno, inolvidable, el que tuvimos en el restaurante de «mi propiedad» en el callejón del Lucio, entre los amigos y camaradas de Salvatore y de Pedro Hermoso: mis amigos, mi familia. «Dios quiera que no haya sido una despedida», vaticiné.

Después del restaurante decidí volver a casa dando un paseo, Berto se ofreció a acompañarme. Al quedarnos solos, me preguntó:

—¿Y ahora qué?

—¿Ahora? Ahora nos toca vivir. Mañana Dios proveerá —respondí pasando mi brazo por su hombro. Nos confiamos unos gestos de camaradería.

—Por cierto, ¿te estás encogiendo o me parece a mí? —le espeté con sorna.

Aceptó la broma golpeando mi estómago. Como dos camaradas, apoyados el uno en el otro, caminamos hasta que la noche nos sorprendió.

—No te vayas a equivocar de calle, y cojas el camino que conduce a la perdición de los hombres honestos —profirió de manera socarrona.

—Mi querido Berto, ese no es lugar para nosotros —le respondí, y tras una pausa silenciosa con aires de maldad, puntalicé—: al menos, no mientras haga tanto frío a la salida.

Sin ningún lugar a dudas lo mejor de mi gran familia eran las mujeres. Y no me refiero a mamá Vega, a la que como bien nacido la tengo en un altar más que merecido, sino a las otras.

Cuando Zenón me entregó la nota de la forma más discreta, pensé que nadie se habría percatado del momento, craso error el mío. Al igual que Isabella, Anna y Tina, aparentemente ajenas a mis movimientos y lejanas en proximidad, vieron como este me hacía entrega de la misiva.

Cuando llegamos, Tina se encontraba sentada en un sillón. Fue abrir la puerta y sin tiempo a cruzar el umbral ni a desprendernos de las prendas de abrigo, me hizo una fina observación:

—Vamos, que me tienes en un ay. ¿Qué fue lo que con tanto disimulo te endilgó el bueno de Zenón? Y no me digas que estabais haciendo manitas, que lo vi todo.

Arqueé las cejas, dando salida a los ojos con tanta exageración que, a buen seguro, debí parecerle un besugo. Seguí mi camino a la cocina, de reajo vi como buscaba la mirada de Berto para obtener de él alguna certificación a su pregunta.

Sonó el teléfono, se encontraba en mi camino y lo descolgué. Era Isabella, requiriendo información sobre cierto gesto sospechoso que observó entre Zenón y yo. Me reí y negué que me hubiera entregado nada.

No llegó el teléfono a posarse por completo sobre el gancho, cuando de nuevo sonó la chicharra. Desde el otro lado, ahora era Anna quien me interrogaba sobre la misma canción, no pude contener la risa. Como fingiera hace dos mil años Pedro, el pescador, en conocer a Jesús, así procedí yo, negando a las tres que hubieran visto algo.

Antes de rendirme a la sagacidad de mis mujeres y satisfacer su curiosidad, pregunté a Berto por si él se percató de algo y que por ser tan discreto no me dijo nada. Respondió con una negativa.

En cambio, al ponerle al tanto, ardió en ascuas por saberlo, mostrando interés por lo acontecido.

—¿Qué ocurrió para que las tres damas se preocuparan de esa manera? ¿Acaso hicisteis manitas por debajo de la mesa? —me preguntó.

Extraje la nota manuscrita y se la di a leer a los dos, a él y a Tina. Apenas veinte palabras. Eran una suerte de garabatos sin formar frases coherentes.

«Aceites de Jaén en Toledo»

*Las ratas vienen solas a la
ratonera con el Cardenal
patrocinan eventos*

Senadores Alianza Popular».

Después llamé a cada una de ellas y les conté todo, se calmaron llamándome desde onagro hasta los epítetos más malsonantes que se les vino en mente. Ninguno de los cuatro acertó a descifrar el mensaje. Decidí negar la mayor y les dije que tampoco lo entendía.

Tanto Berto como Tina me buscaron con la mirada, tratando de encontrar fragilidad o nerviosismo en mí. No encontraron signos inequívocos que les indujera a pensar que les estaba mintiendo. Únicamente Berto frunció el ceño con desagrado a mi respuesta.

Un sol brillante, engañoso, nos recibió en la mañana del jueves. Después del desayuno, Tina marchó a la librería, ajena a lo que acontecería ese día, horas más tarde, en la vivienda de Vicky.

A solas conté a Berto el significado del mensaje. No preguntó nada, supo que la decisión ya estaba tomada. Él se quedó en casa haciendo los preparativos, en breve llegaría Bloody; ambos se reunirían conmigo en el confesionario de la librería.

Decidí caminar por las calles, anduve con tiento para no caer de morros contra el suelo helado. Crucé hacia el Circo Romano, pensé que habría más nieve que hielo. Acerté, un manto de nieve pura me esperaba.

Hacía días que nadie había transgredido la paz reinante en el escaso bosque que se resistía a perecer a años de historia. Bajo las piedras de sillería, en alguna ocasión se celebraron combates de gladiadores cuyo único premio era vivir o morir. Seguro que también hubo carreras de cuadrigas en donde probablemente el ganador a lo más que aspiraba era a una corona de laurel, mientras el pueblo hambriento que los jaleaba, cubría sus necesidades con pan y el espectáculo de su muerte. Eran, la mayoría, ciudadanos libres y al mismo

tiempo esclavos de la tiranía del emperador.

Traté de adivinar si el ser humano prefería más seguridad que libertad y no encontré respuesta en mi interior. Continué enterrando los pies a cada paso que daba. Caído de la copa de un árbol encontré un nido, en su interior: tres gurriatos se debatían entre la vida y la muerte. A escasos metros, un gato negro con los ojos encharcados por el gozo que le esperaba ante succulento manjar, me miró y se quedó petrificado. Los gurriatos, temerosos, pidieron en silencio mi protección a expensas de que al salvarlos los encerrara en una jaula.

Sabía que con mi acción influiría en el ciclo de la vida. Aun así, decidí proteger al débil.

El gato, negro como la oscuridad, de ojos asesinos, adivinó que me inmiscuiría en sus asuntos, no dejó de mirarme, maulló como solo lo saben hacer los felinos antes de presentar batalla mostrando los dientes; el pelo, desde la cabeza a la cola, se le erizó; las orejas, echadas hacia atrás; y el rabo, con ribetes blancos, moviéndose de un lado a otro. Arqueó el cuerpo, mostrándome, el muy osado, sus garras. Lentamente fui agachándome para recoger del frío paño de nieve a los tres bebés de gorrión; al presentir lo que iba a hacer, mi enemigo más sanguinario me gruñó, cargó su cuerpo encorvado sobre una pierna dispuesto a lanzarse a mis ojos. La batalla podría ser tremenda. Lo miré reclamando la vida para los tres gurriatos, y haciendo aspavientos, grité:

—¡Zape!

La batalla terminó con la huida del felino, poniendo los pies en polvorosa sin apenas dejar huella sobre la tupida nieve. Los recogí junto con el nido, ante el revoloteo nervioso de la que podría ser su madre, y los introduje en el interior de un bolsillo del anorak.

Escasamente anduve unos metros cuando un pedrusco mediano, se cruzó en mi camino y me hizo volver atrás con él entre las manos. Lo coloqué debajo del árbol desde el que cayeron los pequeñuelos, y usándolo como escalón intenté encaramarme al lugar en donde habían estado. Después del primer intento, que casi da con mi cuerpo en la blanda nieve, y no con poco esfuerzo, conseguí volver a poner el nido con los gurriatos en su rama, al cuidado de su familia. Me retiré unos metros y me agazapé detrás de un muro. Traté de ocultarme para que sus protectores no me vieran, hasta que pasados unos minutos vi el revoloteo y oí el trinar de sus felices padres.

Con la satisfacción por la buena obra realizada, marché sin rumbo fijo.

Crucé por la avenida de Carlos III, desconozco por qué entré por la puerta de Alfonso VI en lugar de por la puerta Bisagra. Probablemente, me despisté, al intentar filosofar sobre lo que había ocurrido con los débiles pajarillos, pretendiendo justificar lo que horas después iba a ocurrir. ¿Acaso decidieron lo gurriatos con sus gritos cambiar la libertad por la seguridad? Nunca lo sabré, me dije.

Por el contrario, sí tenía claro que lo importante no era vivir en sí, sino vivir correctamente. Por eso no podía haber en mi interior ningún atisbo de duda ni de culpa sobre el acto justiciero, quijotesco, que dentro de unas horas haríamos. Sabía que una vez más me podría convertir en juez y parte, recordando a los malvados que no siempre es factible salir victoriosos de sus fechorías.

Mi subconsciente me llevó frente a las puertas del convento de santa Clara. Allí me dieron de nuevo las campanadas de las doce del mediodía. Era el momento para la oración. Las puertas del cenobio cerraron con el primer repique, dejando abiertos los dos ventanucos por los que salían los rezos del Ángelus. Algunos feligreses se arrodillaron sobre el duro y húmedo hielo. No pude contener mi rechazo a la oración y atraído por no sé qué fuerza, como un devoto más, hiqué mis rodillas en el pavimento helado y, con vergüenza al principio, recé después como uno más.

Recordé que prometí a Tina sobre mi alejamiento de sor Inés como también tuve la certidumbre de ignorar qué fuerza interior me condujo hasta las puertas del convento.

El suelo empedrado estaba cubierto por un velo helado que se extendía por toda la plaza; el chirriar de un cerrojo me alertó sobre la apertura de la puerta central. Atraído por la fuerza de un imán volví, como un poseso, la cabeza hacia el origen del ruido. No era ella, su lugar lo ocupó un hombre de mediana estatura, cabellos plateados y barba rala, del mismo tono. Portaba un maletín que me recordó al usado por el padre Merrin en la película El exorcista. Vestía un traje negro con camisa del mismo color. Acerté al juzgar que era un sacerdote por el alzacuello que le vi después. Salió a despedirle una monja con mal encare; él marchó con cara de pocos amigos. Con andares toscos pero firmes, en tres zancadas cruzó la plaza sin importarle el temor a resbalar en el hielo, ni la mirada persecutoria de la religiosa, que permaneció en la puerta observando la marcha del sacerdote hasta que su silueta desapareció. La miré y la saludé con una mueca, el frío apenas si me permitió abrir la boca; me miró con recelo y me respondió con una sonrisa rota.

Pude ver en el fondo de sus ojos que algo la reconcomía por dentro; no conseguí vislumbrar en su semblante ni un solo rasgo conmovedor. Otra monja, haciendo aspavientos con los brazos como si fueran las hélices de un molinillo loco, salió en su búsqueda.

—Sor Sofía, venga, por favor. Ha pedido hablar con usted —pude oír como la reclamaba.

Antes de retirarse tuve tiempo de tejer un vestido acorde a sus miserias; me miró de soslayo, con tal desprecio, que no alcancé a entender el motivo perverso de su mirada. Al cerrarse la puerta del cenobio dejé de ver su imagen dibujada en un corredor sombrío. El cerrojo crujió con un eco ronco, lúgubre y desolador.

Serían las cinco de la tarde cuando avanzando lentamente desde el río, como si fuera un ejército de hormigas, una ligera neblina comenzó a apoderarse de la ciudad. Un cielo de color ceniza se comió al sol, y oscureció tan pronto que la calle quedó vacía. Las bombillas de las pocas farolas proporcionaban escasa luz donde antes solo había sombras alargadas. El ambiente irradiaba tristeza; en unas horas la vida de un hombre se apagaría irremisiblemente y con su muerte cumpliríamos con la ley más antigua de la humanidad: *La venganza*. Sí, yo buscaba venganza, porque si necesitara justicia, para mi padre y su mejor amigo, lo entregaría a un juez.

La silueta de Bloody, vestido de mendigo frente a la vivienda de la maestra de meretrices, se apreciaba por la luz mortecina fugada del piso superior de la pared, en donde aguardaba el momento en el que se abriera la puerta de Vicky desde dentro. El plan era entrar antes que lo hiciera el capitán Eliot; una vez dentro esperaríamos su llegada.

Berto y yo simulábamos ser sacerdotes en animada conversación, en la esquina de la calle Arco de Palacio, enfundados en sendas sotanas, y con tanta ropa debajo de ella, amén de un cojín en el abdomen, que parecíamos dos orondos frailes de la Edad Media.

—Nunca te pregunté quién era. A veces me da miedo su frialdad —le dije a Berto, refiriéndome a Bloody

—Me lo presentó Salvatore. Recuerdo que me dijo que nos sería muy útil. No le pregunté sobre su pasado ni a él, ni a tu padre, ni a don Giovanni.

— Su amistad podría ser peligrosa, deberías intentar comprobar si es de fiar —le sugerí, sabiendo que mis sugerencias siempre las tomaba como una orden.

—Hace tiempo que hice algunas preguntas a quien podía responderlas — me dijo sin inmutarse. Calló por un momento creando un aura de misterio, algo impropio en él.

—¿Y bien? —le animé a que continuara hablando.

—Averigüé que es hijo de un exiliado de vuestra guerra y que su padre luchó en el frente ruso —habló con el ánimo meditabundo. Quizás fuese el disfraz o el que estuviéramos en tensión por la espera, el caso era que ya me tenía en ascuas. Arqueé las cejas solicitándole que continuara y así lo hizo —: Y terminada la Gran Guerra —prosiguió— se quedó a vivir en Rusia y de allí se desplazó a la República Democrática de Alemania, que fue donde nació Bloody.

«Siendo muy joven, apenas tendría veinte años, fue reclutado y adoctrinado por *la Stasi*. Según mis fuentes, su padre, un comunista trotskista convencido, influyó en su decisión y colaboró para su captación. Trabajó a las órdenes de Marcus Wolf ([2]), siendo este quien lo destinó a España para crear células internacionales de terroristas que pudieran fustigar al régimen franquista.

—Una vida muy intensa, demasiado diría yo —aventuré.

Desde nuestra posición, biblia en mano, podíamos ver a Bloody. Quizás fuese el frío reinante lo que ablandó los bolsillos de los pocos transeúntes que a esas horas pasaban junto a él, el caso es que por una causa o por otra, no cesaban de lanzarle monedas al sombrero cochambroso que había dejado en el suelo.

—Ahora es un mercenario, un asesino a sueldo, internacional. Tu padre le ayudó a huir del servicio secreto de la Alemania del Este, procurándole una nueva identidad.

—¿Y no temes que se pueda vender y jodernos a nosotros? —inquirí preocupado.

—Es difícil. Este tipo de sujetos suelen guardar lealtad hacia aquellos que un día se la jugaron por él. Cuando Salvatore lo encubrió, en España hacía tiempo que desapareció la delación política por descamisados temerosos al

Régimen. Ya no se traicionaba por comida, la hambruna que dejó la guerra civil había desaparecido. En cambio, existían los llamados delfines del Movimiento con poca o nula infraestructura para detectar a agentes durmientes. La ayuda que le facilitó tu padre le hizo desaparecer de la tierra. Fingieron su muerte, tanto el servicio secreto español como la Stasi lo creyeron. Fin de la historia.

—¡Pufff! —resoplé—. Ahora entiendo sus habilidades para torturar con tanto ingenio como saña.

—Ha recogido el sombrero. Es la señal —me advirtió Berto.

Estaba oscureciendo, el aire se volvió frío y húmedo, y las bajas temperaturas no eran partidarias de animar a los turistas a callejear. La calle quedó libre de ojos que pudieran delatarnos.

Cuando entramos en la vivienda, Bloody ya tenía inmovilizada a la regenta del lupanar. Permanecía sobre un sofá, prisionera por las muñecas, con los ojos y boca tapados con cinta americana.

Ideamos como primera opción convencerla para que colaborara con nosotros. No escatimamos en simular identificaciones. Le hicimos creer que éramos agentes de la Guardia Civil y que íbamos a por el capitán Eliot; la conminamos a que colaborara, y si se prestaba libremente a ayudarnos en su detención, ella quedaría libre, y se le aplicaría el protocolo existente para la protección de testigos.

Los tres teníamos la cara cubierta con una careta de carnaval. Berto y yo nos situamos detrás del sofá. Le advertimos que retiraríamos la cinta de la boca y de los ojos, con la salvedad de que si gritaba la degollaríamos. Asintió; a una señal, Bloody le retiró la cinta de la boca y también de los ojos. Sentí pena al ver cómo había perdido los pelos de las cejas; la pobre emitió un gruñido mudo. Lloró de dolor y de miedo.

Trató de convencernos de que no lo conocía; negó que recibiera visitas de nadie. Nerviosa, asustada, no apartaba la vista del reloj de bronce que tenía sobre la mesa del salón. Su propósito era ganar tiempo. Eran las seis menos diez, apenas disponíamos de ocho minutos para convencerla.

—Eres una harpía con menos cerebro que un mosquito —le gritó Bloody, golpeándola con virulencia en el estómago. Después nos miró y exclamó—: Acabemos de una vez, la matamos y cuando venga él lo acusamos de su muerte.

—Espera, aún no. Debemos concederle una última oportunidad —dije

yo, con la voz distorsionada por un aparato que llevábamos en la boca. Reconozco que cuando Bloody nos lo facilitó, dudé de su efectividad.

Berto le hizo saber que conocíamos todo lo que ocurría en la habitación roja; le explicó que pusimos micrófonos y cámaras en su habitación, dándole minuciosos detalles de sus encuentros. Nos dijo que llegaba sobre las siete y siempre iba acompañado de otro.

Bloody volvió a golpearla y le recordó que siempre llegaba a las seis.

—Colaboraré —susurró sollozando

El plan consistía en que ella debería avisarnos cuando lo tuviera atado a la silla. Por si tenía dudas, Bloody la tomó por el cuello y le amenazó con desfigurarle la cara con un cuchillo de sierra.

—Si no colaboras, tu negativa comportará graves consecuencias para ti y para tu negocio, y lo que es peor, morirás si el capitán se da cuenta.

Vicky marchó a arreglarse bajo la atenta mirada escudriñadora y amenazante de Bloody; nosotros dos tomamos posiciones. En tres minutos estaría allí.

Cuando Eliot entró en la vivienda, Vicky aún no estaba preparada.

—¿Dónde estás, cerda? —le oímos gritar.

—Te castigaré por tener esa lengua tan sucia. Ve inmediatamente a tu habitación, estás castigado —le recriminó Vicky.

Eliot respondió:

—He sido un chico malo, deberás castigarme.

—Hoy tengo preparada una sorpresa especial —le dijo ella.

Marchó a la habitación roja, en donde esperábamos nosotros; Berto aguardaba agazapado debajo de la cama y yo hacía lo propio en el interior del armario empotrado de la habitación.

Vicky, en esta ocasión, no entró vestida de efebo. Se transformó en un demonio; cubrió todo su cuerpo con un mono de cuero negro ceñido, por la parte de atrás sobresalía un rabo y la cabeza la tapó con un pasamontaña del mismo material, con dos orejas puntiagudas; en el cuello se colocó un collar de perro con pinchos y en la mano blandía un látigo de siete cuerdas, terminada cada una

de ellas en una bola.

Al entrar, Eliot se encontraba de pie, en ropa interior. Al verla, sus ojos se iluminaron de gozo. Yéndose hacia él, le reprendió su conducta:

—Has sido muy malo —le dijo blandiendo el látigo al aire—. Y deberás ser castigado por ello. ¡Ponte esto! —le ordenó echándole unas ropas sobre la cama.

Mientras se vestía de dulce gatita, aún le dio tiempo a insultarla de nuevo. Vicky, no le miró, se diría que ya tenía decidido que trato darle. Retiró el cuadro del cabecero de la cama apareciendo una anilla sujeta a la pared, que nosotros ignorábamos. Le instó a que se subiera en la cama y elevara los brazos, del cajón de la mesita sacó unas esposas y lo apresó.

Antes de que yo saliera rápidamente del armario, ella flageló el cuerpo de Eliot hasta tres veces, con rabia, con odio enquistado en sus entrañas.

—¡Basta! —ordené saliendo del armario.

Estaba rabiosa, herida, por tanta humillación a la que la había sometido durante tanto tiempo, y antes de cogerle el brazo lo azotó de nuevo. A mi voz en grito, Berto salió de debajo de la cama y Bloody hizo su aparición desde el salón.

La volvimos a atar y a amordazar, y la sacamos fuera de la habitación.

Cogí de los cabellos a Eliot para que me viera, crucé con él la mirada levemente, su expresión parecía insinuar que me conocía. Dudé que así fuese por la cara de desconcierto al principio, y de terror después al verme sin careta.

Tiró con fuerza una y otra vez para excarcelarse. Dejó de intentarlo cuando Bloody le infligió un severo castigo a base de golpes en el cuerpo y en la cabeza.

Aun así, su mirada ensangrentada delataba un aire altivo, arrogante. Palpé su miedo; supe que intuía que moriría y suplicó que fuese rápido. Con bravura me escupió.

—Hazlo ya, cobarde. Italiano bastardo —me azuzó para que la ira me cegase y le concediera un rápido paseo al infierno.

—Vas a morir, de ti depende la forma —le dije—. Te haremos tres preguntas. Si respondes correctamente tendrás una muerte rápida. Si no

confieras morirás lentamente, con dolor —le previne.

Volvió a tirar con fuerza de la anilla que lo tenía sujeto a la pared. Retiramos la cama para que Bloody pudiera hacer mejor su trabajo si fuese necesario. Ahora se mostraba de pie con su traje de gatita hecho en cuero. Bloody le hizo unas fotografías con una cámara de revelado instantáneo. Se la mostré y le dije:

—No creo que a tu familia le guste saber cómo moriste ni de la vida de pervertido y depravado que llevaste. No las usaremos si nos cuentas todo —le animé a que hablara dando comienzo a la primera pregunta—: ¿Mataste o diste la orden para el asesinato de tu compañero, el capitán del servicio secreto español, Pedro Hermoso?

Antes de responder, se tomó un tiempo. Me miró como solo saben hacerlo las hienas cuando perciben que están perdidas ante el feroz ataque de un león.

—Es un error, soy agente del Cesid. Me buscarán y entonces, con mis propios dientes arrancaré tu corazón y lo arrojaré a las ratas —me gritó.

Ya me había prevenido en una ocasión Gamboa, sobre el carácter impetuoso de Eliot. Ahora había llegado el momento de saber hasta dónde llegaría su bravura o si al primer golpe la lengua se le aflojaría. En la habitación, sobre la cómoda, tenían una radio; sintonizamos una emisora y elevamos el volumen tratando de ahogar los gritos de Eliot.

Bloody le respondió cruzándole el cuerpo con el látigo de Vicky, arrancándole la piel a tiras, y gritos apagados por el dolor.

—Sabemos quién eres. Nadie espera tu vuelta, el Cesid me ha entregado tu cabeza para compensarme por lo de Hermoso y lo de mi padre. Saben que eres un agente doble, que pasas información a los golpistas conspiradores para acabar con nuestra democracia —respondí yo.

Calló y entró en un estado de estupefacción ante lo que acababa de oír. No dio tiempo a proseguir con el interrogatorio. Sonó el timbre de la puerta. Pedí a Berto que comprobara si en exterior de la vivienda estaba todo en regla.

—Es un hombre vestido con traje azul y un emblema de falange en la solapa —corrió Berto a informarme.

Fui a ver quién era, por la mirilla comprobé que era el hombre que me

venía siguiendo, aquel que me encontré en el bar El Alquimista. Preguntamos a Vicky si era costumbre que vinieran a recoger a Eliot. Negó con la cabeza mostrándose colaboradora.

Comprobamos con sigilo, a través de la ventana de la planta superior, que venía solo. Abrimos la puerta y antes de que pudiera reaccionar lo redujimos. Lo atamos y lo pasamos, inconsciente, a la habitación en donde Eliot esperaba su destino.

La irrupción del hombre de traje azul, con bigote perfilado, habría sido un tropiezo en el plan encarnizado que preparamos para Eliot si no hubiésemos actuado con rapidez.

Cuando Eliot lo vio, sintió desfallecer, si era la carta que esperaba se le acabaron las dudas por colaborar. Berto se le quedó mirando con desconfianza. Yo empaticé con él y le pregunté:

—¿Qué piensas?

—Va todo bien, demasiado bien. No debemos recrearnos en la suerte, acabemos cuanto antes —me aconsejó con la voz silenciosa.

—¿Y si no habla?

—Sufrirá, y si se nos muere en el camino, mala suerte. Debe pagar por lo que ha hecho y ese es nuestro fin, si no confiesa peor para él —intervino Bloody en voz alta, con la única finalidad de que Eliot lo oyera y sintiera miedo.

Mientras hablaba, extrajo una taladradora de una bolsa mugrienta. La conectó a un enchufe que había al lado de la cama. Después se dirigió hacia Eliot, le introdujo un tapón de trapo en la boca y se la precintó. Colocó una broca en la taladradora y volvió hacia él. Eliot, le miró aterrado. Sus diminutos ojos negros, como huesos de aceituna, quisieron huir de su órbita pareciendo ahora los de un besugo. Su cuerpo se agitó como lo hacen los peces fuera del agua, en tierra firme.

Un hediondo olor fue indiciario de la descomposición fecal de Eliot. A Bloody le molestó y se lo hizo saber taladrándole en el sacro.

Eliot, no aguantó el dolor, se vino abajo. Quizás entendió que de nada le valdría hacerse el héroe para salvar a otros. Hizo gestos con la cabeza para que parásemos.

Suplicó una muerte rápida si colaboraba. No le respondí. No podíamos

pasar de la indignación a la compasión solo porque hablara.

Confesó antes de morir su implicación en la muerte de Pedro Hermoso y en la de mi padre. Delató al senador Carbonell, padre de Ticio, como aquel que dio la orden de matar a mi padre, y como venganza por la muerte de su hijo, al capitán Pedro Hermoso, a mamá Vega y a mí,

Y no menos importante fue la confirmación del pretendido golpe de Estado de algunos militares y mandos de la Guardia Civil. Me dio nombres y graduación; anotamos todo cuanto nos dijo. Especial énfasis mostró sobre el teniente coronel Tejero Molina, al que confirió un estatus de ser uno de los principales instigadores. Relató que el grupo de golpistas afines a Tejero querían dar el golpe el mismo día en que se hiciera la proclamación de investidura de Leopoldo Calvo Sotelo, es decir el 23 de febrero. Aseveró que el general Milán del Bosch era partidario de hacerlo ese día y, por último, exteriorizó su malestar con los cobardes que pretendían posponerlo hasta que el rey les confirmara su apoyo.

Dejamos la vivienda con el cadáver de Eliot vestido de linda gatita en un reguero de sangre coagulada y junto a él, atado a la misma anilla, al hombre del traje azul. Respecto de Vicky, la liberamos y ordenamos que pasada media hora llamara a la Guardia Civil. Si lo hacía antes volveríamos a por ella. La dejamos encerrada en una habitación libre de ataduras; momento que aprovechamos para despojarnos de los disfraces.

Esa misma noche me encontré con Gamboa, bajo la atenta mirada de Berto y Bloody, que permanecían ocultos. Le hice entrega de todos los datos que en confesión aportó Eliot. Nos despedimos y le dije que abandonaba.

—Todavía no —me dijo.

—¿Por qué? —requerí yo.

—Deberás hacer una última misión. Debes contrastar estos datos con la marquesa —respondió.

—De acuerdo.

Nos despedimos y estrechamos la mano con cordialidad, y procedimos

cada uno a retirarnos a nuestros aposentos. Fue entonces cuando oí a Gamboa:

—¡Eh, Doménico!

Me volví hacia él y esperé a que continuara hablando.

—Gracias, por dejar viva a la chica —me dijo con voz firme y sincera.

—Yo no soy un asesino. No soy como los otros, no lo olvides nunca. Por cierto, Gamboa, ¿Quién era el hombre del traje azul? —respondí yo.

Se dio la vuelta y de espaldas a mí, sin detener su paso, me dijo:

—Nadie. No es nadie, ¡olvídalo!

Fue cuanto hablamos sobre lo acontecido horas antes. Él no me preguntó y yo no le di explicaciones.

Clareaba el día y enero se disponía a ser arrancado de las hojas de los almanaques, con él se iba, según los meteorólogos, uno de los meses más inclementes de lo que iba de siglo o al menos desde que se tenía control estadístico sobre estas cuestiones. Comenzaron a usar palabras nuevas para el ciudadano neófito en ese tipo de lenguaje, como *gota fría*.

Según el Ministerio del Interior, enero habría sido el mes más sanguinario desde que se iniciaron los atentados de ETA.

Respecto a mi estado de ánimo era una sensación de paz interior imposible de explicar. No solo por haber vengado a mi padre y a uno de sus mejores amigos, también porque el fin de semana que disfruté en compañía de Manuel fue maravilloso. Al principio no supe la manera de comportarme. No encontré en la librería ningún manual que me ayudara a pasar de lobo solitario a líder de una camada. Confundí todo, a veces le trataba de forma paternal y otras, la mayoría, como si fuese mi hermano pequeño.

Manuel, en cambio, no tuvo problemas de adaptación; desde el primer instante que subió al coche, su cabeza, su mente, no hicieron otra cosa que enviarle mensajes interrogatorios. Todo lo preguntaba, y al mismo tiempo lo cuestionaba, y yo no encontraba las respuestas adecuadas. La mitad del viaje la hizo contándome chistes de un tal Arévalo, sobre *gangosos* y *mariquitas*.

Recuerdo haberle preguntado:

—¿Quién te enseña tantos chistes?

—Graci, la chica de casa. Los pone en el radio casete a todas horas. Tiene varias cintas —me dijo.

—Caramba, con la señora Gracia —respondí.

—No es señora, es señorita y dice que eres muy guapo. A lo mejor le gustas y os podéis casar. ¿Tú tienes novia?

—No. No tengo novia —le dije.

—Dice mi madre que cuando ella no esté, que si queremos podremos vivir juntos. Yo si quiero, ¿y tú?, ¿Tú querrías que viviera contigo? Y si cuando te echas novia, ella no me quiere, ¿qué harás conmigo?

Confieso que la batería de preguntas que me hizo me dejó sin respuesta. Entendí que debía responderle rápida y contundentemente para que nunca tuviera dudas sobre mis intenciones, máxime cuando desde el fondo de su alma brotó una pena y un dolor tan grande que le arrastró a llorar sin consuelo.

Le miré en silencio de reojo. Dudé qué respuesta darle que le propiciara más certidumbre sobre su futuro. Recuerdo que íbamos por el centro de Sonseca y me eché a un lado. Le tomé las manos y lo abracé, y lo besé con todo el amor que se pueda dar a una criatura indefensa.

—¡Jamás Te dejaré por nada ni por nadie! Quiero que esto no lo olvides nunca —le dije, limpiándole la cara con mis manos y con palabras que brotaron desde mi corazón.

—Yo no quiero que mi mamá se muera nunca —atinó a decirme envuelto en un mar de lágrimas, entre sollozos.

—Hay cosas que nos superan. La vida y la muerte van unidas, forman parte de nuestra existencia. Yo también he perdido a mi padre hace muy poco —acerté a decirle.

No me dijo nada, continuó haciendo pucheros, hasta que pasados unos minutos, con esa inocencia propia de su edad, me preguntó:

—¿Entonces los dos somos huérfanos?

—Sí —le dije, tragándome toda la amargura que llevaba dentro desde

que doña Luisa me confesó la historia de su adopción. Fui cobarde, no me atreví a decirle quién era su verdadero padre.

Día a día, a base de escucharle y sentirle, aunque pareciera que no prestaba atención a lo que me decía, fui tejiendo un traje con los momentos más íntimos que vivimos, para poder entregárselo un día.

Entramos en Toledo sobre las siete de la tarde, aparcamos frente al parque de la Vega. Al doblar por la Puerta de Bisagra esquina con la calle Real del Arrabal, camino de la librería, el corazón se me aceleró.

De bruces me topé con la única persona que no quería ver en ese momento. Quise prepararla antes de que conociera a Manuel. No me dio tiempo a reaccionar.

Frente a nosotros, impávida, con los pies enraizados al suelo, como si fuera la mismísima Edith, esposa de Lot, convertida en una estatua de sal permanecía mamá Vega.

Ni un mal gesto, ni una buena sonrisa. Sus hermosos ojos quedaron fijos en Manuel, a veces, como si fueran las escobillas de un limpiaparabrisas, me buscaban a mí y volvían a él. Con la mirada extraviada siguió analizándonos, con un ojo a Manuel y el otro a mí.

Fueron minutos, sí. Eternos, como le son al preso en la espera por la llegada del último día después de una larga condena, hasta que por fin, con la voz en retirada, con miedo a descubrir algo que creía imposible, me dijo:

—Hola, cariño, ¿quién es este niño?

—Se llama Manuel y es...mi primo. Ya sabes, te hablé de él, lo recuerdas, ¿verdad? Vive en Ciudad Real —le dije, acariciándolo.

Para infundirle seguridad lo coloqué delante de mí y puse mis manos sobre sus hombros.

—Manuel, esta bella señora es mi madre. Se llama Vega, todos la llamamos mamá Vega.

El niño se adelantó y ofreció su cara para besarla, a lo que mamá Vega, sin todavía haberse recuperado del shock, hizo lo propio.

—¿Entonces usted es mi tía? —le preguntó Manuel.

Mamá Vega sin dejar de mirarme percibió mi gesto pidiéndole que

asintiera. Con la mirada le supliqué que fuera mi cómplice. Ella me conocía mejor que nadie y sabía que lo que fuere que me trajera entre manos no sería ningún acto delictivo.

—Claro, si eres su primo yo soy tu tía —le respondió.

Avancé hacia ella y sin esperarlo la abracé de la misma forma que se abrazan aquellos que llevan una eternidad sin verse. Sin soltarla, le dije en susurros:

—Gracias, mamá, te lo contaré todo. Confía en mí.

—Siempre lo hago, pero esto es muy fuerte, Doménico —farfulló entre dientes.

Sin apenas haberle dado tiempo de recuperación, le dije:

—Vamos a por Tina, ¿nos invitas a cenar?

—Sí, ¿y qué os hago?, no tengo nada preparado.

—Cualquier cosa, mamá —le dije tratando de animarla.

No dijo nada, miró a Manuel, y este, rápido de reflejos, le dijo:

—Tía Vega, por mí no te preocupes, yo como de todo.

—Qué rico, qué bien educado te tiene tu mamá —respondió mamá Vega algo más remendada del sobresalto inicial.

Nos despedimos con un «hasta luego», respondido con un: «no tardéis, a las nueve a la mesa».

Recogimos a Tina y los tres juntos subimos por la calle Real del Arrabal hacia la plaza de Zocodover. Caminamos hacia la cuesta de Carlos V, para mostrarle El Alcázar desde fuera. Nos hizo varias preguntas referentes a su historia como hecho relevante en el devenir de la guerra civil que nos dejó henchidos de admiración, decidimos llevarle a mi bar restaurante; nosotros tomamos un vino y Manuel, un refresco Mirinda con sabor a manzana. A la salida se quedó mirando una discoteca que estaba en esa calle y nos preguntó:

—¿Cuando viva contigo podré venir aquí?

A lo que Tina, le respondió:

—Por supuesto, jovencito, que podrás venir; pero ¡ni se te ocurra hacerlo

sin mí!

—Y tu novio no se enfadará, porque es mi primo. ¿A que sí, Doménico?

—¡Jajajajaja! —reímos los dos, después se nos unió el pequeño.

Mamá Vega, por mucho que lo disimulara, no apartaba su mirada recelosa de Manuel. Al principio levantó murallas entre sus sentimientos y el desconocido; lo aceptó después como se aceptan los regalos anónimos, con frialdad.

Tanto Tina como yo, procurábamos iniciar conversaciones que les obligara a hablar entre ellos. Cuando Manuel le pidió permiso, en mitad de la cena, para ausentarse de la mesa, casi se le cae la casa encima.

—Tía Vega, ¿puedo ir al baño? —le dijo.

Mamá Vega, guardó silencio, se refugió en sus miedos. Desde que horas antes le conoció, la palidez de su semblante se negó a abandonarla, juntos crearon una simbiosis y bajo el color quebrado de su piel era imposible rescatar algún atisbo que reflejara su estado de ánimo. Supe que había quedado tocada por el temblor de su mano derecha, con el tenedor golpeando en el plato.

Cuando resucitó del mundo de los temores, miró a Manuel y a Tina, y no acertó a hablar, y más tarde a mí, pidiéndome ayuda con la mirada.

—Por supuesto, está al final del pasillo —intervine yo.

Manuel no se levantó, observé a la criatura apretándose una nalga contra la otra, cubriéndosele la cara con un leve rubor; un par de ojos grandes y lagrimosos seguían todos los movimientos de mamá Vega.

—¿Y bien? —le pregunté.

—Es que tú no eres el que manda, es la tía la que ha de darme permiso —respondió él.

Me lo hubiera comido a bocados, a besos, pero aún no había llegado el momento.

—Por supuesto que puedes ir, cariño mío —le dijo mamá Vega con la

voz rota por la emoción.

La miré mientras Manuel se encaminaba apresurado hacia el baño, pasillo adelante. Hasta ese momento nunca pude, o quizás no quise, encontrar la oportunidad de explicarle cómo estaba la situación.

Decidí intervenir para intentar consolarla y tratar de sacarla de la quietud en la que se había quedado.

Comprobé que en ese estado de ánimo, lleno de dudas, corría el peligro de que mamá Vega se consumiera en las brasas de una sospecha temeraria.

—Mamá, cuando lo lleve a dormir vendré y te contaré todo. Ahora te pido de nuevo que confíes en mí una vez más y empieces a quererlo, a tratarlo como algo tuyo —le dije mientras tomaba una de sus manos para sosegarla.

—Es muy rico. Será una bendición para todos —intervino Tina.

—Si tú lo dices —silabeo mamá Vega.

La noche se había apoderado de la ciudad, había transcurrido una hora desde que dejé a mamá Vega. Fue una liberación para mí contarle todo lo relativo a Manuel y un gran descanso para ella.

Recordé que Tina había preparado una habitación para Manuel; él me esperaba despierto, al verme pidió dormir conmigo. No pude negarme, ahora yo no podía conciliar el sueño; a mi lado dormía placenteramente mi joven invitado con su brazo, como si fuese un tentáculo, sobre mi cuerpo.

Dejé encendida la lámpara de la mesita de noche y, echado de costado, lo único que se me ocurría era contemplarlo, extasiado, con el mismo entusiasmo de quien observa por primera vez algo desconocido, esperanzado en maravilloso.

No podía evitar estremecerme de ternura cada vez que su brazo se enrollaba adhiriéndose a mi cuello.

Lentamente, el sueño se fue apoderando de mi voluntad por continuar como observador privilegiado en el dulce estado en el que Manuel permanecía. Antes de abandonar la vigilia reconstruí la conversación con mamá Vega. Su respiración, mientras me prestaba atención con los ojos como platos, fue

pasando por diversas etapas. Hasta que sus pulmones no se inundaron por un aire de placidez que le devolvió la voluntad de vivir para poder cuidar de Manuel, no fue capaz de gesticular ni hablar.

No me lo puso fácil. No preguntó nada, únicamente me miró como lo hacen las personas que tienen miedo, expectantes a que le cuenten que el fin del mundo está por llegar. Durante el tiempo que estuve frente a ella, no percibí ni un solo gesto que me indicara su aliento por vivir. Permaneció impertérrita. Alguna vez enarcó las cejas, para mostrar su asombro ante lo que le estaba contando.

No tengo constancia sobre la hora en que me quedé dormido, ni tampoco podría jurar sin en algún momento lo hice, aquella persona que alguna vez se fue a la cama con un niño lo sabe. Recuerdo con vaguedad la pelea que mantuve con las mantas, desconozco el motivo por el cual siempre las tenía él y yo al descubierto.

Aquella mañana, mientras al fin yo entraba en calor al abrigo de las mantas, sonó con virulencia el timbre. Tanto Tina en su habitación como Manuel y yo, hicimos oídos sordos a tan desagradables y estridentes sonidos.

Desconozco cuánto tiempo estuvo golpeando la puerta con las manos y acaso con la nariz en el pulsador del timbre, hasta conseguir que los tres recuperásemos la sensación de estar entre los vivos.

Abrí yo, en un estado lamentable, lo reconozco. Eso sí que fue una noche toledana y no lo que cuenta la leyenda, me dije mientras acudía a ver quién narices osaba un sábado por la mañana despertarnos a las diez.

Al verla delante de mí, radiante de felicidad, mi rictus cambió. Estoy seguro que mi semblante le pareció al verme, el de un angelito gordito y rubio, como sacado de un cuadro de Rubens.

—Mamá, ¿¡eres tú!? —atiné a decir.

—Pues claro, ¿quién quieres que sea a estas horas? —me respondió entrando hasta la cocina, como una bocanada de aire escapada de un torbellino.

Yo la seguí, aún en estado de levitación.

—He traído churros para desayunar, ¿qué tal ha dormido el niño? ¿está bien? —Preguntó felizmente alterada.

Estuve a punto de decirle: «gracias mamá por preocuparte de mí, apenas

habré dormido dos horas seguidas, de hecho estaba a punto de hacerlo cuando has aparecido igual que un huracán».

No necesité responder, salido de la nada o mejor de mi habitación, despierto, sonriendo, como si con él no hubiese ido la noche, le oí:

—Buenos días, tía Vega. ¿Has dormido bien?

El muy ladino, canalla, roba-madres. Así me pagaba que cuidara de él.

A los ruidos y voces elevadas, por efecto del entusiasmo familiar reinante, hizo su aparición Tina. «Otra que tal baila», me dije. Lozana como una rosa, me ignoró por completo. Primero besó a Manuel y después a «MI MADRE», «y a mí que me parta un rayo», pensé. En fin, decir que en el rellano de mi piel me sentía en esos momentos como el hombre más feliz del mundo.

Desayunamos y nos preparamos para ir de excursión. Mamá Vega nos informó de que el invierno se había tomado un descanso, y presumía que ese fin de semana sería estupendo. Se ofreció para hacernos la comida; me opuse y decidí llevarlos a comer al restaurante. Llamé a Rufino, el maître, y le pedí que nos hiciera una buena paella con garbanzos y costillas de cerdo.

Marchamos los tres hacia el casco, cruzamos por el Circo Romano que aún conservaba vestigios de la última nevada, y disfrutamos como enanos lanzándonos bolas unos a los otros. Ni que decir tiene, que acabamos los tres sobre el manto de nieve, yo debajo y ellos dos encima. Jamás tragué tanta nieve como esa mañana.

Visitamos la Catedral, en el Alcázar no dio crédito a la historia que le conté sobre lo que allí aconteció hacía cuarenta años, se fotografió en el Arco de la Sangre. Procuré no agobiarle demasiado con mi retahíla de leyendas sobre la ciudad. Su semblante no variaba, en todo momento expectante ante cualquier cosa que le relataba. Especial cara de incredulidad mostró ante la leyenda de la Virgen de los Alfileritos, refiriendo que las chicas solteras de la ciudad encontrarían aventura amorosa si depositaban un alfiler a una pequeña imagen de la Virgen Dolorosa, que yacía incrustada en una hornacina protegida por una reja. No obstante, solicitó hacerse la fotografía de rigor e incluso le pidió a Tina un alfiler. Le miré y no pude retener en mi interior el gozo ante la inocencia propia de la infancia.

Bajo un cielo de plomo que se comía la luz, atajamos hacia la casa que sería mi hogar, y desde entonces también el suyo. Cuando lo creyó oportuno se

volvió a Tina, y le preguntó:

—¿Tú cuantos alfileres echaste para que la Madre Dolorosa te trajera a mi primo?

—Fue hace muchos años, tendría tu edad y la tentación me pudo... y eché uno sobre la hornacina.

—No conocía ese detalle —intervine asombrado por el testimonio de Tina.

—Hay demasiadas cosas que ignoras —respondió muy seria.

No encontramos a nadie en la obra, por lo que no pude enseñársela. Miré el reloj y les dije que aún teníamos tiempo hasta la hora de la comida y les ofrecí la oportunidad de visitar la zona de Los Cobertizos, siempre y cuando nos apresurásemos. No muy lejos, una tormenta amenazaba el armisticio que nos había prometido para el fin de semana; en el cielo comenzaban a dibujarse nubarrones negros, abiertos a toque de trueno, en donde rayos enfurruñados mostraban los colmillos relampagueantes.

Por motivos obvios, tomé la decisión de evitar pasar por la plaza de Santa Clara y decidí llevarlos por la plaza de Santo Domingo del Real. Al perfilar la plaza de los Carmelitas Descalzos ocurrió lo que nunca hubiera deseado, es más, en esos instantes invoqué a Dios, rogándole que la tierra se partiera en dos.

Ante nosotros, salida de la nada, como un ángel sin rostro ni presencia física, emergió la figura de Julia. Quise morir, no era el escenario deseado ni el momento adecuado para hablar con ella. Pasó a nuestro lado, se arrastraba de la mano de otra religiosa por el pavimento empedrado, sin mirarnos.

Julia resbaló y en su caída arrastró a la otra religiosa, cayendo las dos de bruces, Manuel corrió a socorrerlas, pero le negaron con un gesto vehemente querer su ayuda. Desconozco de dónde emana la fuerza del corazón en el ser humano; no alcanzo a entender qué poder de atracción tenemos unas personas hacia otras, que sin conocernos tenemos la sensación de formar parte del mismo cuerpo, de la misma alma.

Julia y Manuel, se miraron durante una eternidad. Al semblante de ella acudió la sonrisa más tierna que nunca vi, de rodillas extendió la mano lánguida, huesuda, para que él le aportara su energía vital.

Sin tiempo a incorporarse, percibí cómo su espíritu entraba en el niño a

través de los ojos. Los dos quedaron imantados. El tiempo se paró. La luz de un rayo a escasa distancia de donde estábamos los envolvió en un aura mágica. La religiosa que la acompañaba se santiguó al sentir la presencia física de sor Inés. Tina permaneció en una nube, extasiada por lo que estaba contemplando sin llegar a entenderlo. Y yo, impactado como el convidado de piedra al banquete de amor que se estaban profesando, a veces rayano en lo temerario, a punto estuve de abandonar el silencio. Me contuve y esperé a que la tierra comenzara a girar.

La señal para el despertar provino del mismo cielo que momentos antes les iluminó. Un tapiz de agua fina les anunció que debían partir a toda prisa. Tina portaba un mísero paraguas, insuficiente para darnos cobijo a todos. Me despojé del anorak y cubrí a Julia con él, mientras Tina, que por fin reaccionó, cobijó al pequeñajo bajo el paraguas, al mismo tiempo que tiraba de él, intentando romper las cadenas en las que quedó prisionero por amor con la religiosa.

Julia inclinó la cabeza para mirarme; los labios le temblaban, y me preguntó cientos de cosas con los ojos encharcados. No necesitó hablar, no le hizo falta, las palabras sobran cuando el amor está presente. En ese estado, la fuerza del amor se encuentra en la mirada, en las caricias, aquellos que alguna vez estuvieron enamorados saben bien de qué hablo.

A todas cuantas preguntas me hizo le respondí afirmativamente; rozó ligeramente la piel de mis manos y sentí el trotar de mi sangre, que como un potro desbocado golpeaba en las puertas de lo más angosto de mi corazón, pidiendo a gritos su amor.

La fragancia de su piel, el olor de su aliento, me dejó tocado. Sentí hundirme en el suelo, y únicamente la fuerza de su mirada me mantuvo firme. Con lágrimas en mis ojos, desbordadas por la emoción, inhalé de ella y la llevé hasta el fondo de los pulmones. Me negué a expulsar el aire, no al menos mientras estuviera delante de mí.

Fue después de ver su silueta perderse bajo un manto de agua aterciopelada, con olor a jazmín y a violeta, a petunias y a azahar, y a tierra mojada, cuando volví a respirar, besando el vaho una y otra vez.

Tina no me preguntó quién era, únicamente resopló como lo hacen aquellos que han escapado a un accidente en el último instante. Sí lo hizo Manuel, al que no supe responder con capacidad para que me entendiera. Tina estuvo soberbia haciendo uso de una sensibilidad impropia en los hombres, y que a buen seguro estaba yo de que si eliminaran de nuestro cuerpo testosterona

y su lugar fuera sustituido por ternura, habría menos conflictos entre los seres humanos.

Capítulo 11

Los súcubos no existen

“Somos nuestro propio demonio y hacemos de este mundo nuestro propio infierno”.

Oscar Wilde

Durante días habría de evocar aquel fin de semana, con rememoración especial al encuentro con Julia, con la lucidez serena de la nostalgia por los momentos vividos en tiempos pasados.

Volvamos atrás.

A la mañana siguiente de devolver a Manuel a su madre y de coincidir de forma fortuita con Julia, el día anterior se me antojó un sueño.

Tumbado en el sofá, me sentía dichoso por el gozo que me provocó la estancia del pequeño. Saboreaba con satisfacción, al calor de una taza humeante de café entre las manos, cada gesto, cada sonrisa que nos dedicó. Le recordaba intentando expresarse con creciente frenesí, ahogándose en decenas de preguntas, sobre la historia del Alcázar. El encuentro inefable con mamá Vega quedaría imborrable en el recuerdo.

Me encontraba en un momento de felicidad suprema, rememorando todo lo que aconteció, cuando el timbre del teléfono me devolvió a la tierra.

Era Lorena Brenes.

Su llamada la entendí como una muestra de inusitado interés por relacionarse conmigo. Era una señal que debería saber aprovechar.

Es cierto que a veces tuve la convicción irracional de que Dios manejaba mi agenda. Eran simples conjeturas a las que llegué tras la concatenación de hechos que ocurrían a mi alrededor y que se encadenaban unos a otros. Pudo haber llamado durante cualquier día de la semana anterior, en cambio, lo hizo cuando mi agenda estaba libre de compromisos.

Es por lo que sospecho que aquel que maneja mi tiempo no permite que se me moleste mientras hago o participo en otra actividad.

He de significar que el tono de la conversación, al principio, fue agradable, ameno; lo definiría como el existente entre dos personas que se respetan y al mismo tiempo desean conectar más íntimamente.

En el transcurso de la misma, y después de los primeros compases, me dejé querer. Permití que creyera en mi infancia perdida, motivo por el que se estimuló mi rebeldía ante mi padre, y emulé a James Dean en su papel de Cal, en la magnífica película de Elia Kazan, Al este del Edén.

Tejí una maraña de falsas historias rebosante de sueños rotos. Entró en mi tupida red y quedó atrapada. La muy ingenua, la pérfida Lorena Brenes debió pensar que estaba falto de cariño, deseoso de encontrar en ella el amor que la vida me había negado.

Entendió que mi posible personalidad dual, por un lado sensible y por el contrario agresiva, podría controlarla. Convino que conseguiría romper la coraza de acero diamantino con la que aprendí a proteger mis sentimientos. Se confundió al sospechar que era inseguro y débil, en base a mi ternura y amor por mamá Vega.

Quizás en lo único que acertó fue en apreciar en mí un compendio de valores que en su mundo no existían. Quién sabe si fue por eso por lo que bajó la guardia dejando, sin darse cuenta, un hueco en su muro por el cual pude entrar con toda mi caballería, hasta destrozar todas sus defensas. Olvidó mi rebeldía ante aquellos que creían tener un poder omnímodo, entre los que se encontraba ella.

Y esto debió ser así porque si no nunca entendería por qué entonces jugó a seducirme con una coquetería voluptuosa, impropia en una dama de alto rango, terreno por el que yo aprendí a moverme como un murciélago en las sombras de la noche más oscura.

Sin venir a cuento, me recordó la parte carnal de nuestro último

encuentro.

—Mientras te retorcías de placer oí tu voz ahogada decirme: ¡Te quiero! Me hiciste pensar —apuntó.

Quedé sorprendido al sospechar que acababa de abrir la puerta giratoria hacia una conversación con alto contenido erótico, probablemente desembocaría en juegos promiscuos, más propio de lectores de La Sonrisa Vertical. Acepté jugar. Hice una burla y le respondí abordando por la tangente.

—Eres una exagerada, difícilmente me podía retorcer si me tenías maniatado a la cama.

Poco a poco fue sintiéndose a gusto, íntima, subiendo de tono la conversación. Me preguntó qué ropa llevaba puesta, fruncí el ceño y no es porque fuese un mojigato, pero no entendí su pregunta. Me quedé pensando, dubitativo. Ante mi silencio se expresó con mayor claridad:

—¿No estarás de luto? —me preguntó, quizás con el único fin de zaherirme.

No terminaba de entender su juego, a veces se mostraba dulce y rijosa y otras, como en esta ocasión, me daba coces. En esta situación entendí que su pretensión no era otra que la de recordarme quién era cada uno en el juego perverso en el que la vida dispone de nuestras voluntades encargándose de colocarnos a cada cual a sendos lados del tablero y que ella formaba parte del grupo de fanáticos que asesinó a Salvatore.

Hacía un mes que mi padre había sido brutalmente asesinado. El dolor seguía tan vivo como el primer día, no había transcurrido ni una semana desde que conseguí que mamá Vega encontrara un poco de paz ante tanto tormento. Me pregunté qué pretendía al mofarse sobre mi dolor.

—¿Y si así fuese? —respondí con acritud, haciéndole entender que su pregunta me había hecho daño.

—No entiendo por qué te has enfadado. Tu comportamiento denota inmadurez —respondió.

Un silencio helador se apoderó de nuestra voz a ambos lados del hilo telefónico, suficiente para que me mordiera la lengua y tragara de golpe toda la bilis que acaba de generar mi cuerpo. Tiempo idóneo para preparar, maquinarse, un acercamiento en apariencia transigente. Opté por mostrarle sumisión, ya

habría lugar para pasar factura a sus hechos deleznales.

—Discúlpame, Lorena, por mi rabieta. No llevo bien la pérdida de mi padre y entendí que pretendías mofarte de mi dolor. Soy de aquellos que respetan las tradiciones, y el luto es una prenda que sirve para recordar la ausencia de aquello a lo que estabas unido —le dije, mostrando arrepentimiento, ofreciendo a cambio un talante conciliador.

No respondió de inmediato, se tomó su tiempo, sin prisas.

—Mejor lo dejamos aquí —farfulló.

Aprecié con desencanto el tono seco al colgar. Escasamente transcurrió media hora, cuando el sonido del timbre del teléfono retumbó por todo el piso hasta desaparecer. Ignoré otras dos veces más la algarada ruidosa del maldito chisme, por si fuera ella.

Las tupidas cortinas adornadas con bandos drapeados, tamizaban la escasa luz invernal que desde fuera intentaba dar calor al hogar. Las corrí y me senté en el sofá, junto a la ventana del salón, portando mi viejo diario y un lápiz; aparté los distintos cojines coordinados con el mismo tejido sobrante de los volantes y me dispuse a anotar todo aquello que tenía pendiente.

Después de varios garabatos logré centrarme en un nombre: Carbonell. Lo taché con inquina, arranqué la hoja y la hice un gurrño, acto seguido intenté acertar a colocarla en el frutero de la mesa.

Volví a la carga y esta vez escribí el nombre en el centro de la hoja, lo rodeé con un círculo que emitía flechas hacia el exterior, en cada punta fui escribiendo datos, anotaciones: Toledo, evento, Ticio, venganza, senador, golpistas, Hermandad, marquesa, Alianza Popular, cardenal.

Taché a la marquesa. Pensé en olvidarla, pero me pudo el compromiso adquirido con el gobierno, a través del sargento Gamboa, y reescribí su nombre junto al de él.

En otra hoja garabateé entre corazones a Manuel junto a mamá Vega y... a Tina, y a Berto y a todos los que de una u otra forma daban sentido a mi vida; y en el centro, como núcleo alrededor del cual giraría todo, escribí: Julia.

Al escribir su nombre, mi mano con el lápiz entre los dedos, se quedó inerte, como si el más poderoso y moderno imán inventado tuviese capacidad de atracción sobre una mina de grafito. Leer su nombre me devolvió un enjambre de recuerdos atropellados, quedando envuelto en una nube de vivencias con ella. La recordé con su largo cabello azabache esparcido como un abanico sobre la almohada, el cuerpo desnudo, sonriéndome y mi alma entera estremecida.

Pasado el tiempo, y con el poso que da la edad, igual que el buen vino, no podría negar que nuestra relación fue turbia. Añadiría concupiscente en sus inicios, y adúltero y prohibido en todo momento.

Si viviera mil años, mil veces mil, lo intentaría repetir. Porque con todos sus errores fue una maravillosa historia de amor.

Quizás porque desde el principio fuimos honestos el uno con el otro, pese a mis dudas en algún momento, nada podría alterar mis delirios de enamorado. Repasé que un día anoté en mi viejo y desgastado diario la respuesta de Julia a mis dudas: «No hay nada turbio entre nosotros, turbios eran tus ojos cuando me miraron después del primer beso, cuando tu alma estaba perdida y tu corazón era una cueva oscura y profunda. Ahora me miran azules, transparentes, como un remanso de paz donde me baño y lamo mis heridas, provocadas por aquel al que un día me entregué sin medida».

Una congestión de emociones y sentimientos perdidos afloraron desde las páginas manoseadas de mi diario a mi corazón. Me quedé varado en los recuerdos y sonreí al recordarlos con la misma ilusión de un lobo de mar que parte hacia un océano impetuoso sabedor que volverá a ver a su amada por muchos desafíos que le imponga un mar bravío.

En ese sueño despierto me encontraba, cuando de nuevo el maldito y odioso teléfono se manifestó destrozando el silencio.

En esta ocasión la llamada era de la oficina. En clave me dijeron que ya tenía revelado el carrete de fotografías que llevé a Herfer. Mi anónimo interlocutor me pidió por favor que fuese por la mañana a recogerlas, puesto que la tarde la empleaba para hacer fotos de estudio.

Lo más sorprendente del servicio secreto es que te toman o por muy inteligente o por muy lelo. Al colgar no me permitió comentarles que yo nunca llevé ningún carrete a revelar, ni tampoco me dio opción a confirmar que iría por la mañana; pues me quedó la duda, creo que razonable, de haber podido entender que fuese por la tarde, al estar el fotógrafo solo. Decidí aceptar la más sencilla:

«venga por la mañana».

Ante mis simples conjeturas, opté por la primera opción, ya que era la más próxima en el tiempo. Por la cara que puso el judío Herfer parece ser que acerté, no tanto en la presentación.

—Buenos días, soy Marsala —le dije.

—Buenos días, señor Marsala. ¿Qué desea? —me respondió.

—Venía a recoger unas fotografías que traje a revelar.

—Me deja el resguardo, por favor.

Callé y lo miré, y él a mí, y juntos participamos en un ágape de miradas desconcertantes. Yo sabía que el muy cabrón me reconoció de la última visita que le hice, pero el muy ladino creyó imprescindible la entrega del recibo o la verdadera clave.

—¡Soy Aurelio! —solté con rabia. Palabra mágica.

Apartó la mirada concentrada que dispuso sobre cualquier movimiento que yo hiciera, y hurgó debajo de unos pliegos de papel para envolver, y me entregó una nota manuscrita que decía: «A las tres en el restaurante El Corzo».

Sonreí como solo lo saben hacer los estúpidos, pues así era como me sentía, y abandoné el estudio fotográfico sin la nota, me la requirió una vez leída y con un álbum de fotografías.

—Son muy bonitas. ¿Quién las hizo? —inquirió Tina.

Correspondían a un reportaje gráfico que nos habían hecho durante el fin de semana. Confieso que no me di cuenta de estar espiados. En ellas aparecemos los tres, e incluso se atrevieron a tomar fotos durante la comida en el restaurante, con mamá Vega posando involuntariamente.

—Si te soy sincero, no tengo ni idea —respondí encogiéndome de hombros.

Respecto del nombre del restaurante en el cual habían fijado la cita para vernos en unas horas, mi sorpresa fue mayúscula.

—Por cierto, Tina, ¿podrías decirme dónde está el restaurante El Corzo?

Me miró e hizo un gesto de alucinación por mi pregunta, y sin decir ni mu continuó viendo las fotografías.

Puse mi mano sobre una de las páginas del álbum para impedir que continuara viéndolas, consideré una falta de respeto el que no me respondiera.

—¿Quieres apartar la mano de una vez y dejarme ver las fotografías?

—Te hice una pregunta.

—¿Estás tonto o te lo haces? —me dijo enfadada—. ¡Este! Este es El Corzo —zanjó, señalando a una fotografía en la que aparecíamos comiendo mamá Vega, Manuel, ella y yo.

—¡No jodas! —acerté a decir, con claros síntomas de vergüenza. Increíble, El Corzo era mi restaurante, medité. No muy seguro volví a la carga —: ¿Me tomas el pelo? En la puerta hay un rótulo, que bien claro dice: «Restaurante Castilla».

—Sí, pero en Toledo, desde siempre, se le conoce como: ¡EL CORZO!
—enfaticó en cada sílaba para que yo lo entendiera bien.

Comprobé el reloj y vi que disponía de tiempo suficiente para realizar otras tareas. Informé a Tina sobre la reunión que tendría horas después con el servicio secreto. Al encontrarse Berto y Bloody fuera de Toledo, y aunque no había grandes motivos para temer por mi seguridad, Tina me advirtió de la necesidad de que Samael me cubriera.

—No lo encuentro necesario. Si quisieran hacerme algo vendrían de frente y no esperarían a citarme en un restaurante —expuse.

—No sabes quién es. Más vale prevenir que curar —argumentó.

En eso tenía razón. Por ello, decidimos que lo llamara para que se hiciera cargo de todo lo relativo a mi seguridad, aunque yo intuía que pudiera ser Gamboa.

Mientras ella se ocupaba de lo relativo a mi seguridad, decidí caminar hasta un hostel ubicado en el paseo de Recaredo para indagar si sería allí donde se alojaría el senador Carbonell.

El hostel se encontraba a escasos minutos de la librería, por lo que me concedí mientras llegaba un tiempo para repasar todo lo acontecido desde que Zenón Cogolludo me entregó, de manera oculta, la nota informativa sobre los movimientos del padre de Ticio.

No podía dejar ningún cabo suelto de su mensaje encriptado, consistente

en frases sueltas sin sentido aparente. Entendí que la frase principal sobre la que todo giraba era: «*Las ratas vienen solas a la ratonera con el cardenal*».

Traté durante días, con mucho esfuerzo y poca fe, deshilar la madeja que me presentó el diputado Zenón Cogolludo, con la palabra, «cardenal» como epicentro de su frase.

Entendí, o así quise hacerlo, que el senador Carbonell vendría a Toledo y que lo encontraría en algún lugar público que fuese acompañado de esa palabra tan extendida en la milenaria ciudad de Toledo. Se ofrecía con facilidad a la nomenclatura de palacios, calles, colegios, restaurantes, hoteles, etc.

Anulé, por considerar poco probable la comparecencia del senador en solitario, los colegios, calles y avenidas. Y me incliné por restaurantes, hoteles y palacios. Supuse que Zenón deseaba transmitirme un lugar de fácil acceso a la persona del senador.

Antes de terminar de repasar todo lo acontecido, me encontraba en la barra del bar del hostel El Cardenal pidiendo una cerveza. Sin premura, pedí otra caña y un plato de buen queso manchego.

Inicié una conversación intrascendente con el camarero de la barra. Abordé un tema universal, sobre el que, lo confieso, yo era bastante neófito: «*el fútbol*». En minutos me gané su confianza y me permitió que diera una vuelta por el hostel con toda libertad.

Tuve mucha suerte, acerté en la primera visita. El encuentro de senadores de Alianza Popular sería en el hostel. Sería en sus dependencias donde se celebraría el evento y allí mismo se celebrarían las jornadas de trabajo. Todo estaba preparado para un largo fin de semana. Incluso me hice con un tríptico en donde se les indicaba lugares a visitar en el momento destinado al ocio.

Sería en este loco mes de febrero, los días 27, 28 y 1 de marzo. Antes sucedería, según Eliot, el asalto al congreso. «Habría que atar todos los cabos y no dejar ningún pico suelto, al azar», me dije.

Me despedí del camarero con una buena propina, como era mi costumbre, dejándole ver mis mejores deseos para su equipo, el C. D. Toledo. El hombre se animó y viniéndose arriba me invitó al Salto del Caballo para ver a *los verdes*.

Habría de reconocer que aquello que al principio era un compendio misterioso lo resolví con un golpe de suerte.

Sin tiempo para saborear el éxito de mis pesquisas me encaminé, con larga zancada, por las serpenteantes callejuelas que conducían hacia el restaurante El Corzo. Tardé quince minutos en cubrir la distancia que separaba el hostel El Cardenal, del restaurante; apenas me encontré con gente por la calle durante el trayecto, una ligera llovizna terminaba con el escaso hielo que pretendía perpetuarse en las sombras, transformándose en aguanieve.

—Vienes empapado y con el moco colgando. Anda, entra y caliéntate antes de que te conviertas en un pavo —me dijo Samael, acompañando sus comentarios de unas palmadas en la espalda.

—No es lo que parece, por dentro vengo sudando —respondí con la respiración ansiosa y tensa.

—Todo controlado. Adentro te espera un conocido.

Primero, la cortesía, y sin más dilación pasó al desempeño del trabajo. Así era Samael, un verdadero profesional, capaz de pasar de un estado a otro en décimas de segundo.

—Gracias. No te retires hasta que no hayamos terminado —le sugerí.

—No pensaba hacerlo.

Sentado a la mesa, de espaldas a la pared, me esperaba mi amigo Gamboa. Tomé asiento enfrente de él y socarronamente le dije:

—Cuánto tiempo sin verte; de seguir con esa actitud, de vernos a oscuras y siempre en privado, la gente igual piensa que nos amamos.

—Esa cuestión la dejo para tu amigo, el diputado Zenón —respondió con seriedad sepulcral.

—¡Joder!, aquí el que no corre, vuela— exclamé jocosamente.

—Desconocemos, de momento, qué estás tramando y aquello en lo cual te puede servir un diputado socialista perteneciente a la comisión de justicia —me dijo sin dejar de mirarme, inmisericorde.

—¿Me estáis espiando? ¿Por qué?

—Somos espías, no lo olvides. Aquí nos espiamos todos. Sabemos que no nos defraudarás, pero tienes demasiadas deudas pendientes por cobrar, y esa actitud puede conducirte a desviarte del asunto principal: España. Tu colaboración con el servicio secreto no te supondrá un cheque en blanco. Deberías parar, te entregamos a Eliot para que tú y tu gente os sintierais satisfechos con su muerte. Esto no es una selva, Doménico, te advierto.

—¿Me adviertes? ¿Sobre qué?

El mesero nos interrumpió. Gamboa no pidió nada, yo en cambio me decidí por tomar agua. Lo miré intentando arrancarle siquiera una brizna de comprensión. Desde el primer instante quiso mostrarme que no estaba para juegos, me fue imposible llegar a su corazón, construyó un fortín con altos muros defensivos, parapetándose detrás.

—Cíñete a lo que de verdad es importante. Interroga a la marquesa. En el gobierno hay dudas sobre conceder certeza de veracidad a la confesión de Eliot, referente a que el golpe de Estado será el próximo día veintitrés — al igual que el tono de su voz, él permaneció firme, templado, con el cuerpo rígido, como las estacas que se clavan en el suelo para empalar en ellas al enemigo.

—¡Ah!, era eso. De acuerdo, lo haré cuando llegue el momento —le dije tratando de conformarlo.

No terminé de hablar, poseído por una fuerza extraña extendió su brazo y me sujetó la muñeca con toda su alma.

—Escúchame bien. Esto ya no es un juego, Doménico. Podemos detenerla e interrogarla, pero pondría en alerta a *sus amigos*. Sabemos de su interés por ti. Solo tú puedes conseguir esas confesiones *de alcoba* que nos interesan sin levantar polvo.

Me hizo gracia la expresión, en cambio, a él, maldita la gracia que le supuso ver mis dientes de marfil en una sonrisa cargada de ironía.

—No he vuelto a tener contacto con ella —mentí.

—La próxima vez que te llame no la cabrees. Sedúcela, ve a su cama y dinos lo que queremos saber.

—¿Me estás sugiriendo qué me prostituya? — ahora fui yo el que se sintió ofendido y muy cabreado. Elevé el tono de voz lo suficiente para que entendiera que por ahí no pasaba. Cogí su mano con fuerza y la aparté de mi

muñeca.

Los dos nos quedamos en silencio, le miré y le pregunté:

—Un momento, ¿me tenéis pinchado el teléfono?

No respondió. Se levantó y, al mismo tiempo que él, lo hizo otro que pareció estar aguardándole en la barra desde el principio. Se vino hacía donde yo permanecía pensativo por lo que hablé con Gamboa; Samael se interpuso entre los dos. Accedí a que se acercara.

—Dile a tu amigo de la Stasi que me cobraré lo que me hizo —me susurró.

Fruncí el ceño en señal de no entender a qué se refería. Giró la cabeza, se subió el flequillo y me mostró una fuerte descalabradura, con varios puntos de sutura.

Me quedé pensando en lo que acababa de decirme, sin apartar mi mirada inquisitoria sobre él. Me miró con aplomo hosco que lo libraba de resultar cobarde. Entonces le reconocí como el camarero que me dio la tarjeta de Lorena en la exposición de arte; el mismo que me encontré en el bar El Alquimista, con un reguero de hormigas por bigote y una insignia de la Falange en la solapa del traje.

Había cambiado su fisonomía según fuera la obra que tuviera que representar, ahora el cabello no permanecía uncido al cuero cabelludo con gomina, lo presentaba cuidadosamente despeinado, en donde un largo flequillo le impregnaba de cierta jovialidad. También abandonó para mejor ocasión el traje almidonado que en Toledo se reservaba para la misa de los domingos. Me quedé observándole mientras abandonaba el restaurante apoyado en un bastón, con paso inseguro acuciado por la pierna renega, como si estuviera borracho y desnortado. Mientras contemplaba la desaparición de su silueta del restaurante, me pregunté: ¿A qué coño fue a la casa de Vicky? Su imprudencia pudo costarle la vida. Probablemente el servicio secreto hubiese escrito en el parte de guerra que había sido un daño colateral necesario.

—¿Le conocías? —me preguntó Samael.

—Antes, no. Un viejo amigo —le dije quitándole hierro al encuentro.

Una vez más subestimé al Cesid. ¿Quién hubiera pensado que aquel al que golpeamos y dejamos esposado, junto a Eliot, era del servicio secreto?

Accedí al archivo secreto de nuestra memoria más inmediata y rescaté, palabra por palabra, lo acontecido con Gamboa. Entendí que el Cesid era como un pulpo gigante, con tentáculos extendidos por todas las cloacas del Estado, al que no le importaba perder a uno de sus miembros si conseguía el fin de sus intenciones. Definiendo las pérdidas de cualquier elemento, sea humano o material, como daños colaterales.

El servicio secreto, del mismo modo que Maquiavelo en «*El Príncipe*», no dudará en utilizar cualquier medio para conseguir la finalidad del propósito para el que trabajan. Ellos deberán intentar ser, según su conveniencia, bien león, por su fuerza, o zorro, por la astucia.

Podrían detener a Lorena e interrogarla, esa sería la demostración de su fuerza, pero optaron por la astucia, utilizándome a mí como cebo. No les importaba mi dignidad, debía conseguir que me contara todo lo versado sobre el posible golpe de Estado. Si el medio era fingir ser su amante, tendría que hacerlo. Para las fuerzas ocultas del Estado lo importante era el fin, nada les importaba los medios utilizados.

Moralmente no podía oponerme puesto que, al fin y al cabo con mis actos, habría demostrado a lo largo del tiempo ser el máximo defensor de las teorías de Maquiavelo.

En esas disquisiciones filosóficas y morales me encontré cuando el cansancio llamó a mi puerta. Apenas si pude contarle nada a Tina, ni tan siquiera escribir en el diario. Dormí profundamente y sin ensoñaciones que perturbasen mi sueño, a tenor del dolorido despertar que tuve en el sofá.

Tina debió dejar abierta la ventana de la cocina y el viento la sacudía contra la jamba. Hacía tiempo que me pidió que la intentara arreglar, se quejaba del frío que entraba. Al solicitarle más información, me respondió: «está ladeada y cada vez que intento cerrarla emite un chirrido de protesta». Chapucera y provisionalmente, sujeté la manilla a un cable que até a una alcayata. De esa

acción había pasado más de un mes, y ya se sabe: «Nada más eterno que lo provisional».

Se debió olvidar sujetarla antes de irse a dormir. Bostezando, sin un gran sobreesfuerzo, no me fuese a despertar de repente, arrastré el cuerpo entre los muebles del salón. Marchaba para la cocina cuando noté el despertar repentino y brusco de mi perezoso cerebro. Un olor amargo y penetrante absorbió la brisa fría de la mañana invernal, abofeteándome el rostro nada más verme llegar. Sobre el fregadero todavía descansaban sucios los platos usados en la cena de la noche anterior. Pensé que ese sería el motivo por el que Tina se dejó abierta la ventana. Sin más preámbulo tiré de ella hacia arriba y la ajusté en el marco. «De hoy no pasa que la arregle», me dije.

Antes de meterme a carpintero, debía cumplir con una de las reglas de oro que marcaban nuestra convivencia, escrita en rojo sobre una pizarra, decía: «*Si cocinas, no friegas*». Ella cocinó, yo debía fregar, estaba claro. Maldita la gracia que me hacía, recién despertado, ponerme a fregar.

Cuando Tina despertó, la cocina estaba recogida y más limpia que un jaspe. Me pareció oír un ligero carraspeo, procedía del pasillo, incliné la cabeza para ver a quién correspondía la sombra que se proyectaba sobre la mesa. Recostada sobre el quicio de la puerta, *despelujada* envuelta en un albornoz azul de terciopelo y en calcetines de lana, contemplaba atónita el estado de la cocina.

En la encimera aún espiraba la cafetera un vaho caliente de olor agradable, dispersándolo por toda la casa. Inhaló dos veces, y al tercer intento abrió la bocana de sus labios y me regaló una linda sonrisa, y también abrió las esclusas de los párpados, emergiendo dos grandes ojos, como el cielo azul del verano, invitándome a bañarme en ellos.

Miré la desnudez de sus pantorrillas, con los calcetines de lana, hechos un gurrño, hasta los tobillos; fingió morder el puño del albornoz y me pareció una imagen muy enternecedora, y por un momento erótica.

—¡Qué bien huele! —atinó a exclamar entre susurros.

—Anda, ánimo y ven a desayunar —le dije, mientras se desperezaba.

En el centro de la mesa puse una jarra llena de zumo de naranja; en el lugar que ella solía ocupar por costumbre, sobre un plato, en una servilleta oculté un presente.

—¿Es para mí? —me preguntó.

Asentí. Con mimo abrió la servilleta dejando al descubierto dos rosas: una roja y otra amarilla. Al verlas se quedó paralizada y un velo de lágrimas empañó su mirada, algunas de ellas saltaron deslizándose pómulo abajo, hacía la comisura de los labios.

—Eres un maldito cabrón —me dijo, gimoteando

Sonreí, como sonríen las personas que son felices, sin tapujos. Se levantó y se enroscó en mi cuerpo, y trepó hasta mi cuello como solo saben hacerlo las damas de noche, embriagándome el aroma de su piel.

—Seréis muy felices. Eres un buen hombre. Siento haber llegado tarde a tu corazón —me dijo, dejando un tierno beso en mis labios.

La besé en la frente y la ceñí contra mí, amoldándose a mi cuerpo como si fuese de arcilla, y le dije:

—No has llegado tarde, desde el primer día entraste y continúas hirviendo mi piel. Con Julia todo es diferente, es verla y sentir que no hay otra vida sin la suya. No fue mi único amor, pero sí mi gran amor —respondí con un suave mordisco en sus labios. La levanté y en brazos la dejé en la silla. Por el camino me preguntó:

—¿Y María?

—¿Qué ocurre con María?

Se me quedó mirando y arqueó las cejas animándome a entrar en el tema.

—Apareció en mi vida como una bendición. Yo estaba desolado, y ella fue un manto de calor y consuelo para mi corazón. Nos enamoramos enseguida, yo intentaba acostumbrarme a la pérdida de Julia. Tal vez no es suficiente para que sea el amor que uno espera tener para siempre.

—¡Ay!, como te quiero —me dijo. Por el tono y la expresión de su rostro supe que era sincera.

Mientras desayunábamos la puse al tanto del encuentro que tuve con Gamboa. Quedamos en no utilizar más el teléfono en conversaciones comprometidas. Con el último trago de café encendimos un cigarrillo, de esos

que ella guardaba para que yo no fumara. Teníamos el roll cambiado, debería ser yo, como hombre, quien la controlara a ella; en nuestra relación casi todo era al revés.

Como decía, mientras fumábamos nos entregamos al juego de los espías, y cada uno cogimos un bolígrafo y papel, y en lugar de hablar escribíamos. Pensé que, si pincharon el teléfono, igualmente podrían haber puesto micrófonos en el piso. No pude olvidar que un acto similar protagonizó Bloody en casa de la madame.

Convinimos en utilizar teléfonos públicos para contactar entre nosotros. Bloody debería comprobar si teníamos algún micrófono en casa. Como quiera que yo me tenía que encargar preferentemente del asunto del Cesid, Tina organizaría el seguimiento sobre la reunión de senadores de Alianza en Popular, a finales de mes. Para cuando terminamos de desayunar, la mañana había avanzado hasta el mediodía. Decidimos que en media hora teníamos que estar en marcha.

Por insólito que parezca, yo estuve listo antes que Tina. Es cierto que jugaba con ventaja al no tener que pintarme el rabillo del ojo. Como fuere, en la espera a que Tina saliera de su dormitorio, me dio tiempo a revisar los datos que me aportó Gamboa sobre Lorena Brenes.

Recordé el enfado monumental de Tina cuando le conté que quizás tendría que dejarme amar por Lorena.

Ella masculló:

—¡Cuestión de estado!

—Sí.

—¿Y qué harás?

—Cumplir órdenes. Los soldados obedecemos órdenes, no las cuestionamos. Es mi deseo conseguir la información cuanto antes, para que no me resulte demasiado espinoso.

—¿Y Julia?

—No me lo hagas más difícil, Tina.

Ahogada en su propio sudor, ajena al vaho rancio que reverberaban los cuerpos de las religiosas del convento de Santa Clara, Sor Inés entró como una exhalación en su celda.

Mientras se desnudaba, en su pensamiento únicamente había lugar para el niño que le tendió la mano para ayudarla a incorporarse del frío suelo, tal y como hizo Jesús con el príncipe Judah en la película de Ben-Hur.

Hasta el mismo instante en que recibió la respuesta de Doménico conminándola a que abandonara todo pensamiento relativo a marcharse lejos de Toledo, permaneció abstraída del mundo de los vivos; todo ocurrió muy rápido, sólo necesitó leer las apenas dos líneas que le escribió Doménico para salir del submundo en el que vivía, en busca de bocanadas de libertad.

«Hay algo en este mundo por encima de nosotros, el fruto de tu vientre», rememoraba una y otra vez las escuetas palabras de su joven amor.

Ella, que pretendió dejarle claro en la misiva que le entregó a sor Isolina que nunca más se volverían a ver, también le escribió que había decidido refugiarse en un convento de clausura severa de por vida, lejos de Toledo. Partiría a la búsqueda de la unión mística con Dios, y para ello necesitaba de un clima de silencio y oración.

Desde ese mismo instante abandonó toda idea por vivir. Paseó su cuerpo de ángel, sin rostro ni presencia física, por el mundo de los vivientes; por eso no reparó, antes de caerse, en los ojos verdales que una vez la magnetizaron, ni en el rostro lívido con los labios petrificados por el pánico, de aquel al que juró amor eterno y que estaba frente a ella.

Y si así hubiera sido, podría haber recordado que fue en el entierro de doña Socorro, la esposa del coronel Luis Alfonso Figueroa, cuando por primera vez sintió aquella fuerza de atracción que le produjo estremecimiento al abrazarlo, o quizás fue el olor de su piel lo que la esclavizó hacia la más encarnizada y sórdida pasión.

Cuando Doménico la cubrió de la fina lluvia, no quiso abrir los ojos para no romper el embrujo. Le preguntó si aún la amaba y él le dijo que sí, a través del palpar de su corazón, unidos por el contacto de sus manos. No olvidó recordarle, con los ojos cerrados, que no había pasado un solo día de su vida en que no le dedicara un pensamiento.

Él solo supo mirarla, mudo y ciego, y ella lo percibió, y rozando su piel con la de él para llegar antes a su corazón, le preguntó: «Quién era ese niño», y él le dijo: «De los dos».

Oró a Dios pidiendo luz y sintió sus carnes abrirse, como lo hacen las aguas del Ártico al paso de un rompehielos, en busca de un pasado que juró no recordar. Y entre una torrencera de lágrimas logró entrar en ese lugar en donde se arrumba los secretos inconfesables. Y conforme se adentraba en ellos, negaba con la cabeza que fuera cierto lo que había sentido al tocar al niño.

Al abrir la caja de los recuerdos, sintió caer al abismo del desencanto hacia aquellos en los que confió su vida. Entonces una tormenta de ira y odio entró en su alma. Con el paso de los años consiguió perdonar a todos, incluso a su marido que ordenó matarla, por adúltera.

Ya no había marcha atrás, había cruzado al galope, al igual que una valquiria con la espada centelleante, el puente que unía las dos orillas: la del odio y la del amor. Ahora habría llegado el momento de su venganza.

Resplandeció como un fogonazo en las sombras de la celda la imagen del espectro de sus padres. Acudió a ellos en busca de amor y consuelo, su marido la había desterrado por amar a otro y fruto de ese amor llevaba en su interior una vida.

Ellos también la repudiaron y aconsejaron meterse a monja. Cuando despertó, preguntó por su hijo y las monjas le dijeron que nació muerto, y como estuvo mucho tiempo en coma por eso ella lo creyó.

Lo he visto y he sentido que es mi hijo, le grita al Cristo en el madero. He temido desgastarlo de tanto mirarlo. He sufrido por la tierna y dulce mirada con la que me llamaba: «Madre».

«Se acabó vivir indigente y lúgubre, no más oscuridad y silencio en tu nombre, ¿me oyes?» —le gritó al Cristo clavado en la cruz, mientras lo desclavaba con las manos, hasta con los dientes lo intentó.

«Ya no andaré más trastabillada por el miedo, asustada por enojarte» — fue lo último que le dijo antes de arrojarlo contra la pared.

Lavó su cuerpo y entonces se preguntó cómo se llamaría. Y de nuevo la zozobra se apoderó de ella y volvió a llorar y a reír, y se dijo que no estaba loca y si lo estaba era de amor. Apoyó la frente contra el espejo y sintió como el frío laceraba su piel.

Miró quieta durante unos segundos su imagen perdida en el espejo sin azogue, contempló el cuerpo ceniciento confundido con las paredes lúgubres del tabuco; aún conservaba los pechos altivos, los pezones incólumes deseosos de ser besados. Una larga costura partía desde el ombligo hasta perderse entre el vello púbico. Entonces volvió a derrumbarse y lloró agónicamente, arrodillada con las manos en el bajo vientre.

La idea de la muerte flotó un instante en la mente encolerizada de sor Inés, un ensordecedor trueno trajo tras de sí la noche, quedando el ambiente de su cuarto envuelto en una penumbra húmeda y gélida. Sintió el frío morderle la piel. Miró hacia la pequeña ventana que comunicaba la habitación con el mundo exterior en busca de una señal divina que la apartara de los macabros pensamientos.

La centella de un rayo infligió un aura espectral al Cristo clavado en el madero, que yacía en el suelo. Se encogió, tembló de miedo y de frío; se rehízo del primer embate y a gatas se acercó al crucifijo y lo agarró con fiereza con ambas manos. Lo miró y lo dejó respetuosamente sobre la pequeña mesita que le servía para dejar sus míseras y austeras pertenencias. Luego lo miró, y desafiante le dijo: «Ya no te tendré miedo nunca más». Entonces, y como ocurrió en el monte Gólgota hacía dos mil años, el cielo y la tierra parecieron juntarse como castigo a su desvarío. Creyó que Dios se enojó con ella por atreverse a pedirle explicaciones a su voluntad divina, mostrándole su fuerza titánica al enviar una salva de truenos tan feroces que rompieron el fino cristal de la ventana. Se hizo de noche cuando el reloj solar marcaba las tres de la tarde, y el agua y el frío se hicieron dueños del pequeño mundo de sor Inés.

Tiritando, pero con una voluntad de hierro, inquebrantable, decidió disfrutar de cada minuto del tiempo que le quedara porque este no regresa, resolviendo, con una gran sonrisa, que el nubarrón sería pasajero y que vendría la calma como signo premonitorio de vida más allá de esas cuatro paredes. Buscó en el armario y no encontró prendas que ponerse. No tuvo más opción que volver a los hábitos; en su rebeldía despreció la toca y salió descalza de la habitación con la más firme decisión de no volver.

Llevaba la muerte dibujada por bandera, llegó trastabillada, entre la oscuridad y el silencio, hasta las puertas del cenobio. No se dio cuenta, ni quizás quiso hacerlo, del pasillo que le hicieron algunas religiosas asustadas. Abrió la puerta y esta se abatió hacia adentro con brutalidad, por la fuerza del aire, golpeándola hasta tirarla contra el suelo. El flogonazo de un rayo iluminó inmisericorde las sombras lúgubres del convento.

Lo último que me dijo Tina retumbaba sin cesar en mis sienes con la misma virulencia que lo hace el martillo pilón con el hierro candente, golpeándolo una y otra vez sobre el yunque en la fragua.

«¿Y Julia?», me preguntó, como si yo pudiera elegir en ese momento con claridad. Entendí que su pretensión era hacerme recapacitar entre mi amor por ella y mi obligación con el estado.

Tuve que aceptar con gran dolor la separación de ambas cosas, llegando a la conclusión de que podrían ser compatibles siempre y cuando ella lo entendiera. Deseé que no tuviera nunca que contárselo.

Debía prostituirme no solo por mi país sino por todos aquellos que de una forma u otra dependían de mí. Había llegado el momento de aceptar la oferta que me hizo Gamboa en nombre del Estado. Supondría una amnistía por nuestros delitos de sangre y podríamos caminar sin temor a ser detenidos.

El tiempo estaba en mi contra y tenía que decidir entre anteponer mi deber para con España y la solución final para mis gentes, contra la fidelidad debida a Julia. Con este negro panorama se impuso en mi decisión la lealtad al Estado por encima de la fidelidad a la que un día juré amor eterno.

Así las cosas, restaba estudiar los puntos de encuentro en donde podría coincidir con Lorena Brenes. Debería encontrar el momento oportuno para hacerme disimuladamente el encontradizo con ella.

No hizo falta, todo fue más fácil, una vez más el sonido estruendoso del teléfono me alertó de una llamada. Confieso que no pensé que pudiera ser ella y erré en mi predicción.

—¡Hola! —respondí precavido, sabedor de que la línea estaba pinchada.

Del otro lado, el auricular me devolvió un hondo suspiro. Percibí que era una mujer, mas no pude delimitar quién sería la dueña.

—He estado pensando que quizás te deba una disculpa —quien de esa forma me hablaba no era otra que Lorena Brenes.

—No, no me la debes —respondí para, a continuación, señalar—: Seguro

que no sabías de mi dolor y yo estaba demasiado sensible. Lo mejor es que ambos corramos un tupido velo y nos olvidemos del asunto.

—Por mí de acuerdo, pero insisto, ruego que me disculpes por mi torpeza.

—Acepto tus disculpas y como muestra de ello te invito a cenar.

Al otro lado del hilo telefónico se produjo un silencio compacto. Ni tan siquiera el eco de su respiración me llegó.

—Eres rápido, no pierdes la ocasión —respondió al fin.

Resoplé y volví a la carga, manejando el tono de voz para hacerla seductora.

—He de tomarlo como un sí. Iremos a cenar a un restaurante cerca de la plaza de Zocodover —tomé la iniciativa, sabedor de que a las mujeres le gustan los hombres que toman decisiones. Al mismo tiempo descartaba ir a su casa y volver a ser narcotizado.

—De acuerdo. Me seduce la idea —me respondió.

Me preguntó por el restaurante y le dije que confiara en mí. Quedamos para el jueves, a las veinte y treinta horas, en la cafetería Telesforo.

—Desconozco dónde se encuentra. ¿Por qué no vienes a buscarme a casa? —me pidió zalameramente.

—No debo. De pequeño me enseñaron a no comer el postre hasta que no me comiera todo lo servido en el plato.

—¡Jajajajaja! —sonó desde el otro lado del hilo telefónico una estruendosa carcajada hilarante, contagiándome de ella.

Le expliqué que se encontraba en la plaza de Zocodover haciendo esquina con la cuesta de Carlos V.

Preparé la cena a conciencia, sería en El Corzo. Dispuse que fuera una velada íntima, en donde los únicos comensales fuésemos ella y yo. Lo haríamos en el salón Los Comuneros, era ideal. Les pedí una mesa no muy grande para aprovechar la cercanía. Las paredes eran de madera y en ellas colgaban unos apliques con luz cálida. Lo mejor del salón era la chimenea; para evitar el olor a humo, ordené que para la hora de la cena solo hubiera brasa y un leño pequeño que nos permitiera oír el crepitar de su alma al arder.

Deberíamos cuidar la puesta en escena con una luz tenue y una atmósfera envuelta en ricos aromas, a los efectos de propiciar un ambiente romántico. Pondría un centro de rosas rojas y pétalos de flores desperdigados por la mesa, y velas del mismo color, perfumadas de aromas suaves.

Conforme al protocolo, antes de las ocho estaba preparado para dar comienzo a la última batalla por mi país. En los tiempos en los que vivíamos, y con la gente que me juntaba, no me vendría de más buscar protección. Decidimos que Samael me acompañara discretamente en la cafetería y Bloody lo haría como ayudante de cocina, en el restaurante.

Quise evitar toda esta prevención; la insistencia de Berto y sobre todo de Isabella me convencieron a aceptar la protección. Por lo que no entré fue por dejar que Tina estuviera de auxiliar de cocina. Con un cocinero, un ayudante, el maître y un camarero sería suficiente.

Compré para la ocasión un abrigo de cuero negro, de piel fina. Un pantalón del mismo color y un jersey de cuello cisne, beige. Dudé entre cogerme el pelo con una coleta o dejarlo libre; opté por dejarlo sobre los hombros, me daría un carácter más formal y al mismo tiempo aventurero; la barba de tres días estaría bien, debía evitar que sintiese aspereza al rozar su piel en mi cara.

Se hizo esperar, lo hizo rayando las nueve. Un coche paró enfrente de la parada de taxis, el conductor uniformado bajó y abrió la puerta de atrás, de ella salió con majestuosidad una exquisita dama. No la reconocí, tuvo que ser ella la que me saludara con un gesto minúsculo de su mano derecha. Me aproximé sin mostrar excesiva impaciencia.

—No tengo palabras para describirte. Sencillamente bella —le dije besando sus mejillas calientes.

—Tú también lo estás —me dijo.

—Gracias, me vestí para ti —respondí simulando sonrojo.

Pasó su brazo alrededor del mío. Nos miramos y sonreí.

—¿Te da vergüenza?

—No, al contrario. Creo que ahora mismo soy el hombre más envidiado de todo Toledo —respondí.

—Me apetece tomar algo antes de cenar. ¿No te importa?

—En absoluto. Vamos aquí, al Telesforo, estaremos cómodos.

Pedimos vino, ella blanco y yo tinto. Charlamos amistosamente, ninguno de los dos tocamos asuntos pasados. En verdad que era una mujer de ensueño. La heterocromía convertía sus rasgos en algo fascinante. Sinceramente creo que, llegado el momento, no me costaría servir a mi patria; tanto ella como yo mostramos desde el primer instante deseos hacia el otro. Del bolso extrajo una pitillera de plata y tomó uno de esos cigarrillos raros. Samael me dejó un encendedor: «Me lo regaló tu padre», me dijo. Era un DuPont de oro. Con suavidad lo saqué del bolsillo y le ofrecí fuego.

Yo ya venía preparado para evitar sus artes. Una era el humo del tabaco y la otra sería que al menor descuido echaría algo en mi bebida para drogarme.

Fingí mareo y le solicité excusas para ir al baño. Sin que se diera cuenta, vi como del bolso sacaba un frasco y derramaba, con todo descaro, parte de su contenido en mi copa.

Volví con la cara humedecida y con una sonrisa un poco estúpida.

—¿Nos vamos? Tengo hambre —le dije.

Tomó su copa la levantó y con la mirada me pidió un brindis. Asentí y al querer coger mi copa le di y se derramó sobre la mesa.

—Oh, lo siento. Qué torpe soy —dije mostrando preocupación—, creo que ha sido por mirarte.

Llamé al camarero y le pedí otro vino.

—Por ti, por nosotros —dije.

Se oyó clamorosamente el *chin chin* de las copas al chocar una contra la otra.

—Sí, por nosotros —respondió ella, para nada contrariada ni con muestras de enojo.

—¿Pedimos un taxi o llamo a mi chófer? —me dijo al salir de la cafetería.

—Ni una cosa ni otra, el restaurante está aquí al lado, en el callejón del Lucio.

Caminamos los apenas cinco minutos que nos separaban del restaurante, cogidos del brazo. Sonreí al ver la avanzadilla. Con gran discreción Samael nos adelantó por la acera de enfrente, refugiando su enorme silueta entre los taxis.

En el mismo perfil de la esquina del callejón del Lucio se detuvo y me mostró los labios temblorosos deseosos de ser calmados y yo me entregué a ella, y sin ninguna vergüenza a la gente que pasase a nuestro lado, nos besamos con lujuria con una pasión desmedida, concupiscente, nuestras manos recorrían cualquier parte del cuerpo del otro sin recato. De pronto el frío desapareció y en su lugar una tormenta de calor recorrió nuestros cuerpos.

Cuando comprendimos que el siguiente paso sería desnudar nuestro cuerpo y con lascivia entregarnos sin pudor, decidimos hacer una tregua e irnos a cenar. La cosa pintaba bien, me dije.

—Buenas noches —nos dijo Samael facilitándonos la entrada.

—Buenas noches —respondimos los dos.

Una vez en el interior, el maître nos ofreció champagne.

—Por supuesto, gracias —respondió con naturalidad Lorena.

El maître chasqueó los dedos y de la barra nos llegó el sonido inequívoco del descorche de una botella. Brindamos y Lorena me susurró:

—No es francés.

—Permíteme que entre mis muchos defectos asome mi afán por ser español. Soy de aquellos pueblerinos que piensan en resaltar lo nuestro, y en considerar que nuestros productos no son peores que aquellos que vienen de fuera.

Se me quedó mirando, nunca la vi turbada hasta ese momento, y me dijo:

—No es ningún defecto. Me has sorprendido gratamente.

—Me alegro. ¿Pasamos?

Asintió, y yo hice una señal al maître. Con diligencia se nos acercó, recogió las copas y nos acompañó al reservado. Ayudó a Lorena a quitarse el abrigo de visón, presentándose ante mis ojos la figura de una dama exuberante,

elegante, quizás demasiado enojada para mi gusto.

Lucía un vestido con tonos floreados muy discreto en tonos marrones y verdes, con un ligero escote. Optó por un moño italiano, recogido con una tiara delgada, con pequeñas perlas incrustadas, haciendo resaltar el collar de fina pedrería con el que adornó el cuello acompañándolo por pendientes en completa sintonía.

Durante la cena hubo momentos en los que jugamos al gato y al ratón, otros los dedicamos a flirtear y, por fin, fue ella la que abordó el tema de conversación por el que yo accedí a seguir las órdenes del Cesid.

Fue en el impasse entre los ligeros entrantes y el plato fuerte. Se me quedó mirando —para ese momento ya se había descalzado—, y mientras acariciaba mis piernas, allá por las rodillas, me dijo:

—Tu fama te precede ...—hizo una pausa, aprovechó para jugar con la lengua y los labios con el borde la copa de vino, al mismo tiempo que los dedos de su pie gateaban peligrosamente hacia mi entrepierna. Yo permanecí serio y sonriente, me dejé querer. No me atreví a objetar, permití que continuara con su juego—. Aprecio en la ternura de tu mirada la ausencia de maldad ni siquiera de hombre duro.

—Gracias, soy lo que ves. No escondo nada.

—Algún secreto tendrás, todos escondemos algo.

—Nada que no se puede contar, salvo los secretos nacidos al calor y al asilo de las sábanas —sentí el cosquilleo de su pie rayano al escroto. Cerré las piernas dejando prisionero al intruso.

—¿De qué conoces al comisario Miguélez?

—Eres auténtica. Sabes lo que quieres y no dudas en tomarlo —me desconcertó su pregunta, ahora fui yo el que guardó silencio. La miré con lubricidad, aprecié que tras sus hermosos rasgos se entreveía la crueldad de la que me habían alertado—. No sé si debo hablar de ello, no es una cosa que me avergüence y tampoco me resulta agradable alardearlo.

—¿Podría decirse que es un secreto de alcoba?

—¡Nooo! Por Dios, qué ocurrencias.

—Te has ruborizado. Mírate, Doménico, la piel se te ha quedado

abotagada —me miró como miran los instigadores, recriminando mi cobardía.

—Será del vino —respondí riendo. La entrada del camarero me insufló el tiempo necesario para pensar.

—¿Y bien? —me preguntó sin apenas dar tiempo a que el camarero abandonase el pequeño salón, en donde supuse que debería jugar mis mejores cartas, confiriéndole de un ambiente propicio para cualquier cosa.

—Colaboré con la policía para la detención de un comando de ETA — musité, sin apenas mirarla, con la única finalidad de hacerla partícipe de mi actitud de buen patriota y de que tal hecho no me suponía la mayor gloria. Entendí que en este juego de espías primero tenía que dar carnaza, tiempo habría para abordarla con mis inquisiciones.

Me miró como se mira a un bebé antes de comértelo a besos. Yo mantuve la guardia en espera de que me lanzara otra pregunta, entendí que debía ser cauto y saber discernir con claridad y separar el trigo de la paja, y que aún era pronto para ser yo el que preguntara. No tardó, ni en volver a hurgar con el piececito dentro de mi entrepierna ni en hacer otra pregunta, la cual consideré capciosa.

—Tengo entendido que no eres muy buen amigo del capitán Eliot Roldán —me atizó dejándolo caer, como quien no quiere la cosa. Queriéndole restar importancia a su aseveración, decidió jugar con los dedos de los dos pies entre mis piernas

—Yo no tengo nada contra él. Me parece un funcionario eficiente —me miró estupefacta, sentí que mi respuesta quebró algo en su interior. Noté la parálisis momentánea de sus pies. Frunció el ceño, tanto, que sus lindos ojos parecieron desaparecer entre sus largas pestañas. Ambos aprovechamos ese instante para deleitarnos degustando el sabor del buen vino que posaba en nuestras copas.

—Creo que tú a él no le caes muy bien, es más, te diría con el mayor de los sigilos que sospecha que eres un asesino y que proteges a fanáticos anti españoles.

Ahora el que enarcó las cejas fui yo. Mostré asombro y la miré como miran aquellos que esperan el perdón divino.

—Es lo más sorprendente y deleznable que he oído nunca. Créeme, querida, si te digo que nada de eso es cierto. Todo ocurrió en Mijares, ¿lo

recuerdas? —asintió. Su mirada era la del juez más severo, en cambio la muy pécora continuaba zascandileando en mi entrepierna, consiguiendo por momentos la dureza de mi miembro viril. Traté de no perderme en su juego, tiempo habría de responder a sus tentaciones libidinosas.

«Entiendo por tu mirada —proseguí—, que no es necesario que te refresque la memoria, no obstante, me permito la osadía de defenderme de tan grave y páfida acusación. En el mismo fin de semana acontecieron una serie de sucesos, con resultado de muerte en algunos de ellos. El capitán Eliot me tomó confesión, no encontrando causa punible en mí, y no la halló, no porque sea mal investigador, sino porque soy inocente.

—Oh, no te enfades. No he aceptado tu invitación para hablar de mis amigos, aunque bien pensado mereció la pena hacerlo. Me provocas viéndote tan varonil, con la mandíbula apretada.

Consentí que friccionara, con libertad sus piecitos sobre mis testículos, permití que respirara con jadeos mirándome con voluptuosidad, creí que debía aprovechar ese momento para despejar dudas sobre mi lealtad y ganarme su confianza. Le entoné una mirada soñadora, como la de un quinceañero enamorado, y al mismo tiempo cautivadora, propia de un hombre que sabe lo que quiere, y entre susurros le dije:

—Lorena, antes de que rompamos la jarapa junto a la chimenea, me gustaría que le dijeras al capitán Eliot que no tengo ningún inconveniente en que seamos amigos, al fin y al cabo a los dos nos mueve el mismo fin: España.

Retiró los pies, sonrió al principio burlescamente y a continuación con frialdad. Pude entrever, tras sus fascinantes ojos multicolores, que aquello que le acaba de decir la había descolocado, sentí que algo había quebrado en su interior. Noté, para mi gozo, que ya no veía en ella a la que se creía en la reencarnación de Lilith, la criatura maligna que se transformaba en la oscuridad de la noche en una bella súcubo para devorar mancebos.

Tomó de su bolso la pipa y en ella introdujo un cigarro distinto a los que hasta ese momento se había fumado, repetí la acción de ofrecerle fuego. Retiró la tiara del moño y dejó caer sobre los hombros la exuberante melena cobriza. Inhaló, inhaló otra vez con más fuerza y expulsó el humo hacia mi boca. Se retiró el pelo de la cara y me miró con intensidad profunda. Me llamó a su lado y yo acudí presto, y siguiendo su juego fingí ser un niño pequeño arrodillándome entre sus piernas. Mesó mis cabellos con fuerza hasta conseguir que levantara la cabeza, volviendo a echarme el humo del cigarrillo desde su boca.

—Dime, ¿eres comunista? —inquirió con desgarro.

—No, no lo soy. Me duele lo que están haciendo con España. El gobierno es débil, debemos actuar contra el terrorismo o acabará con nosotros —respondí con hervor revolucionario.

—Actuar, ¿has dicho actuar?

—Sí, mi señora. Tenemos que pararlos, hay que terminar con este gobierno, con esta farsa de democracia. No debemos esperar al rey, está secuestrado por el congreso —repuse con frenesí. Tanto ardor di a mis palabras que yo mismo las creí.

Sonrió con maldad demoniaca, como lo hacen aquellos que creen tener un poder omnímodo.

—Antonio Tejero tiene razón cuando dice que el rey ni está ni se le espera. Aquellos que quieren retrasar la toma del poder es por cobardía. Vamos a hacerlo, Doménico, y el rey nos dará su apoyo y con él vendrá el resto.

—Contad conmigo. ¿Cuándo será? ¿Qué tengo que hacer?

—Tranquilo, mi joven cachorro, debes esperar hasta que rujan los leones del congreso —aseveró mirándome con complacencia.

Sonreí hastiado, al conseguir la información que me requirió Gamboa. No obstante, en mi interior había algo que agrietaba el éxito de la operación. Demasiado fácil, me dije. Pensé que dentro del Cesid, al igual que Eliot, podrían existir más agentes dobles y que por tanto Lorena fuese conocedora de mis intenciones y me dijo lo que yo quería oír. Tuve claro, o fue muy astuta, que la señora de Escalona desconocía que Eliot hubiese muerto y si lo sabía no me situó entre los sospechosos.

Comencé a sentirme mareado, sabía que el tabaco contenía un narcótico potente, capaz de hipnotizar a quien lo inhalara y me preguntaba, ¿por qué a ella no le surtía efecto? Quitó el cigarro de la pipa e introdujo otro, quise aprovechar para ir al baño antes de que volviera a echarme más humo.

—No, aún no. Bésame, como solo tú sabes hacerlo —suspiró entre susurros.

Tuve que decidir en segundos que tocaba jugar a otra cosa o dar por concluida la cena. Debería seguir el juego para intentar conseguir una

información más precisa.

Tomé la iniciativa, decidí pasar directamente al postre. Antes de que nuestros labios se juntaran preparó en su boca otra salva de humo, aparté la pipa de su mano posándola en un cenicero en el que previamente vertí agua. Fui a besarla y cuando sus labios color carmesí se entreabrieron, para arrojar toda su carga de humo con sustancias narcóticas hasta el interior de mis pulmones, los míos buscaron el placer en su cuello.

—Es tu aliento, es el olor de tu piel, lo que me hechiza al llevarlo desde mi lengua al paladar —silabeé, mientras en brazos la conducía frente a la chimenea, al mismo tiempo que cerraba el pestillo de la puerta.

Nos desnudamos sin pudor. Por fin nuestras miradas se encontraron sin equívocos y el mundo se detuvo; el tiempo paró y el silencio se hizo hueco entre el crepitar de la madera y el jadeo de sus caderas. No hubo besos tímidos de hermosos mordiscos, de esos que van tornando a cálidos con matices de colores. Esos besos, esos instantes, los guardaría para Julia. A ella iría caminando despacio, entre una nube de algodones con la melodía de ángeles cantores, y en la sonrisa de sus labios bebería el sabor de su alma hasta embriagarme.

Se tumbó mirándome, unas sombras provenientes de las brasas de la chimenea vistieron su cuerpo con un ligero velo oscuro y transparente; pude sentir en su cuello los pálpitos del corazón. Noté su cuerpo temblar, ladeó la cabeza y cerró por un instante los ojos.

Mis manos, como alas de mariposa, revolotearon por su piel. Era hermosa para su edad. Los pechos eran redondeados y turgentes, no crecieron precipitados, al contrario, la naturaleza se tomó su tiempo en desarrollarlos. Los pezones sonrosados me miraban altivos. Algún dedo se me enredó en el laberinto del vello púbico en busca de la puerta entreabierta. Al pellizcarlo, con suavidad, en los labios de la vagina, sentí cómo se estremecía; estiró un brazo hasta tomar mi vástago entre su mano acariciándolo con pericia.

—Toma lo que quieras. No hay nadie a nuestro alrededor. Solos tú y yo —me susurró.

Permanecía sobre la jarapa, inquieta, indefensa, en impaciente espera por ser amada. Ella que vivía revestida de vanidad y soberbia yacía delante de mí como la más dulce fierecilla, deseando que moldeara su cuerpo de arcilla con mis manos.

Me senté sobre los talones y abrí sus piernas sin dejar de acariciarla. Sonreí, dirigiendo la vista a sus labios trémulos, entreabiertos.

—No tenemos ni siquiera a la luna que te pueda transformar en una feroz súcubo. Solos tú y yo. No hay nada ni nadie a nuestro alrededor que pueda cambiar el rumbo de los acontecimientos —musité mientras mis dedos, como si fuesen anguilas, recorrían su cueva. Humedecí en la lengua las yemas de los dedos índice y cordial, y le acaricié el clítoris. Sintió una descarga de placer contrayéndose sin voluntad, quedando a merced de mi pericia.

Me miró de forma extraña, era una mirada entre miedosa y placentera. Fui deslizando mi cuerpo sobre el de ella hasta coronar los montes suntuosos de sus senos y allí me paré y con gula los succioné.

Desde la puerta me llegó el sonido del picaporte, alguien desde fuera intentaba entrar. Quien quiera que fuese no insistió mucho, al segundo intento desistió de su empeño. Pensé que sería el camarero con el postre. Pedí a Rufino, el maître, una tarta de fresas con nata y chocolate. Tiempo habría de probarla, me dije.

Lorena Brenes, ajena por completo a lo que acontecía al otro lado del pequeño salón, al sentir que mis labios cesaban en el sutil y placentero intento por obtener el néctar de sus pechos, me agarró de los pelos y me empujó hacia ellos para que no cesara en el empeño, más tarde me atrajo hacia sí, para besarme. Fueron más que besos dentelladas, en una de ellas sentí cómo me desgarraba el labio.

Furiosa me volteó y cual intrépida amazona se montó a horcajadas sobre mí.

—Tu cara, tu pelo entre mis dedos, la suavidad de tu piel. ¿Si supieras cuánto he deseado este momento!? —la miré con recelo, suspiraba más que hablaba. Tuve que hacer un esfuerzo por entenderla. Irguió el cuerpo desnudo, levantó los brazos al cielo y los siguió con la mirada. Por un instante calló. Las brasas del hogar emitían una cálida luz insuficiente para ver con claridad todos sus movimientos. Yo permanecía debajo de ella expectante, desconcertado. Bajó los brazos como poseída, salvajemente arrastró las uñas por mi pecho hasta más abajo del ombligo, llevándose entre ellas jirones de piel, antes de que el dolor hiciese mella en mí, exclamó con voz ininteligible—: ¡Eres mío, desde el primer momento que te vi! Desde siempre ansié perderme en el azul de tu mirada.

No permití que continuara con su locura de fierecilla indómita o de

demonio súcubo, como a ella le gustaba creer que era y la abofeteé. Sí, fue un sonoro guantazo, lo que la calmó por momentos. Vi la desolación en sus ojos y me sentí culpable.

Debí partirle el labio, le brotó un hilo de líquido púrpura, lo limpió con el dorso de la mano y lo llevó a la boca. Volvió a limpiarlo, ahora con las yemas de los dedos, y lo llevó a la mía.

—Ruego me exculpes del daño que te he ocasionado —le pedí con ánimo pesaroso, sin mucho convencimiento de que aceptara mi petición.

Selló mis labios con los suyos y plazeramente curó mis heridas con su lengua, y las secó con los pechos erguidos, piel contra piel. Sus labios trémulos dejaron de temblar al sujetar con maestría mi miembro. Cabalgó hasta quedar extasiada. Gritó antes de expoliarme del inestimable néctar, y lo hizo como un animal salvaje, en el mismo instante que me dejó vacío como momia desangrada.

Cayó sobre mí, los dos quedamos envueltos en una sábana de gotas sudorosas. Acaricié sus cabellos y la besé alrededor de los labios. Le coloqué la cabeza en la almohada de mis brazos, escuché los latidos de su corazón y le dije:

—Estoy listo. Quiero formar parte de aquellos que darán su vida por España. Me pondré a las órdenes de Tejero, díselo.

La luz mortecina de las brasas cansadas y agotadas después de horas emitiendo luz y calor daban una imagen dulce del rostro de aquella que creía ser un demonio. No dijo nada, solo enarcó el entrecejo para mirarme.

—Han decidido que sea el lunes. No quiero que vayas, únicamente Milán del Bosch apoya ese día. El resto, la mayoría de los generales, esperan a que el rey se pronuncie a favor del golpe. El 23 F será un fracaso por las prisas de unos pocos —vaticinó.

Hizo intento por levantarse, le hice un gesto negativo con la cabeza. Me dijo que quería fumar y que le acercara el bolso. Se lo acerqué, no así la pipa. Pidió vino para los dos. Cuando regresé con las copas y la botella de vino, la encontré enojada rebuscando en el bolso. Una mirada acusadora, fría, asesina, emergió de su rostro.

—¿Es esto lo que buscas? —le dije mostrándole un frasco con un líquido espeso y descolorido.

—¿Cómo te atreves a fisgar en mis pertenencias?

—Esta noche he comprobado que los súcubos no existen. Oscar Wilde escribió: «Somos nuestro propio demonio y hacemos de este mundo nuestro propio infierno» —me atreví a recitarle mientras me acercaba a ella. Retiré el bolso y la besé. Volvió la cabeza, negando tal posibilidad. No insistí.

Me dirigió una mirada levemente reprobatoria. De nuevo acarició mi abdomen con las uñas. Esta vez no rasgó mi piel. En su peregrinar atravesó el estómago, y donde antes había cinco cuchillas afiladas ahora las tornó por la suavidad de las yemas de sus dedos; continuó su camino, libre de obstáculos hasta encontrarse con el más fiero y respingado guerrero. Lo abrazó, midió su tamaño y lo hizo suyo.

Quiso ser ella la que iniciara el cortejo en memoria de lo que una vez creyó ser: el último súcubo, y allí estuvimos hasta el amanecer, entregados con impudicia al más lujurioso y obsceno acto sexual.

Capítulo 12

Si vis pacem, para bellum

“Si quieres la paz, prepara la guerra”.

Flavio Vegecio

Aquella mañana desperté con un regusto desagradable en la boca. No estaba acostumbrado a beber, y aunque el buen vino siempre hace buen camino, el exceso conduce a estos desatinos, pensé.

Ante la mirada inquisitoria de Tina, con los brazos en jarra, apoyada en el quicio de la puerta como el más severo de los cabos cuarteleros, opté por sonreír como síntoma de que todo fue según lo previsto, y lentamente fui desperezándome.

—Son las dos. ¿Comemos en casa o fuera? —se atrevió a decirme, para nada incómoda.

—Llama al restaurante del hostel Cardenal y reserva mesa. Voy a darme una ducha.

No quiso darse por enterada, y continuó con los brazos en la misma postura, esperando a que hablara. Estoy desnudo, le dije confiando en que se retirara. Entonces, con sonrisa pícaro y la ceja arqueada, tornó los brazos a la posición de cruzados, en clara señal de que no pensaba moverse hasta que de mi boca no saliera alguna explicación.

Ni corto ni perezoso salí de la cama desnudo, «como los hijos de la mar», que diría Machado. Me miró con desdén, pasé a su lado y ni el uno ni la otra hablamos, ¿para qué?

El restaurante se encontraba dentro del recinto amurallado de la vieja ciudad de Toledo, a escasos quince minutos desde casa. Caminamos y cruzamos por la puerta de Alfonso VI.

No necesitó preguntarme por lo acontecido la noche anterior, decidí contárselo yo. Obvié entrar en los pormenores de los detalles escabrosos y subidos de tono, no creí oportuno hacerla partícipe de ellos. En cambio, sí fui prolijo en facilitarle los pormenores que recordé de todo cuanto acaeció alrededor de la cena, o al menos así lo creí, hasta que inquirió:

—¿La acompañaste a su casa? Porque vamos, sería imperdonable que a esas horas la dejases caminar sola entre riscos empedrados, con zapatos de punta fina y tacón alto.

«Ella siempre tan irónica y mordaz», me dije.

—Cuando salimos del salón privado, pensé con toda lógica que no habría nadie en el restaurante. Me equivoqué al prejuizar a mis buenos camaradas.

—Sí, últimamente adoleces de ese pequeño detalle —me interrumpió mientras accedíamos por la puerta del hostel al restaurante.

—Como te decía, sentando junto a una mesa con una taza de café humeante, estaba el bueno y leal de Samael. Se levantó y me preguntó: ¿Desean los señores que les pida un taxi? Miré la hora, y el reloj marcaba la seis de la mañana. A lo que Lorena, respondió: Por mí no, gracias.

—Y, entonces, ¿la dejaste ir sola?

—Sí, pero no —convine.

La presencia del recepcionista, interceptándonos el paso al restaurante, interrumpió la conversación.

—Disculpe, tenemos mesa reservada para dos —se adelantó Tina.

—¿A nombre de quién, por favor?

—Tina Coín.

Mientras Tina atendía la solicitud requerida del recepcionista, distinguí en el florido jardín a Gamboa. Absorto en mis elucubraciones, tratando de entender qué le habría llevado hasta allí, ignoré que Tina marchaba detrás del mesero, hasta que volvió y me pellizcó para que la siguiera.

Nos sentamos a la mesa que nos indicó.

—Dos vermuts, rojos, por favor —pidió Tina—. ¿Puede acompañarlos de unas almendras? Gracias.

Cuando marchó el mesero, Tina protestó airada:

—¿Has visto a tu demonio súcubo? Te lo digo porque estás ausente y absorto.

—No lo entiendo. El servicio secreto nos vigila. ¿Cómo coño sabían que vendríamos a comer aquí? —farfullé con rabia—. Porque yo no creo en las coincidencias.

—No lo sé. Disimula, ya darán la cara. Me contabas, antes de llegar, que...

—Sí —la interrumpí. Esperé a que el camarero dejara los vermouths y las almendras. También nos trajo aceitunas. Recordé lo último que dije y continué —: Lo más sorprendente es que en la puerta del restaurante estaban dos hombres muertos de frío, esperándola. Uno de ellos era el chófer.

—¿Cómo es posible?

—Sencillo, vivimos en unos tiempos en los que todos nos espiamos a todos. Lorena Brenes descendió del coche en la plaza de Zocodover. El conductor me hizo creer que se marchaba. En ningún momento pensé que un segundo sirviente estuviera apostado con tiempo en la zona vigilando nuestros movimientos. Nos siguieron hasta el restaurante y esperaron con prudencia fuera. Lo que ellos no esperaban era encontrarse con el restaurante reservado completamente ni la dilatación de la cena durante tanto tiempo. Y ante la fortaleza y renuencia de Samael de no dejarlos pasar, no tuvieron otra que esperar fuera.

—Señor, la dama de la mesa del fondo les invita —me dijo un joven aprendiz, dejando un sobre de visitas sobre la mesa.

Abrí el sobre, dentro había una tarjeta con unas indicaciones escritas a mano. Era de Gamboa.

—Ve pidiendo de comer. Vuelvo rápido —musité a Tina, pasándole la tarjeta—. ¡Ah!, se nos olvidó que tenemos pinchado el teléfono, por eso saben que estamos aquí —la besé en la comisura de los labios. Me miró y me entregó una sonrisa cómplice.

Gamboa me esperaba en el jardín. El sol de media tarde se desplomaba sobre el desvencijado parterre.

No lo dejé en simples pinceladas, quise que lo supiera todo. Cuando

terminé mi relato, quedó cariacontecido, meditabundo, con el semblante errante.

—¿Entonces será el lunes? —inquirió aún receloso.

—Sí, su intención es secuestrar al Congreso de los Diputados. Como te he dicho no tienen la conformidad de todas las capitanías generales. La marquesa predijo que sería un fracaso.

—Cuídate, España está en deuda contigo.

Se levantó satisfecho. Apenas se puso en marcha, llamé su atención y le dije:

—Gamboa, te lo recordaré.

Los accesos al jardín eran de tierra rojiza pulverulenta. Mis zapatos pagaron la osadía. Volví a la mesa con Tina; la dama referida por el camarero como aquella que nos invitaba, había desaparecido.

Al término de la comida, nos pasamos con discreción por la recepción del hostel, quise comprobar que no se había cancelado el congreso de los senadores de Alianza Popular.

—Vámonos —le dije a Tina, tomándola del brazo—, todo sigue según lo previsto.

De vuelta, me contó que, según Bloody, no había micrófonos en casa. Tampoco en la librería ni en el domicilio de mamá Vega.

—Por fin, una buena noticia —sonreí.

Cuando despertó Julia, se encontró con la angelical sonrisa de sor Aurora, y al intentar levantarse la invitó a no hacerlo. Con un paño húmedo le limpió el sudor de la frente, la ayudó a incorporarse para darle sorbos de agua. Julia se asió con fuerzas a las manos de sor Aurora y esta le respondió con besos y mimos.

—¿Dónde estoy? —preguntó sin fuerzas.

—Gracias a Dios, y a su infinita misericordia, entre nosotros —le respondió la religiosa.

—Ayúdame a levantarme, por favor. Necesito ir en su búsqueda — gimió.

—Tiempo tendrás. Ahora te toca descansar, después de dos días inconsciente por la alta fiebre, debes estar agotada, débil. En tus delirios dijiste cosas espantosas —por un momento sor Aurora guardó silencio. Ante la mirada inquisitoria de sor Inés, prosiguió hablando—: Por como encontramos tu habitación, debes haber vivido un infierno.

Sor Inés suspiró profundamente, atropelladamente vinieron a su mente desconcertada cuantos hechos ocurrieron.

—Quiero que llames al padre Alberto Portela. Ya no puedo continuar ni un día más aquí —le imploró.

—Sor Inés, hermana mía, he pedido su presencia y diligente ha atendido mi petición. Le he contado parte de cosas que oí decirte en tus pesadillas, otras prefiero que seas tú la que lo haga.

—Ya no soy sor Inés, soy Julia. Me robaron todo, hasta el nombre.

Debía tener las cuencas de los ojos esquilmadas. Ya no brotaban lágrimas, ni siquiera para humedecerle los ojos. Sor Aurora la miró con pena y al mismo tiempo con amor, ella sí lloró y no se arrepintió de hacerlo. En el tiempo que Julia estuvo inconsciente, estuvo a su lado oyendo todo cuanto dijo, sujetándola para que no se levantara. No creyó que Dios la hubiera abandonado, al contrario, lo tomó como una prueba en su amor.

—El padre Alberto Portela está al llegar. Él te escuchará —se le ocurrió decirle. La besó las manos y se levantó para dejarla escuchar su interior.

—No me dejes. Quiero contarte lo que me hicieron hace doce años.

Para cuando hubo terminado de relatarle la más triste canción de amor, *sor Canturriña* era un mar de lágrimas. El desconsuelo se apoderó de ella, nunca antes oyó una historia con tanta maldad. El *toc toc* en la puerta, seguida de una voz de hombre, no cortó de raíz su pena.

—Buenos días, padre —dijo sor Aurora al abrir la puerta con los ojos de misterio, nublados de lágrimas.

Delante de ella, el padre Portela vestía el mismo traje negro con alzacuello sobre camisa negra. Un abrigo de paño gris y un sombrero de fieltro del mismo color le servía para protegerse de la gélida temperatura invernal.

La superiora los dejó solos. El sacerdote avanzó hacia la cama y tomó asiento en la silla que le tenían preparada junto al camastro, en donde reposaba Julia. Dejó en el suelo el maletín descolorido con la piel ajada. Lo abrió y extrajo una biblia y una estola, echándosela sobre el cuello. Comenzó a rezar hasta que Julia le sugirió que no deseaba hacerlo.

— No sin antes oírme —atinó a decir con la voz rota y desgarrada.

—Como quiera sor Inés —le dijo él.

—Le ruego que ya no me llame más por ese nombre. Me llamo Julia Alba. Sor Inés murió hace unos días.

El padre Portela la miró atónito. Siendo cierto que estaba al corriente de casi todo lo que le había ocurrido, esta decisión dicha con tanta firmeza le cogió a contrapié.

—¿Deseas confesarte? —se atrevió a formularle sin mucho convencimiento, receloso a herir sus sentimientos.

—No, padre. He perdido la fe —calló unos segundos, quizás para tomar fuerzas o tal vez para pensar qué le diría. Él dejó de mirarla y comenzó a rezar de la misma forma en que se reza cuando tienes delante a una poseída. Julia le miró y le recriminó con mirada acusadora su actitud.

—Ni estoy loca ni necesito que practique conmigo ningún exorcismo. El único demonio que llevo dentro es el de la ira a Dios, por permitir, dentro de su iglesia, lo que me hicieron —le dijo con aspereza. Le miró de frente, no había odio en su mirada y prosiguió—: Usted es un hombre bueno y merece saber todo. Alguna de las cosas que le contaré son meras sospechas, otras en cambio son de una realidad palpable y execrables en miembros de la iglesia. Le ruego, cuando termine mi confesión no eclesiástica, aborde con prontitud mi salida del convento.

Le contó que estando casada mantuvo una relación íntima con un hombre más joven que ella.

—Nos enamoramos, y cada día desde entonces he reiterado solemnemente el juramento que le hice de amor y fidelidad eterna. Mi marido, un alcohólico maltratador, al enterarse me pegó con brutalidad extrema, me violó y me echó de casa. Me desterró a Córdoba con mis padres. Cuando estos supieron el motivo se pusieron de su lado y me condenaron a recluirme en un convento —el silencio se adueñó del aire hostil que se respiraba en la pequeña

habitación.

El padre Portela tragó saliva, las órbitas de sus ojos quisieron huir, mirar a otro lado. No pudo, se sintió atraído por la mirada fría de Julia Alba. Quiso hablar y tampoco pudo hacerlo.

El silencio contaminado y enrarecido lo rompió ella.

—De aquella relación quedé embarazada. Antes de que ETA asesinara a mi marido, este ordenó mi muerte y fui atropellada por un coche dado a la fuga. Permanecí en el hospital Reina Sofía de Córdoba unas semanas en coma. Cuando desperté y recuperé la conciencia y el recuerdo de todo, pregunté por mi estado. Me dijeron que el embarazo seguía adelante, aunque desconocían las posibles secuelas para el bebé. Mi evolución no era muy favorable y llegados los siete meses sufrí un empeoramiento y tuvieron que practicarme una cesárea urgente para salvar mi vida.

Lloré con amargura la pérdida del fruto de aquella relación. Con el tiempo fui olvidándolo, aunque no fue fácil puesto que su huella permanecía impresa en mi vientre.

Hace unos días, en la plaza de los Carmelitas, me escurrí y caí al suelo. Entonces ocurrió el milagro, surgido de la nada: la mano de un niño me ayudó a levantarme. Al coger su mano sentí una sensación de estupor al principio, y de amor después. Su energía entró en mi alma y desde entonces no cesa de picotear en mi corazón pidiéndome que vaya con él.

—¿Y si no fuera hijo tuyo? ¿Por qué tanto sufrimiento si no tienes prueba para tanta tortura? —le dijo el cura con congoja y aturdimiento.

—Lo es, porque su padre en una nota manuscrita me lo constató y porque esas cosas se saben. Quien tuvo hijos puede dar fe. Era una copia exacta de su padre y mía. Quiero ir a verlo y pedirle la verdad y así terminar con esta locura que me va a enfermar.

El padre Alberto Portela le pidió perdón y la animó a concederlo a los demás, y también le dijo que en la gloria de Dios radicaba el poder de juzgar y no en ella.

—¡Váyase!, salga de una vez de aquí —le gritó Julia, espantada por lo que creyó oír.

Alberto Portela, Superior Provincial, no dijo nada; recogió el maletín y

en él guardó la biblia y la estola. Introdujo el cuerpo encorvado en el abrigo y se ajustó el sombrero; cabizbajo abandonó el cubículo miserable del que sor Inés renegaba: «A veces tengo la sensación de oler a azufre aquí dentro», le dijo en una ocasión.

Julia permaneció despierta con los ojos cerrados y el alma envuelta en pena, soñando lo que haría en los años que le faltaban por vivir. Cuando volvió sor Aurora, tuvo a bien revelarle el secreto de su pasión reprimida durante el tiempo que estuvo en el convento.

—Todo saldrá bien, insisto en que debes descansar, dormir.

—No puedo hacerlo, me agita una nueva esperanza de la que no deseo escapar ni un minuto más.

El teléfono sonó de forma estridente, decidí no descolgarlo: «ya se cansarán», pensé. No fue así, quien quiera que fuese conocía que yo estaba en casa. Decidí por un momento ignorarlo; el ensordecedor ruido no me permitía concentrarme en lo que estaba haciendo. Resolví atender la llamada antes de que se incrustara en mi cerebro tan desagradable sonido.

—Hola, soy Doménico —balbuceé más que dije.

Ya habían colgado. Pasé a la cocina a prepararme un café bien cargado. De nuevo el maldito timbre.

—¡Holaa! —dije esperanzado en hallar voz al otro lado del hilo.

—Soy yo. Debes venir, ¡ya! Tengo un problema con un proveedor —llamó Tina preocupada, no era un mensaje en clave. Supe que tenía que ir y punto.

Pude oír el eco seco al colgar. Después, casi al unísono, se oyó otro ruido. Entendí que serían los hombres del Cesid, que aún continuaban jugando a los espías conmigo.

Tenía la moto aparcada en la puerta. A esas horas apenas si encontré tráfico. No hubieron transcurrido ni diez minutos desde que hablé con Tina hasta que dejé la moto en la puerta de la librería. Para cuando llegué, el hombre del

traje azul almidonado esperaba en la esquina de enfrente sin disimular su presencia. Pude observarle por el espejo retrovisor, me giré y le saludé. Al fin y al cabo, éramos del mismo equipo, pensé.

Crucé la puerta y vi el agobio reflejado en el rostro de Tina. Eché la mano derecha a la cintura del pantalón por la parte de atrás, y sujeté la pistola. Tina entendió mi gesto y cambió el rictus a miedo. Vino hacia mí deslizándose por la moqueta, sin movimiento audible; las manos levantadas me gritaban: alto.

Accioné el seguro de la pistola y saqué la mano para que la viera. No hablamos; más tranquila, resopló. Al oído me susurró cosas sin sentido. Le pedí que se calmara, tomé su cara entre mis manos y le besé la frente. Le infundí tranquilidad.

—Está ahí. La pobre está demacrada, hundida. No ha querido tomar nada —me dijo señalando hacia el sofá oculto desde donde yo estaba.

—Tranquilízate, ya estoy aquí —murmuré. A continuación, sin dejar de mirarla a los ojos, con mirada complaciente, le pregunté—: ¿Quién está esperando?

No necesitó responder, de la nada emergió una sombra perteneciente a una silueta sin perfil. El pelo negro, como la noche negra y oscura de la muerte, el rostro céreo y tan delgada que apenas se distinguía su sombra del cuerpo. Me estremecí ante la sola recreación de su aspecto.

Aparté a Tina, y como un gamo salté a tiempo de cogerla al vuelo antes de que cayera al suelo desmayada. En mis brazos tenía un cuerpo deshilachado, la mirada vacía y perdida, sin apenas carne que le cubriera los huesos. La tumbé en el sofá y esperamos a que abriera los ojos.

—¿Llamamos a un médico? —preguntó Tina, todavía en estado de shock.

—No. Su enfermedad es de fácil diagnóstico —observé sin dejar de contemplarla.

Lentamente fue recuperando el ánimo, cuando abrió los ojos lo primero que vio fueron los míos hinchidos de amor y esperanza. Le ofrecí un poco de agua. Tosió un poco y sin dar tregua me tomó las manos y preguntó:

—Vengo en busca de la verdad, sin rodeos. ¿Quién es el niño que me ayudó a levantarme?

—Tengo dudas —le dije—. La verdad se esconde en ti. El parecido conmigo es brutal, así que pudiera ser hijo de mi padre o... —callé un instante.

—¿O qué? —me interrumpió con un hilo de voz enérgico.

—Que no me hubieras contado todo y sea nuestro.

Me pidió más agua, con sumo placer se la di. También me pidió ayuda para incorporarse. Retiró las manos de entre las mías. Al principio, por vergüenza miró al suelo o algún rincón oscuro de la librería; poco a poco fue cogiendo confianza y me miró de frente; era la suya una mirada triste con la pretensión de encontrar perdón por lo que creyó que con su silencio me hirió.

Aseveró que cuando la atropellaron en Córdoba estaba embarazada y que sus padres sucumbieron a la petición de su marido, y la obligaron a recluirse en un convento. Recayó y fue conducida de urgencia al hospital. Cuando despertó de la anestesia, preguntó por el bebé y le dijeron que tuvieron que practicarle una cesárea para evitar que murieran los dos. Le aseguraron que el bebé no sobrevivió.

—No llores —musité, como si pudiera hacerlo. Ella no lloraba, no podía, estaba tan débil que por no tener no tenía ni lágrimas que enjugar. En cambio, yo si lloré refugiado en sus débiles y frágiles hombros—. Se llama Manuel y pronto podrás verlo y tenerlo contigo para siempre. Debes descansar. He decidido que te vengas a vivir conmigo o con mamá Vega. Necesitas de nuestro cariño y cuidados.

—¡Y comer! —intervino Tina con la voz tenue como para no molestar.

—Gracias —susurró mirando de reojo a Tina—. No. No me iré a vivir contigo. La orden me ha proporcionado un lugar donde estar. Esta es la dirección, cuando sepa el teléfono te lo daré —murmuró al mismo tiempo que registraba en los bolsillos del abrigo raído que llevaba puesto. En uno de ellos encontró una nota, la leyó y me la entregó.

Los tres guardamos silencio, Julia pidió más agua. Fui yo el que, tras leer la nota que me dio, le pregunté sorprendido:

—La dirección no es la del convento. ¿Qué ha pasado?

—Es largo de contar. A modo de resumen: he solicitado la dispensa papal, renunciando a los votos que hice en su día —aseveró, reforzando su explicación con un gesto con la cabeza.

—¿Eso significa que has renunciado a los hábitos? —inquirí.

Asintió. La ayudé a ponerse de pie. Quise quedarme enganchado de su mano para siempre; ruborizada se apartó de mí.

—¿Cuándo podré verle?

—Pronto, muy pronto. Ella es Tina, la responsable de la librería. Podrás venir siempre que quieras e incluso trabajar aquí con nosotros, si lo consideras atractivo. Este es nuestro teléfono y este otro el de casa —le dije señalando con el dedo en una tarjeta de visita.

Antes de irse le sugerí que aceptara todas las propuestas que le hacía. Tina fue más allá y se ofreció a acompañarla cuando la necesitara: «Incluso podemos ir juntas a comprar ropa», le dijo.

Sin que se diera cuenta introduje dinero en uno de los bolsillos de su abrigo. La vi partir taciturna y escuálida. El abrigo parecía andar solo. Vino sin hábito y juré a Dios, mirando al techo, que ya no se la devolvería.

—¿A qué esperas? Vamos, espabila, ve tras ella —me animó Tina dándome una palmada en la espalda.

—Sí, lo haré. Te quiero —le grité lleno de júbilo al mismo tiempo que corría en busca de Julia.

La encontré a diez metros de la librería, apoyada en una barandilla de hierro forjado. La tomé con suavidad por los hombros, con la mirada errática me agradeció que estuviera a su lado. Trató de hablarme y le pedí que no era necesario.

—Perdóname por ser egoísta, debí decírtelo —atinó a decir, con lágrimas secas como las de las imágenes de la virgen Dolorosa.

—No digas nada. Sé que lo hiciste para protegerme, para protegerte, para evitar una ruptura familiar que estaba llamada a suceder. Si me hubieras llamado... —me dirigió una mirada delatora, intimidatoria, impidiéndome continuar hablando.

—¿Llamarte? —tomó aire y sonrió con dolor, como solo saben hacerlo aquellos que temen perder un brazo y descubren que solo les han amputado un dedo. Me miró de frente, a los ojos, parpadeó y entonces me gritó desde el corazón algo que llevaba punzante durante hacía mucho tiempo. Era el suyo un grito de silencio, pausado y al mismo tiempo enérgico—: ¿Con qué fuerzas

podría llamarte si dudaste de mi amor por ti? —me inquirió.

Callé como un cobarde, en mi cerebro rebotaban como pelotas de frontón cada una de sus palabras exigentes de comprensión, de justicia. Mi silencio contrito la condujo a un momento de piedad, atreviéndose a limpiar con sus huesudos dedos algunas de mis lágrimas carroñeras, huidizas. Supe que necesitaba hablar y decirme lo que llevaba empozado en sus recuerdos:

—Oírlo de tu propia voz me hirió profundamente y tu huida, insultándome, era una broma de mal gusto ante la catástrofe que se estaba produciendo en mí. Desconocía que estuviese embarazada; cuando lo supe, ¿cómo decírtelo, ante la desilusión que me provocó tu negativa a creerme? En aquellos angustiosos días mi corazón solo bombeaba ríos de lágrimas. Quisieron que abortara y me planteé esa nueva vida como un acontecimiento ineluctable— vibraba en su voz la sinceridad de sus palabras, trató de emplearlas en un tono sosegado y condescendiente hacia mí.

Cuando terminó, el aire se estremeció al oír el suspiro final. El rictus le fue cambiando, quise apreciar en sus ojos la agonía de la muerte; al color miel lo sustituyó un azul gélido. Las nubes levantaron un velo negruzco que se cernía sobre la ciudad dando entrada a un sol brillante de esperanza. Fueron unos instantes que me parecieron eternos. Lentamente fue abriendo una puerta a la vida, reflejándose en su tez morena.

El hombre del traje azul almidonado vino en nuestro auxilio.

—¿Qué le ha pasado? ¿Llamo a una ambulancia? Tengo el coche aparcado en frente, ¿quieres que la llevemos al hospital? —me ametralló con una batería de preguntas.

—Ya no hace falta. Gracias —silabeé con muestras de agradecimiento.

Entonces ella, al igual que el sol, invadió de luz todo a su alcance, y donde había oscuridad se vio vida. Golpeó con los puños en mi pecho y en la cara, y yo ante los golpes fui feliz, porque en ellos vi la resurrección.

Extenuada me suplicó:

—¡Ayúdame, ayúdame!

El hombre del traje almidonado sonrió feliz y yo con él. Se marchó, y de reojo observé que se quedó quieto en su esquina, volviendo a su papel de espía.

—Te llevaré conmigo donde yo vaya —musité—. ¿Podrás andar? —le

pregunté satisfecho de sentirme el hombre más feliz de la tierra.

—Ahora me encuentro mejor. Convaleciente aún, pero estoy viva. Mi ángel protector te ha enviado a rescatarme.

Tomamos un taxi y me la llevé a casa. Ni siquiera le pregunté si le parecía bien. Para cuando llegamos, mamá Vega nos esperaba dentro con una buena sopa de cocido humeante, repleta de fideos y con un huevo escalfado.

Bajo la atenta mirada para nada fiscalizadora de mamá Vega, Julia, en silencio compungido, se tomaba la sopa con la misma vehemencia que lo haría un polluelo del pico de su madre. Aproveché ese momento para recordar que en el taxi, echada sobre mi hombro, me susurró:

—Dame esperanzas y yo te devolveré mi alma.

—Prometo cuidarte y amarte. Si tú mueres, yo muero; si tú no estás, yo ando perdido. Sé que parece una locura, pero para mí es real —musité.

Buscó mi mano y se aferró a ella. Cerró los ojos y preguntó:

—¿Es buen chico?

—Es igual que tú —sonreí.

—¿Podré hablar con ella? Quisiera darle las gracias.

—Lo intentaré.

Desde su llegada permaneció en silencio, únicamente habló para dar las gracias. Pasó cerca de una hora en el baño que le preparó Tina. Dormiría en mi cama y yo en el sofá.

Llamé a Manuel para interesarme por él y por doña Luisa. Tuve suerte que se encontrara con ellos el doctor Priego. Hablé con él. Le puse al corriente de los últimos acontecimientos y le pedí que intercediera ante doña Luisa para recibir las gracias de Julia en persona.

—Veré qué puedo hacer. Me parece buena idea, quizás esto la ayude en su paz interior —me dijo.

—Gracias, Samuel.

Dudé sobre la conveniencia o no de contarle a Julia mi conversación con el doctor Priego. Preferí soslayar la información y solo hablaría de ello si me preguntaba. De quien sí le hablé fue de Manuel y de la ocurrencia del chaval al preguntarme si había vuelto a ver a la monjita que se cayó.

Rápida como un guepardo no dudó en requerir mi respuesta:

—¿Y qué le has dicho?

—Le dije que estabas bien y que tenías ganas de verlo para darle las gracias.

Esculpió una sonrisa de agradecimiento sincera y al mismo tiempo animosa, por lo que entendía que el futuro le depararía junto a su hijo y, por qué no pensarlo, conmigo.

Mi primera noche con Julia bajo el mismo techo me resultó extraña. Tina, con la puerta abierta no tardó en apagar la luz, era su costumbre quedarse dormida con un libro entre las manos. Julia se encerró en la que era mi habitación

Tumbado en el sofá, en la penumbra de la noche, pude ver llamaradas de luz que se escapaban entre las rendijas de la puerta. Fui incapaz de dormir, en alerta por si a Julia le ocurría algo. Ante el silencio de la noche, fui entrando en duermevela tratando de recomponer los pedazos de nuestros sueños rotos por la inclemencia de unos acontecimientos que no supimos controlar.

Debí quedarme dormido intentando recuperar recuerdos coherentes, que a veces acudían en tropel, distorsionados por el paso del tiempo. Desperté sobresaltado, soñé que unos grandes ojos me miraban queriendo incrustarse en mi interior: debajo de ellos, una fila de perlas marfileñas simulaba una sonrisa. La palma de una mano suave me acarició la frente para sosegar me y al mismo tiempo me imponía silencio con sus dedos en la boca.

—¡Shhiss! —me dijo.

—¿Qué ocurre? —inquirí, aún bajo los efectos del sueño.

Cogió mi mano y me invitó a seguirla. La puerta de la habitación estaba entreabierta; una luz tenue proveniente de la lámpara de la mesita, indicaba que en todo ese tiempo nadie había deshecho la cama. En el centro de la alcoba se separó de mí y caminó hacia un lado de la cama. Se guareció en el interior y

mirándome de costado me llamó junto a ella. Yo acudí sobresaltado a su encuentro, lentamente allané su espacio y rocé sus pies helados. Apretó su cuerpo contra el mío y percibí cómo su respiración era cada vez más pausada. Le cogí la mano, fría y encogida de miedo, la apreté con suavidad, y en susurros empecé a decirle que me perdonara. Se quedó dormida abrazada a mi cuello, igual que una tierna y temerosa cría de panda a su madre.

Quise decirle tantas cosas que no le dije ninguna. Me hubiera gustado decirle que la amaba, e incluso besarla. Deseé que no me viera como un desalmado en busca de una muesca más en las cachas de mi revólver.

Entonces cerré los ojos y busqué en aquel lugar en donde se arrumban recuerdos y secretos que no deseas volver a ver. Los convoqué como hacen los maoríes con sus espíritus y tatué su nombre en las islas perdidas de mi mente: Julia.

Y Sucedió, que en un mar de bonanza veleros bergantines con las velas desplegadas arribaron a la puerta de mi mente. La bandera que ondeaba en lo alto de sus mástiles eran dos corazones engarzados. Pude ver gaviotas bailando en un cielo azul, mostrándome todos los bellos momentos que juntos vivimos aquellas tardes de verano.

En mi sueño, sentí como en mis labios de enamorado un niño desembarcaba nuestros primeros besos, y fue así, como viendo descargar su rica carga repleta de sublimes recuerdos, el sueño se apoderó también de mí.

Sucedió que, para cuando desperté, Julia no estaba a mi lado. Nunca antes sentí el vacío que provoca la soledad. Una ligera angustia se apoderó de mi alma inquieta. Experimenté el dolor que se siente al palpar, con las manos entre las sábanas, el calor del ser amado en un espacio desértico. Jamás creí que el lecho en el que pasé mi primera noche con ella fuese tan inmenso.

«Julia», pronuncié su nombre con miedo a que no me respondiera. Sí me pareció ser devuelto por el eco, entonces percibí que mi vida, al igual que en ese momento la habitación, sería un espacio grande pero hueco.

Me levanté y corrí en su búsqueda, asustado, temeroso de que le hubiera ocurrido algo o peor incluso: «Que se hubiera marchado». En cuatro saltos

recorrí todas las estancias. No estaba, mi desolación iba en aumento. Descubrí que Tina, también había volado. Sobre mi frente se extendió un velo de melancolía. Por fin, de soslayo, vi una nota junto al teléfono. Era de Tina, con austeridad espartana, me decía: «Nos vamos de compras. Después iremos a la librería. ¿Comemos en El Corzo?».

Ocurrió que me sumergí en un estado de plenitud, embargado por una felicidad indescriptible, cuando sonó el timbre del teléfono. Era el doctor Priego para confirmarme que doña Luisa aceptaba conocer a Julia. Acordamos que iríamos mañana, sábado.

Aproveché que Julia estaba atendida, y según me dijo Tina: «muy interesada en sentirse útil», para organizar el último acto de la peligrosa vida que decidí llevar hasta entonces. Antes de que Julia entrase a formar parte de mi vida, yo debía dar cumplimiento al juramento que hice a la Hermandad de los Desamparados, y no era otro que el de procurar justicia a aquellos que con su felonía procuraron crear un imperio bajo la Ley. A los mismos que durante muchos años supieron tejer una maraña de subterfugios desde donde operar a sus anchas, ahora les había llegado el momento de saldar cuentas y recordarles que no tenían poder omnímodo.

Estaba dispuesto, a cualquier precio, a eliminar al último de ellos: a aquel que ordenó las muertes de mi padre y la del capitán Hermoso, entre muchos.

Desconocía cómo lo haría; era consciente de que debería adentrarme por ciertos vericuetos ignotos; como siempre actuaría sin un plan a priori, debiendo amoldarme a los acontecimientos venideros. Como diría Berto: «caminaremos a ciegas por terrenos desconocidos, nos adaptaremos o moriremos».

Ya no había tiempo para malas conciencias. Flavio Vegecio, escritor romano, en su obra *Rei militaris instituta*, dijo: «Si quieres la paz, prepárate para la guerra», y así deberíamos actuar. Nuestra acción contra el senador tendría que ser lo suficientemente contundente para que dejara claro al resto de miembros de La Hermandad que no permaneceríamos escondidos como corderos si nos volvían a atacar, al contrario, deberían ver en nuestra fuerza a una jauría de lobos preparados para defendernos.

Desde el mismo instante en el que el capitán Eliot Roldán de la Vega me confirmó que el autor intelectual de la muerte de muchos de nuestros camaradas,

incluido Salvatore Aspartana, fue el senador Carbonell, intuí que acabaría matándolo y así, con su muerte, quedaría cumplida mi venganza.

El ambiente de terror sembrado por ETA contribuiría a que quedara impune y la prensa pronto perdería interés ante un nuevo atentado. Acepté que el matarlo sería un acto de justicia y que no podía realizarlo otro, debería ser yo, el único legitimado para ejecutarlo.

Llamé a Berto, desde un teléfono público, para ponerle en antecedentes sobre los últimos acontecimientos y al mismo tiempo ir preparando una estrategia para dar caza al senador. Este detalle hizo que me retrasara en mi cita con Julia y Tina en El corzo.

Me esperaban en animada conversación sentadas a la mesa. El trabajo de Tina fue digno de la mejor estilista. Ella bebía vino y Julia agua.

A un lado de la mesa observé varias bolsas con ropa y cajas de zapatos. Sonreí a las dos, y me excusé por la tardanza. Julia, apenas si consiguió mirarme unos segundos, retiró los brazos de la mesa y los hundió en los bolsillos de la chaqueta; durante un tiempo se mantuvo cabizbaja.

El rostro afilado y anguloso denotaba su excelsa delgadez, los pómulos rosados de colorete simulaban la palidez de la piel. El brillo de los ojos dejó paso a una ligera oscuridad, prolongada por unas tenues bolsas tapizadas con un corrector de color claro; para los labios usó un tono rojo suave.

Las dos estaban muy elegantes. Aprovecharon hasta el último minuto, incluso les sobró tiempo para ir a la peluquería. Tina se recogió su frondosa melena rojiza en una trenza de espiga, como lo haría una valquiria. Lo tensó tanto hacía atrás que parecía que la piel se le levantaría de la frente.

Julia se inclinó por un arreglo de pelo, tiempo tendría de recuperar su frondoso cabello azabache. Un suéter verde ocultaba una camisa rosa con bocamangas blancas por donde sobresalían sus huesudas manos destacando cinco estiletes; en el cuello puso un ligero pañuelo moteado. Debía tener frío pues mantenía puesta una chaqueta de ante. En el perchero colgaba un abrigo rojo.

Tras unos minutos de discreta observación, Tina aprovechó para invitarme a la mesa.

—Cuando dejes la labor de policía o de cotilla para la prensa rosa, te puedes sentar con nosotras.

Por primera vez, vi una sonrisa de felicidad en el rostro de Julia. Desde que volvió del convento solo sabía sonreír con agradecimiento.

Tina no paró de hablar de Julia. En cambio, ella respondía con miedosas miradas y encendidas alarmas rosadas en los mofletes. Me contaron que habían gastado mucho dinero, y que no me decían cuánto por si me daba un infarto.

Julia manifestó que le gustaría encontrar un trabajo.

—¿Y qué te parece la librería? Yo necesito ayuda y este es un vago que apenas si aparece por allí.

—No sé si sabré, igual soy una carga —apuntó.

—Nada de carga, lo harás muy bien y cuando llegue él, aprovecharemos para desayunar o ir de compras.

Fue una velada estupenda. Al principio, Julia comía como los pollitos. Conforme fue avanzando la comida, se soltó, e incluso se atrevió a pedir un poco de vino. Se le notaba el esfuerzo que suponía para ella el estar fuera del ambiente del convento, en alguna ocasión realizó un largo suspiro. Sus respuestas gozaban de brevedad y a veces hasta vacilaba a la hora de responder. Aun así, yo la veía la mujer más bella de mi universo.

Yo procuraba no mirarla demasiado para que no se sintiera acechada, lo cual no fue nada fácil. Cuando terminamos, Tina se fue a la librería y nosotros nos fuimos a casa cargados con su rica y preciada mercancía. Huelga decir que iba radiante de felicidad.

Se nos pasó el tiempo y la noche dejó caer un manto oscuro sobre las calles solitarias de la ciudad. Desde el taxi, vi subir por la calle Armas a Vicki, la madame. Como un flash acudió a mi mente una propicia ocasión, que no debería de dejar pasar.

Tan pronto como llegamos a casa me preguntó si me gustaría ver lo que había comprado.

—Por supuesto —respondí con prontitud, acomodándome en el sofá.

Me miró perpleja.

—¿Por qué te sientas?

—Pensé que te probarías la ropa y pasarías delante de mí.

—¿Es eso lo que quieres? —inquirió.

Aparqué una sonrisa por temor a ofenderla, incluso me ruboricé. Fue ella la que tomó la decisión:

—De acuerdo, lo haré, será como ver desfilan a una escoba con faldas.

—Seguro que será la pasarela de moda más glamurosa que hombre alguno haya visto jamás —pronuncié.

Cabeceó y, sonriendo, dijo:

—Eres un adulator, ¿lo sabías?

Fueron momentos felices, gastamos bromas sobre su delgada figura. Quise hacerle fotografías y se negó. Cuando hubo terminado, se sentó junto a mí y le pregunté:

—¿Eres feliz?

Se me quedó mirando y de pronto apareció en su mirada un brillo especial. Al abrir la boca vi que aún conservaba los dientes blancos y alineados. Sus grandes labios delgados me obsequiaron con una sonrisa armoniosa. Tragó saliva, y yo me atreví a tomar sus manos, sentí estremecerme al rozar la suavidad de su piel; en la palma presentaba zonas callosas, signo inequívoco de una vida dedicada al trabajo duro.

—¿Cómo negar una evidencia? Soy feliz cuando me hablas, cuando me miras, cuando me sumerjo en tus ojos y veo tu alma rebotante de ti y de mí. Y sí, no quiero negarlo, al contrario, deseo que sepas cuán feliz me sentía al verte cada día en la puerta del convento y cuánta era mi desdicha el día que no lo hacías. Te he echado en falta cada día desde que te conocí.

«Ahora te pido paciencia, tengo miedo de no aprender a vivir en este mundo, te reclamo que me enseñes a ser feliz y meritoria de ti. Mis labios te desean, mi cuerpo entero se estremece al sentir tu aliento sobre mi piel —cerró los ojos y con sus manos hizo un mapa cartográfico sobre mi rostro. También me acarició en el cuello, hombros, brazos y tomó mis manos y las olió y se llenó de mí. Sin abrir los ojos me dijo—: Te deseo, te deseo tanto que me duele hasta respirar. He vuelto a creer en que nuestro amor es posible; creo en ti, en nosotros. No me dejes caer de este sueño o moriré.

—No lo haré. Nadie nos separará —silabeé suspirando su amor presente en el aire.

Nos besamos con ternura, con suaves picotazos de polluelos advenedizos en estas lides. Luego descansó su cuerpo sobre mi hombro y yo la tendí sobre el mullido sofá, bajé sus párpados y cubrí su cuerpo con una mantita; antes de levantarme cogió mi mano y me dijo:

—No quiero volver en tu búsqueda por las noches, tu sitio está junto a mí.

Sentí deseos de aullar y de arrojarme sobre su cuerpo tapado con la mantilla y, a dentelladas, desgarrar sus ropas y pasar mi lengua seca por los aljibes de su alma húmeda hasta saciar mi sed voraz.

Partimos hacia Ciudad Real cuando aún parpadeaban las luces amarillentas de las farolas colocadas en fila como si de una columna de indios se tratase.

La miré y era patente un ligero estado de pánico en sus ojos. A la salida de Orgaz, en el horizonte se dibujaban los perfiles de los molinos de viento, eran un presagio de que muy pronto nos adentraríamos en los dominios de Don Quijote, La Mancha agrícola y profunda. Antes deberíamos coronar el puerto de Los Yébenes.

—Vas muy callada. ¿Tienes miedo?

—Sí, un poco. No de ella sino de mí. Son muchos los años que llevan encerrados mis sentimientos y mis dudas en los calabozos de mis entrañas, temo que estén emponzoñados y salgan con furia, como excrementos, por mi boca —dijo con aire sombrío, aunque no noté rencor en sus palabras. La escuché en silencio, sin pestañear.

—Mira —le dije señalando al horizonte, tratando de desviar su pensamiento—, pararemos a desayunar allí, donde los molinos.

Asintió. Volvimos a guardar un escrupuloso silencio hasta la puerta del bar, en el centro del pueblo. Al cruzar la calle, la cogí de la mano y entrelacé los dedos. La noté fría, laxa. Al poco sentí su fuerza y su atrevimiento; se paró y me besó con suavidad. Para mí, suficiente. Avanzábamos con rapidez en recuperar el tiempo perdido, pensé.

—Te quiero —le dije, no en susurros sino a gritos.

—Estás loco. Lo sabes, ¿verdad?

Y mi atrevimiento fue a más, la cogí por el hombro y al subir el escalón que daba al interior del bar, yendo ella delante de mí, puse los brazos en su cintura y la detuve. Paré el tiempo, acerqué mi cuerpo al suyo y saboreé la fragancia de su piel, besé el aire que respiraba.

—Siempre pensé que nunca podría volver a quererte. Doménico, ¿dime que no es un sueño? No puedo negar que, desde el día que tropezamos, no he dejado de pensar en ti. Cada día te amo más y me pregunto: ¿Hasta dónde se puede amar?

—El amor no tiene medida, es infinito. No así la vida, solo tenemos una y tenemos que cuidarla y, si no comes, enfermarás.

Se rió con ganas y, antes de sentarnos, me besó con amor, con ganas escondidas y, cuando terminó, me preguntó:

—¿Era esta la comida a la que te referías?

Aproveché que Julia pasó al baño, para llamar a Berto; le dije que al ver a la meretriz se me ocurrió una idea que quizás podría servirnos.

—¿No será contraproducente su amistad? —me preguntó con claros síntomas de no gustarle la idea, aun sin saber de qué se trataba.

—Todo es posible en la viña del señor, aunque tiendo por lo contrario, teniendo en cuenta el miedo que pasó.

—Soy todo oídos.

—El diputado Zenón Cogolludo, en íntima conversación, me deslizó algunas costumbres rijosas del senador Carbonell. Es conocido en su círculo íntimo por su voraz lujuria hacia las delicias de las damas de compañía, sin hacer ascos ni a la edad ni al tipo. Parece ser que el hombre no es para nada remilgado en estas cuestiones.

—Te entiendo. ¿Quieres que llegado el día, si fuese necesario, le

tendamos una trampa usando de señuelo a las chicas de la madame?

—Eso es. Para ello habría que hacerle una visita. He pensado en Bloody.

—De acuerdo. Lo estudiamos. Por cierto, sería muy importante que el diputado nos haga llegar unas fotografías del sujeto. No creo que lleve su nombre en la frente y, puestos a pedir, una descripción física.

—Perfecto, le haré saber nuestras peticiones.

—¿Dónde estás?

—Querido hermano, voy camino de Ciudad Real. Tengo tantas cosas buenas que contarte, que mejor lo dejo para hacerlo en persona.

Avanzaron recto por la calle Toledo, una de las arterias con más historia de Ciudad Real. Atrás dejaron lo poco que quedaba del recinto amurallado de la ciudad, al pasar bajo sus arcos pudieron leer un rótulo con la pintura desgastada: Puerta de Toledo.

Aparcaron en los soportales de la plaza Mayor y cogidos de la mano se dirigieron a casa de doña Luisa. A Doménico le resultó curioso que Julia no hubiera preguntado en todo el trayecto por Manuel. Era palpable su miedo a recibir una respuesta contradictoria a sus deseos. Se refugió de nuevo en la isla de sus sueños y su barco se fue hundiendo lentamente en una mezcla de sombras y silencios.

Rompieron el silencio al pasar por la puerta del colegio Hermano Gárate.

—Este es su colegio —se aprestó Doménico a informarla, tal vez con el fin de rescatarla del mar de dudas que amenazaba con atenazarla.

En los alrededores de la puerta permanecían jugando decenas de niños.

—¿Tienen clase los sábados? —atinó a preguntarle con miedo.

—No. Vienen al Oratorio. Son actividades informales y voluntarias con el fin de educarlos en los valores salesianos. Manuel me dijo que se lo pasa muy bien. Hacen deporte, juegos diversos y a veces les ponen una película. Por supuesto, también van a catequesis.

Prosiguieron su camino lento. Julia mostraba cansancio y él no quería obligarla a ir más de prisa. Se detuvieron en la puerta del zaguán. Ella tomó bocanadas de aire.

—¿Estás segura de querer hacerlo? —inquirió Doménico con ternura.

Los dedos de su mano se aferraban de forma convulsa, cada vez con más fuerza, a los de él.

—No. No lo estoy. Me gustaría decirte: sácame de aquí —el tono de su voz era gélido como el aire que respiraban. La gente pasaba a su lado sin cara, las bufandas mezcladas con gorros, únicamente permitían que se les viera los ojos. El sol apenas se filtraba entre los nubarrones, dando a la calle Ciruela un aspecto sombrío.

Esperó a que, libremente, Julia tomara una decisión.

—Abrázame —le pidió, para a continuación ordenar: ¡Subamos!

Sin más dilación, pulsaron el timbre del telefonillo. Del otro lado una voz angelical solicitó información.

—Soy yo, Doménico.

Arriba, en el rellano, a la salida del ascensor, les estaba esperando. Corrió hacia él y de un salto se encaramó hasta su cuello.

Ella permaneció encerrada dentro del ascensor, como lo hacen las personas que no tienen nada que hacer, esperando su momento con un sentimiento de anhelo, y a la vez de duda temerosa, a que sus deseos solo sean eso: deseos.

Cuando Manuel se bajó del cuello de Doménico, miró a Julia y la saludó sin reconocerla. La invitó a que abandonara el ascensor, y se apreció en su mirada la acuciante necesidad de ser besada y acariciada como lo había sido Doménico.

El doctor Priego permanecía quieto, flanqueando la puerta entreabierta, observando con fascinación el momento en el que Julia y Manuel se saludaran. Él era conocedor de todo lo concerniente a Julia, al menos de todo cuanto Doménico quiso contarle.

—Hola, Manuel. ¿Me recuerdas?

El chavea negó con la cabeza, sin retirar su mirada de la de ella. Miró a

Doménico solícito de alguna pista que le permitiera reconocer a aquella que lo saludaba por su nombre.

—Me llamo Julia y cuando Doménico me dijo que vendría a verte, le pedí que me dejara acompañarle para darte las gracias en persona. Yo soy la monja que ayudaste, hace unos días, a levantarse del suelo —sonriendo se inclinó para besarle y esperó a que Manuel se acercase.

Por la forma en que la miró, la recordó perfectamente. Miró a Doménico en espera de la autorización. Era de espíritu dócil y solo le bastó con una mirada aprobatoria para acudir a los brazos de Julia.

Lo apartó de sí y lo contempló con detenimiento.

—Eres muy buen mozo —fue lo único que atinó a decir.

Manuel sonrió con agradecimiento al halago. No terminaba de entender por qué no vestía hábitos y se preguntó qué parentesco tendría con Doménico.

—Él es el doctor Priego —dijo Doménico, señalando hacia la puerta.

Estrecharon las manos y con cordialidad se saludaron.

—Pasen, por favor, doña Luisa les está esperando —les animó a entrar el doctor.

Samuel Priego fue delante. Los condujo en penumbra por el largo pasillo que conducía a la alcoba de la madre de Manuel. En el interior olía a enfermo; unas espesas cortinas grisáceas tamizaban, en complot con una persiana a medio subir, los escasos rayos de sol que se filtraban hasta permitir ver la silueta de un sacerdote que permanecía sentado en una silla junto a la enferma. Del otro lado de la habitación, una lamparita pequeña repartía la poca luz que podía.

Julia miró con piedad y amor a la mujer que durante doce años cuidó de su hijo. Doña Luisa, en cambio no se atrevió a hacer lo mismo. Calló, era el suyo un silencio remordido.

Doménico tomó a Manuel de la mano y lo sacó de la habitación, detrás de ellos lo hizo el doctor Priego.

No hubo necesidad de hacer las presentaciones. Con la voz desgastada y sin fuerzas, rota por dentro y por fuera, sumida en un suave bloqueo facial, se le oyó decir:

—Me mintieron, lo juro por Dios.

Julia no permitió que la anciana moribunda dijera una palabra más, con decisión avanzó hacia doña Luisa y se abrazó a ella, y juntas lloraron. Se pidieron perdón y Julia entre lágrimas, con entereza, le dijo: Aquí no hay culpables y si los hay no somos ninguna de las dos.

Con mirada acusadora retó al sacerdote, que permanecía inmovible sentado como si fuese el invitado principal de una obra trágica, y le conminó a que se marchara de la habitación. El sacerdote aturdido, sin decir palabra alguna, se dio por enterado y de forma solícita abandonó la escena

Las dos quedaron dispuestas a compartir sus secretos. Quizás por temer que el paso del tiempo los hubiera contaminado, al principio se negaban a visualizarlos deseosas de creer que ocurrieron. Las dos estaban necesitadas de aferrarse a detalles ciertos, y las dos sabían que la única verdad era la existencia del hijo de Julia y Doménico: Manuel.

La mentira impasible y cruel de las monjas, que en un principio pudo parecer piadosa, se convirtió en atroz conforme se desveló la verdad; y entonces resultó inclemente, provocadora de un dolor salvaje y rebelde en Julia, y en un reconcomio hasta consumirla en vida en doña Luisa.

La anciana se sinceró con Julia, como en su día lo hizo con Doménico. Le pidió perdón, sin ser culpable de nada, por haberle robado a su hijo. Fue el suyo un perdón sincero, contrito, sin pretensiones de ser perdonada pero con la esperanza de encontrar clemencia en la mirada humilde y limpia de Julia.

—Cuidaré de él como lo has hecho tú. Espero que me ame como a ti te ha amado. Ve en paz, las dos fuimos víctimas de un sistema arrogante que solo buscaba su perpetuidad.

—Me dijeron que habías muerto en el parto; afirmaron que eras una descarriada, que no tenías familia, y yo los creí. Mis ansias por ser madre me impidieron averiguar la verdad. Desde el primer beso que le di supe que me habían mentido.

—¿Quién te mintió?

—Las monjas del hospital fueron cómplices necesarias para robarte a tu hijo. Quise creer al capitán Esteras cuando se lo ofreció a mi difunto esposo, él fue el organizador de todo. Yo callé y fui cobarde por egoísmo.

—¿Has dicho el capitán Esteras? —la interrumpió Julia—. ¿Lo conocías?

Se tomó un descanso, estaba extenuada. Pidió que le acercara el zumo que tenía sobre la mesita y bebió unos sorbos. Julia limpió su frente y la ayudó a toser.

—Si te sientes cansada no necesito saber más —mintió—. Te dejo descansar.

Doña Luisa la tomó con toda su fuerza de la muñeca, suplicándole que se quedara.

—Necesito liberar mi alma, si no, no podré morir en paz —suplicó la anciana.

Julia volvió a sentarse.

—Mi marido estuvo en la Academia Militar de Toledo, allí conoció al culpable de uno de sus mayores pecados. Él era cadete y fue reclutado por el capitán Luis Alfonso Figueroa, para formar parte de una hermandad secreta. Con Esteras coincidió en un cuartel de Cercadillas, en Córdoba. En seguida trabaron una turbia amistad proveniente de su común pertenencia a La Hermandad.

Doña Luisa entró en un estado febril y Julia, preocupada, optó por llamar al doctor. A solas con Manuel, lo abrazó y lo apretó tanto que casi hizo de él un gurrño de huesos.

—Me ha dicho mi primo que os vais a casar y que Tina es una amiga. ¿Y te casarás vestida de monja?

Y ella, loca de amor, le miraba sin pestañear. Tenía la boca grande como ella, con los labios delgados y perfilados. También eran de ella los dedos largos y huesudos de las manos; el resto, pensó, son de Doménico. Y no le respondió a nada, únicamente le sonreía con amor y ternura como lo hacen las madres cuando por primera vez les llevan a los brazos al recién nacido.

Cuando regresó el doctor Priego, traía tatuada en la mirada la sombra de la muerte. Quisieron pasar a despedirse de ella y él les dijo que le había dado un somnífero para que descansara.

Le pidieron que los tuviera al tanto ante cualquier imprevisto.

Julia encontró detalles que no le cuadraron de la confesión de doña

Luisa. Nada más montar en el coche para volver a Toledo, fue lo primero que le comentó a Doménico.

—Si mi marido fue asesinado a los pocos días de que yo tuviera el accidente. ¿Quién le dijo que yo estaba embarazada?

Doménico trataba de sacar el coche del atasco que se había formado en la plaza del Pilar.

—¡Eh, guardia! —preguntó a un policía municipal—. ¿Por qué estamos parados?

—Los de Puertollano, que están en huelga y se vienen aquí a protestar —respondió el policía resignado.

Miró a Julia y le preguntó:

—Perdona: ¿Qué decías?

—Nada cariño, olvídalo. Mis padres, fueron mis padres.

Capítulo 13

Todos tenemos derecho a la venganza

“Cuando se hace daño a otro es menester hacérselo de tal manera que le sea imposible vengarse”.

Maquiavelo

Serían las siete de la tarde del día veintitrés de febrero de mil novecientos ochenta y uno, cuando me llamó Julia desde la librería.

—Doménico, un golpe de Estado. Los militares han dado un golpe de Estado —me decía toda aturullada.

—No puede ser. Es imposible —respondí.

—¡Lo están diciendo por la radio! ¡Todas!, lo están contando todas las emisoras —continuaba azorada, farfullando nerviosa.

No podía dar crédito a lo que estaba ocurriendo. Tejero Molina, el teniente coronel de la Guardia Civil, tal y como me dijo Lorena, estaba de facto dando un golpe de Estado. Entró con toda impunidad en el Congreso y secuestró a todos los diputados, gobierno incluido.

En Valencia, el capitán general de la III Región Militar, Milans del Bosch había proclamado el estado de excepción y tomó militarmente la ciudad. La televisión transmitía en directo imágenes terribles, en ellas se veían carros de combate circulando por las principales avenidas.

Me pregunté, muy enfadado, para qué narices el Cesid me involucró en tareas peligrosas que pudieron costarme la vida por no dar veracidad a mis informes. Tanto Eliot como Lorena dijeron que Tejero y un grupo de militares querían hacerlo ya, aprovechando el malestar entre los cuarteles por la debilidad de UCD ante ETA y el avance del comunismo. Incluso desde la prensa adicta al régimen anterior, se insinuó tal osadía por parte del periodista Emilio Romero en el verpertino ABC.

Tan fácil como seguir los pasos de Tejero; o ¿acaso dentro del Cesid existían cómplices de los golpistas que optaron por obviar la información que les facilité con el fin de facilitar el golpe de Estado?, me pregunté. Para mí era evidente que sí.

Dejé de elucubrar y ante la gravedad de la situación tomé una decisión más de corazón que de cabeza. Temí por ellas y marché con rapidez a la librería. Una vez allí, les dije que recogieran rápido.

—¿Por qué tantas prisas? —preguntó Tina, mientras envolvía un libro.

—Porque creo que esto es muy grave, y si pasa algo quiero que nos encuentre a todos juntos.

La radio transmitía lo que estaba aconteciendo en esos instantes en la carrera de San Jerónimo, los clientes estaban arremolinados alrededor del transistor que habían puesto en la tarima del mostrador. Las caras eran de estupor. Algunos me miraron cuando oyeron mis comentarios y entraron en pánico, dándose en estampida hacia sus hogares.

—Entonces, ¿qué hacemos? —intervino Julia.

—Cerramos y nos vamos los tres a casita —les respondí al mismo tiempo que, rotulador en mano, escribía sobre una cartulina grande: CERRADO, POR LA LIBERTAD Y LA DEMOCRACIA.

Julia, más sensata y juiciosa, se opuso. Mientras continuaba refunfuñando, yo cortaba trozos pequeños de celofán para pegarlo.

—¿Dónde tienes pensado ponerlo? —preguntó perpleja.

—En la luna de la puerta —respondí sin mirarla, concentrado en la rotulación.

—Estás mal de la cabeza. Puede ser peligroso.

—A mí no me parece mala idea —intervino Tina ayudándome a colocarlo en el lugar más visible.

El reloj pareció haberse parado, eran las siete y media, y todos los clientes desaparecieron. En la calle las gentes caminaban con prisas, los coches no respetaban el rojo prohibitivo del semáforo y lo miraban como si estuviera en ámbar.

Todos estábamos histéricos, las malas noticias parecieron ahuyentar el

gélido invierno, a medio camino de su extinción, en busca de la primavera como precursora de revoluciones. Cesó el viento cortante que nos atosigó durante todo el día, el aire húmedo del río dio paso a un rocío nocturno que sirvió para refrescarnos del fuego que había provocado en nuestro interior el miedo. Caminamos más rápido.

Por el camino los tres dejamos un rastro de frases inconclusas desordenadas. No éramos expertos en análisis político y los tres desconfiábamos de nuestras propias aseveraciones.

Decidimos estar unidos y salir pitando hacia Portugal si la cosa se enfurruñaba hasta el punto de volver a otra guerra civil. Entonces surgió el silencio, y al mismo tiempo un pesar que nos abrasó a los tres:

—¿Y Manuel? ¿Qué hacemos con él?, no podemos dejarlo aquí —Se le agrietó la garganta a Tina, dejando al exterior una voz triste.

—¡Vamos ahora mismo a por él! —ordenó su madre agitada.

Desde ese instante Julia quedó transformada irremisiblemente en madre. Vi en sus ojos la agonía que alguna vez observé en mamá Vega cuando algo le preocupaba de mí.

—No. Ni nos iremos sin él, ni corremos ahora en su búsqueda —zanjé, para a continuación, añadir—: Llamaremos ahora mismo a su ... a doña Luisa y, si esto se complica, lo recogemos al amanecer. Tengamos paciencia, no sé por qué creo que no van a tener éxito —les aventuré sin demasiada convicción, queriendo mostrar fe en la profecía de Lorena Brenes: «Fracasarán», recordé que me dijo.

Fue una noche larga, agónica. Un velo de desasosiego y desesperanza cubrió de norte a sur, y de este a oeste, la piel de toro de nuestro país. Por mi mente circulaban tanques, cuerpos desvencijados, ultrajados; aviones que vomitaban la muerte sobre civiles indefensos. Yo no viví la última guerra de España, pero en mi cerebro se agolpaban con celeridad todos los acontecimientos que con terror me contó mi padre.

Fumamos los tres, quizás Julia la que más. Dimos cuenta de dos cafeteras y hablamos con el sonido *martilleante* y repetitivo de la radio de fondo. Hablamos del pasado; sobre todo, Tina. Relató, y a veces escenificó en clave de humor, cómo nos conocimos. Se mostró seria y agradecida cuando comentó nuestra relación, marcada por el vínculo común de Salvatore.

Fue la incertidumbre que se nos presentaba a los españoles a partir de esa noche el tema sobre el que giró todo. Yo callaba, solo sabía mirar a Julia como un atolondrado. Cuando Tina se fue a dormir, quise confesarle todos mis pecados.

—No quiero saber tu pasado, al menos no esta noche. Únicamente desearía que me juraras fidelidad y lealtad como yo te lo juro a ti.

—He hecho cosas muy malas, he cometido ...— como ya hiciera en otra ocasión, selló mis labios con su mano y no dio lugar a que le dijera nada más.

—Solo veo lo que quiero ver, para mí las personas a las que quiero son lo mejor del mundo y la persona a la que amo no tiene defectos. Y si los tiene soy incapaz de verlos. ¿Es ceguera?, pues lo será, pero ceguera de amor. Has luchado por nuestro hijo, por mí, por nosotros, y eso es lo que importa. Todos tenemos pasado, solo quiero juzgarte por lo que hagas desde esta noche.

Asentí y le prometí que nunca daría lugar a que tuviera que arrepentirse por creer en mi amor.

—¿Por qué no rezas? —le pregunté con la esperanza de que al abrir un hueco en la conversación pudiese volver a mi confesión.

—¿Qué?

—Eso, que desde que estás aquí no te he visto rezar.

—¡Ah! —calló. Meditó la respuesta. Cuando creyó oportuno, me dijo—: la intriga torticera y las actividades mendaces de las monjas provocaron un distanciamiento entre Dios y yo. Espero que algún día nos reconciliemos y pueda vencer mi resistencia a los ritos.

Serían las dos de la madrugada cuando sonó el teléfono. Un sobresalto nos sacudió como si fuese una descarga eléctrica. Debimos quedarnos dormidos en el sofá, acurrucados bajo una manta.

—¿Sí? —pregunté con miedo. Por mi mente despavorida cruzaron en décimas de segundo, como estrellas fugaces, sensaciones cargadas de temor a que algo grave hubiera sobrevenido a alguno de mis seres queridos.

—¿Duermes? —era Gamboa.

—¿¡Qué cojones te pasa a ti!? Me cago en la hostia —blasfemé muy enfadado, ante la mirada asustadiza de Julia. Tina apareció en el salón

sobresaltada, preguntando qué ocurría, con el entrecejo fruncido.

—¡Baja! ¡Ahora! —oí el golpe seco que te devuelve el teléfono cuando cuelgan del otro lado.

—¡Será mamón, me ha colgado! —atiné a decir.

Les describí sucintamente lo que ocurría. Julia puso cara de póquer, no entendía nada.

—Cuando vuelva tendré que contarte muchas cosas. Creo que debes saberlas.

—Ten cuidado, no vaya a ser una encerrona —me dijo Tina mientras palpaba con disimulo en la parte de atrás del pantalón. Sonrió algo más tranquila al notar que llevaba la pistola—. ¿Quieres que baje a cubrirte? —cuchicheó para que Julia, alarmada, no se diera cuenta de lo que ocurría.

Negué con la cabeza y le susurré:

—No estaría mal —apreté las mandíbulas y le rogué que la protegiera.

—No sé muy bien de qué va esto, pero no soy tonta. Viví con un militar y aprendí a leer sus gestos, sus labios. ¡Ve con él! Yo me quedaré intentando conciliar mi fe en Cristo —intervino Julia

—No. De ninguna manera —farfullé.

—No temas por mí. ¿No querías que rezara?

—De acuerdo. Apaga todas las luces. ¿Lista? —le pregunté a Tina. Las dos asintieron—. ¡Vámonos!

Bajamos las escaleras a oscuras. Saldría yo, y detrás lo haría Tina. No había nadie por la calle. En cambio, desde la mayoría de los pisos emanaban rayos de tenue luz. Desde un vehículo aparcado, en la acera de enfrente, salieron destellos de luz, ráfagas indicadoras de que alguien pretendía comunicarse conmigo.

Pistola en mano, miré a izquierda y a derecha. El fogonazo de la luz de un coche, que transitaba en ese momento por la avenida, me permitió desvelar el contorno de tres personas en el interior del vehículo que permanecían apostadas. No reconocí a Gamboa. Me quedé parapetado, de pie, detrás de un coche; sentí la proximidad de Tina que en cuclillas había llegado hasta mí.

Desde el SEAT 1500 negro aparcado, volvieron a emitir ráfagas de luz con la intención de llamar mi atención. Me mantuve firme, nervioso, con miedo. Por primera vez no era yo el que controlaba.

—Ve por la derecha y rodéalos —ordené a Tina.

Alguien en el interior del coche encendió un cigarro; otro cogió una linterna y dirigió el haz hacia su rostro. Era Gamboa. Abrió la ventanilla y me gritó:

—Vamos, Doménico, que hace frío —me exhortó a ir más de prisa. Pude ver como Tina cruzó la calle y se situó en una zona franca. Desde ahí tendrá buen tiro, pensé.

Pasé al interior del vehículo, me senté en la parte de atrás, junto a Gamboa. No conocía a los otros dos.

—Espero que sea importante lo que te ha traído a tocarme los cojones a estas horas —le dije.

—Tranquilito, no vayas a despertar al barrio —me dijo el copiloto—, y ponle el seguro al juguetito, no se te vaya a disparar y la jodamos —en clara alusión al revólver, después me ordenó—: Ahora, muy despacio, entrégasela al sargento.

Gamboa me animó a colaborar. Por el walkie-talkie, oí con claridad: «comandante, pájaro interceptado». No supe entender a qué se referían. Sí que tuve claro que el mensaje era en clave y presumí que estarían vigilando a alguien, y lo habrían localizado y detenido. El copiloto respondió, y di por hecho que su graduación era la de comandante.

Me hice el remiso, no me fiaba de ellos. Mantuve con firmeza la pistola, sin apuntar a ninguno, pero con la firme intención de usarla si hacían algún gesto raro.

—Entrégamela y a tu amiga no le ocurrirá nada —me solicitó Gamboa con determinación, interrumpiendo mis elucubraciones de pitonisa.

Con autoridad, nada más entregar la pistola, el copiloto ordenó a Gamboa:

—¡Cachéale!

—Está limpio —dijo el sargento, después de palparme con celo por si

ocultaba algo.

—En la central están que muerden. Te traigo un mensaje del coronel Echenique, quiere que olvides la información que nos diste, no la transfieras a nadie. ¿Lo has entendido? —me pidió el comandante, que sentado junto al conductor en ningún momento se volvió a mirarme. Otra señal del mundo de los agentes secretos, no quería que supiera quién era.

—La habéis cagado. Tenéis agentes dobles dentro del cuerpo, verdaderos tóxicos. Os será fácil detectarlos —respondí de manera brava e insolente.

—Eso lo sabemos, te garantizo que daremos con todos ellos. Habrá movimientos, desapariciones, accidentes. Tú solo dime si lo has entendido —inquirió el copiloto.

Claro que lo entendí. Alguien del cuerpo les despistó no dando por buenos mis informes y eso permitió a los golpistas moverse en las sombras con toda claridad. Había una cuestión, quizás insignificante, que no podía dejar de pasar por alto:

—Echenique no es coronel, es comandante. Ese pequeño lapsus me lleva a cuestionaros.

—Hace dos semanas fue ascendido —me respondió Gamboa.

Acepté su información y me sonrojé.

—Sí. Quiero a mi país por encima de mí, de vosotros. Seré una tumba —zanjé.

—Sabíamos de tu lealtad, pero hoy más que nunca debemos reafirmarla. Puedes irte. Devuélvele su juguete —ordenó el comandante desconocido.

—¿Qué va a pasar? —inquirí mientras guardaba la pistola en el bolsillo del chaquetón,

—Nada. Se rendirán por la mañana. El rey los ha parado. Estamos en deuda contigo.

No dije nada más. Salí del coche, a mi derecha, a unos veinte metros, dos hombres hablaban con Tina. Al verme, le hicieron entrega de su pistola. Me volví a mirar a Gamboa, bajó la ventanilla y me dijo:

—No le hemos hecho nada.

Sonreí, aplaudiendo su talento y nuestra osadía de principiantes.

Tal y como predijo el comandante, que prefirió esconder su identidad manteniéndose en el anonimato, al día siguiente, en un bochornoso espectáculo, la Guardia Civil abandonaba el Congreso de los Diputados por las ventanas. Agotaron la noche y huyeron al alba, las imágenes por televisión fueron tozudas, en ellas se pudo ver a jóvenes barbilampiños, que fueron enviados al matadero por sus jefes golpistas, entregando las armas: «Vamos a defender el Parlamento», les dijo el teniente coronel Tejero Molina.

El gobierno y el poder judicial, tenían ante sí una tarea no apta para débiles. La sociedad entera se manifestó por toda España reclamando: Democracia y Libertad, y por extensión, Justicia.

No era el momento de andarse con paños calientes, las fuerzas políticas con sede parlamentaria tendrían que consensuar; y la judicatura, dictar sentencias ejemplarizantes que sirvieran de aviso a futuros navegantes.

La calma volvió a la vida pública y también a mi vida. Lentamente, sin pausa, íbamos recuperando el tiempo perdido. Nuestro amor avanzaba. Julia comía sin temor de añadir gramos de grasa a su huesudo cuerpo, se adueñó de la cocina. Ya no sonreía, ahora reía a carcajada limpia y estridente. Era su risa contagiosa.

Aunque nuestra conversación se ciñera por senderos neutrales, por mucho que diéramos rodeos, los dos sabíamos que tarde o temprano tendríamos que abordar ciertos temas, sobre todo los concernientes a mi pasado tenebroso y no menos importantes, los relativos a nuestro futuro.

Solo una vez fui directo y me pidió tiempo para resolver ciertas incomodidades en la intimidad: «Aún resuenan en mi mente ciertos tics de mi reciente pasado», me dijo.

La animé a visitar lo que sería, en mis palabras, nuestro hogar. Antes

paramos a saludar a Tina. Juntos fuimos a tomar café. Eché en falta la presencia del hombre del traje azul, en la esquina de la acera frente a la librería.

La puerta de doble hoja estaba entreabierta. La cuadrilla de albañiles había recogido todos los escombros; en el interior, un ejército de afanados profesionales daba debido cumplimiento a las instrucciones del encargado. Al vernos, vino a saludarnos.

—Buenos días, señor. ¡Señora!

—Buenos días, Ángel —respondí.

—Buenos días —saludó Julia.

Lo encontré muy animado, nos mostró la vivienda y se comprometió a terminar la obra en un mes a más tardar.

Durante la visita, Julia no abrió la boca, una vez fuera, y de camino a casa, su silencio me impacientó. Tanto, que fui yo el que llamó su atención:

—¿Puedo saber qué te ocurre? —inquirí.

—Nada. Bueno sí, tengo miedo.

—¿Miedo? ¿A qué?

Se aferró a mi mano con fuerza, tanta, que temí por sus dedos. Levanté la mano sobre la que se había agarrado para besarla; lo hizo con tal nervio que los dedos comenzaron a teñirse de un color morado.

—Si te pregunto algo, quiero que tu respuesta sea sincera, y si crees que no debes responder, guarda silencio. No hallé en la conducta de las monjas nada más insidioso que sus mentiras y mezquindades.

Asentí, besándola en la cara.

—Yo no soy así —respondí. Nos miramos y pretendí que viese en mis ojos sinceridad, también quise transmitirle confianza para que preguntase sobre todo aquello que tuviera interés o resquemor.

—Es una casa muy grande. Necesitará la mano de un decorador de interiores —comenzó divagando. Yo, callado, presumía de que no era ese el motivo de su silencio. En el aire flotaba que pronto me soltaría a quemarropa una salva de preguntas.

—Había pensado que el decorador siguiera tus instrucciones, teniendo en

cuenta que en ella viviremos los tres.

—Te habrá costado mucho dinero —disparó sibilinamente. Calló. Caminamos. Incliné la cabeza para mirarme. Recargó el revólver y disparó a dar —: Teniendo en cuenta que tu fuente de ingresos es la librería, me pregunto: ¿De dónde sale ese dinero? Claro, que me puedes decir que del restaurante, y entonces vuelve a mi mente otra duda: ¿Con qué dinero has comprado tantas cosas? Tengo miedo de que estés en algo turbio. No quiero construir nada contigo si no tengo la certeza de que te veré cada día al despertarme. Necesito una nueva vida, una nueva oportunidad y si no es así, si no es contigo, para qué vivir.

Pensé contarle todo, sin tapujos, sin dobleces. Con el rostro enjuto caminé sin decir palabra. Opté por versar únicamente sobre aquello que no la convirtiera en mi cómplice.

—Lo siento, no debí inmiscuirme en tus asuntos —me dijo con la voz ahogada en un baño de culpa.

—No, mi amor. No me has enfadado y no tienes que pedir perdón por querer saber con quién echarás el morral sobre la espalda y caminarás por los senderos de la vida.

Hablé, incluso hasta después de llegar a casa. Fue un monólogo, Julia no me interrumpió ni pestañeó.

Le dije que todo el dinero era de procedencia legal. Le confesé mi suerte en la vida al estar en el sitio adecuado en el momento oportuno. Le revelé que mis abuelos, en Italia, me hicieron entrega de una bolsa repleta de monedas de oro de incalculable valor, en la creencia de que mi padre había muerto. Por supuesto le informé de que, a la muerte del coronel Luis Alfonso, heredé todos sus bienes; no me olvidé de relatar que el cincuenta por ciento de la empresa de don Giovanni, a la muerte de mi padre, pasó a mi nombre. Le expliqué que la dirigía, con mucho acierto, aquel al que tenía por hermano, Berto, el cual se casó con Manuela, la viuda de don Giovanni.

Estuve complacido en mostrarle las inversiones que hice en el sector inmobiliario, en Madrid, en una zona de futura expansión y de unos solares que adquirí en Alicante, en la playa de San Juan.

Y sin que me lo pidiera, y antes de que se negara a escucharlo, la puse en antecedentes sobre La Hermandad de los Desamparados.

Al oír el nombre arqueó las cejas, tanto como lo hacen los conejos con las orejas cuando presienten la presencia del cazador. Interrumpió mi relato negando con la cabeza que continuara hablando.

—No deberías contarme nada que no sea necesario —me advirtió.

—Creo que es conveniente que tengas conocimiento sobre determinadas actividades por las que trabajo cada día.

—Insisto. Tienes un pasado que es tuyo, en estos momentos mi estado de ánimo no es lo suficientemente fuerte para entender según qué cosas.

—De acuerdo, así será si así lo prefieres.

—Perdóname, cariño, si he dudado de ti. Con Jesús, mi marido, callé siempre; de recién casados nunca le pregunté nada por sus actividades en La Hermandad del Alcázar; cuando lo hice, ya era tarde, y su respuesta a veces era un bofetón. Recuerdo que su empeño, y el de otros, fue encontrar las actas de su fundación, pues eran los únicos documentos que implicaban a todos ellos.

—Ya no existen.

—¿Qué quieres decir?

—A la muerte de mi padre, acepté el liderazgo de La Hermandad; esa responsabilidad conllevaba no solo la presidencia de la Fundación de los Desamparados, sino también la custodia de las actas. Llegado el momento pacté su entrega con el servicio secreto a cambio de inmunidad para todos sus miembros.

Clavó los codos sobre la mesa y apoyó la cabeza en las manos, refugiando en ellas el rostro. Así permaneció, cabizbaja, hasta que me preguntó:

—¿Cuál es el propósito de la fundación?

—Proteger económicamente, en lo posible, a las familias de aquellos que perdieron su vida a manos de los sanguinarios miembros de La Hermandad del Alcázar.

Sonrió con sarcasmo. Se levantó y, andando hacia la cocina, me dijo:

—Tengo hambre —di por concluida la conversación.

Decidió que le apetecía hacer una tortilla de patatas. Mientras ella se encargaba de hacerla, yo bajé a la carnicería del barrio a por unas chuletillas de

lechal. Me encontré con Tina en la puerta, al ver mi rica carga dijo: vengo famélica, me las comería crudas.

Le pidió a Julia que le picara un poco de cebolla.

—¿Cebolla? ¿En la tortilla?

—Sí —respondió Tina—, está de escándalo.

—¿Y el aliento?

—Hoy no le toca besar a nadie —intervine yo, ofreciéndoles una copa de vino.

—Qué sabrás tú, chaval —respondió Julia, asintiendo Tina.

Reímos, y en buena armonía comimos. No habíamos dilucidado quién se comería la última chuletilla, la de la vergüenza, cuando sonó el telefonillo.

Se adelantó Tina a abrir.

—Es tu hermana, se me olvidó decírtelo. Estuvo en la librería y la invité a tomar café —dijo desde la puerta, esperando a que llegara Isabella.

Yo miré de soslayo a Julia y aprecié el impacto de la noticia en su cara. Seguro que pensó: «¿Su hermana? Desconocía que tuviera una hermana». No dije nada, fingí no haberme dado cuenta de su estupefacción.

Como siempre que me veía, como un potrillo desbocado corrió hacia mí y de un salto se encaramó sobre mis hombros.

—¿Así que tú eres ese *bombonazo* que va a rescatar a este bicho de los infiernos? Soy Isabella. ¿Te puedo dar un beso muy fuerte?

—Sí, claro. Soy Julia.

No le dio tiempo a más, se bajó de mis hombros y la abrazó, besándola como si la conociera de toda la vida. La tomó de la mano y se la llevó al sofá. La oímos como le decía:

—Ven a sentarte conmigo que te ponga al día sobre las andanzas de este sinvergüenza.

Y gozamos de la buena compañía de Isabella. Una vez que puso a Julia al tanto de su vida, nos contó que la llamó el diputado Zenón y que quedaron a comer junto con su madre y Berto. Sin pensarlo, nos apuntamos todos al evento.

—Pobre Zenón, se me olvidó llamarlo. Lo pasaría muy mal con lo del asalto al Congreso —dije yo.

—Quiere que me vaya a Madrid con él —lo soltó como aquel que tira una piedra a un estanque para ver las ondas que provoca por encima del agua.

No me gustó la idea, no necesité pronunciarme, lo leyó en la expresión de mi cara.

—Nene —me dijo—, esto es pequeño para mí. Necesito volar, déjame ir, por favor.

—No le hagas caso, ya me encargo yo de convencerlo —intervino Julia.

Durante los primeros días, salvo que Julia lo pidiera, no perdimos ni un minuto de nuestro tiempo en estar ociosos. A la mañana siguiente nos fuimos a Madrid. Me pidió que la acompañara a Galerías Preciados. Compró presentes para todos los que conocía; especial énfasis puso en la ropa para Manuel. ¡Qué delicia de mujer!, me dije.

Zenón le hizo entrega a Berto de unas fotografías del senador Carbonell. Las chicas después de comer se quedaron tomando café, nosotros nos excusamos y salimos a dar un paseo.

—No sé cómo lo haremos —dije a la pregunta de Zenón—. Estudiaremos el cronograma, habrá un momento en el que quieran liberarse del grupo y ese será el momento. Antes de eliminarlo me gustaría hablar con él. Tú y Bloody os alojaréis en el hostel, ya os hice la reserva. Deberéis transformaros, no me fio del Cesid. Podréis contar con Samael.

—Llegaremos el sábado a media mañana —respondió Berto.

Caminamos y hablamos del lamentable suceso del asalto al Congreso de los Diputados. Zenón nos confesó que se hizo pis, pensó que todo se acababa allí.

Al volver, las señoras esperaban jubilosas en la puerta del restaurante.

De vuelta a Toledo, le conté a Julia nuestra relación con Zenón. Ella escuchó con amargura mi relato sobre el sufrimiento que padeció, Zenón, por ser

homosexual. Se congratuló al oír cómo lo ayudó mi padre.

—Tu padre debió ser una gran persona —me dijo.

—Sí. Lo fue. Como suele ocurrir, le conocí muy tarde.

Sonrió con gesto compasivo sin importarle que viera un brillo especial en su mirada, y continuamos nuestro viaje con las manos aferradas.

El viernes a media mañana me llamó Rufino, el maître del restaurante: «Unas personas importantes reservaron una mesa para comer el sábado. Serían tres los comensales», me dijo.

Se me encendió la luz. Si Rufino, experto en todo tipo de acontecimientos sociales me llamaba, es porque alguien de muy alto status hizo la reserva. No dejé que continuara hablando, por si todavía mantenían las escuchas,

—No te preocupes, pensaba ir a verte mañana. Subo en un momento y organizamos todo —le dije en un estado de euforia poco habitual en mí.

Salí de casa tan pronto como colgué, dejé la motocicleta en la misma puerta del restaurante y entré como una exhalación.

—Déjame ver la reserva a nombre de quién está —le pedí.

Bingo. No podíamos tener más suerte. La reservó él mismo, pensé con alegría contenida.

—¿Dónde está el problema? ¿Es porque no tenemos carne de caza? —le pregunté al leer la petición del plato a degustar, tratando de desviar la atención a la relevancia de los comensales.

—No hay ningún problema; bueno sí. Quise decírtelo por si hay que hacer algún protocolo especial —expuso el bueno del maître.

—Ah sí, bien pensado —le dije, dándole unas palmadas en la espalda—. De momento, todo normal, dales el salón privado principal. Si se me ocurre algo, te llamo.

Busqué una cabina de teléfono y contacté con Berto

—Debéis adelantar el viaje —le pedí—, tenemos que visitar a la madame. Tenemos que hacerlo bien, será nuestro último trabajo.

—¡Pufff! —resopló—. Es un tiburón muy grande, si sale mal no salimos

en treinta años.

—He pensado en ello. Desde que conocí a mi hijo tengo miedo a muchas cosas. Me da fuerzas pensar que ahora tendrá a su madre para cuidar de él si me ocurre algo.

—Y a la familia, no lo olvides, Doménico. Somos una gran familia y todos cuidamos de todos.

—Sí, es cierto —oírlo y emocionarme fue un instante. Quizás fuese por la edad o por las nuevas responsabilidades, pero el caso es que nos estábamos enterneciendo; decidí hacerme el duro y volver al asunto que nos ocupaba—: Otra cosa, Berto ..., trae dinero.

—¿Cuánto?

—No sé, es para las putas. Debemos ser generosos en comprar su silencio.

Julia llamaba todos los días a doña Luisa y de paso hablaba con Manuel. Entre los tres fueron tejiendo una amistad a base de cariño y complicidad.

Todas las noches la oía cantar mientras se duchaba, volvía en bata con el pijama debajo a oscuras. Abría la cama y sin hacer ruido ocupaba su sitio dándome la espalda. Antes de dormir, me deseaba felices sueños.

—Esta tarde casi meto la pata —me dijo momentos antes de bajar las cortinas de nuestros pensamientos y entrar en ese estado dulce que es el sueño.

Aun prevenido por ella, en el sentido de que necesitaba tiempo para recuperar el ánimo, y sin resquemor alguno a entregarse libremente a la unión carnal, yo llevaba dos días durmiendo desnudo de cintura para abajo. Y aunque Julia me decía «que me abrigara no fuera a coger frío», yo muy bravo, mentía y le replicaba que tenía calor.

Al oírla, mostré interés en su preocupación, me acerqué por detrás intentando que mi cuerpo la envolviera como lo haría una sierpe con su presa. Debió notar la dureza de mi miembro enarbolado y mis manos deslizándose por su cuerpo azorado, por el respingo que dio.

—No te creo, eres tan perfecta que es imposible que cometas una indiscreción —susurré mientras mi cuerpo, como si fuera el de una anguila, continuaba resbalándose en busca de huecos en su pijama que me permitieran palpar su piel. La besé con ternura en el cuello; me entretuve en decirle al oído

cuánto la amaba, y cuando las yemas de mis dedos, por fin consiguieron romper el cerco de sus brazos adentrándose por el interior de sus braguitas, se agitó como si hubiera sufrido una descarga eléctrica. Debió excitarle el zigzagueo de los dedos al enroscarse en el vello púbico, por las contracciones y gemidos ahogados.

La oí decir: No.

Con la misma sutileza que mis dedos de anguila intentaron entrar en su cueva, salieron tapando a su paso cuantos caminos abrieron en la búsqueda del placer consentido.

Sentí su mano fría sujetar los tentáculos de mi mano. Los deslizó por el vientre hasta dejarlos inermes en su pecho. Su respiración entrecortada quemaba; en la oscuridad de la noche pude intuir sus labios abiertos sedientos de amor. Le ayudé a que se diera la vuelta y los busqué para apagar el fuego que la consumía.

Con pasión, pero sin furia, desnudé su cuerpo y besé cada poro de su piel. Encogí, al poner ella su mano de hielo sobre el valiente y feroz guerrero que andaba tras la ocasión de adentrarse en el reino más hermoso. Firme y sin alterar el ademán, avanzó por donde ella lo llevó. Tras una feroz batalla durante una noche larga, quedó agotado y hubo de ocultarse rendido, aun cuando desde la garganta más profunda reclamaban su presencia. Suplicó un armisticio que pudiera darle tiempo a reponerse de sus arrechuchos.

Rendidos, tomamos abrazados un respiro hasta que nuestros cuerpos extenuados y exudados sintieron la necesidad de volverse a encontrar.

Con el último beso percibí en su mirada limpia, extasiada de amor, la satisfacción por haber poseído a quien durante días le había sido esquiva a sus requiebros.

Dormimos plácidamente.

Berto me contó que nunca antes había visto dibujada la muerte en la cara de una persona hasta que Vicky, la meretriz, los reconoció la tarde que le hicieron una visita.

—Fue todo muy rápido —me dijo—. Acechamos en las cercanías de su

vivienda. Tal y como habíamos previsto no había modificado sus hábitos. Bueno, alguno sí, a las ocho un joven, con pinta de boxeador trasnochado, llamó al timbre dos veces y otras dos con la mano. La puerta se abrió, el joven fortachón esperó antes de entrar, a darle las últimas caladas a un canuto; cuando se giró, para acceder a la casa, entramos violentamente con él.

—Está claro que el tabaco mata —ironicé.

—¡Jajaja!, qué cachondo eres. Al oír el ruido provocado por el cuerpo desplomado, la chica salió a ver qué había ocurrido. Al instante nos reconoció.

—¿Cómo que os reconoció? —inquirí preocupado.

—No te asustes, todo salió según el plan. Bloody dijo que podríamos usar la misma careta con la que semanas atrás estuvimos en su casa. Me dio pena, se quedó petrificada. Intentó gritar y el miedo la aterró de tal manera que no pudo articular palabra alguna. Un líquido amarillento se deslizó pierna abajo.

Suspiré al saber que todo se dio bien. El plan consistía en convencerla para que enviara el sábado a las tres de la tarde al restaurante a tres chicas a comer. Una de ellas, la más joven, debería ir vestida de colegiala. Pagaríamos generosamente su trabajo.

Deberían mostrar educación y clase. Se les indicó el tipo de ropa que debían vestir. En fin, Berto de esas cosas entiende, como buen italiano posee un buen gusto para la moda. Aquella que fuese vestida de colegiala debería tratar de seducir al hombre de la fotografía que le mostró Berto. El premio a cobrar sería de cien mil pesetas si la colegiala conseguía irse del restaurante únicamente con *el baboso*, así fue como lo definió Vicki (cuando se repuso del susto y aceptó el plan). Los otros dos deberían permanecer en el restaurante media hora más al menos.

Creímos necesario realizar algunas modificaciones en la zona próxima al salón principal para una mejor ubicación de las chicas que nos enviaría Vicki, de tal forma que el salón de los senadores pudiera gozar de una visión nítida de sus vecinas y así poder disfrutar de su compañía.

Julia, después del baño de felicidad que nos dimos la noche anterior, se

mostró más dispuesta a tomar las riendas de la familia. Aunque no todo era miel sobre hojuelas, en su cabecita de mujer equilibrada existía un punto débil que alteraba su calma. El deteriorado estado de salud de doña Luisa le provocaba desasosiego y, por añadidura, lo extendía a la preocupación por saber si Manuel estaría bien bajo ese clima de tristeza.

Se le ocurrió la peregrina idea de irse a Ciudad Real a cuidar de ella y a la vez recuperar el tiempo perdido como madre y ganarse el cariño de su hijo. Me dijo que durante los años que estuvo en el convento a veces fue a casa de pobres a hacer de enfermera por las noches, por lo que tenía experiencia.

No debí prestar atención a lo que me dijo y ese error pudo dar al traste con todo. El sábado por la mañana me despedí de ella pensando que se iría a Ciudad Real, le dije que tendría un día duro con ciertos asuntos inmobiliarios y que ya la llamaría.

Yo no estaba acostumbrado a dar explicaciones de adónde iba; mi actitud era similar a la del macho alfa de la manada. Desde siempre fui así. Aunque gregario, gustaba de preparar los asuntos en privado, y una vez enfocados, compartirlos con el grupo específico.

Decidimos que Bloody esperaría en *el confesionario* (que montamos en la trastienda de la librería), puesto que era el único al que reconoció el hombre de traje azul del equipo de Gamboa. En el interior del restaurante estarían Berto, debidamente caracterizado, y Samael.

En mi caso, el día anterior llevé a reparar la motocicleta a un taller situado en el barrio de Palomarejos por la carretera de Ávila; le dije al mecánico que la recogería el sábado sobre las dos y media de la tarde.

Frente al hotel Toledo Imperial estaría aparcado Rafa con el taxi, con el cartel de ocupado, en espera a que llegara el senador con la chica. Una vez dentro debería llevarlo a la plaza de la Estrella. Bloody y yo estaríamos pendientes para recibir el paquete y acomodarlo en el confesionario.

Sabía que Gamboa intuía que tramaba algo y que no había retirado la vigilancia sobre mí. Sobre la una de la tarde me pasé a tomar un aperitivo al hostel El Cardenal, aunque apenas si pude saludar a mi amigo el camarero.

—Estamos desbordados, estos holgazanes beben y comen más que trabajan —se quejó, en clara alusión a los senadores que habían contratado el hostel para realizar el congreso.

Atiné a reconocer en una azafata a la dama que días antes, por orden de Gamboa, nos invitó a tomar una cerveza. Traté de no pasar desapercibido y fingí un encontronazo con ella, de esa forma tendría la seguridad de que informaría a Gamboa, y si no me vigilaban ahora, lo harían después.

Esperé un tiempo prudencial para que contactara con su jefe; sin prisas abandoné el local, disponía de una hora para recoger la motocicleta y comencé a dar vueltas por la zona. Bajé hacia el Poblado Obrero sabiendo que detrás de mí tenía a un sabueso de Gamboa.

Para cuando el agente que me seguía quiso reaccionar, yo estaba sobre la moto camino de la librería. Fue un esquinazo en toda regla. Allí esperaría, junto a Bloody, la llegada de nuestro paquete.

Bien vestidas, sexys sin rayar en lo ordinario y puntuales, se presentaron en el restaurante Vicki y dos chicas más. Media hora más tarde hicieron su aparición los tres senadores. Cuando Rufino, el maître, les condujo hacia su mesa, no pasó desapercibida, a ojos del comensal más grueso, la figura de una mujer vestida con una falda escocesa, camisa blanca y corbata desanudada color rojo a juego con unos calcetines con dos madroños.

—¡Buenas tardes, señoritas! —no perdió tiempo en hacerse notar el senador Carbonell—. Que les aproveche.

—Gracias, señor —respondieron. Especial fue el saludo de aquella que vestía de colegiala, al buscar la mirada glotona del senador que imaginó un gesto sensual y concupiscente en la chica por la forma con que esta introdujo la cuchara en la boca. Al sentir la mirada penetrante, cargada de lascivia, del senador Carbonell, fingió rubor. En su interior se sintió desnudada y manoseada por los ojos a punto de salirse de las órbitas.

Aún le dio tiempo al senador de gastar una broma antes de pasar al salón que les habían reservado.

—Me encanta tu boina, me vendría muy bien para cubrir mi cabeza —le dijo.

—Cuando usted quiera se la dejo —respondió la chica.

—Por favor, nada de usted. Puedes tutearme, me llamo Mariano Gálvez —Mintió. Los otros dos senadores supieron disimular el desliz, aunque no les faltó una sonrisa pícaro.

Las prostitutas dieron muestras de una corrección y urbanidad no atribuibles a ellas por costumbre. Cuando el senador Carbonell las invitó a que se acercaran, los dos senadores que lo acompañaban se mostraron hostiles ante tal desfachatez. Las chicas, con sus gestos y buenos modales, consiguieron vencer con facilidad las reticencias de los senadores.

Le solicitaron a Rufino que dispusiera de tres sillas intercaladas para acomodar a las chicas con ellos. Cerraron la puerta del salón, que hasta entonces se mantuvo abierta, en un deseo de ligar con ellas.

Bebieron champán y, con disimulo, Carbonell dejó su mano sobre la pierna de la chica que vestía con falda escocesa. Ella no le dejó avanzar hacia ese lugar que todas las mujeres guardan con tanto recato.

«No sin pagar por ello», debió decirle la chica. Entre susurros y más alcohol, pactaron precio y tiempo. Por los sudores que tenía el tal Mariano la cosa le pintaba bien.

—¿Qué os parece si nos vamos a otro sitio los seis y hacemos una fiesta privada? —propuso.

Del mismo modo en que los buitres cuando ven carnaza se arrojan sobre sus presas, así se lanzaron los promiscuos ojos de los senadores sobre las chicas. Estas tenían bien aprendida la lección y rehusaron aceptar participar en una orgía.

La principal batalla se libraba encubierta bajo la mesa. Ocultas las manos bajo el mantel, tanto la colegiala como Carbonell dirimían su batalla con tocamientos por parte de este e incluso se propasó con algún mordisquito en el cuello de la chica, ya perdido el pudor. Cuando la excitación nubló su cerebro, el senador accedió a los planes de la joven meretriz.

—Creo que me iré a dar un paseo con Begotxu —les dijo a sus compañeros guiñándoles un ojo. Ninguno de los presentes recordaba que ella hubiera dado su nombre, lo que sí recordarían es que la chica hablaba con acento vasco.

Llamó a Rufino, el maître, para que le pidiera un taxi. Al oírlo, de boca de Rufino y siguiendo el plan previsto, Samael corrió a decirle a Rafa que

tuviera el taxi preparado.

—Lo dicho pues, marchó con la joven. Ahí va la hostia, ya os contaré — fue su última broma antes de abandonar el restaurante tratando de emular el tono de los de Bilbao.

En la cara de la joven a la que llamó Begotxu, pudo apreciarse un gesto de asco, ante el manoseo del pulpo seboso que la tocaba por todas partes sin importarle nada que estuvieran en público.

Antes de abandonar el local, el maître se le acercó y le ofreció a beber un exquisito chupito de menta y canela:

—Pruébelo sin miedo, señor, es un poderoso afrodisiaco —le animó Rufino, con una sonrisa *picantona*, ante las dudas del senador Carbonell. Debió gustarle el sabor y pidió otro.

—¿Sabe qué? mejor le regalo la botella, señor.

El muy sátrapa no le dio ni las gracias. Abandonaron el restaurante y fueron en busca del taxi que les aguardaba en la esquina entre el callejón del Lucio y la cuesta de Carlos V. Jocosos y al mismo tiempo rijosos, el senador Carbonell, prometiéndoselas muy felices, le dijo al taxista:

—Al hostel El Cardenal, y dese prisa.

—Sí señor —le respondió, poniendo el vehículo en marcha hacia la cuesta de los Capuchinos.

—Eh, ¿qué haces? —le recriminó Carbonell al ver que tomaba el camino contrario.

—Trato de llevarle por arriba, es más discreto, señor —le dijo Rafa, que tenía orden de darles una ligera vuelta para dar tiempo a que Samael se comunicara con la librería para advertirles de la salida del tiburón.

—Muy bien, pero conmigo no vayas de listo. No soporto las golferías — le advirtió. Rafa tragó su propia hiel y no respondió al agravio.

—De acuerdo —respondió Doménico lacónicamente a Samael, ante la

atenta mirada de Tina. Luego la miró y le dijo:

—Todo va según lo previsto, el tiburón viene a la pecera —ella asintió.

Después desapareció por la puerta secreta que daba acceso desde la librería al confesionario. La noche se hizo, dejando en la más absoluta oscuridad la zona comprendida entre la calle de Alfonso VI y las plazas de la Estrella y de Santiago Arrabal. Bloody se encargó de que no hubiera iluminación esas horas provocando una avería en el alumbrado público de la zona. Oculto en uno de los muros de la iglesia de Santiago el Mayor, aguardó la llegada del taxi, lo suficiente para observar el estado lamentable de conservación en el que se encontraba la iglesia de estilo mudéjar. Se preguntó cómo un monumento declarado de Interés Nacional estaba tan abandonado: «apremia de una urgente rehabilitación, o se acabará cayendo», se dijo. En aquel momento vio entrar el taxi por la plaza de Santiago y echó a correr, abandonando su pensamiento de restaurador de arte.

Para que no pudiera escapar, Rafa aproximó la puerta trasera del taxi a la entrada del confesionario. Antes de que pudiera reaccionar el senador, tenía en su boca una pistola apuntándole y animándole con gestos a que saliera sin gritar. No fue necesario, estaba aturdido. Tuvieron que sacarlo entre Bloody y Doménico

Todo fue muy rápido. Nada más descargar su pesada mercancía, Rafa salió echando leches del lugar. Paró en el paseo de Recaredo, y le entregó un sobre a la prostituta.

—Aquí tienes cien mil pesetas. Tómate unas vacaciones, no te pasará nada si tu boca permanece cerrada. Puedes quitarte la capucha. Ahora bájate del coche y corre hacia la derecha, si te vuelves a mirar la matrícula cometerás un grave error.

La chica sintió las palabras laceradas del taxista como cuchillos en su garganta. Se retiró de la cabeza la capucha que le dio Rafa, cuando vio que el senador había quedado adormecido gracias al narcótico que le dio a beber Rufino, en el restaurante, y tal y como cogió el sobre, lo guardó en el bolso, abrió la puerta y echó a correr sin mirar atrás. Rafa la vio desaparecer vestida de colegiala, por la puerta del Cambrón.

Después él bajó hasta la avenida de Carlos III y estacionó en los aledaños del Circo Romano. Con la noche como aliada, se quitó la peluca que llevaba puesta, e incluso las gafas, que aparentaban ser graduadas y eran de juguete;

tampoco eran reales ni el bigote ni la perilla. Meticulosamente lo guardó todo en una bolsa y lo dejó en el maletero. Antes de ponerse en marcha, cambió las placas de matrícula y el número de licencia del taxi que llevaba pegado en la puerta.

Lo juntó todo en la misma bolsa y fue decidido a desprenderse de ello en el primer cubo de basura que vio, entonces se acordó de que Bloody o *el Piraó*, como él le llamaba, le dijo: «Una vez que te despojes de todos los utensilios que te doy para enmascararte, junto a las matrículas falsas, deberás quemarlos. No los tires a la basura».

Pensó que en tres horas pasarían a recoger la basura y que no sería necesario tener tantas precauciones, pero no le gustaba nada *el Piraó* y mejor no contradecirle. Volvió al vehículo y marchó en busca de un lugar seguro en donde encender una pequeña fogata, se miró al espejo retrovisor y comprobó que todavía llevaba la prótesis dental que usó para desfigurar más su aspecto.

El senador Carbonell había caído en un profundo sueño. Pesaría más de ciento veinte kilos, así que Bloody y Doménico, tuvieron que emplearse a fondo hasta conseguir inmovilizarlo en la sala dedicada a extraer confesiones.

—Se han pasado con el narcótico —le dijo Doménico a Bloody, un hombre oscuro y parco en palabras, que como era su costumbre dio la callada por respuesta.

Del mismo modo que era silencioso, poseía una destreza eficaz para recuperar a aquellos que habían sido narcotizados.

En cinco minutos, el senador Carbonell estaba consciente ante el mundo de los vivos. Cuando abrió los ojos y vio delante de él a dos hombres con la cara cubierta por una máscara, un ataque de ira le atravesó el rostro, enrojeciéndolo; tiró con fuerza de la cadena que lo sujetaba al techo con el afán de descolgarse, consiguiendo que las correas, con pequeñas púas, a las que fue atado se le clavaran en las muñecas hasta hacerle gritar de dolor.

Tenía las facciones anchas, mofletudas, del cuello le colgaba una excelsa papada. Un mechón largo, negro como sus ojos, comenzó a caérsele a la cara dejando al descubierto una extensa calva que con disimulo la había cubierto. Los

labios carnosos apenas si podían contener la espuma de rabia que le salía por la boca.

Doménico accedió pesaroso a la idea de Bloody de ponerse la máscara, y no de buen grado aceptó no ser él quien le interrogara. Así que se cruzó de brazos y se mantuvo en un segundo plano.

Bloody desplegó en una mesa auxiliar una manta como las que usan los joyeros, ante los ojos vidriosos de Carbonell, repleta de utensilios de cortar y romper tanto carne como huesos.

—Te haré unas preguntas, dispondrás de unos segundos para responder la verdad. No tengo paciencia y te aseguro que llevo un polígrafo incrustado en mi cerebro, por lo que las mentiras las detecto al momento. Espero no tener que hacerte sufrir —le dijo Bloody poniendo en marcha una grabadora—: ¿Eres senador?

Carbonell refunfuñó e intentó de nuevo liberarse. Bloody había preparado un balde con agua y en él introdujo una toalla. Como quiera que no respondió a su pregunta, fue a por la toalla, la escurrió, y con ella le golpeó violentamente en el cuello.

—Sí. ¡Síii! —gritó.

—¿Eres el padre de Ticio Carbonell?

Los ojos se le iluminaron desconcertado, herido de rabia intentó de nuevo liberarse; de las muñecas salieron presurosos hilos de sangre. Cuando vio que Bloody levantaba de nuevo el brazo con la toalla húmeda, gritó, con la voz rota, con dolor:

—Está muerto. Lo asesinaron —lloró con rabia.

Volvió a golpearle, con más contundencia si cabe.

—No respondiste a tiempo —le dijo. Este golpe no le dolió, porque el verdadero dolor le nacía en el corazón. El recuerdo de su hijo lo dejó, por el momento, fuera del interrogatorio. Vomitó la comida que con tanto empeño le prepararon en El Corzo.

Bloody paró el magnetofón. Le dejaron cinco minutos solo para que se recuperara. A la vuelta, el hedor agrio del vómito se apoderó de la atmósfera del pequeño tabuco. Bloody cogió una manguera y trató de empujar los vómitos hacia el desagüe, en el centro de la estancia. Fue tanto lo que comió que lo

atascó, hubo Bloody de emplearse a fondo con un cepillo, hasta dejarlo impoluto.

Cuando creyeron que podían continuar, Bloody apretó la tecla de grabar y reanudó el interrogatorio, bajo la atenta mirada de Doménico; le hizo varias preguntas sencillas, de fácil respuesta. Carbonell entendió el mecanismo del juego y aceptó colaborar. Hasta que llegaron aquellas que entrañaban mayor dificultad.

—¿Pertenece a un grupo de asesinos llamado La Hermandad del Alcázar?

Negó, moviendo varias veces la cabeza, y cuando vio que Bloody lo castigaría de nuevo con la toalla, dijo:

—Sí. Por favor, soltadme. Os diré todo cuanto queráis saber.

—¿Diste orden de matar a la familia de Salvatore Aspartana, conocido como el italiano?

Al senador no le hubiese importado responder cualquier cosa, pero la postura en la que lo mantenían le estaba empujando a un desmayo por asfixia. Bloody, que era un experto, no quería que se le fuese, al menos no sin una clara y, a ser posible, extensa confesión.

Bajó la carrucha, para que pudiera descansar los brazos, y le acercó un taburete para que se sentara. Recuperado de nuevo para el mundo de los conscientes, le animó a hablar. Le prometió que no lo mataría si confesaba ser el autor intelectual de la muerte del capitán Pedro Hermoso y de la del italiano. Igualmente, debería proporcionarle los nombres de personas o grupos que aún continuaran afectos a La Hermandad.

—No puedo dar nombres, estaré muerto si lo hago —sollozaba el senador.

—Nosotros te protegeremos y te aseguro que preferirás mi protección a que sea yo quien te mate —le escupió Bloody con rabia.

Entonces, Doménico, que había estado en un segundo plano, asió con fuerza el brazo a Bloody y le dijo:

—No prometas nada que no puedas cumplir. Aquí las órdenes las doy yo.

—Nunca lo hago —le respondió Bloody, haciéndole ver que no se sentía

intimidado por sus amenazas.

Para que Carbonell sintiera lo que le pasaría si no se aprestaba a confesar, le puso la toalla abierta en la cara sujetándola con una mano, con la otra mano cogió la manguera y comenzó a echarle agua a la altura de la boca. No paró hasta que un color negruzco hizo su aparición por la parte de la boca del senador.

Debió haber visto la muerte de la forma más espantosa, porque farfullando, a trompicones, cantó todo cuanto se le vino a la mente.

Confesó, entre lágrimas, que no ordenó la muerte de Salvatore Aspartana ni la de su familia:

—Fue cosa de mi hijo —dijo—. Eligió el camino equivocado. Buscó alianzas con gentes y grupos muy afectos al régimen. Sus mentores nos opusimos. El atentado de Candeleda fue organizado por ellos.

Quiso esconder la mirada; Bloody sintió piedad y le bajó los brazos que aún los mantenía en alto, sujeto por una cadena al techo. Cuando resolló, continuó hablando:

—Yo ordené la muerte del capitán Pedro Hermoso, como venganza por la muerte de mi hijo. Es muy doloroso para un padre, por muy monstruo que sea su hijo, aceptarlo como tal. Es antinatural que un padre entierre a su hijo, y más como me lo entregaron en la puerta de mi casa.

Doménico no aguantó más y fue a por él, le golpeo con tal brutalidad que de la boca salieron esquirlas de la dentadura. El senador Carbonell perdió el conocimiento.

—¡Despiértalo!, quiero que vea cómo acabo con él —ordenó a Bloody.

—¡Basta! —se oyó un grito desesperado desde la puerta del confesionario.

Esa voz le era tan conocida como extraña. Tanto Bloody como él se quedaron paralizados. Retiró la careta que ocultaba su rostro y lentamente se volvió hacia donde provenía el grito.

—¿Qué haces aquí? Debes irte, este lugar no es para ti —le dijo.

—Lo he oído todo. Ha confesado sus crímenes. No lo hagas, mi amor. Debes parar ya —le suplicó Julia.

Una hora antes Julia había pasado por la puerta de la librería; a través del escaparate vio a Doménico en el interior, junto a Tina, hablando por teléfono. No les llamó la atención, prefirió acercarse antes a la pastelería La Deliciosa a comprar unas torrijas que tanto le gustaban a Doménico. Regresó a la librería en busca de su chico, para que juntos tomaran placenteramente un café. Pensó en la alegría que le daría a Doménico cuando viera las torrijas. Para su decepción Doménico se había esfumado.

Le preguntó a Tina y esta le mintió:

—No lo he visto en todo el día —le dijo.

Julia alterada, le respondió:

—No hace ni media hora que le vi hablando por teléfono y tú estabas a su lado, así que no me tomes por tonta. Sé que trama algo muy peligroso, Cuando se despidió de mi esta mañana he visto en su mirada ausente la muerte.

A Tina le temblaron los labios:

—Por Dios Divino te lo pido, llévame con él antes de que sea demasiado tarde. No quiero que su hijo se críe sin padre, como os ocurrió a vosotros —le rogó.

La convenció, y Tina le abrió la puerta que daba acceso desde la librería al confesionario.

Doménico, a un paso de saldar su cuenta, la miró con los ojos inyectados en sangre. Delante de él yacía derrotado el padre de Ticio, sobre un charco de agua turbia, rojiza.

—Él ordenó la muerte de mi padre, de todos nosotros —bramó, mirando acusadoramente al senador, que permanecía inconsciente.

—Aunque así fuese, debes entregarlo a la policía. Ahora tienes algo por qué luchar. No más muertes, Doménico. Sé magnánimo, hazlo por Manuel, por mí, por un futuro en paz.

Doménico miró a Bloody, vio como este era partidario de dejarlo vivir. Sacó la pistola y le apuntó a la cabeza.

—No hay justicia en la tierra para los que son como él. Ya habéis oído la lista que ha dado, políticos, jueces, militares, policías..., quedará libre y volverá

a por nosotros.

—Él te quitó a tu padre y tú le quitaste a su hijo, y yo te pregunto: ¿Acaso es más fuerte la pérdida de un padre que la de un hijo?

—No son comparables, ni tampoco la forma en que sucedieron.

—Ahora tienes por quien vivir, si no es por nosotros, hazlo por Manuel —quien así le hablaba era Tina—. Entrégalo y que lo juzguen.

Doménico estaba confundido; la familia, la venganza, los juramentos realizados con el firme propósito de cumplirlos, valores todos ellos muy enquistados en su personalidad, se estrellaban en su mente contra un único orden en su vida: su hijo, el pequeño Manuel.

Anclado en el suelo, como si sus pies fueran árboles que echaron raíces, únicamente movía el tronco, pistola en mano. Del exterior, de la zona que él usaba como gimnasio, brotaron voces, gritos, pidiendo rendición. Hasta la sala llegaron hombres corriendo y armados hasta los dientes, con subfusiles apuntándole.

—¡Tira la pistola! —oyó. Era una voz familiar, la misma que cinco noches antes le pidió que guardara silencio sobre el 23 F, a su lado, Gamboa le apuntaba directo al corazón.

Antes de girarse y morir luchando, pistola en mano, como un bravo guerrero, o tal vez como un estúpido idealista, Bloody lo desarmó clavándole un estilete en la primera comisura, entre el dedo pulgar y el índice de la mano con la que empuñaba el arma. De inmediato quedó desarmado, volvió la cabeza hacia Bloody, se hubiera lanzado a él para matarlo con sus manos si no lo hubieran inmovilizado los agentes del gobierno.

No entendía nada. Con rapidez vino a su mente el día en el que previno a Berto sobre la fidelidad de un mercenario. Recordó que le pidió que lo investigara.

Los hombres del comandante en jefe, del servicio secreto, apartaron a las mujeres del campo de acción.

—Despiértelo —le ordenó a Bloody.

Una vez recuperado de la inconsciencia, el senador Carbonell fue esposado al mismo tiempo que le leían sus derechos:

—Queda detenido por el asesinato del capitán Pedro Hermoso, puede guardar silencio, cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra. ¿Lo ha entendido? ... ¡Llévenselo!

Los agentes recogieron la grabadora, retiraron las esposas de las muñecas de Doménico una vez que este se calmó; después le efectuaron una primera cura.

—¿Desde cuándo, judas maldito, hijo de puta? —le gritó a Bloody cuando este hacía intención de abandonar el confesionario.

Bloody detuvo su marcha y lentamente se volvió hacia donde estaba Doménico. Se miraron como dos gallos de pelea de corral y afilaron el espolón en sus corazones.

—Contactaron conmigo hace diez días, hasta hace media hora no lo tuve del todo claro —respondió Bloody.

—¿Por qué? Dime, ¿por qué lo has hecho?

—Todos los gobiernos necesitan gente así para limpiar las cloacas del Estado —puntualizó el comandante en jefe.

Capítulo 14

La muerte, salvo la tuya, no cambia nada

“Cuando se nace en un mundo en donde no se encaja; es porque se ha nacido para ayudar a crear uno nuevo”.

Anónimo

Han transcurrido cinco años desde que se detuvo al senador Carbonell y a decenas de personas relacionadas con La Hermandad del Alcázar, quedando esta, según palabras del Ministerio del Interior, descabezada y por tanto extinguida.

Yo me aparté del servicio secreto y vivo feliz con Julia y con Manuel desde que murió su madre adoptiva, en nuestra casa. También vive con nosotros mamá Vega.

Tina se quedó con el piso de la avenida de la Reconquista y al frente de la librería Toletum.

Julia y yo nos casamos en la catedral de Toledo acompañados de familiares y amigos, entre ellos Bloody y Gamboa.

A Bloody le perdoné su traición porque entre mis planes de futuro estaba requerir al Cesid que lo incorporaran a su nómina; me dolió que no fuera yo el que lo propusiera y que se me hubieran adelantado otros.

Durante estos años, Julia se ha entregado en cuerpo y alma a la familia, comportándose como una verdadera madre. Su complicidad con mamá Vega en la educación intelectual y de valores humanos de Manuel ha sido extraordinaria.

Tanto Berto como yo nos hemos dedicado a inculcar en Manuel el respeto y el aprendizaje de las artes marciales y el manejo de las armas. Especial interés mostramos en inculcarle el sacrificio, la lealtad y la honradez.

Respecto a mi pasado, Julia en una ocasión me preguntó por qué estuve

internado en un psiquiátrico.

—Fueron los peores cinco años de mi vida —le dije—. Me condenaron por dar muerte al marido de la mujer a la que amaba.

Su rostro cambió. De repente, la tez morena de su cara se tornó lívida, arqueó las cejas para que los ojos cupieran en sus cuencas.

—Yo no estaba bien, la presunta muerte de mi padre me enloqueció. Ella me dijo que él la maltrataba, que la ataba y la violaba, y yo la creí.

—¿Cómo fue? —se atrevió a preguntar, con miedo.

—Una noche le vi pegando a una mujer en un bar, entré según los psiquiatras, en un estado psicótico transitorio, y tomé la decisión equivocada de ajusticiarlo por mi cuenta —expuse en mi defensa, como si un puñado de palabras pudieran servir como eximente.

—¡Dios mío! —se santiguó. Me miró con tristeza, con pena. Contuvo la respiración, se cubrió la cara con las dos manos.

—Que tu Dios me perdone por poner fin a la vida de un ser humano inocente —le supliqué.

—¡Calla!

Se mostró compungida, con la mirada ausente. Me arrodillé ante ella y le imploré perdón y misericordia.

Sus ojos rezumaron ira. A sus pies, por primera vez me vi como un monstruo. Su silencio me hizo daño. Pensé que fui un estúpido por no haber sabido tratar el tema con más delicadeza o tal vez hubiese sido mejor contarle otra historia.

Se marchó a la habitación, la oí llorar. Aquel día Julia no salió de la alcoba, ni tan poco lo hizo el siguiente. Recuerdo que Manuel se encontraba en el colegio.

Traté de hablar con ella, le pedí que me dijera algo. Desde el primer minuto se obsesionó con que yo volvería a hacerlo. Me preguntó si dejó hijos huérfanos.

—Sí —le dije—. Un chaval con dos años más que Manuel. No sé nada de ellos desde hace muchos años —puntualicé.

Por más que le juraba que nunca más volvería a hacer nada contra nadie, ella persistía en su pertinaz y obcecada obsesión de que volvería a hacerlo.

Por fin, al cuarto día me habló y me perdonó.

Fue en el mes de junio de mil novecientos ochenta y seis. Un día especial para toda la familia de Doménico Aspartana. No faltó nadie a la fiesta de graduación de Manuel Aspartana Alba, había terminado COU y aprobada la selectividad con un nueve noventa de media.

Quería ser abogado. Amigos de sus padres les propusieron que el chico se enrolara en la Academia Militar. Le hicieron unos test para comprobar su capacidad. La idea general era que ingresara en el servicio de inteligencia. Su dominio de lenguas extranjeras y conocimientos de las artes de la guerra le convertían en un firme candidato.

Durante la comida, sentado junto a su padre y su tío Berto, reía y soñaba con todas las propuestas que le sugerían.

Aquello era un alborozo de alegría, hasta que un joven camarero imberbe, al que nadie prestó atención, ni siquiera por su impericia al llevar la bandeja con las dos manos, le preguntó si era feliz.

—Sí, claro que lo soy —le respondió Manuel.

—Yo no pude serlo, me arrebataron a mi padre.

Entonces sacó de debajo de la bandeja la mano derecha portando una pistola. Berto, al verla, se tiró a él. Sonó un disparo. Se oyeron gritos.

La cara de Manuel estaba teñida de rojo. Fueron a auxiliarle y él gritó:

—¡No! ¡No ha sido a mí, le han dado a papá!

Sentado, con una sonrisa en los labios, con la cabeza reclinada permanecía inmóvil Doménico Aspartana.

La policía detuvo al chico: «He vengado a mi padre», lo repetía una y otra vez. La prensa nacional dijo que el joven era Ignacio Arteta, hijo de aquel al que un día Doménico dio muerte, y de María, la que fuera su amante.

Mientras el cuerpo de Doménico era conducido al hospital Virgen de la Salud en una ambulancia, Berto recordó una cita de Maquiavelo, que dijo Doménico antes de dar muerte a Ticio Carbonell: *«Cuando se hace daño a otro, es menester hacérselo de tal manera que le sea imposible vengarse, ni por él, ni por ningún descendiente»*.

Han pasado dos años desde que Ignacio Arteta disparara a quemarropa sobre Doménico Aspartana. El juicio fue seguido con interés por los diferentes medios de comunicación, que tomaron durante días los accesos al Palacio de Justicia de la Audiencia Provincial de Toledo.

En el fallo del veredicto quedó demostrada su culpabilidad. Los abogados de la defensa pudieron acreditar durante el proceso que el joven padecía un Trastorno Múltiple de Personalidad agravado por el consumo de estupefacientes, para ello contaron con informes de psiquiatras y psicólogos.

Durante el procedimiento quedó patente la influencia negativa de su madre la doctora María Ruiz Hortaleza, psiquiatra de profesión. Fue ella la que, durante años, incubó en el joven el odio hacia aquél que un día fue su pareja.

El joven Ignacio Arteta Ruiz fue declarado culpable y trasladado al Centro Psiquiátrico Penitenciario de Fontcalent (Alicante).

Respecto de su madre se abrió una investigación por inducción al odio en la persona de un menor, con la finalidad de que atentara contra la vida de Doménico Aspartana. La doctora Hortaleza, como así se la conocía en la ciudad de Toledo, apareció cadáver en su domicilio por consumo de barbitúricos. El asunto quedó archivado.

Epílogo

Déjà Vu

“Era como si todos esos recuerdos hubieran estado hibernando en mí, no muertos, solo dormidos, esperando, y ahora empezaran a salir de sus mil madrigueras”.

Anthony Doerr

Me llamo Manuel Aspartana Alba. Nací en la ciudad de Córdoba allá por 1969, hijo de Doménico y de Julia, y libremente quiero contar aquello que viví.

Todo comenzó en el hospital Reina Sofía de Córdoba...

[1] El saco me sonaba a uno parecido que tenía mamá Vega para guardar el pan. En aquellos años el reparto del pan se hacía de puerta en puerta; el panadero a voz en grito anunciaba su presencia acompañado de un mulo ataviado con un gran serón, uno a cada lado del lomo, en el interior de los capazos alojaba su olorosa y rica carga.

[2] Fue un alto funcionario de la República Democrática Alemana y jefe de los servicios secretos de la Stasi en el extranjero entre 1953 y 1986. Conocido como el espía Romeo o el espía sin rostro, era considerado como maestro de espías.